



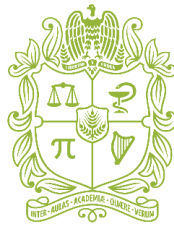
MÁS ALLÁ DE “EL CIELO”:

RETRATO DE UNA EXPERIENCIA ETNOGRÁFICA JUNTO A
UNA FAMILIA INDÍGENA EN TIEMPOS DE PANDEMIA.

GABRIEL ENRIQUE VARGAS VÁSQUEZ



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

MÁS ALLÁ DE “EL CIELO”:
RETRATO DE UNA EXPERIENCIA ETNOGRÁFICA JUNTO A
UNA FAMILIA INDÍGENA EN TIEMPOS DE PANDEMIA.

Gabriel Enrique Vargas Vásquez

Ilustraciones: Robert Ahué Coello

Universidad Nacional de Colombia

Sede Amazonia

Leticia Amazonas, Colombia

2023

**MÁS ALLÁ DE “EL CIELO”:
RETRATO DE UNA EXPERIENCIA ETNOGRÁFICA JUNTO A
UNA FAMILIA INDÍGENA EN TIEMPOS DE PANDEMIA.**

Gabriel Enrique Vargas Vásquez

Tesis de investigación-creación presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Estudios Amazónicos

Director:

PhD. Juan Álvaro Echeverri

Codirector:

PhD. Hernán Medina Botero

Línea de Investigación:

Historias y Culturas Amazónicas

Universidad Nacional de Colombia

Sede Amazonia

Leticia Amazonas, Colombia

2023



A Consuelo.

A mi madre Beatriz, mi padre Luís Ángel

Y a mi hermana Laura Isabel.

Declaración de obra original

Yo declaro lo siguiente:

He leído el Acuerdo 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

He obtenido el permiso del autor o editor para incluir cualquier material con derechos de autor (por ejemplo, tablas, figuras, instrumentos de encuesta o grandes porciones de texto).

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la universidad.



Gabriel Enrique Vargas Vásquez
28 de enero de 2023

Agradecimientos

Ante todo, quiero agradecer a mi familia: mis padres Beatriz Eugenia y Luis Ángel, y a mi hermana Laura Isabel. Gracias a su apoyo incondicional durante todo el proceso de escritura de esta tesis. En ellos siempre encontré la energía y la confianza para seguir adelante.

A Consuelo Gacha que siempre será fuente de inspiración y gratitud a través del tiempo y la distancia.

También quiero agradecer a Robert Ahué, Nexi Gómez y su hija Cristal, por abrirme generosamente las puertas de su familia y su intimidad para permitirme compartir con ellos toda esta enriquecedora experiencia. A Robert también por las bellas ilustraciones que acompañan este trabajo. Igualmente, a toda la familia Gómez y comunidad del Doce de Octubre. A mis directores de tesis Juan Álvaro Echeverri y Hernán Medina Botero, por su paciencia, su confianza y por los sabios consejos en momentos de dificultad. A Marta Pabón por sus palabras y entusiasmo que me abrieron los ojos cosas importantes, que, sin su especial perspicacia, se me habrían pasado por alto. A Maytik Avirama por su apoyo durante la pandemia y su fe en mis capacidades. A mi prima Milena Vargas por su valiosa ayuda con la diagramación de la portada y los gráficos de este documento.

Un agradecimiento muy especial a Ana Milena Castro que con su firmeza, profesionalismo, amistad y franqueza me acompañó y fortaleció a lo largo de las aventuras y desventuras de la vida, y de la escritura de este trabajo.

A mis vecinos de Leticia Hernán y Luz Marina que fueron mi familia durante estos años de descubrimiento e incertidumbre durante la pandemia. A Sonja Horisberger por su invaluable ayuda durante la campaña de humanitaria en la pandemia, así como a Angnieszka Zulewska por su generosidad con la recolección de fondos para la campaña. También a Francy Quiñones,

Leder Braga, Carolina Villegas y Marcela Ochoa, así como a todas las personas que se unieron para dar “una mano por el Amazonas”.

A todos mis compañeros y compañeras de los posgrados en estudios amazónicos: Nicolás Baresch, Manuela Mejía, Antonio Salazar, Patricia Palomar, Guillermo Acho, Andrés Sueroke, Gustavo Silva, Felipe Duque, Camilo Vargas, Victoria Lasprilla, Michael Wiedemann, Ana Judith Blanco y Freddy Ramos. A Diana Rosas quien con su tranquila sabiduría me motivó para escribir esta etnografía en mis propias palabras. A Abel Santos por sus consejos y disposición. También a Paula Maldonado, Marvan Szkelly, Marcela Chávez y Juliana Silva que fueron amigos, testigos y confidentes de esta aventura.

A los profesores y profesoras de la Sede Amazonia: Allan Wood, Dany Mahecha, Carlos Franky, Germán Ochoa, Germán Palacio, Arturo Gómez, Eliana Jiménez, Carlos Zárate y Edgar Bolívar, que gracias a su trabajo y orientación acompañaron y dieron luz durante mi paso por el posgrado. A todos los y las administrativas de la Sede Amazonia: Sol Ángel Marín, María del Rosario Ortiz, Olga Fajardo y a todo el equipo de trabajo de la UDF, así como a los equipos de Contratación y Bienestar. A todas el equipo de servicios generales y vigilancia de la Sede Amazonia, en especial a Santiago Becerra y Amparo Escobedo.

A todos los amigos y amigas indígenas de Leticia: Flor Zafirekudo, Francly Silva, Leopoldo Silva, Elicio Zafiama, Elio Miraña, William Yukuna, Leiner Kuyoteka, Yuly Kuiru, Jairo Alveár, Paola Kuiru y Nelly Kuiru. También a todas las personas que hacen parte del Círculo de la Palabra en la maloca Casa Hija.

A mis amigos de Puerto Nariño: Luís Otto, Dolly Almeida, Esadith López Ahué, Luz López Ahué, Pedro Yauré y Xiomara Coello.

A todos los amigos y amigas: Alejandro Solano, Lina Pérez, Lucas Darío Álvarez, Orlando Culzat, Irene Morell y a todas las demás personas que me han acompañado y confiado en mí, y que infortunadamente no alcanzo a nombrar en estos agradecimientos.

Resumen

Más allá de “El Cielo”:

Retrato de una Experiencia Etnográfica junto a una Familia Indígena en Tiempos de Pandemia.

Más allá de “El Cielo” es una etnografía de lo particular que retrata la experiencia del autor junto a una familia indígena de la etnia tikuna del municipio de Puerto Nariño en el trapezio amazónico colombiano durante de la pandemia de COVID-19 que azotó la región en el año 2020. Esta familia está conformada por Robert Ahué Coello, Nexi Gómez Laulate y su hija Cristal. Este retrato etnográfico en clave fenomenológica cuenta la historia de vida de la familia anterior a la pandemia, cuando vivían en la ciudad de Medellín, su regreso a Leticia y su posterior retorno a su territorio en la comunidad Doce de Octubre del río Loretoyacú, forzado por la cuarentena en el departamento del Amazonas. Se retrata también la situación de emergencia sanitaria y económica en la ciudad de Leticia, las campañas de ayuda humanitaria y la movilización social alrededor de esta emergencia. Posteriormente, se relata la experiencia junto a la familia en la comunidad Doce de Octubre en su proceso de adaptación a esta nueva vida en su territorio durante la pandemia junto a la realización del documental “El Cielo”. Este texto etnográfico, a su vez, reflexiona sobre el contexto social y cultural de la región amazónica en esta coyuntura. Finalmente, se ofrecen algunas reflexiones críticas en forma de ensayo sobre la experiencia etnográfica y su escritura, así como sobre las implicaciones éticas del trabajo de campo. Cierra con una crítica sobre *la mirada* en las representaciones de los pueblos indígenas en la cinematografía amazónica colombiana.

Palabras clave: etnografía, experiencia etnográfica, pueblos indígenas, pandemia, ayuda humanitaria, cine etnográfico, Amazonas.

Abstract

Beyond "El Cielo":

Portrait of an Ethnographic Experience with an Indigenous Family in Pandemic Times.

Beyond "El Cielo" is an ethnography of the particular that portrays the author's experience with an indigenous family of the Tikuna ethnic group from the Puerto Nariño municipality in the Colombian Amazon trapeze during the COVID-19 pandemic in 2020. This family is comprised of Robert Ahué Coello, Nexi Gómez Laulate and their daughter Cristal. This ethnographic portrait in phenomenological key shows the family life story before the pandemic, when they lived in the city of Medellín, their return to Leticia and their subsequent return to their territory in the Doce de Octubre community of the Loretoyacú River forced by the quarantine in the Amazon Department. It also portrays the health and economic emergency in the city of Leticia, the humanitarian aid campaigns and the social mobilization surrounding this crisis. In addition, it relates the experience with the family at the Doce de Octubre community in their adaptation process to this new life in their territory during the pandemic, recounted alongside the making of the documentary "El Cielo". This ethnographic text also reflects on the sociocultural context of the Amazon region during this juncture. Finally, it offers some reflections in essay form about the ethnographic experience and its writing, as well as on the ethical implications of ethnographic fieldwork. It ends with a critique of the gaze in representations of Indigenous peoples in Colombian Amazonian cinematography.

Keywords: ethnography, ethnographic experience, indigenous peoples, pandemic, humanitarian aid, ethnographic film, Amazon.

Contenido

	Pág.
Resumen	IX
Lista de figuras.....	XIII
Lista de tablas.....	XIV
Lista de fotografías.....	XV
Lista de abreviaturas	XVII
Capítulo 1: Introducción.....	19
En busca de “El Cielo”	19
Una corta pre-historia familiar.....	19
Robert: “El Sueño de Barü”	25
Nexi: “Una princesa amazónica”	37
“El Cielo”: Robert y Nexi en la ciudad	47
Cristal.....	49
El proyecto: Robert y Nexi en el Amazonas	51
Leticia: Antes de la tormenta.....	59
La pandemia: “Una Gripe que no tiene cura”	66
Nota sobre la estructura del texto.....	71
Capítulo 2: Tan lejos y tan cerca.	72
Tiempos de pandemia en Leticia.....	72
La Cuarentena: Días de incertidumbre	72
La pandemia llega a la frontera.....	76
El día de la cruz: Una tormenta perfecta	81
Buscando ayuda: “Una mano por el Amazonas”	90
Jugando con la necesidad	96
Panorama general de las ayudas humanitarias.....	102
Situación en Leticia urbana.....	106
Situación en las comunidades indígenas	111
Balance de la campaña	114
Tan lejos y tan cerca.....	119
Capítulo 3: Más allá de “El Cielo”	125

Primera Parte	125
El reencuentro.....	125
Primeros días.....	130
La vida en familia.....	145
La familia Gómez Laulate.....	151
Desconsuelo.....	164
Cómo funcionan las cosas.....	172
Segunda Parte	180
Los preparativos.....	180
El 12 de octubre: Aniversario en la comunidad.....	183
El infiernito.....	188
Más allá de El Cielo.....	197
Desguindando hamaca.....	200
Reflexiones finales:	211
Sobre la Experiencia Etnográfica	211
Sobre el sentido de la experiencia.....	211
De la experiencia personal: El giro de la mirada.....	220
Algunas reflexiones y consideraciones éticas.....	223
Otros temas de discusión.....	227
Una reflexión crítica sobre <i>la mirada</i> en el cine amazónico.....	231
Glosario	235
Bibliografía	245
Filmografía citada	250



Lista de figuras

	Pág.
Figura 1: Mapa de Puerto Nariño y algunos lugares mencionados.	34
Figura 2: Mapa del Ciudad de Leticia y algunos lugares de esta historia.....	70
Figura 3: Mapa del Trapecio Amazónico.	70
Figura 4: Distribución de casos confirmados de COVID-19 en la Triple Frontera.	78
Figura 5: Poster de campaña "Una mano por el Amazonas".	95
Figura 6: Escenario Epidemiológico COVID-19 por barrio en la Triple Frontera.	110
Figura 7: Mapa de la Comunidad Doce de Octubre.	187
Figura 8: Las comunidades del Loretoyacú hasta el Doce de Octubre.	187

Lista de tablas

	Pág.
Tabla 1: Principales actividades económicas de Leticia	107
Tabla 2: Morbilidad y Mortalidad- Indígenas y otros	112

Lista de fotografías

	Pág.
Foto 1: Bajo el cielo de Usme.....	23
Foto 2: La casa entre las montañas.....	23
Foto 3: Campos de Usme.....	24
Foto 4: Robert el Guía. Foto de Silvia Benito.....	26
Foto 5: Un caldo para Barü.....	35
Foto 6: Tratando de agarrar algo.....	35
Foto 7: "Un día de estos les voy a poner plumas".....	36
Foto 8: Puerto Nariño.....	36
Foto 9: "Una princesa amazónica".....	41
Foto 10: Nexi, Garelis con su "Barü", e Hilda con su bebé.....	44
Foto 11: Laura y Teo hermanos de Nexi.....	44
Foto 12: Nélida la madre de Nexi teje un canasto.....	45
Foto 13: Chaporé nos cuenta la historia de "Juan Jugador".....	45
Foto 14: Una buena pesca con Champa, Cucha, Nexi y Chaporé.....	46
Foto 15: Otto y el tío Champa me acompañan.....	46
Foto 16: Ligia y la pequeña "Nechi" en Bogotá.....	50
Foto 17: Primer encuentro con la familia en Leticia.....	53
Foto 18: Robert en la hoja de vida.....	55
Foto 19: Nexi en la hoja de vida.....	56
Foto 20: Fotograma teaser de El Cielo.....	58
Foto 21: No podía creer mi mala suerte.....	65
Foto 22: Robert y Nexi hablan con Hilda.....	68
Foto 23: "Ese lago está bonito como para pescar, ¿no?".....	83
Foto 24: Banderas rojas pidiendo de ayuda.....	85
Foto 25: Leder y la comunidad del Simón Bolívar salen a protestar.....	88
Foto 26: Bloqueo de la calle.....	88
Foto 27: El alcalde firma un acuerdo con la comunidad.....	89
Foto 28: A Luz Marina le gusta empacar mercados.....	93
Foto 29: Tuve que aprender a montar moto.....	93
Foto 30: Mis vecinos del barrio con su mercado.....	94
Foto 31: Familias del Simón Bolívar.....	94

Foto 32: Los funcionarios entregan los paquetes. Las familias esperan que alcancen...	98
Foto 33: Con Leder el líder del barrio.	117
Foto 34: Nuevos amigos de la pandemia. Leiner, Yuly, Jairo y la "morocha".	117
Foto 35: Yuly y Jairo amplían su vivienda en Moniya Amena (Antes).	118
Foto 36: Yuly y Jairo amplían su vivienda en Moniya Amena (Después).	118
Foto 37: Reencuentro con Robert y Cristal.	126
Foto 38: Flores de papel.	129
Foto 39: Loretoyacú esconde trampas bajo el agua.	129
Foto 40: La casa de la chagra.	132
Foto 41: El amigo Cucha: "Cuidado los aprietan".	134
Foto 42: De camino a Puerto Nariño.	137
Foto 43: Un estudio en la selva.	138
Foto 44: Lavando en el río.	141
Foto 45: Nadando con Cristal.	141
Foto 46: La primera imagen de El Cielo.	143
Foto 47: Cristal.	144
Foto 48: Nexi.	144
Foto 49: Robert escribe el proyecto turístico.	149
Foto 50: Laura.	160
Foto 51: Eulalia.	160
Foto 52: Las hermanas mayores en la minga de Elvia.	161
Foto 53: Cenélida.	162
Foto 54: Hilda.	162
Foto 55: Elvia.	163
Foto 56: Reivan.	163
Foto 57: Robert y Albercio cortan la madera.	166
Foto 58: Robert organiza la madera.	167
Foto 59: Cristal siempre me da la espalda.	167
Foto 60: Bajo los pomarrosos esperando a Robert de la pesca.	168
Foto 61: Nuncio el pastor cazador nos canta una canción.	174
Foto 62: Nexi sueña con las tortugas.	174
Foto 63: Atardecer en el Doce de Octubre.	179
Foto 64: Cuando había gente en la comunidad.	179
Foto 65: Estrenando la tienda.	196
Foto 66: Robert trabaja en la casa de la chagra.	201
Foto 67: Pescando para el caldo.	205

Lista de abreviaturas

AATIS: Asociaciones de Autoridades Tradicionales Indígenas.

COVID: Siglas en inglés para *Coronavirus Disease*.

DJ: Disc Jokey

ILV: Instituto Lingüístico de Verano

OMS: Organización Mundial de la Salud

ONG: Organización No Gubernamental

ONU: Organización de las Naciones Unidas

RCN: (Radio Cadena Nacional) Medio de Comunicación Colombiano de radio, televisión y medios digitales.

SENA: Servicio Nacional de Aprendizaje

TICOYA: Resguardo de las comunidades indígenas Tikuna, Cocama y Yagua en el municipio de Puerto Nariño.

UNICEF: Fondo de las Naciones Unidas para La Infancia

Capítulo 1: Introducción.

En busca de “El Cielo”



*Es una historia un poco complicada, porque está hecha de cosas,
no de pensamientos.*

Medea – Pier Paolo Pasolini

Una corta pre-historia familiar

Desde que era niño recuerdo escuchar historias de la vida de mis padres en Usme, al sur de Bogotá. Vivían en el campo, arriba del pueblo, en una casa de ventanas grandes, muy cerca de un cementerio muisca, allá entre las montañas y las nubes, entre el campo y la ciudad. Me contaban que en las madrugadas el frío penetraba hasta los huesos y congelaba los pañales, en ese tiempo de tela, que mi padre hervía y lavaba en la noche para que mi madre pudiera descansar. Me decían que al principio no tenían muchas cosas, dormían en un colchón y entre los dos juntaban para pagar el arriendo y los transportes para ir a trabajar. Sin embargo, tampoco nunca les faltó nada, siempre había abundancia de cebolla, papa, leche fresca, arvejas y zanahoria que sus vecinos del campo les compartían con generosidad. Tenían sobre todo juventud, independencia y libertad. También tenían tres discos; de Mozart, Beethoven y Bach. Con el tiempo tuvieron dos perras y una gata, una vaca en compañía, y un marrano que se murió por el verano. Montaron un laboratorio fotográfico, compraron una moto y con sus manos armaron una cama de madera en la que duermen todavía. Allí vivieron juntos durante casi siete años hasta que me tuvieron a mí. Poco después, cuando ya daba algunos pasos, y

antes de cumplir un año, dejaron su casa y sus animales en el campo para irse a vivir al otro lado de Bogotá, donde yo crecería, y luego, unos años después, mi hermana nacería.

Las historias de ese tiempo siempre fueron para mí como una especie de fantasía, una colección de relatos, lugares y personas de un tiempo antes de mi tiempo, una forma de prehistoria, que, en mi entendimiento e imaginación, era tan fascinante como las historias de los animales prehistóricos y del fondo del mar. Por supuesto había muchas fotos de esa época guardadas en álbumes y negativos que mis padres cuidaban con recelo, pero que también eran una prueba de existencia de ese tiempo y un canal de acceso a ese mundo, o a esa “otra” realidad, a esa memoria colectiva familiar que luego se reforzó con las visitas que hacíamos cada cierto tiempo a los antiguos vecinos de Usme donde a veces me dejaban por algunos días. Así pude conocer esas personas con olor a humo y esos paisajes entre cultivos de papa, cebada y amapolas silvestres. Conocí la casa en la montaña y el olor de las vacas cuando pastan. Allí, me contaban nuevas historias y sabía que todo eso era verdad, que esas personas me reconocían y me querían con el mismo cariño y respeto que sentían por mis padres, de quienes solo escuché buenas palabras. En el colegio me gustaba decir a los otros niños que yo también era campesino. Me sentía especial. Eso hace más de 30 años ya.

En mi adolescencia y joven adultez esas historias fueron tomando otros colores, aparecían nuevos detalles que daban profundidad y sombra a todas esas imágenes idealizadas en mi imaginación. Aparecían relatos de una época difícil y turbulenta del país, entre la inseguridad, la presencia de grupos armados, y la influencia económica y política del narcotráfico. Ese paraíso helado en las montañas de Sumapaz ya no era un lugar seguro para vivir. El municipio de Usme de los años 80’s y principios de los 90’s del siglo pasado era una especie de zona de frontera entre el campo y la ciudad, una periferia donde en sus tierras negras ya casi no crecían alimentos sino tristeza, injusticia y desigualdad, en gran medida, empujada por la violenta expansión urbana y demográfica hacia el sur de la capital. Los paisajes y los campos generosos que conocieron mis padres terminaron devorados por proyectos de vivienda de interés social y barrios de invasión, que poco a poco fueron arrebatando el territorio a muchos campesinos que no tenían escrituras de las tierras que habían labrado y pastoreado toda su vida. La casa donde vivieron mis padres también fue demolida permaneciendo solo en fotografías. Aunque

ese mundo, o lo que quedaba de él hubiera desaparecido, en mi memoria, lo esencial de esa historia antigua se mantenía en su lugar, y así fue como, de manera más consciente esos relatos de la vida de mis padres en el campo marcaron mi ideal adulto de familia y sociedad. Se constituyeron para mí en una forma de narración de origen, un arquetipo o modelo ideal de la familia como núcleo de valores compartidos, amor y cooperación incondicional en medio de la dificultad. La relación de pareja y la familia y como una unión de voluntades en busca de la libertad, la independencia y la reproducción de la vida.

Sólo hasta hace poco logré reconocer de manera consciente ese vínculo emocional, o por decir ese “pathos” que conecta esa “prehistoria familiar” con el motivo íntimo de este retrato etnográfico a partir de mi experiencia junto a Robert, Nexi y su niña Cristal, una familia indígena amazónica. Así fue como, al conocerlos y empezar a relacionarme con ellos en un ámbito más personal, sin saberlo conscientemente, esta familia me había despertado interiormente ese arquetipo dormido de la familia que había conocido y heredado de mis padres. Algo me llamaba y despertaba mi interés por saber más sobre su relación y su historia, lo que con el tiempo trajo consigo el deseo de hacer un documental junto a esta familia. En un primer momento, con ese documental quería hacer un retrato fílmico¹ de la intimidad de una pareja indígena que me recordaba a la de mis padres, y aunque no era la mía, tal vez también representaba la familia que yo mismo aspiraba llegar a formar. Me interesaba acompañarlos y retratarlos en su vida de pareja y familiar, pero, sobre todo, como individuos con sentimientos y anhelos, que luchan y se esfuerzan en busca de sus sueños y su lugar en el mundo. En busca de “El Cielo”. Al menos eso era lo que pensaba.

Ese proyecto audiovisual personal que inicialmente era de aire romántico y poético luego pasó a ser parte de mi proyecto académico de Tesis para la Maestría de Estudios Amazónicos, el cual, con el tiempo, el clima y la pandemia en medio de la selva amazónica, y por más que me

¹ **Retrato fílmico.** Es un subgénero del cine documental, el cual, aborda la individualidad y la humanidad de uno o varios sujetos desde la mirada particular y subjetiva de un autor o realizador que establece relación con estos. Un ejemplo ideal del retrato fílmico se puede encontrar en algunas de las obras del director ruso Alexander Sokurov como: “[A Humble Life](#)” (1997), “[Dolce](#)” (2000), o “[Maria](#) (elegía campesina)” (1988). Para más sobre la obra de Sokurov y el retrato fílmico: Eva Binder (2011).

resistiera, se fue descomponiendo, transformando y reintegrando con una crudeza y realidad inesperadas por mí anteriormente, dando como resultado el texto etnográfico que presento a continuación. Espero que el proceso, circunstancias y causas de esas transformaciones se vayan haciendo evidentes por sí mismas a lo largo de este entreverado relato.

En este primer capítulo, empezaré entonces por contar la historia de cómo fue que conocí en distintos momentos a Robert y a Nexi, los personajes principales de este relato, su historia como pareja y cómo fue que nos hicimos amigos y compadres de su niña Cristal. Hacia el final contaré como empezó y se desarrolló nuestro trabajo juntos en la ciudad de Leticia hasta el momento en que llega la pandemia al Amazonas.





Foto 1: Bajo el cielo de Usme. Foto: Luís Ángel Vargas



Foto 2: La casa entre las montañas. Foto: Luís Ángel Vargas



Foto 3: Campos de Usme. Foto: Luís Ángel Vargas

Robert: “El Sueño de Barü”

A Robert lo conocí durante uno de mis primeros viajes a Puerto Nariño en julio de 2010, primero de lejos y después más de cerca. Él era guía de una caminata en una salida de campo de un curso de filmación de documentales de naturaleza organizado por mis amigos de Cromatophoro² y la Fundación Omacha³, donde mi hermana y yo nos habíamos inscrito y estábamos encargados del registro audiovisual y fotográfico, ella con fotografía fija, y yo con una cámara de video. Aunque Robert iba en la cabeza del grupo haciéndose espacio con un machete mientras yo iba en la cola, con la cámara tratando de que no se me escapara nada. Lo recuerdo con algo más de detalle de una parada que hicimos junto a una quebrada de aguas negras atravesada por un árbol caído. Robert, de cabello largo amarrado atrás en una cola de caballo y camiseta de esqueleto blanca atravesada por una mochila de chambira⁴, hablaba sobre la selva y sus animales a un puñado de muchachas españolas del grupo que lo escuchaban expectantes. Era un hombre joven sonriente y atractivo, de rasgos indígenas marcados y físicamente bien constituido. Hablaba con pocas palabras, pero con soltura, encanto y convicción. Ciertamente Robert disfrutaba la atención y ellas disfrutaban de él; la fascinación exótica por los nativos, esa sed de esencialidad humana y otredad cultural que todavía embruja tanto a los extranjeros, y que muchos indígenas de la región, en parte, gracias al crecimiento del turismo, han aprendido a explotar tan bien. Robert era un experto, no se excedía en sus descripciones siempre adornadas con el justo toque de misterio ancestral y

² **Cromatophoro** es una ONG colombiana que promueve la conservación de la diversidad ambiental y cultural de América del Sur a través del arte audiovisual y el documental. Web: <https://www.cromatophoro.org/>

³ **Fundación Omacha** es una ONG colombiana que se enfoca en la conservación y el uso sostenible de ecosistemas y especies acuáticas y terrestres. Tiene sede en Puerto Nariño Amazonas. Web: <https://omacha.org/>

⁴ **Chambira**. (*Astrocaryum chambira*) conocida en la región de la cuenca amazónica como palma de cumane o chambira, es una palma espinosa cuyas hojas se lavan, secan y luego se tuercen para la realizar una fibra resistente y duradera empleada en la elaboración de sogas, hamacas y mochilas entre muchos otros artículos para uso diario y artesanal. Amarrarse un hilo de chambira también es visto como un símbolo de buena suerte.

suficiencia narrativa que dejaba a sus oyentes blancas queriendo un poco más. Al día siguiente varias de las muchachas llevaban sus brazos y espaldas pintadas con animales y diseños indígenas en huito⁵. Cuando Robert fue a despedirse de nosotros al puerto supe que había sido él quien las había pintado. En ese viaje no tuve la oportunidad de cruzar palabra con él.



Foto 4: Robert el Guía. Foto: Silvia Benito.

Fue luego en otro viaje, un año después, cuando pude conocer a Robert más de cerca. Por ese entonces me hospedaba en la estación científica de la Fundación Omacha de Puerto Nariño donde a cambio de una cama ayudaba con el proyecto de monitoreo delfines de río en el complejo de lagos de Tarapoto. Salíamos todas las mañanas en un bote haciendo zigzag por las aguas negras del Loretoyacú hasta la cabecera del lago Tarapoto contando delfines⁶, midiendo la distancia a la orilla y marcando la posición de GPS. Ese voluntariado era para mí la posibilidad

⁵ **Huito.** (*Genipa americana*) es un árbol amazónico que produce un fruto redondo jugoso y dulce. Cuando todavía está verde, la oxidación de su jugo produce un pigmento que tiñe la piel de negro oscuro y es usado principalmente con carácter ritual. Cotidianamente su pigmento sirve para proteger del sol, los insectos o con un fin cosmético. Muchos pueblos amazónicos le atribuyen propiedades protectoras y purificadoras.

⁶ **Delfín rosado.** En la cuenca del Amazonas se encuentran dos especies de delfines de río: Delfín gris (*Sotalia fluviatilis*) y delfín rosado o bufeo (*Inia geoffrensis*). Estas dos especies hacen parte importante de la tradición oral de diversos pueblos amazónicos. Para algunos de estos pueblos, los delfines, especialmente el bufeo, se consideran como personas y se cree peligroso cazarlos o hacerles daño. En Colombia están catalogados como especies amenazadas.

de pasar algunas semanas en el Amazonas como una forma de retiro y desconexión en un momento donde no tenía muchas cosas claras en mi vida personal y profesional. Robert hacía parte de un grupo de jóvenes indígenas que trabajaban como guías y talleristas en la fundación Natütama⁷, vecina de la estación de Omacha. Yo había hecho amistad con algunos de ellos, especialmente con Luís Otto, quien fue la primera persona con quien me hice amigo en Puerto Nariño en mi primer viaje de vacaciones con mis padres. Este grupo de jóvenes frecuentaba la estación de Omacha y eran amigos de algunas de las pasantes del interior que trabajaban allí.

Uno de esos muchachos indígenas salía con una de las pasantes y en las noches se trepaba por el balcón para dormir con ella. Luego supe que era Robert, al que sus compañeros llamaban “Barü”⁸. Al principio no lo reconocí porque se había cortado el pelo, aunque mantenía la misma *pinta* con su esqueleto y mochila de chambira. Recuerdo verlo siempre en un estado meditabundo y distante, muy diferente a la primera impresión que había tenido en la salida de campo. Cuando pregunté por él me contaron que hace unos meses se había perdido durante varios días con una turista blanca, y que después de eso había quedado “así medio perdido”. Me generó mucha curiosidad, me parecía percibir un patrón.

Yo solía ir a pescar a una balsa flotante de la fundación cerca a la confluencia del río Loretoyacú y el río Amazonas. Con dificultad atrapaba algunos picalones⁹, sardinas¹⁰ y eventualmente una mota¹¹ que luego llevaba a la estación para compartir con quien estuviera allí y con una cría de

⁷ **Fundación Natütama** es una ONG que trabaja en el Amazonas colombiano, desarrollando proyectos de investigación, educación y conservación con la comunidad de Puerto Nariño. Web: <https://fundacionnatutama.org/>

⁸ **Barü.** Palabra de la lengua magütá (tikuna) para referirse a la oropéndola crestada, paucára o pájaro “mochilero” (*Sarocolius decumanus*). Para los tikuna también refiere al clan del mismo nombre, pero escrito Barüka. Según Abel Santos (2022) La palabra es una onomatopeya del sonido producido por el canto de pájaro.

⁹ **Picalón**, nombre común de una especie de bagre muy pequeño y abundante (*Pimelodella gracilis*) el cual tiene una espina punzante en la aleta dorsal. Se usa sobre todo como carnada para la pesca de pirañas y bagres más grandes. Los niños lo usan especialmente para fritar o hacer sopa.

¹⁰ **Sardina.** Nombre común de las especies *Triporthus albus* y *Triporthus angulatus*. Al igual que el Picalón es muy usada como carnada y en la “pesca de los niños”. También se exporta para acuarios ornamentales.

¹¹ **Mota.** (*Calophysus macropterus*) es un bagre carroñero muy abundante en la cuenca amazónica. En Colombia se comercializa falsamente como Capaz (*Pimelodus grosskopfii*). La mota ha estado al centro de una controversia por el uso de animales en peligro como delfines de río y caimanes que se sacrifican como

caimán negro¹² que estaba bajo nuestro cuidado en el laboratorio. Lo que no sabíamos es que la estábamos engordando para uno de los gatos que desde hace días esperaba pacientemente a que algún imprudente dejara la puerta abierta para saltarle encima.

En una de esas oportunidades después de la pesca, Robert llegó a la estación para saludar y pedir prestado un remo, yo estaba repartiendo mi botín, así lo invité para que tomáramos un caldo de pescado juntos, también estaba su prima Esadith. Hablamos un rato, pero al principio no me reconoció. Finalmente, cuando le mencioné a las españolas de la salida de campo, de inmediato recobró la memoria. Lo primero que hizo fue preguntarme por una de ellas: “¿Y qué es de Ana, tiene su correo?”. Ese día puedo decir que empezó nuestra amistad.

Íbamos de caminata por el monte en busca de cacao en una tierra de su familia, nos encontrábamos con frecuencia en el pueblo y nos sentábamos a hablar por largo rato sobre asuntos de la vida de cada uno. Otras veces, hablábamos de cualquier cosa sin importancia mientras tomábamos algunas cervezas con otros compañeros. De todos los jóvenes de su edad con los que tenía contacto, para mí Robert era el más contradictorio e interesante, porque parecía no encajar del todo ni aquí ni allá, no se comportaba completamente como *paisano*¹³ en un sentido tradicional, ni estaba completamente integrado a la lógica de vida de los “profesionales” en servicios turísticos o comerciales, creo que, en parte, porque no sabía cómo, y en parte, porque no quería. De vez en cuando salíamos a pescar juntos al puerto con sus sobrinos “Choco” y “Chito”, para mí era más como un acto de meditación mientras entre voces de tormenta mi mirada se iba con el agua que bajaba de las cabeceras del río arrastrando consigo hojas y palos de la lluvia que estaba por llegar. Recuerdo también a Robert sumido en sus pensamientos. Me preguntaba en qué podría estar pensando... en donde estaba su corazón. Su cuerpo estaba aquí a mi lado pescando, pero su mente parecía estar en otra parte. Robert

carnada para su pesca. También ha sido señalada por las autoridades sanitarias por sus altas concentraciones de mercurio, producto de la minería ilegal de oro en los ríos amazónicos.

¹² **Caimán negro** o jacaré (*Melanosuchus niger*) habita en toda la amazonia y llega a medir 6 metros. En Colombia es una especie amenazada.

¹³ **Paisano/paisana**. Es un término informal y de uso común en la región amazónica para referirse a cualquier persona que se reconoce y es reconocida como de origen indígena. Aunque el término sirve para establecer una distinción étnica con los mestizos y blancos, este término no contiene una carga peyorativa.

por ese entonces debía tener unos 28 años y yo 26. Era una época de incertidumbre existencial para mí, y de alguna manera, no podía evitar sentirme identificado con él en su abstracción interior mientras en silencio con nosotros mismos tratábamos de “agarrar algo”.

Robert vivía en una habitación de la casa que habían dejado sus padres en el pueblo y que compartía con su hermana Natividad, sus sobrinos y su cuñado. Debajo del marco de la ventana había una pintura a todo color hecha por él de un pájaro mochilero que representaba su sobrenombre y su clan tikuna¹⁴, clan Barü. Según me contó, Robert era el último de nueve hermanos, el “casulo”¹⁵. Sus padres habían muerto cuando tenía 8 años, por lo que se crió casi por su cuenta entre sus hermanos y hermanas mayores. En la sala de su casa había una fotografía en blanco y negro de sus padres a los que se les había dibujado encima un traje formal, de vestido, camisa y corbata, al estilo de los evangelistas cristianos: “Yo no sé por qué los pusieron así. Un día de estos les voy a poner plumas”, me decía Robert. Cuando le pregunté si él hablaba su lengua, me dijo a modo de queja que no entendía por qué sus padres y sus hermanos nunca le quisieron hablar, aunque ellos sí hablaban entre ellos. En cambio, por su cuenta había aprendido a tejer chambira, tallar madera, pintar y a hacer joyería artesanal. También le gustaba la actuación y la música. Era un artista y autodidacta indígena integral. Efectivamente sus pinturas y tallas estaban hechas con mucha destreza, gusto y destacado sentido del color. Tenía un estilo diferente al genérico de los souvenirs para turistas que se vendían en las casas de artesanías. De vez en cuando improvisaba con una dulzaina que guardaba en su mochila, y por experiencia propia, me constaba que era un gran actor y narrador. Todo un seductor. Me insistía mucho en su deseo de recuperar la cultura tradicional que sentía se estaba perdiendo tanto en el pueblo: “La gente aquí ya no quiere saber nada de la cultura tradicional, solo quieren plata” me repetía. Me decía que quería recuperar *lo tradicional*, para que eso no se perdiera, y que “un día voy a tener una chagra¹⁶ y una casa en

¹⁴ Según Nerea Naboroba es más acertada la ortografía de la palabra “tikuna/ticuna”: con <k> para los grupos colombianos y del FORMABIAP y con <c> para los brasileros y los del ILV. También es usada con <k> en Goulard (1994) y Echeverri (2010).

¹⁵ **Casulo**. Es una palabra tomada del portugués que significa “Capullo”. Algunos pueblos de la ribera del Amazonas como los tikuna, lo usan habitualmente para referirse al menor o al último hijo de la familia.

¹⁶ **Chagra** o chacra en Perú es tanto un espacio de cultivo como un método de horticultura de tumba y quema propio de los pueblos indígenas de la Amazonia.

el monte”. Además de eso, con respecto a eso que podía ser “*lo tradicional*”, nunca supe con certeza exactamente a qué se refería y qué era lo que quería recuperar.

Yo tenía la impresión, por lo que había observado en el pueblo, que ese *espíritu* de reivindicación cultural que mostraba Robert era generalizado en muchos jóvenes de su generación, pero que, de alguna manera, era también producto de un proceso de adecuación de “*lo tradicional*” a la sociedad de consumo incitada principalmente por la actividad del turismo y de algunas ONGs que operaban en la región, que recurren a la mercantilización de las expresiones culturales para ser ofrecidas a los visitantes o a los donantes de las fundaciones. Por su parte, los comerciantes mestizos y colonos también hacen lo suyo para incluir los elementos tradicionales en sus emprendimientos y así *camuflarse* con el entorno cultural con rasgos identitarios indígenas que no comparten sino de puertas para afuera. En todo caso, no puedo decir que este *afán* de reivindicación cultural de esta generación de jóvenes como Robert no esté motivado por otras necesidades más profundas y duraderas.

Por otro lado, Puerto Nariño en los últimos veinte años ha venido sufriendo un intenso proceso de *turistificación*¹⁷, lo que ha aumentado considerablemente el costo de vida de los residentes en el casco urbano, lo que de manera inevitable genera una presión económica que también lleva a tantos de estos jóvenes a buscar una fuente de ingreso relacionada con estas nuevas actividades, o en su defecto, a buscar oportunidades y mejor fortuna fuera de la región. Debo resaltar que estamos hablando de una época en la cual en Puerto Nariño todavía no existía electricidad las 24 horas, los jóvenes no tenían smartphones, y el internet no se podía usar sino en la alcaldía municipal, además, la cobertura de celular era muy limitada. Eso cambiaría después de 2012 con la declaratoria de Puerto Nariño como *destino turístico sostenible* por parte del gobierno nacional para permitir la entrada de los grandes operadores turísticos a la región. Pero eso es otra historia.

¹⁷ **Turistificación.** Se denomina al proceso de transformación urbana, económica y sociocultural que sufre un destino como consecuencia de la acción permanente del turismo masivo. Sobre el caso de Puerto Nariño en 2019 publiqué un artículo en la revista NOTIMANI de la Sede Amazonia de la Universidad Nacional de Colombia. Enlace: https://issuu.com/notimani/docs/notimani_41

Volviendo a la historia de Robert, el mismo Barü, un día cualquiera mientras comíamos helado de asái¹⁸ sentados en el portón de su casa, me contó un sueño que tuvo y del cual quería mi opinión:

Barü está en el monte buscando un árbol para cortar cuando escucha que alguien lo llama: “¡Barü!, ¡Barü!” De pronto ve a una mujer blanca de pelo largo, pintada de negro, está completamente desnuda. Ella le sonríe, pero él, asustado, sale a correr por el monte buscando el camino de regreso. Después de una larga carrera llega a su casa, pero encuentra que la puerta está bloqueada y no puede entrar. Al darse vuelta, la mujer está frente a él. Ella lo toca con su mano en el ombligo y le dice: “¿Por qué corres? yo sólo quiero pintarte.”

En ese preciso momento no supe muy bien qué contestarle, pero interiormente no pude evitar relacionarlo con su evidente interés por las mujeres blancas, pero, sobre todo, con algo que aparentemente él rechazaba internamente, algo que le costaba reconocer y que de alguna manera también generaba ese bloqueo y estado de dislocación que yo percibía en él y que me resultaba tan familiar. Consciente de que con una interpretación apresurada de su sueño podía estar proyectando en él estados mentales y preocupaciones que tal vez no tenían nada que ver con las suyas, le pregunté de vuelta qué creía él que significaba el sueño, y quién creía que era esa mujer que lo llamaba. Después de pensarlo unos segundos me contestó: “No sé maestro... pero yo creo que la mujer es la madre del huitó que quiere que me vaya con ella”. Su respuesta no me convenció mucho pero tampoco podía refutarla de entrada, en ese entonces yo aun no lo conocía muy bien y me daba la impresión de que todavía me veía como un turista ávido de explicaciones en clave *tradicional*. En cualquier caso, me llamó mucho la atención que hubiera querido compartirme su sueño y saber mi opinión sin que yo se lo hubiera preguntado, con seguridad era algo importante para él en ese momento y se sintió en la confianza o necesidad de compartirlo conmigo.

¹⁸ **Asái.** (*Euterpe oleracea*) es una palma amazónica apreciada por las propiedades nutritivas de su fruto. Es una de las frutas favoritas para la realización de helados y refrescos. Habitualmente se come en forma líquida mezclada con fariña de yuca fermentada y tostada.

Esa historia del sueño de Barü me generó una impresión muy fuerte y casi instantáneamente me despertó la idea de escribir el guión de una película sobre ese joven indígena enigmático y soñador que parecía perdido su propio mundo. De esa impresión quedaron las primeras páginas de un tratamiento inconcluso para una película de ficción con el mismo nombre: “El Sueño de Barü”. Robert sentía mucha curiosidad porque sabía que yo hacía cine y le hice saber mi intención de hacer una película con él, donde incluso le propuse que fuera el protagonista, a lo que él asintió inmediatamente. Finalmente, el guión no se materializó por distintos motivos: estaba muy involucrado en un proyecto para una película de ficción coproducción entre Irlanda y Polonia, donde yo era coguionista, lo que me implicaba constantes viajes fuera del país, y yo sentía que para escribir una película en “la selva” necesitaba pasar más tiempo para dejarme impregnar por la lógica de vida y el ritmo del lugar. Después del rodaje de la película, en 2012 regresé a Polonia para hacer un curso de cine en la Escuela de Cine Televisión y teatro de Lodz, lo que me alejó aún más del proyecto. Pero el factor definitivo fue que cada vez me sentía más insatisfecho profesional e intelectualmente en el medio cinematográfico. Deseaba con más fuerza abrir otros caminos y complementar mi formación académica, lo que me llevó, o, mejor dicho, me trajo de vuelta a Colombia donde empecé a estudiar filosofía en la Universidad Nacional, eso implicó un paro de cinco años en casi todos los proyectos relacionados con el cine, donde solo participé ocasionalmente en un par de proyectos como director de fotografía y colorista. Sin embargo, debo decir que no me arrepiento en lo más mínimo de esta decisión, pues me regresó en buena medida la claridad y tranquilidad que me hacía tanta falta. En todo caso, la intención de hacer algún tipo de trabajo cinematográfico en el Amazonas con Robert nunca desapareció y constantemente él se encargaba de recordármelo cuando podía.

Mi relación de amistad con Barü se extendería por varios años en los que mantuvimos contacto por teléfono o por correo electrónico. Hablábamos de cómo iban las cosas en el pueblo, si llegaban muchos turistas, si estaba buena la pesca, cómo iban los amigos, cuál era su nueva novia y cosas por el estilo. También me pedía dinero prestado y me solicitaba consejo sobre trámites, o cosas sobre las que tenía dudas o no entendía muy bien. En una oportunidad que viajó a Bogotá para una feria artesanal me contó que tenía una novia española: Ana, no la

misma Ana de la excursión cuando lo conocí por primera vez, pero también era española y se llamaba Ana. Esto me recordó lo curioso que resultaba constatar que, aunque al Amazonas siempre llegan turistas nuevos todos los días, pero para quien ha vivido un tiempo allí, pareciera que siempre fueran las mismas personas y que nunca se hubieran ido. Son una forma de población flotante pero permanente, pues el tipo de turista que llega a la región se mantiene sin muchas variaciones y casi siempre buscan lo mismo. En todo caso, a esta mujer Ana a quien nunca conocí, Robert la había conocido en un viaje que ella hizo al Amazonas como turista, después del cual ella volvió a buscarlo, y al parecer, ya habían estado viviendo juntos en Puerto Nariño durante varios meses. Además de eso, según logré escuchar en una conversación por teléfono, ella estaba decidida a tener hijos con Robert y llevarlo a vivir a Europa. A pesar de tener todo el viento a favor, por algún motivo Robert se rehusó insistiéndole a ella que se mejor se quedara con él en el Amazonas. El océano los separó y hasta ahí llegó esa historia. Después de ese encuentro en Bogotá perdí contacto por un tiempo con Robert, porque, como me contó el amigo Otto: “Barü botó el celular al agua”.

Tiempo después en 2014 todavía tenía en mente la idea de hacer algún trabajo audiovisual con Robert, así que viajé con Irene una amiga española que hice en la excursión de 2010 para tomar unas notas en video para un documental con él. No sabía si lo iba a encontrar. Para mi sorpresa cuando llegamos me enteré de que Robert hace un par de semanas se había ido a Medellín, pues se había ganado un concurso de cocina tradicional organizado por el SENA donde el premio era un curso-pasantía de cocina en un prestigioso restaurante de Medellín: “El Cielo”. Robert se vistió de hombre jaguar y presentó una receta de patarasca¹⁹ de pescado en salsa de maracuyá picante con cacao y hormigas. Después de eso no supe de él por un tiempo, hasta que en una de sus vacaciones en Puerto Nariño Robert me llamó a saludarme y a darme una noticia importante: “Maestro, tengo novia, una princesa amazónica”. Me sorprendió mucho la noticia porque yo pensaba que él no estaba interesado en las mujeres indígenas, pues, hasta ahora solo lo había visto con mujeres blancas. Le pregunté si es esa sí era “la propia” como

¹⁹ **Patarasca** o patarashca viene del quechua “pataray” que significa envolver y es el nombre de un plato típico de la región amazónica de Colombia y Perú que consiste en pescado blanco envuelto en hoja y adobado con distintas especias amazónicas como ají amarillo, pimentón, cilantro cimarrón y cúrcuma. Se cocina asado a la brasa.

dicen los paisanos indígenas de su compañera oficial: "Sí maestro, la propia mujer de mis hijos. Se llama Nexi". Ella era una joven indígena de comunidad que había conocido hace un tiempo en Puerto Nariño. Toda la historia me la contaría después. No lo podía creer. Lo felicité. Realmente parecía contento y orgulloso. Le dije que tenía que conocerla, lo que sucedería por casualidad en el siguiente viaje que hice a Puerto Nariño.

Figura 1: Mapa de Puerto Nariño y algunos lugares mencionados.



Ilustración: Robert Ahué Coello.



Foto 5: Un caldo para Barü.



Foto 6: Tratando de agarrar algo...



Foto 7: "Un día de estos les voy a poner plumas".



Foto 8: Panorámica de Puerto Nariño.

Nexi: “Una princesa amazónica”



A principios de 2017 estaba por empezar mi último año de la carrera de filosofía y por ese entonces ya me sentía un poco saturado de la fría disciplina académica; lógica formal, discusiones sobre abstracciones, argumentos sobre argumentos, etc. Necesitaba tomar un baño de naturaleza y “realidad” que de paso me sirviera para pensar en mi trabajo de grado, así que como tantas otras veces me escapé a Puerto Nariño. En ese viaje esperaba de pronto coincidir con las vacaciones de Robert, pero él había vuelto a su trabajo en Medellín hace unos días, sin embargo, me contó que en el Amazonas se había quedado su novia Nexi, quien ahora también había estado viviendo y trabajando con él en restaurante El Cielo. Ambos habían regresado una temporada para tratarse con medicina tradicional por unos extraños problemas de salud a los que los médicos que los habían visto en Medellín no daban solución. Robert me había dicho por teléfono que Nexi estaba en la comunidad del Doce de Octubre con su familia. Aproveché la oportunidad y le pregunté si era posible que yo subiera hasta la comunidad para visitarla, así de paso podía conocer esa parte de las comunidades del río Loretoyacú a las que no había subido antes. Me dijo “Claro maestro, puede ir”. Robert quedó en hablar con ellos y decirles que un amigo suyo iba ir a visitarlos. Un par de días después me llamó y me dijo que ya estaba todo listo, que podía subir, que me estaban esperando, no sin antes hacerme una advertencia: “Maestro, pórtese bien, yo veré... y reciba todo lo que le ofrezcan”. Nuevamente me sorprendió mucho su advertencia, hasta ese momento nunca me había dicho algo así, generalmente Robert siempre había sido una persona más o menos irreverente frente a las figuras de autoridad, pero en este caso, parecía importarle mucho la impresión que yo pudiera darle a la familia de Nexi. Sentí que era una especie de embajador de él y así lo asumí. La cosa indudablemente iba en serio.

Le pedí a mi amigo Luis Otto que me acompañara, él también estaba muy animado de ir a la comunidad, pues hace mucho tiempo tampoco subía por allá. La comunidad Doce de Octubre

estaba a aproximadamente dos horas en *peque-peque*²⁰ río arriba de Puerto Nariño. Pensando que, con un barquero del puerto, de los que llevan a los turistas a ver delfines podría resultar muy costoso, le pedimos a un tío de mi amigo Pedro Yauré, si él nos podía llevar. Accedió inmediatamente. Yo ponía la gasolina y le reconocía una módica suma de dinero. El tío “Champa” era primo de “Chaporé” el padre de Nexi, así que para él también era como un paseo familiar. Emocionado me alisté con cámara fotográfica y caña de pescar. No perdía la esperanza de tener la oportunidad de “perfeccionar” mis técnicas de pesca. Compré también algo *remesa*²¹ para llevar: un paquete grande de *calabresa*²² brasilera, pan y gaseosas para los niños. Robert me había dicho que el padre de Nexi era medio “chamán”, y que, si me lo quería ganar, le llevara un paquete de tabaco brasilero. Anotado y comprado. Antes de las 8 de la mañana nos embarcamos y salimos río arriba. Era un día despejado y soleado de aguas altas. Sentía mucha emoción y curiosidad, pero me repetía en mi cabeza las palabras de Robert “Maestro, pórtese bien, yo veré... y reciba todo lo que le ofrezcan”. No entendía muy bien por qué habría pensado que debía recordarme eso. ¿Le parecía que podía portarme mal? El sol golpeaba con fuerza y el sonido del desajustado motor me martillaba la cabeza, pero la brisa y el paisaje eran un privilegio.

Antes de llegar al Doce de Octubre pasamos por varias comunidades que mi amigo Otto, que era guía turístico, me iba nombrando: San Francisco, El paraíso, Villa Andrea, Santa Teresita y San Juan del Socó. Yo nunca había subido tan arriba por el río Loretoyacú. Finalmente llegamos alrededor de las 10 de la mañana.

La casa de la familia de Nexi estaba sobre una loma empinada coronada por dos amplios pomarrosos que se veían desde el embarcadero. Era una pequeña casa de madera con un espacio parecido a una antesala que todavía estaba en construcción. Nos recibió su hermano

²⁰ **Peque-peque.** Es una pequeña embarcación de madera con motor fuera de borda con un mástil largo y versátil. El nombre *peque-peque* es una onomatopeya del sonido de traqueteo propio del motor.

²¹ **Remesa.** Antiguamente pago en especie por un trabajo. En la actualidad se refiere a un mercado de alimentos que se envía a la familia o como un obsequio. En algunos lugares de la Amazonía se usa como sinónimo de comida de blanco.

²² **Calabresa.** Es un tipo de salchicha brasilera salada y de gran tamaño. Es muy popular en toda la región de la tri-frontera amazónica.

Teo y su padre “Chaporé”. Al vernos Otto y Champa saludaron con confianza, luego yo me presenté como el amigo de su yerno Robert. Nos hicieron entrar a la antesala inmediatamente. Nexi no se encontraba en la casa, estaba abajo en San Juan del Socó donde le estaban haciendo la curación. Chaporé dio la instrucción para que Teo fuera a buscarla. Se cargó un motor de peque-peque al hombro y salió loma abajo. Hice entrega de las remesas y el paquete de tabaco *Maratá* para el padre de Nexi. Una bandada de niños, sobrinos de Nexi, aparecieron de la nada y devoraron el pan y las gaseosas. Chaporé sacó un cuaderno cuadriculado de algún viejo kit escolar y arrancó unas hojas para hacerse un cigarrillo con el tabaco. Estaba encantado. En la casa también estaba Nélide la madre de Nexi, las hermanas menores Laura, Eulalia y Ligia, el casulo Elian, y dos de sus hermanas mayores Hilda y Cenélida.

Mientras esperábamos por Nexi, las hijas menores de la casa molían yuca fermentada, las mayores amamantaban, la mamá tejía un canasto y los hombres hablaban de aventuras amorosas del pasado. Al momento las hermanas mayores nos ofrecieron sendas totumas con un delicioso masato²³ de chontaduro²⁴ y mojoyoy²⁵ de yuca asado. Cenélida se reía a verme comer los gusanos sin el menor aspaviento y me traía más. Otto que estaba interesado por las aves, preguntó al padre de Nexi si por la comunidad había águila arpía²⁶, que es una de las especies más raras y cotizadas por los observadores de aves internacionales. “Claro que sí, eso es comida” contestó Chaporé, a lo que empezó a contarnos la historia de “Juan Jugador”. Era la historia de un hábil jugador de fútbol de una comunidad cercana al Perú, que junto con su hermano había sido raptado por una pareja de brujas que se convertían en águila arpía. Ambos logran escapar de su cautiverio, y en venganza, las devoran asadas gracias a las finas artimañas del famoso Juan jugador. Le llamaban Juan Jugador porque nunca se quitaba la camiseta de su

²³ **Masato.** Es una bebida fermentada que en el Amazonas es elaborada principalmente con yuca y chontaduro, pero también puede hacerse con arroz, maíz, avena o piña. Para muchos pueblos indígenas es bebida obligada en las mingas de trabajo, celebraciones comunales y rituales.

²⁴ **Chontaduro.** (*Bactris gasipaes*) es una palma que produce ramos con un fruto de carne fibrosa y amarillorrojiza cuando está maduro. Muy nutritivo, con alto contenido graso y de almidón. Se come cocinado solo, en jugo o masato entre otras formas.

²⁵ **Mojoyoyes.** Son las larvas de distintas especies de escarabajos que se encuentran en los troncos en descomposición de algunas especies de palmas o tubérculos. Se comen generalmente asados en hoja, fritos o también vivos.

²⁶ **Águila Arpía.** (*Harpia harpyja*) es la especie de águila más grande del hemisferio occidental y austral. Vive en el bosque lluvioso neotropical. Se identifica por su cabeza de plumas blancas crestadas.

equipo con el nombre en su espalda. Mientras Chaporé nos contaba la historia yo lentamente iba cayendo víctima de un pesado sueño diurno como no había sentido hace mucho tiempo. No eran ni las 11 de la mañana y casi no podía tenerme despierto. Al notar mi dificultad una de las hermanas de Nexi me dijo que eso era causado por el mazato de chontaduro. Entre risas me dice “Ya le traigo algo para que se despierte” y me sirve otra totumada, pero esta vez, de guarapo²⁷ de caña. La bebí completamente. Me sirvieron otra. En diez minutos pasé de una profunda somnolencia a una perfecta ebriedad. Todo eran risas en la casa cuando finalmente llegó Teo con su hermana Nexi.

“Aquí llegó mi hija” dice Chaporé. Nexi me saludó amablemente, pero con algo de timidez y sin mucha energía, se le veía débil y cansada. Me dijo: “entonces tu eres el amigo de Robert. Me ha hablado mucho de ti”. Nexi era una mujer delgada y de baja estatura. Sus facciones eran finas y bellamente redondeadas. Su cabello largo y brillante colgaba hasta la cintura. Se parecía mucho a sus hermanas y en particular a su hermano Teo. Todos cortados con la misma tijera. Nos sentamos a un lado del círculo de conversación para poder hablar mejor. Me contó que desde Medellín había estado muy enferma y que ahora estaban haciéndole unos baños con hierbas con un tío en San Juan del Socó: “Llegué aquí casi muerta no te imaginas. Ahora estoy mejor. Barü también estaba muy mal, pero tuvo que irse para seguir trabajando en el restaurante”. Cuando le pregunté por la causa de la enfermedad me dijo que era una “maldad” que les estaban haciendo, y que ya sabían quién era. Según me dijo, al parecer un familiar de la comunidad les había hecho el daño espiritual por envidia de su vida en Medellín y como venganza por viejos resentimientos familiares: “La gente es muy envidiosa, no le gusta ver a los otros progresar”. Me dijo que su padre ya también la estaba protegiendo con tabaco y que se iban a vengar de vuelta. Mientras hablaba con ella noté que tenía puesto un collar tallado en piedra que siempre le había visto a Robert en Puerto Nariño. Cuando le pregunté por él, me contestó con ironía: “Sí es de Barü, me lo dio supuestamente como protección, pero mira cómo estoy”. Nos reímos en complicidad. Le pregunté de qué clan era su familia: “Clan cascabel, por

²⁷ **Guarapo.** Es una bebida alcohólica producida con el fermento de del jugo de caña. Fuerte y “traicionera” por su dulce.

eso va bien con el clan pluma de Barü”²⁸. Me explicó que las personas no se podían unir en clanes de su mismo tipo, por ejemplo, como Robert era clan pluma, entonces no le era permitido unirse con una mujer de clan pluma, como clan guacamaya, paujil o colibrí, pues son como hermanos de clan y eso está prohibido. No importa si están muy enamorados. Así con los otros clanes²⁹. Ella al ser clan cascabel, era del tipo “semilla” o “fruta” de cascabel y por eso podían estar juntos con Robert.



Foto 9: "Una princesa amazónica".

Poco después, Garelis, una de sus sobrinas de unos 5 años, llegó con un pájaro en la mano, una cría de mochilero, el mismo del clan de Robert, y se la entregó a Nexi. Le pregunté si ese era su “Barü”, con una sonrisa me dijo que sí, y cerrando los ojos, le dio un beso en la cabeza. El gesto me conmovió mucho. Parecía que realmente ella también estaba enamorada. Le pedí una foto para mostrarle a Robert. Finalmente nos llamaron almorzar arroz con calabresa.

²⁸ Según conversación con Abel Santos (2022) la regla entre los tikuna es que existen dos tipos de clanes. Por un lado, los clanes de pluma, es decir, todas las aves, y por el otro, los demás tipos, como planta, semilla, piel, etc. Es entre estos dos grupos principales que deben hacerse los cruces de alianzas matrimoniales para no incurrir en incesto clánico.

²⁹ Sobre el origen y nombres de los clanes tikuna ver Goulard (1994)

Desde que llegué me venían preguntado por la caña, y que, si me gustaba la pesca, así que después del almuerzo, ni cortos ni perezosos y con la borrachera controlada salimos a la faena. Atravesamos el pueblo hacia una quebrada de agua negra donde me prometieron buenos peces. Las casas de la comunidad estaban a lado y lado de un camino de palos de madera que se extendía por casi un kilómetro, entre subidas y bajadas, y varios puentes de madera que unían las lomas sobre las quebradas. Eran casas sencillas de madera y techo de palma hechas al gusto y las necesidades de cada familia. Hacía un bonito día. El padre de Nexi se detuvo donde un vecino y pidió zapana³⁰ para usar de carnada. Yo nunca la había visto ni oído hablar de ella. Era una especie de lombriz gigante, gorda como un dedo, que se encontraba en unos nidos de pasto en las copas de los árboles durante la temporada alta cuando el río inunda el bosque. Según Chaporé era infalible y los peces no se podían resistir. Fuimos, el tío Champa, Chapo, Otto, “Cucha”, un amigo de la familia, Nexi y yo. Ya en la quebrada Chaporé cortó con su uña un trozo de la lombriz que empezó a sangrar profusamente. Al primer intento no pasaron tres segundos y ya había atrapado mi primer pez, una sardina de buen tamaño. Hicimos un concurso entre Nexi, Chapo, Cucha y yo. Otto se dedicó a fotografiar aves en los alrededores. Nexi se veía muy animada y con un semblante mucho mejor al que tenía cuando llegó. Cucha era el mayor contendor. Después de algo más de una hora cada uno había pescado más de seis peces entre sardinas, palometas y piraña. Al final me dieron por ganador, pues saqué el pez más grande, una palometa del tamaño de mi mano, sin duda el pescado más grande que yo había pescado hasta el momento, aunque no parecían muy impresionados. Tomamos una foto para celebrar la ocasión y volvimos a casa. Me despedí de todos agradecidamente y dejé el producto del día para la casa. Prometí regresar.

De vuelta a Puerto Nariño cuando ya estaba cayendo la tarde, aprovechamos para bajar a Nexi y dejarla en San Juan del Socó. En el camino hablamos otro poco. Sentí que le había caído bien y que había hecho un buen trabajo como “embajador” de Robert. Me había portado bien y recibido todo lo que me ofrecieron como le prometí. Estaba satisfecho y con el sentimiento de

³⁰ **Zapana.** Es el nombre local de una lombriz (*Rhinodrilus buree*) recientemente catalogada en el Amazonas como una nueva especie en 2020. Se nombró *buree*, que significa lombriz de tierra en lengua tikuna, en homenaje a la comunidad indígena donde se documentó por primera vez. Feijoo-Martínez, Alexander, Peña-Venegas, Clara P., & Zuluaga, Luis Fernando. (2020).

haber encontrado la ficha que me faltaba. Ahora entendía un poco mejor a Robert sobre su elección de Nexi. Era una mujer joven, bella e inteligente, con lazos familiares y culturales fuertes que además lo quería. Robert había encontrado una mujer indígena como él con quien podía pensar en un proyecto de vida ligado a sus raíces culturales y a su territorio. Entendí que la búsqueda de Robert por recuperar “lo tradicional” no era simplemente un medio para alcanzar algo ajeno y lejano, era una búsqueda real, una búsqueda de sí mismo, de los suyos de y su lugar en el mundo. Tal vez encontrar a Nexi fue la respuesta a ese mensaje oculto en el “Sueño de Barü”. Me alegré mucho por ellos.





Foto 10: Nexi, Garelis con su “Barü”, e Hilda con su bebé.



Foto 11: Laura y Teo hermanos de Nexi.



Foto 12: Nélide la madre de Nexi teje un canasto.



Foto 13: Chaporé nos cuenta la historia de "Juan Jugador".



Foto 14: Una buena pesca con Champa, Cucha, Nexi y Chaporé.



Foto 15: Otto y el tío Champa me acompañan.

“El Cielo”: Robert y Nexi en la ciudad

Después de ese último viaje donde conocí a Nexi seguí en contacto con ellos mientras estaban viviendo en Medellín. Me llamaban con cierta frecuencia a saludarme o a pedirme consejo sobre alguna cosa. Me insistían mucho que fuera a visitarlos. Nexi me decía que me iban a esperar con masato de yuca para que nos emborracháramos. Infortunadamente nunca logré coordinar el viaje.

Cómo había contado, Robert se había ganado un concurso de cocina para trabajar en el restaurante El Cielo y creo que vale la pena contar de qué tipo de restaurante se trata.

El Cielo es el único restaurante colombiano con *Estrella Michelin*. Es propiedad del chef milenial antioqueño Juan Manuel Barrientos y cuenta con sedes en las zonas más exclusivas de Medellín, Bogotá y Nueva York. Se especializa en cocina creativa y cocina molecular. Paralelo al restaurante, Barrientos creó la Fundación El Cielo, que busca integrar a excombatientes del conflicto armado, entre exguerrilleros, soldados y paramilitares, así como personas con discapacidad y población indígena dentro de sus programas de formación en alta cocina, para de esta manera, brindarles una “oportunidad” de aprender una profesión e integrarse productivamente a la sociedad. Robert llegó allí dentro de este programa y se desempeñaba como auxiliar de cocina. Preparaba jugos, aderezos y llegó a ser uno de los encargados la parrilla de las “proteínas”. Por su carisma Robert fue protagonista de varios videos institucionales de la fundación, donde, con el rostro pintado al uso tradicional, hablaba de su proceso en el restaurante, y, sobre todo, agradecía públicamente al chef “Juanma Barrientos” por la oportunidad de aprender y “salir adelante”. Sin embargo, Robert en varias oportunidades estuvo a punto de renunciar al restaurante, pues vivía muy lejos, y tanto los horarios nocturnos como la carga de trabajo eran muy exigentes, lo que le estaba generando problemas de salud. En una de esas oportunidades le dijeron que si quería renunciar debía traer a alguien del Amazonas para que quedara en su remplazo. En lo personal eso siempre me pareció

sospechoso y le hice saber que en realidad ese proyecto no buscaba realmente ayudarlo ni darle una oportunidad, sino que lo necesitaban para poder aplicar a los estímulos tributarios del gobierno y recibir una reducción sustancial de sus impuestos. Robert se quedó pensando, pero no se veía muy convencido de dejar ese trabajo, pues guardaba la esperanza de que el restaurante lo apoyara para crear su propio restaurante de cocina tradicional en Puerto Nariño. Cosa que al final nunca sucedió. En este momento fue cuando, en un viaje de vacaciones, conoció a Nexi y la llevó con él para trabajar y hacer parte del programa. Ahí empezó su relación.

En El Cielo trabajaron juntos durante algunos años no sin dificultades, pues como había dicho, la carga laboral era pesada y vivían muy lejos de lugar en un barrio popular, además de eso, el ambiente laboral no siempre fue tan amistoso. En una oportunidad a Nexi la acusaron de robar dinero de una de las cajas, lo que no me pareció menos que acusaciones infundadas y envidiosas, o por qué no decirlo: racistas, pues era evidente que Nexi no tenía como acceder a las cajas y nunca se presentó prueba alguna sobre su responsabilidad. A pesar de esto, la relación costo beneficio parecía funcionar bien para ellos, pues, juntando el mínimo de sus dos salarios se podían permitir vivir con cierta comodidad. Habían arrendado un apartamento, compraron una moto, una lavadora, una nevera y otros electrodomésticos. Por otro lado, Nexi estaba empezado a estudiar durante el día un programa técnico en auxiliar de enfermería. Ese siempre había sido su sueño. Robert la apoyaba en todo y quería que ella pudiera tener una profesión. Yo por mi parte, y con ayuda de mi padre, arreglamos un computador portátil usado que había en la casa y se lo regalamos para que tuviera su propio equipo para estudiar.

Mi impresión es que el trabajo en El Cielo, además de ser una fuente de ingresos, representaba para ellos un símbolo de estatus social y un privilegio que no estaban dispuestos a dejar perder tan fácilmente, una especie de sueño hecho realidad. Aunque su familia en el Amazonas no supiera muy bien qué tipo de restaurante era El Cielo y lo que ellos hacían allí, el sólo hecho de tener un trabajo fijo y vivir en una ciudad como Medellín era motivo suficiente para despertar la envidia de más de uno en la comunidad, situación que parecía justificar la presunción de Nexi de que su enfermedad era causada por un mal espiritual conjurado por un familiar, la cual, continuaría incluso después de mi encuentro con Nexi y su familia en el Doce de Octubre.

Cuando hablábamos de la enfermedad y sus causas, yo asumía una postura muy racional y trataba de hacerlos caer en cuenta que su enfermedad de pronto podía estar más relacionada con las intensas jornadas de trabajo nocturno, el frío de la noche al salir y con el cambio de alimentación. En todo caso no me atrevía a descalificar directamente su interpretación sobre el daño espiritual que les estaban haciendo. No me sentía con el derecho intelectual ni la autoridad moral de hacerlo. Finalmente, Robert reconoció que sí estaban comiendo muy mal y que tratarían de mejorar su alimentación, entre otras cosas comiendo más pescado y fruta. Las verdaderas razones de su enfermedad tan solo vendría a conocerlas mucho tiempo después. No volvimos a tener contacto en varios meses.

Cristal

Un día de finales de diciembre de 2017 Robert me llamó a darme una noticia: “Maestro tengo que contarle algo: Con Nexi acabamos de tener una niña. Se llama Cristal”. Nuevamente quedé paralizado por la noticia, pues nunca sabía con qué cosa nueva me podían salir. Me sorprendió mucho que me enterara sólo hasta el último momento. Alguna razón debía existir para guardar el secreto del embarazo. De cualquier manera, me alegré mucho y los felicité deseándoles lo mejor. Lo que no me imaginaba, era que Robert me tenía otra noticia sorpresa. “Maestro, y usted va a ser el padrino de la niña”. Otra vez quedé frío, pero sentía una profunda alegría y estaba muy honrado por haber pensado en mí para ser padrino de Cristal. Le pregunté si Nexi estaba de acuerdo en que yo fuera el padrino de la niña. Robert me dijo que sí, que lo habían decidido entre los dos. Yo estaba conmovido, pero también consiente de la responsabilidad moral y económica del honor. Ahora éramos más que amigos, éramos compadres.

Un par de meses después Robert me llamó alarmado para contarme que la niña estaba muy enferma, con dificultades para respirar. Además, por esos días alguien lo había llamado a Medellín desde el Amazonas para amenazarlo a él y a Nexi. Estaban desesperados y no sabían muy bien que hacer. Me contó que con Nexi habían decidido contactar a una espiritista de Medellín que prometía curar a la niña y devolverle el daño a la persona que le estaba haciendo la maldad, solo debían darle a cambio, una nada despreciable suma de dinero que equivalía a

más de un salario mensual de ellos. Solo pude decirle a Robert que tuviera mucho cuidado y que no se dejara estafar porque no tenía ninguna seguridad de lo que estaba pasando y menos de que esa espiritista realmente pudiera ayudarles a curar a Cristal. Al final, Robert accedió a no contratar el servicio de la espiritista. Me dijo que iba a poner la denuncia de la amenaza en la policía para que rastrearan el teléfono. Sobre eso nunca se volvió a saber nada. Por otro lado, Nexi era una madre primeriza y no estaba su familia para ayudarla y aconsejarla con el cuidado de la niña. Seguramente estaba muy nerviosa. Para solucionar esa situación, poco tiempo después me pidieron que recibiera en el aeropuerto de Bogotá a su hermana Ligia que viajaba para ayudarles en la casa con el cuidado de Cristal mientras Nexi estudiaba. Ligia venía con su hija de un año y medio, que también se llamaba Nexi. Nunca había salido del Amazonas ni mucho menos se había subido a un avión. Cuando la encontré estaba blanca, muerta del susto. Casi no logro convencerla de subir a la escalera eléctrica para pasar a la plataforma del cambio de vuelo. Ligia y Nexi niña, "Nechi" como le decían, vivieron con ellos en Medellín un poco más de un año hasta que Robert y Nexi finalmente sintieron que su ciclo en la ciudad había terminado. Dejaron su trabajo, el estudio, vendieron todas sus pertenencias en Medellín y volvieron al Amazonas.



Foto 16: Ligia y la pequeña "Nechi" en Bogotá.

El proyecto: Robert y Nexi en el Amazonas

Hacia finales de 2018 de nuevo me encontré envuelto en una disyuntiva importante con respecto a mi futuro profesional. Justo había entregado mi trabajo de grado de la carrera de filosofía con un texto sobre ética antigua. Consistió en una disertación sobre el uso del concepto “*lo que depende de nosotros*” y responsabilidad moral en Aristóteles y Agustín. Después de la graduación recibí una resolución de la facultad de ciencias humanas de la Universidad Nacional donde se me notificaba que se me otorgaba el estímulo de admisión automática de posgrados de la Universidad. Eso quería decir, básicamente, que podía entrar a cualquier posgrado de la Universidad Nacional sin necesidad de presentar examen de admisión, proyecto o entrevista. Adicional a eso, tenía derecho a un descuento importante en los costos de matrícula. Eso me puso de frente a la nueva posibilidad de hacer un posgrado, que era en realidad una alternativa que no había sopesado suficientemente. Coincidentemente, revisando mi correo institucional, encontré un mensaje donde se publicaban las fechas de la convocatoria para los posgrados en Estudios Amazónicos de la Sede Amazonía de la Universidad Nacional. Cómo tantas veces en esta historia, quedé frío. Parecía que los astros se iban alineando y forzaban mi voluntad, o se aprovechaban de ella, para hacerme volver al Amazonas. En un principio busqué otras opciones de posgrado, pero en el fondo, sabía que era una necesidad, y que, como tantas otras veces en mi vida, terminaría cediendo a eso a lo que más me resistía. Acepté que quería vivir un tiempo en el Amazonas para entender muchas de las cosas que había percibido y experimentado en mis viajes. Pensé, además, que podía ser una buena oportunidad para desarrollar el proyecto cinematográfico que había aplazado por tanto tiempo. Así fue como, finalmente me inscribí en la Maestría de Investigación en Estudios Amazónicos y me pasé a vivir a Leticia a principios de 2019. No tenía todavía un proyecto de investigación para la maestría. Pensaba que ya en la Universidad algo interesante encontraría para trabajar, lo que me parecía más importante era poder conocer mejor la región.

Al principio, durante el seminario de investigación había contemplado plantear un proyecto teórico-práctico a partir del concepto articulador de “la mirada”. Me interesaba hacer un documental de ensayo que fuera acompañado por un texto teórico sobre la fenomenología de la mirada en el contexto intercultural amazónico. Una dialéctica de la mirada a través del reconocimiento entre personas de cuerpos y culturas diferentes. Era un poco complicado. Aunque le di muchas vueltas al asunto no terminaba de convencerme completamente. Sentía que le hacía falta un cuerpo y un objeto concreto. Por ahora ya había tenido suficiente de la especulación filosófica. Simultáneamente seguía con la idea de realizar este retrato fílmico con Robert y Nexi que planeaba como un proyecto personal. Pensé que podía hacerlo parte de mi proyecto de tesis, pero me resistía a ponerlos en el centro de una investigación como objetos de estudio. Nuevamente me resistí tanto como pude, pero terminé cediendo. Encontré en ese momento una solución que me parecía aceptable desde el punto de vista ético y era hacer el documental “El Cielo” y centrar la reflexión teórica y etnográfica del proceso de realización de este, de tal manera, que tenía dos objetos: una representación audiovisual etnográfica y un texto teórico-crítico. Sería una representación etnográfica sobre una familia indígena particular y una reflexión sobre la representación audiovisual etnográfica. De este modo podía trabajar sin tener que exponer directamente a escrutinio antropológico a mis sujetos de estudio, que ahora tenían un estatus de actores-personajes. Era un gana-gana. Con la ayuda de Juan Álvaro Echeverri mi director de tesis, presentamos esa propuesta que fue aprobada. Aunque todo parecía muy bien, aún había un factor que resolver, y era que, en ese momento, Robert y Nexi todavía no habían vuelto al Amazonas, aunque ya me habían comunicado sus intenciones de regresar. Había varios motivos económicos y de salud, pero, sobre todo, eran la falta de oportunidades y los problemas en el trabajo. En palabras de Robert: “Maestro, mucho problema, aquí todo es plata, sin plata uno no es nadie”.

A mediados de 2019 finalmente Robert y Nexi regresaron con Cristal, pero en un primer momento no me pude encontrar con ellos, pues yo estaba en Bogotá y ellos llegaron directamente a Puerto Nariño y luego se fueron para la comunidad. Yo aún no sabía claramente qué planes tenían y en qué escenario podía realizarse este retrato fílmico con ellos.

Solo hacia finales de ese año pudimos tener nuestro primer encuentro, era la primera vez que tenía la oportunidad de verlos juntos como familia y conocer a su niña Cristal. Acababan de llegar de San Juan de Yanayacú, en el Perú, a unas siete horas por el río Amazonas desde Puerto Nariño, donde el padre de Nexi tenía una chagra. Habían estado allí trabajando junto con la familia de Nexi para ganar algún dinero adicional para poder organizarse.

El caso es que Robert y Nexi decidieron dejar la chagra pues las jornadas de sol a sol eran muy duras, mal pagas y las condiciones sanitarias muy malas. Cristal había sufrido de muchas alergias e hinchazón en el cuerpo.



Foto 17: Primer encuentro con la familia en Leticia.

Ese primer encuentro me alegró mucho y me pareció que a ellos también, aunque la niña, ya de dos años, se ponía muy celosa y no parecía confiar mucho en mí. Tal vez no estaba acostumbrada a que alguien tuviera tanta cercanía con sus padres, especialmente no toleraba que me acercara a Nexi. Ella me dijo que con su padre era peor. Hablamos de todo un poco para ponernos al día y aproveché para contarles de mi idea de hacer el documental que sería parte de mis estudios. Les dejé claro que yo pensaba pagarles por su tiempo y su trabajo. Estuvieron de acuerdo, aunque no sabían muy bien de qué podía tratarse, así que sin mucho detalle les expliqué que básicamente era sobre ellos y su vida como familia. Les pareció un poco extraño, como si no entendieran por qué me podría interesar hacer un trabajo de la universidad sobre ellos. Lo mismo ya me habían preguntado antes en la maestría, pues a algunos les parecía una familia muy normal sin ninguna característica o conflicto destacable para una investigación de posgrado. En todo caso, les dije que mi trabajo de la universidad tenía que ver con familias indígenas del Amazonas y que los había elegido a ellos para hacerlo. Era una pequeña mentira, pero me parecía inofensiva. No quería que sospecharan de mis intenciones, ni que se lo tomaran muy a pecho y trataran de mostrarse de una manera impuesta o especial, sino que más bien, pensarán que, era un trabajo sobre su cotidianidad, y que, así como era sobre ellos, también podría haber hecho mi trabajo sobre cualquier otra familia indígena del Amazonas, aunque la verdad era que no me interesaba trabajar con otra familia. Me interesaban ellos por la historia que tenían y la relación que habíamos construido. En el fondo, lo más importante para mí es que ellos lo vieran como un trabajo que no les representaba mayor problema, pero que también era un trabajo académico serio y se comprometieran conmigo.

Durante ese tiempo nos encontramos en varias ocasiones donde fuimos a cenar o comer helado, donde sobre todo hablábamos de sus planes de vida. Un tema importante para ellos era que querían hacer el bautizo de Cristal, pero insistían en que querían hacerlo tanto por la iglesia católica, como por la parte tradicional indígena. Robert insistía particularmente en este último punto mientras pensábamos la forma de hacerlo posible para que también fuera parte del documental. Este punto me resultaba muy interesante, pues, ese bautizo era para ellos como una forma de protección espiritual y corporal de la niña, y dado el contexto, les parecía importante que Cristal quedara protegida tanto por la parte blanca como por la parte indígena.

En muchas ocasiones deseé poder estar filmando nuestras conversaciones, pero en ese momento no contaba con los medios materiales para hacerlo como yo quería, pues todavía tenía muy fijadas ciertas pretensiones artísticas y estéticas de la forma del documental, tal vez, preocupado por poder mostrar que después de todo el tiempo inactivo haciendo filosofía, todavía no había perdido “el ojo” como realizador y fotógrafo cinematográfico. Acordamos encontrar la manera de hacer los bautizos e incluirlos en el documental.

En ese entonces Robert y Nexi vivían en una habitación de la casa de una de las hermanas de Robert en la Isla de la Fantasía frente a Leticia y estaban gastando lo último de sus ahorros. Robert sentía que no tenían suficiente privacidad por lo que estaba buscando la forma de conseguir un trabajo en Leticia para irse a otro sitio. Le recomendé buscar algo en los hoteles y restaurantes de alto perfil de la ciudad, ya que su experiencia en El Cielo era más que suficiente para trabajar en cualquiera de esos lugares. Les ayudé a organizar y redactar unas hojas de vida formales y elegantes para presentar. Finalmente, la iniciativa surtió su efecto y Robert pudo conseguir un trabajo como auxiliar de cocina en uno de los restaurantes más reconocidos de Leticia. Era una excelente noticia, pero al parecer, como se dice popularmente, Robert “tenía la sal encima”, con tan mala suerte que el primer día de trabajo se enfermó y cayó en cama dos semanas. En el hospital lo diagnosticaron con dengue, que por esa época estaba azotando fuertemente la región. En broma le dije que se mandara a hacer un “lavado de hierbas”. Me dijo: “Si maestro, va a tocar... mucha saladera”. A pesar del impase, después de recuperarse Robert pudo regresar a su puesto y con el sueldo consiguieron alquilar un pequeño apartamento cerca a el Parque de los Loros, que es el parque principal de Leticia, lugar obligado para todos los turistas.



Foto 18: Robert en la hoja de vida.



Foto 19: Nexi en la hoja de vida.

Por mi lado, como entrega final del seminario de investigación, debía presentar una muestra audiovisual del proyecto que me habían aprobado, así que, después de muchos trámites burocráticos, logré conseguir prestada una cámara de la Universidad y realizar con ellos una primera aproximación del documental. Sin muchas pretensiones hicimos un *teaser*³¹ de tres minutos en forma de retrato familiar. El ejercicio fue interesante, entre otras cosas, pude comprobar que ellos se sentían a gusto conmigo y que la cámara aparentemente no era un obstáculo para relacionarnos. Ambos estaban muy bien arreglados, Nexi se había puesto especialmente bonita y los tres llevaban puestos collares y pulseras. Creo que se sentían muy orgullosos porque era la primera vez que iban a la universidad. Les presenté a algunos profesores y luego grabamos unas imágenes cerca de la Casa Hija, que es la maloca en el sendero ecológico de la Universidad que sirve como lugar de encuentro e intercambio cultural con los pueblos indígenas de la región. Ese día, Robert interpretó una bella pieza musical de su autoría con una gaita del pueblo nasa del Cauca, que alguien le había obsequiado en una reunión de distintos pueblos indígenas del país. Esa pieza, grabada en una sola toma, luego la usé como fondo musical del *teaser*³². Realmente Robert era muy creativo y talentoso. Nexi por su parte entonó una canción de cuna en lengua tikuna sobre el perro de la inundación del fin

³¹ **Teaser.** Es un adelanto audiovisual corto evidenciando el tono y estilo de una producción que está por realizarse. Se diferencia del *trailer*, porque este último es un adelanto de la trama y la estética final de la película ya realizada. El primero tiene como finalidad seducir a un posible inversionista y el segundo vender la película al espectador.

³² Teaser El Cielo: <https://vimeo.com/386361030>. Clave: cristal.

del mundo. Era una canción muy bella y Nexi tenía una voz muy dulce, sin embargo, no logré sincronizar su canción con la música de Robert, así que la guardé por si me servía más adelante.

En todo caso, estaba satisfecho con el resultado. Me gustaba filmarlos y realmente registraban muy bien en cámara. Me llenó de satisfacción comprobar que realmente sentía un interés legítimo de retratarlos como familia y como personas, más allá de esa “la mirada” impersonal y objetivante con la que muchas veces se representa de forma genérica a los sujetos y pueblos indígenas en el cine etnográfico predominante. Una forma de etnocentrismo idealizado del que quería distanciarme a toda costa.

La presentación del adelanto visual en la maestría fue en general exitosa, aunque no estuvo exenta de críticas, pues algunas personas lo interpretaron como una mirada romantizada y anticuada de esta familia. Lo de romantizada lo entendía y estaba de acuerdo con la crítica, porque de alguna manera existía romanticismo en la mirada que tenía hacia ellos, lo de anticuada no lo comprendí muy bien, pues alguien me comentó que el encuadre que había elegido, un plano medio abierto, casi en *plano americano*³³, le parecía de fotografía etnográfica colonial del siglo XIX, pero en color. Esto último me pareció un poco divertido, pero no puedo negar que en mis gustos cinematográficos si tengo algo de anticuado. Me gusta el cine de Bergman, Bresson, Sokurov y nunca he podido verme más de dos capítulos de una serie de Netflix enteros. De eso a que sea una mirada “neocolonial” simplemente por el valor de encuadre de un plano, ya me parecía demasiado. Eso solo confirmaba mi inquietud inicial sobre “La mirada”, pues cada quién ve el mundo, al otro, y las representaciones de estos, filtrado por su propia experiencia estética y preconceptos. Después de esa presentación sabía que tenía mucho que analizar y trabajar para dar a entender adecuadamente cuál es la mirada con la que quería retratar a esta pareja. Hasta ahí llegó mi colaboración con ellos ese año. A inicios del siguiente año debía empezar mi trabajo de campo y la filmación del retrato documental.

³³ **Plano americano.** Valor de encuadre cinematográfico donde se corta al personaje por encima de las rodillas. Es el plano clásico de las películas de western americano donde debía alcanzar a verse los revólveres de los *cowboys*.



Foto 20: Fotograma teaser de El Cielo.

Leticia: Antes de la tormenta

Finalmente estaba todo arreglado para retomar el trabajo del documental junto con Robert y Nexi y me encontraba animado y positivo. Ya había resuelto varios de los aspectos técnicos del rodaje y había comprado algunos equipos audiovisuales para la grabación. Tan sólo me hacía falta la cámara, la cual esperaba conseguir nuevamente con la Universidad. Resolví que, por cuestiones de presupuesto y facilidad para el rodaje, era mejor que grabara por mi cuenta sin asistentes ni sonidista. Sí yo mismo hacía la cámara y grababa el sonido internamente, de esa manera podía tener un contacto más cercano e íntimo con Robert y Nexi. Me dispuse entonces a hacer todas las gestiones necesarias. Por otro lado, mientras eso se resolvía, quería pasar el mayor tiempo posible con la familia antes de grabar para así poder fortalecer los lazos de confianza y la comunicación. Todavía estaba pendiente definir el tema del guión, para al menos tener una escaleta de posibles escenas y una línea narrativa. Aunque por supuesto, antes de eso debía informarme en qué iba la vida de mis personajes.

Un día de mediados de febrero de 2020 me encontré con Robert en el Parque de los Loros, estaba con Cristal quién curiosamente pareció recordarme con alegría y timidez. A Robert lo noté un poco más preocupado de lo normal. Me contó que ya no estaban viviendo en el apartamento en Leticia y que había renunciado al restaurante. Estaba cansado del trabajo. Aunque lo habían contratado como auxiliar de cocina, desde que empezó a trabajar lo vistieron con el delantal de *steward* y lo enviaron a lavar los platos y organizar la cocina. Si bien varias veces Robert había pedido que le dieran la oportunidad de hacer alguna preparación y demostrar lo que sabía, el chef, que era una persona del interior, nunca le pasó siquiera un cuchillo para dejarlo cocinar. Por supuesto, Robert se sentía desmotivado y despreciado. Mal que bien, su experiencia, en un restaurante, por lejos más grande y exigente, de sobra le servía para hacer mucho más que lavar los platos. Nuevamente, a mí no me parecía más que otro acto

de discriminación y racismo contra Robert por ser indígena. Vele la pena decir, que, en Leticia, aun siendo una ciudad tri-fronteriza, pluriétnica y multicultural, donde todos los días llegan visitantes de todo el mundo, estas situaciones no son raras, más bien, son el pan de cada día. De hecho, hasta cierto punto me atrevo a afirmar que la discriminación racial y étnica hace parte de la propia idiosincrasia local, la cual se ha asimilado socioculturalmente, al punto de funcionar como una forma de círculo vicioso en el cual todos participan y nadie se salva: Los brasileiros discriminan a los colombianos y peruanos, los colombianos blancos y mestizos discriminan a los indígenas y peruanos, los indígenas, a los negros, peruanos y otros indígenas, y los peruanos, no sé bien a quién discriminan, me imagino que, a los brasileiros, o a todos los anteriores, porque ¿a quién más? De cualquier manera, mi punto es, que, si en lugar de Robert, hubiera llegado buscando trabajo un mestizo o una persona blanca del interior con su misma hoja de vida y experiencia, con seguridad desde el primer momento no lo habrían dejado lavando los platos. Por otro lado, Robert también me confesó que parte del motivo de su renuncia, tuvo que ver con una situación incómoda con la esposa del propietario del restaurante. Era el día de la celebración de fin de año, y la señora, algo pasada de tragos, se acercó a Robert con intenciones no estrictamente profesionales: “¡Salud!, ¡Venga! tómese un trago conmigo, usted es un indio bonito...”. Lo voy a dejar hasta ahí.

En todo caso, ese no era el motivo principal de su evidente preocupación. Después de renunciar del trabajo, y sin dinero para pagar el arriendo, Robert y Nexi se fueron a vivir a una casa de Tabatinga en el lado brasileiro. Un día, mientras Robert hacía unas diligencias, Nexi estaba esperando con Cristal frente al museo etnográfico, cuando un hombre mayor se le acercó y le preguntó por qué estaba sola y qué era lo que hacía. Ella, con total ingenuidad, le contó su historia y que no tenían casa ni trabajo, así que el hombre le ofreció que se fueran con él a Tabatinga. El hombre vivía solo y necesitaba alguien que cuidara la casa y le preparara la comida. A cambio de eso, les ofrecía una habitación para vivir, alimentación y una pequeña suma de dinero. Resultó que este hombre, en más de una ocasión se le había acercado a Nexi tratando de tocarla, insistiéndole que su esposo no servía para nada, que lo dejara y que se quedara con él, que así no le iba a faltar nada. Nexi, por supuesto, no lo soportó más y le contó la situación a Robert. Así que un día éste lo confrontó y tuvieron que salir de la casa. Cuando

me encontré con él en el parque no tenían donde dormir ni dinero para comer. Yo vivía en un aparta-estudio muy pequeño y no tenía como proponerles en ese momento que vinieran conmigo. Lo que se me ocurrió es que les daría un adelanto por el trabajo del proyecto y con eso ellos podían conseguir donde quedarse mientras encontraban otro trabajo. Robert estuvo de acuerdo. Después de un par de noches donde la hermana de Robert, a través de otro familiar, consiguieron un lugar y se pasaron a vivir allí. Queda en un barrio alejado del centro de la ciudad y llegar de noche resultaba un poco complicado y peligroso. Era un espacio en un primer piso, oscuro y húmedo como muchas casas en Leticia. Pegado a la cocina quedaba un galpón de pollos al aire libre de los dueños de la casa, que con el sol y la lluvia hacía el aire apenas soportable. De eso a nada para ellos estaba bien, al menos tenían donde dormir.

Por ese entonces, Robert y Nexi se habían inscrito para estudiar una carrera técnica en el instituto SENA³⁴ de Leticia. Nexi entró a un técnico en sistemas y Robert a un técnico en turismo. Se turnaban mañana y noche para ir a sus clases mientras el otro cuidaba a la niña.

La búsqueda de trabajo seguía sin dar muchos frutos así que decidieron empezar a preparar empanadas y jugo para vender en el parque y a la entrada del instituto. Robert me pidió otro adelanto, y aunque formalmente no habíamos empezado a trabajar porque todavía no tenía la cámara, a mí me parecía que ese tiempo que compartíamos juntos era una parte importante de la preparación antes del rodaje, así que le entregué el dinero que me pidió, que en realidad era para comprar comida y materiales para las empanadas. En un par de ocasiones cuando fui a visitarlos en la noche los encontraba comiendo las empanadas que no habían logrado vender durante el día. Estamos hablando de finales de febrero y principios de marzo de 2020, y poco a poco ya empezaban a llegar noticias sobre la pandemia del coronavirus. Cada vez se veían menos turistas extranjeros en la calle. En Leticia todavía no se reportaban casos confirmados, pero existía la impresión general de que era algo muy lejano, y como tantas otras cosas, al Amazonas nunca iban a llegar. A pesar de ese aire entre indiferencia y optimismo, Nexi se mostraba muy inquieta y me preguntaba por “ese tal coronavirus”. Yo trataba de explicarle

³⁴ **El Servicio Nacional de Aprendizaje** (SENA) es un establecimiento público de Colombia que ofrece formación gratuita con programas técnicos, tecnológicos enfocados en el desarrollo económico, tecnológico y social.

en los términos que me era posible de acuerdo con lo que se sabía en ese momento. Le dije que era una enfermedad respiratoria parecida a una gripa, pero más grave, para la que por el momento no había cura y que, por ese motivo, mucha gente en el mundo estaba muriendo. Nexi seguía muy ansiosa e insegura sobre la situación. Robert bromeaba con vender chuchuwasa³⁵ “anti-coronavirus” junto con las empanadas. Yo mismo no sabía muy bien qué podría pasar.

Por otro lado, mientras esperaba que me entregaran la cámara para empezar a grabar, con Robert y Nexi planeábamos cómo podía ser la grabación del documental. Inicialmente, lo había pensado como la historia del retorno de la familia al Amazonas, su vida en Leticia, la búsqueda de un bautizo para Cristal y finalmente un viaje de vuelta a la comunidad para visitar a la familia y presentar a la niña recién bautizada. Creía que con esta corta historia podía tener un marco espaciotemporal y una línea narrativa definidos donde podrían salir a la luz muchos elementos y matices interesantes sobre sus personalidades y su relación de pareja, así como de su esfuerzo por reorganizarse de nuevo en el territorio. Parecía un buen plan. El tema del bautizo era un asunto importante por resolver. Nexi insistía en que, si íbamos a hacer un bautizo tradicional, este tenía que ser con “gente de verdad” gente que supiera de la parte tradicional. Según ella, en Puerto Nariño y en el Doce de Octubre, ya no había gente que tuviera esos conocimientos para hacerlo bien, por lo que buscamos una opción en alguna de las comunidades del río. Me puse en contacto con Abel Santos, un compañero indígena del pueblo Magütá³⁶, estudiante del doctorado de Estudios Amazónicos y le comenté del asunto. Por coincidencia Abel también estaba por hacer el bautizo de su hijo de la mano de su padre Paulino Santos de la comunidad de Arara. En la comunidad se estaba organizando una fiesta de

³⁵ **Chuchuwasa** o chuchuhuasa, es una bebida alcohólica de origen peruano hecha con licor y extracto de la corteza del árbol de chuchuhuasi (*Maytenus laevis*). Se le atribuyen potentes propiedades medicinales antigripales y afrodisiacas.

³⁶ Según Abel Santos (2022) Magütá sería la denominación correcta para los tikuna como son conocidos en la literatura, pues corresponde al grupo humano originalmente pescado con vara en la quebrada Eware por Ípi y Yoí. También en Santos (2013). Esta autodenominación es usada por Santos, pero no es compartida por la gran mayoría de tikunas.

pelazón³⁷ para una niña, y su padre, era el encargado de dirigir la ceremonia y hacer todos los preparativos. Me explicó que en la pelazón también se hace lo que llaman “pelazón de niños” que es una ceremonia dentro de la fiesta que funciona como una forma de bautizo para los más pequeños. Me aseguró que no había ningún problema con participar, tan solo debíamos acordar los detalles con su padre Paulino. Se los comuniqué a Robert y Nexi y a ellos les pareció muy buena idea. “Allá en Arara sí me gusta, yo he escuchado que allá la gente sí es seria”, me dijo Nexi. Cuadramos una cita con Abel y su padre, y fuimos con Robert a hablar con Paulino. Nos encontramos en la casa de Abel, estaban su padre y sus tíos que lo ayudarían con la organización. Nos presentamos y nos contaron sobre el procedimiento. La fiesta estaba planeada para finales de marzo. Una semana antes de la ceremonia el padre y el padrino del niño debían estar ayudando con los preparativos, consiguiendo y rallando el huito para pintar a los participantes entre otras cosas. La única condición para hacer parte del bautizo era aportar varias libras de panela para la preparación del guarapo de caña para los invitados. De esta manera los padres de la niña serían también dueños de la fiesta. Insistieron que debía haber un padrino y una madrina. Si yo era el padrino entonces debía conseguir una madrina, si no tenía una, entonces ellos conseguían una en la comunidad. “Pero eso es madrina de verdad”, me dijo don Paulino, “¡de una vez sale con mujer!”. Nos reímos, pero yo no sabía que tan en serio estaban hablando. Me pareció muy curioso cuando en algún momento Abel, su padre y sus tíos estaban conversado algunos detalles en lengua y Robert escuchaba asintiendo como si estuviera entendiendo lo que decían, creo que para él era importante mostrarse como un propio tikuna frente a los abuelos. Tal vez con Nexi había aprendido algunas palabras o entendía más de lo que hablaba. Nunca me ha quedado muy claro cuanto entiende Robert, porque en otras ocasiones le había escuchado algunas palabras. Antes de irnos consulté sobre la posibilidad de grabar la preparación y la ceremonia para el proyecto. Me dijeron que como íbamos a ser dueños de la pelazón, entonces no había ningún problema.

³⁷ **Pelazón.** Es el ritual de iniciación en el que se recluye a la muchacha púber desde el momento de su primera menstruación o menarquia, en un cuarto de su casa llevando una rigurosa dieta. Tiempo después se celebra en su honor una fiesta, en la que se le enseñan los valores espirituales y sociales de su cultura a través de cantos, danzas, pinturas y el corte de cabello. Fuente: Ramos Valenzuela, H. (2010).

El asunto quedó acordado y Nexi estuvo de acuerdo. Me parecía que estaban muy emocionados, yo también lo estaba. Solo me faltaba finalizar de preparar los detalles técnicos para la grabación.

Estábamos a principio de marzo, época de lluvias en el trapezio amazónico. Debido a una de esas noches de lluvia torrencial, pasé la noche fuera de mi casa después de haber salido a divertirme. El agua no paró desde las 3 de la mañana hasta las 12 del medio día siguiente. Cuando finalmente amainó, tomé mi bicicleta y regresé. Toda la ciudad estaba totalmente inundada y difícilmente podía pasar pedaleando por ciertos puntos. Al llegar a mi casa que quedaba en una zona baja de un parque deportivo junto a un caño urbano que sale a la frontera con Brasil, encontré que toda la entrada se había convertido en un gran lago. Uno de mis vecinos estaba con los pantalones remangados y con el gua a la rodilla, al verme me dijo: “¿Cómo la ve vecino? ¡Tenga cuidado! ¡Acabo de encontrar un temblón³⁸ en mi casa!”. En ese momento realmente tuve miedo. Pasé con cuidado por entre el agua y cuando abrí la puerta de la casa lo primero que observé fueron mis zapatos y la caneca de la basura flotando en medio de la sala. Pequeños peces nadaban entre mis pies. Respiré profundo. Al fondo, entre el agua, estaba la maleta donde guardaba mis equipos de realización. Inmediatamente la puse sobre cama, la abrí y encontré cómo la cámara fotográfica, el computador para descargar el material y la grabadora de sonido estaban completamente emparamados y cubiertos de barro. Los lentes de la cámara estaban llenos de agua y ninguno de los equipos encendía. No podía creer mi mala suerte o mi descuido. Era la primera vez que la casa se inundaba con las lluvias. Una profunda resaca moral me invadió. Pasé todo el día con dolor de cabeza sacando el agua con un balde y una escoba.

³⁸ **Temblón.** Nombre local de la anguila eléctrica del Amazonas (*Electrophorus electricus*).



Foto 21: No podía creer mi mala suerte.

Por fortuna, una semana después se había resuelto en parte el asunto de los equipos. Logré que mi padre me enviara un viejo computador portátil de reserva y había logrado abrir la grabadora de sonido para limpiarla y secarla. Funcionaba. La cámara fotográfica se echó a perder completamente. Agradecí no tener todavía la cámara de la Universidad. Lo tomé como una advertencia y un posible buen augurio. Por esos días, después de tantos trámites me entregaron el equipo y pude hacer algunas pruebas de cámara. Había pedido unos filtros de cámara de Nueva York para suavizar la imagen de video y controlar el contraste sobre todo en las luces altas. Eran unos filtros finos y costosos que me hacían sentir sofisticado. Quería una imagen lo más “cinematográfica posible” para lograr el mejor color y textura en las pieles de mis personajes con la impredecible y contrastada luz amazónica. Después de las pruebas y el susto, por fin estaba contento y me sentía listo para empezar a grabar con la familia. Lo que no sabía es que se avecinaba un evento que cambiaría por completo mis planes. Los planes de todos.

La pandemia: “Una Gripe que no tiene cura”

La situación económica de Robert y Nexi no parecía mejorar. Nuevamente se estaban viendo cortos para pagar sus gastos. La venta de empanadas no iba muy bien, existía mucha competencia y cada vez se encontraba menos gente en la calle. En la ciudad ya se empezaban a ver personas con tapabocas, y el uso o abuso del alcohol antiséptico, estaba a la orden del día. Aunque seguía sin reportarse casos, el asunto de la seguridad sanitaria parecía una carrera por estar al último grito de la moda pandémica según dictaban los medios de comunicación. Primero, tapabocas, quirúrgicos, luego con diseño, guantes de todos los colores, caretas transparentes, trajes antifujo etc. Yo había notado que la gente en Leticia disfrutaba mucho de estar al día con todas las modas y costumbres que vinieran de afuera, era tal vez una forma de salir de la burbuja selvática sentirse parte del mundo. Sobre todo, si eso permitía adelantarse y subir algún peldaño en la escala social leticiana. Se expresaba en todo, la forma de vestir, el modelo de la moto, la celebración de las fiestas patrias y regionales (de otras patrias y otras regiones), los partidos de la Champions League, los reinados de belleza, los acontecimientos políticos, las medidas de bioseguridad. Cualquier cosa que ocurría en el exterior o que llegara como una novedad reverberaba con particular intensidad en esta curiosa y ecléctica ciudad amazónica a orillas del río más grande del mundo.

Nexi llevaba un tiempo preguntándome cuando íbamos a empezar a hacer el documental. Yo siempre le contestaba con dilaciones y le explicaba lo que pasaba con la cámara de la universidad, los filtros, la inundación. Parecía cada vez más inquieta e incómoda en Leticia, y con toda razón, pues las cosas no iban tan bien. Lo único que los mantenía en la ciudad era que estaban estudiando en el SENA y si dejaban de estudiar podían perder un estímulo económico del gobierno llamado “Jóvenes en Acción”. Robert no era una persona particularmente resuelta y de tomar la iniciativa, era de esos que se iban adaptando a las situaciones hasta que se le hacían inmanejables. Por su parte, Nexi le había dicho a Robert que ella no se sentía bien y

tenía ganas de regresarse ese mismo lunes siguiente para la comunidad y de ahí volver a trabajar a la chagra para juntar algún dinero. Eso fue el jueves 19 de marzo de 2020.

Al día siguiente, pasé en la tarde a buscarlos a su casa. Después de hablar un rato logré convencer a Nexi de que se quedaran un tiempo más en Leticia, pues, de seguro Robert podía encontrar otro trabajo, y además las cosas ya estaban listas para comenzar con el documental y hacer la pelazón de Cristal. Quedé de pasar el sábado para empezar con los primeros ensayos grabados. Quería hacer algunas escenas en la casa en un ambiente controlado para ver cómo se daba la dinámica de rodaje. Me fui a mi casa empacar las cosas para el día siguiente y luego pasé a la casa de unos amigos de la universidad para hablar un rato. A eso de las nueve de la noche una compañera de la universidad llegó con una noticia: El presidente de la República acababa de decretar cuarentena nacional obligatoria en todo el país a partir del martes 24 de marzo hasta el 12 de abril. No lo podía creer. El instinto de Nexi estaba en lo correcto.

El sábado en la mañana tomé los equipos de grabación y fui a buscarlos a la casa. Al principio actué como si nada pasara, monté la cámara y les dije que íbamos a grabar. Mientras organizaba todo les conté que el presidente había decretado la cuarentena nacional y que eso significaba que iban a cerrar todo el comercio, las universidades y que la gente debía permanecer en su casa hasta nuevo aviso. No podían salir a vender sus empanadas ni ir a estudiar al instituto. Robert se quedó en silencio en su hamaca mientras trataba de pensar en algo. Nexi no lo pensó dos veces: “Robert, no nos podemos quedar aquí, voy a llamar a mi hermana Hilda para que nos recoja en Puerto Nariño”. Efectivamente, lo mejor era que se regresaran a la comunidad mientras se normalizaban las cosas, no obstante, no se sabía en realidad hasta cuando pudiera extenderse la cuarentena después del plazo decretado. Estuvimos un tiempo en una especie de letargo mientras pensábamos que hacer y cómo organizar todo. Mientras tanto yo iba grabando lo que podía. Robert me pidió el teléfono y llamaron a la hermana Hilda en la comunidad. Le contestó la sobrina y Robert charló un rato como si nada pasara, Nexi le pidió el teléfono y pasó para hablar con su hermana. Hilda les contó que allá en la comunidad todos estaban desde hace rato “Con una peste que no se puede ni comer”. Nexi la escucho y le contestó: “Ahhh, veo, pero es una gripa normal. Mira, es que por aquí llegó una gripa que se llama coronavirus, pero es una gripa que no tiene cura. Entonces estamos pensando subirnos

para la comunidad mientras pasa todo esto, entonces es para que nos puedas recoger el lunes en Puerto Nariño”. Esa fue más o menos la conversación. Todo quedó grabado. Nos pusimos de acuerdo en que ellos se llevaban su ropa y los elementos de primera necesidad, mientras tanto yo guardaba sus enseres y cosas más grandes en mi casa. Luego veríamos que hacer.



Foto 22: Robert y Nexi hablan con Hilda.

El domingo en la mañana los acompañé a hacer maletas y grabé algunas imágenes más con Nexi y la niña mientras Robert iba reservar los pasajes del “rápido”, el bote que subía a Puerto Nariño. Cristal creía que se iban de paseo. En la tarde conseguimos un moto carga y llevamos todas sus pertenencias restantes a mi casa: Un árbol de navidad, una guitarra rota, una estufa, un tanque de gas brasilero, tres ollas y una paila, una bolsa con vajilla de cocina plástica, cubiertos, dos bolsas con ropa y una bolsa con libros y cuadernos viejos. Todo el proceso de empaclar, recoger y descargar fue un momento muy desconcertante para ellos y particularmente frustrante para mí. Pero así eran las cosas. No había nada que se pudiera hacer.

El lunes muy temprano bajamos al puerto para que subieran al rápido. Era el último día antes del inicio la cuarentena y el puerto estaba atiborrado de gente viajando con sus maletas y mercado. Los operarios del rápido anunciaron que sólo podrían subir al bote las personas que

eran residentes del lugar de destino o con un permiso especial, estaba estrictamente prohibido el transporte para visitantes y extranjeros. Cuando llegamos les entregué un dinero para que al menos pudieran llegar con algo de comer a la comunidad. Cristal estaba muy emocionada y juguetona, después del tiempo que habíamos pasado juntos me tenía más confianza, por supuesto no podía imaginarse nada de lo que estaba pasando. Se me partía el corazón. Les prometí que seguíamos firmes con lo del documental y el bautizo de la niña, y que tan pronto como fuera posible subiría para estar en la comunidad. Con un nudo en la garganta y sin saber muy bien que decir, me despedí de ellos y subí la escalera que conduce de la balsa de los botes al malecón del puerto. Al llegar arriba, volteé a mirar atrás por última vez. Ellos todavía permanecían en el mismo sitio viéndome subir, esperando para despedirnos desde lejos. Cristal me hacía señas con las manos y su sonrisa era como un rayo de sol. Robert y Nexi estaban evidentemente tristes. “¡Cuídense! ¡Nos vemos en la comunidad!”, fue lo último que alcancé a gritarles desde la distancia. Me fui consternado, con un vacío en el estómago y el corazón como no recordaba. No tenía como imaginarme lo que estaba por venir.

Figura 2: Mapa del Ciudad de Leticia y algunos lugares de esta historia.



Ilustración de Robert Ahué Coello.

Figura 3: Mapa del Trapecio Amazónico.



Ilustración de Robert Ahué Coello.

Nota sobre la estructura del texto

A continuación, en este trabajo el lector encontrará los capítulos 2 y 3 seguidos de unas *Reflexiones Finales* a modo conclusión.

En el Capítulo 2, *Tan Lejos y Tan cerca: Tiempos de pandemia en Leticia*, se describen algunos hechos y situaciones ocurridos durante el inicio de la pandemia del COVID-19 en la ciudad de Leticia y la región de la triple frontera amazónica, así como algunas observaciones y consideraciones en torno a estos.

En el Capítulo 3, *Más allá de “El Cielo”* se retrata la experiencia etnográfica junto con la familia protagonista durante el tiempo en la comunidad Doce de Octubre hasta la finalización de esa parte del trabajo de campo. Este capítulo, así mismo, se divide en una Primera y Segunda Parte, con el fin de marcar con claridad dos momentos temporales y narrativos distintos.

Los capítulos 2 y 3, junto con el capítulo anterior *Introducción: En busca de “El Cielo”* constituyen como unidad, el cuerpo espaciotemporal y narrativo de este trabajo. Esta división no categorial o temática de los tres capítulos se realizó con la intención de dar una mayor coherencia y progresividad a la exposición en la que se enmarca la totalidad de la experiencia etnográfica retratada.

Para concluir, en las *Reflexiones Finales: Sobre la Experiencia Etnográfica*, se abordarán y discutirán, esta vez, de manera analítico-crítica, algunos de los temas y cuestiones que se consideran más relevantes de este trabajo.

Capítulo 2: Tan lejos y tan cerca.

Tiempos de pandemia en Leticia.

La Cuarentena: Días de incertidumbre



Los primeros días de la cuarentena fueron de total incertidumbre. Robert y Nexi habían llegado bien con la niña a Puerto Nariño, aunque tuvieron un pequeño percance al querer entrar al pueblo, pues las autoridades de control del muelle no los querían dejar desembarcar, argumentando que no los conocían y que ya todos los habitantes del pueblo habían regresado en los días anteriores. Por fortuna en el muelle Robert logró ver un amigo que lo identificó y dio fe de que él era de ahí y que llevaba un tiempo por fuera con su familia.

Por otro lado, en ese momento yo no tenía idea de cómo se me iban a desarrollar las cosas, se había anunciado que pronto cerrarían completamente el aeropuerto de Leticia y la mayoría de mis compañeros estudiantes y profesores de la Universidad habían dejado la ciudad, pues la Sede estaría también completamente cerrada. En ese momento me encontré en la disyuntiva de decidir si me quedaba a esperar indefinidamente a que pasara la cuarentena o viajaba a Bogotá para estar con mi familia y mi pareja, en caso de que la cuarentena se alargara. Sin embargo, había dado mi palabra a Robert y Nexi de que subiría a la comunidad con ellos. No tuve que pensarlo mucho, algo en lo profundo me decía que debía quedarme y que, en caso de una emergencia, hacía más allí que volviendo a la seguridad artificial de la ciudad. Al mismo tiempo sentía que quería ver y vivir esos tiempos extraordinarios en un lugar tan improbable e impredecible como la trifrontera amazónica. Mi familia estuvo de acuerdo y me apoyó en la decisión. Consuelo, mi pareja, lo aceptó con algo de descontento y resignación. No entendía por qué decidía quedarme solo y tan lejos en un momento como este. Yo pensaba que ya encontraría la forma de justificarme y resarcirme con ella.

Robert me había dado el teléfono del presidente del resguardo de TICOYA³⁹ en Puerto Nariño para que tramitara con él un permiso y así de pronto poder subir con ellos a la comunidad. Cuando lo llamé el presidente me contestó sin ambigüedad: “Negativo señor, hasta nuevo aviso no está permitido el ingreso al resguardo de ningún visitante o extranjero, solo nativos y sus familias. Lo lamento mucho pero no le puedo ayudar.” No había nada que hacer. Solo me quedaba tener paciencia y esperar lo mejor preparándome para lo peor. Según el decreto presidencial la cuarentena debía extenderse hasta el 12 de abril.

El día que me despedí de ellos había hecho un pequeño mercado de última hora con lo justo para estar un par de semanas sin tener que salir de la casa. La fila de gente haciendo compras era considerable, pero podía percibir que todavía había mucho escepticismo e incredulidad entre la gente. Seguía la impresión de que eso del coronavirus era un invento o algo que solo pasaba en otros países, y que cómo tantas otras veces, eso nunca llegaría a la región que se había acostumbrado a ser espectadora de los grandes acontecimientos internacionales.

El aparta-estudio donde vivía en el barrio Simón Bolívar, compartía patio con la casa de una pareja mayor proveniente de Buga, Valle del Cauca, así que la “lengua” oficial de los espacios comunes de convivencia era el valluno: “Buenos días papi, ¿vos *querés* tinto?” O “*Mirá, vé* ¿hasta cuándo *jerá* que nos van a tener aquí encerrados?” Mi apartamento pertenecía a Carolina, la hija de la pareja que estaba en Bogotá, así que, desde que llegué a vivir a esa casa, Hernán, al que conocían como “Buga”, y Luz Marina, me habían recibido y tratado como a un hijo, me alcaheteaban todo y pasábamos mucho tiempo juntos. Me sentía como en un pequeño rincón del Valle del Cauca en medio del Amazonas. Durante los primeros días de la cuarentena aprovechamos una parrilla en la parte trasera de la casa que daba hacia el parque deportivo, para cocinar en leña generosos almuerzos, que, cuando alcanzaba, compartíamos con los vecinos de las casas contiguas. Prácticamente todos los días hacíamos algo, ya fueran fríjoles con pata, sancocho de pollo, calabresas asadas o mute de maíz. Generalmente ellos aportaban la papa, el plátano, la yuca, el arroz y el ají. Por mi parte yo, aportaba el pollo o la

³⁹ **TICOYA** es el resguardo de las comunidades indígenas tikuna, Cocama y Yagua en el municipio de Puerto Nariño. Su representante legal es el presidente de ATICOYA la asociación de autoridades indígenas del resguardo.

carne, pero, mi trabajo principal, era hacer el guiso con los condimentos que afortunadamente guardaba como una posesión muy preciada. Buga se encargaba de leña y de controlar la brasa. Lo importante era que tuviéramos que prender el fuego para tener algo que hacer como una forma de quemar el tiempo mientras veíamos pasar los días.

A mis vecinos siempre les había gustado tener como inquilinos a estudiantes de la Universidad a los que tenían en muy buena estima, por lo que me trataban con mucho respeto. Me llamaban “profesor”. Así, con el tiempo los vecinos y la gente del barrio que se acercaban a la casa habían empezado a llamarme profesor también. A mí me daba risa, pero no me molestaba. Buga era un hombre muy ocurrente y divertido. Me contaba historias de su niñez cuando lo tenían que amarrar a una bicicleta para ir al colegio, de su juventud como carnicero y mandadero en Buga donde su padre llegó a ser un gran empresario sin haber siquiera terminado el colegio, de sus hazañas con las mujeres, y de su tiempo en las filas de un grupo armado donde era guardaespaldas y experto en explosivos. Así que, en medio de todo, mientras estaba con ellos no me aburría en absoluto.

En las noches me encerraba en mi espacio a leer noticias sobre la pandemia en los medios digitales para intentar tener un panorama más amplio del alcance real de la situación en Colombia y el mundo, en particular en el Amazonas. Al día siguiente compartía con mis vecinos las noticias. Les contaba, entre otras cosas, sobre el estricto confinamiento en China, el rápido aumento de casos en Estados Unidos, Brasil y algunos países de Europa como España e Italia. Ellos por su parte me compartían lo que salía en las noticias nacionales. Por suerte yo no tenía televisión, así no tenía que someterme al bombardeo mediático permanente y escandaloso de los medios de comunicación nacional. En poco tiempo debimos acostumbrarnos a cambiar varias veces de nombre al virus. Pasando de Coronavirus a Sars-Cov2, luego a COVID-19, hasta familiarizarnos con el aparente más amigable y fácil de recordar COVID.

Desde el primer día se supone que la ciudad estaba en cuarentena total, pero se había habilitado la medida de pico y cédula para poder hacer compras de primera necesidad de acuerdo con el último número de esta. La ciudad estaba considerablemente vacía y en sus calles no se veía mucha gente, sin embargo, era evidente que había personas que ignoraban

continuamente la medida y salían a cualquier hora del día. Mi vecino Buga se sentaba en el portón de su casa con una cerveza a gritarles a las motos y transeúntes que pasaban: “¡Eiii, está pelaooo! ¡se lo va a llevar el COVID!”. Por otro lado, como era de esperarse, en muchos sitios donde se hacía mercado no pedían la cedula y las cosas se seguían manejando con relativa normalidad.

Habían pasado dos semanas y todavía no se reportaban oficialmente casos de COVID en la trifrontera, aunque ya se hablaba de la situación en Manaus capital del estado de Amazonas en Brasil y en Iquitos Perú. Por ese motivo, además del cierre del aeropuerto para vuelos comerciales, el gobierno de Colombia ordenó también el cierre unilateral de los pasos fronterizos con Brasil y Perú por vía terrestre y fluvial. Desde Brasil solo se permitía el tránsito de vehículos oficiales, con algún permiso especial o de transporte de alimentos. Estaba prohibido totalmente el paso a particulares, que, de todas maneras, cruzaban por pequeños pasos de la frontera a todo lo largo de la avenida de la Línea Geodésica, la cual demarca por el oriente la frontera entre Leticia y Tabatinga Brasil. Por su parte, el gobierno de Brasil se había negado a decretar la cuarentena y el cierre de fronteras, así que tan solo era dar un paso burlando a las autoridades colombianas, y ya en Brasil, no había ningún problema. Por allí se seguía moviendo la mayor parte de la economía legal e ilegal fronteriza. Era un verdadero saludo a la bandera.

De la misma manera, muchas personas que residían de un lado de la frontera, pero trabajaban en el otro, se vieron obligadas a separarse de sus familias o a recurrir a los pasos ilegales para cruzar de un país a otro. Lo complejo de la situación es que la triple frontera amazónica en términos funcionales es una unidad territorial estrechamente relacionada en sus dinámicas económicas, sociales y culturales. Las fronteras imaginarias de la región están en los mapas, los satélites y en el sistema político de cada país, pero en no así en las interacciones de la vida cotidiana de sus habitantes. Resulta sorprendente constatar la incapacidad o falta de voluntad de las autoridades nacionales de los tres países para establecer unas políticas fronterizas, económicas y sanitarias conjuntas que den cuenta de las particularidades y complejidades de la región, lo que pone a su vez de manifiesto la falta de autonomía política que tienen los gobiernos locales de la trifrontera amazónica, los cuales deben hacer cumplir a rajatabla las

directrices dictadas desde el interior por los gobiernos centrales de cada país a costa de la seguridad y bienestar de sus habitantes. La conveniencia y eficacia de estas medidas se pondría a prueba con la llegada de los primeros casos de COVID a la región.

La pandemia llega a la frontera

Eran principios de abril y desde hace varios días veníamos escuchando por redes sociales y la radio local el rumor de que el COVID estaba subiendo por el río desde Manaus, escalando por el Amazonas de población en población. Ya se presentaban casos confirmados en Tefé y en Boa Vista. Por otro lado, en Iquitos la incidencia también era alta y sabíamos que era cuestión de tiempo para que llegara al Amazonas colombiano, si es que no había llegado ya. Empezaba a sentirse nerviosismo en el ambiente de Leticia. Ahora la duda era por qué lado entraría la enfermedad, si por Brasil o por Perú. Mis vecinos y otras personas empezaban a evitar cualquier contacto o comprar comida en lugares de gente que se supiera que pasaban la frontera en cualquier sentido o que tenían familiares allí.

Al cabo de un tiempo logré comunicarme con Robert y Nexi, pues no sabía nada de ellos y la niña desde que me confirmaron su llegada a Puerto Nariño. Me contaron que estaban viviendo en la casa de uno de los hermanos de Nexi y que estaban bien, aunque algo incómodos. Al parecer la gripa de la que había hablado Hilda la hermana de Nexi antes de su viaje ya había mermado, pero alcanzó a enfermar a mucha gente. Me preguntaron que cuándo iba a subir a visitarlos. Les conté de mi comunicación con el presidente del resguardo y que estaba esperando lo que se decidiera a nivel nacional sobre la cuarentena para poder tomar una decisión. Me prometieron comunicarse conmigo cada vez que tuvieran la oportunidad, pues en la comunidad hay un solo lugar donde hay señal telefónica, de lo contrario tocaba desde Puerto Nariño cuando bajaran con alguien a vender pescado o yuca. Antes de colgar me volvieron a preguntar si sabía algo de la pelazón que se iba a hacer en Arara. Les contesté que según sabía, la ceremonia se había aplazado indefinidamente pero que no tenía mucha más información. Les dije que, de cualquier manera, incluso si hacían la ceremonia no iba a ser

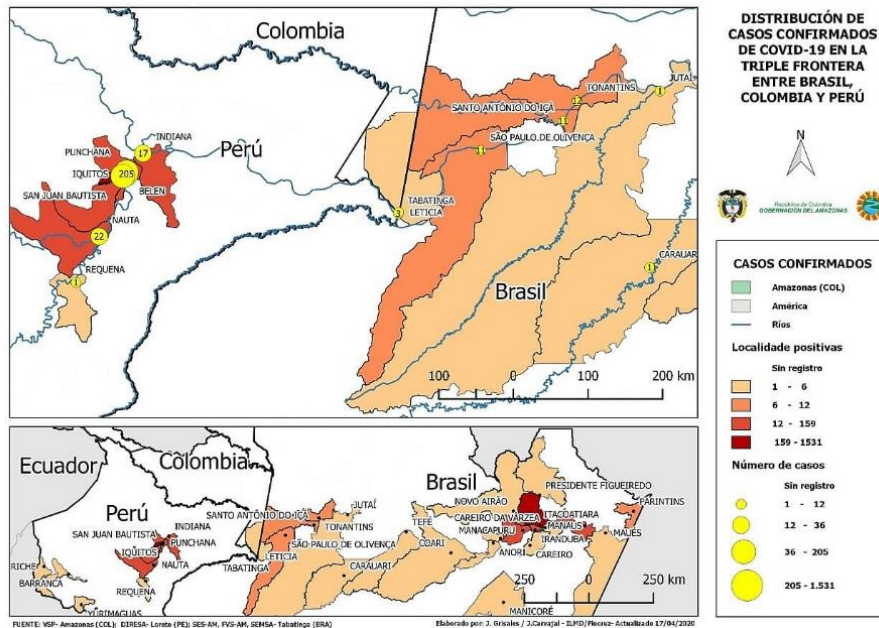
posible desplazarnos hasta la comunidad o con seguridad no nos dejarían entrar. “Bueno, será cuando Dios quiera será”, concluyó Nexi.

Yo sentía que las cosas se estaban tornando muy oscuras y la incertidumbre y pesimismo poco a poco se apoderaba de mí. No veía cuándo podían darse las condiciones para mi viaje a la comunidad y lo que pudiera hacer para continuar con mi trabajo. Así mismo, el bombardeo mediático no daba ninguna luz de esperanza. Había caído víctima del denominado “doomscrolling”⁴⁰ y las noticias nacionales no eran mejores. Sabía que lo peor estaba por venir.

Finalmente, el 8 de abril llegó el primer reporte de un caso confirmado en la vecina Tabatinga. Se trataba de un médico que estuvo atendiendo pacientes en una de las poblaciones del río. A su llegada fue llevado inmediatamente al hospital de Tabatinga. Esa noticia cayó como un balde de agua fría y literalmente dejó a Leticia muda. Ya no se escuchaba música en las casas ni el tráfico de motocicletas en las calles. Toda la gente esta vez sí se encerró. Ahora ya no era un rumor, ahora sí era de verdad. El 17 de abril se confirmó el primer caso en Leticia y los números se dispararon rápidamente. El miedo era palpable. En la **Figura 4**, se puede ver la distribución de los casos reportados en la trifrontera el día del primer caso en Leticia.

⁴⁰ **Doomscrolling** es una combinación de los términos ingleses "doom" (desastre, fatalidad) y "scroll" (desplazamiento de subir y bajar). Se refiere al consumo compulsivo de malas noticias como una forma de satisfacer la ansiedad frente a un evento catastrófico o estresante.

Figura 4: Distribución de casos confirmados de COVID-19 en la Triple Frontera.



Fuente: Gobernación del Amazonas 2020.

Junto con mis vecinos decidimos quedarnos encerrados y limitar completamente el trato con cualquier persona. Seguimos cocinando afuera, pero Buga, mi vecino, puso una cinta amarilla de “peligro” entre dos árboles para evitar que la gente se acercara. Por fortuna yo me había abastecido de una buena cantidad de cachaza⁴¹ brasilera con la preparé un galón con corteza de chuchuwuasa, copaiba⁴², huacapurana⁴³ y miel de abejas, para así tener un licor para tomar durante el día mientras hacíamos nuestras labores, era una forma de distraernos y decirnos a nosotros mismos que estábamos tomando “remedio” contra el coronavirus. Luz Marina mi vecina estaba visiblemente nerviosa y con frecuencia me pedía chuchuwuasa para tranquilizarse. En la calle las ambulancias pasaban de un lado a otro, día y noche.

⁴¹ **Cachaza** es un aguardiente de caña de azúcar con alta gradación alcohólica producido principalmente en Brasil.

⁴² **Copaiba** (*Copaifera officinalis*) es un árbol a cuya corteza y aceite extraído de sus frutos se le atribuyen cualidades como revitalizador celular, cicatrizante, antiséptico y antiinflamatorio.

⁴³ **Huacapurana** (*Campsiandra angustifolia*) es un árbol que crece de forma silvestre en los bosques inundables de la Amazonía baja y es muy requerida por sus propiedades curativas, energizantes y vigorizantes

Sin darme cuenta, conforme pasaban los días, escuchaba todas las historias del barrio y recibía los reportes diarios con las cifras de contagios y fallecidos en la frontera, los cuales aumentaban de forma exponencial, empecé a caer en una crisis de ansiedad que me dificultaba el sueño y la claridad para pensar. Mi cuerpo también estaba comenzando a somatizar la angustia y la incertidumbre, sentía calor localizado en distintos puntos del cuerpo y una presión constante en el pecho que me dificultaba la respiración, por un momento estuve seguro de que me había contagiado de COVID, y lo que más me preocupaba, es que pudiera enfermar a mis vecinos que ya eran mayores. No quería sentir que por mi culpa ellos pudieran enfermarse gravemente. Pensé en encerrarme completamente en mi apartamento por varios días. Por fortuna después de meditarlo concienzudamente llegué a la conclusión de que era mi propia ansiedad la que me estaba haciendo sentir enfermo y que no tenía ningún motivo para estar mal, pues había seguido las normas de bioseguridad recomendadas y estado muy atento en mi contacto con otras personas cuando salía a hacer las compras. Hacerme consciente de eso liberó mi cuerpo de esa enfermedad imaginaria. Esta pandemia me estaba mostrando que no era tan solo una enfermedad física invisible, era también, como le escuché a un indígena: una enfermedad mental y espiritual.

Estaba empezando mayo y varios reportes en Leticia ya mostraban un aumento en los contagios y muertes asociadas al COVID que superaba por mucho la media nacional. Al 11 de mayo más de 700 personas se habían dado positivo y otras 26 desafortunadamente también habían fallecido, eso sin contar por supuesto con los datos que no estaban registrados, pues las pruebas eran muy limitadas. Muchas personas de las comunidades del área periurbana de Leticia y del río Amazonas no llegaban hasta los hospitales y puestos de salud prefiriendo quedarse en sus casas, ya fuera por miedo a contagiarse en el hospital, por no estar afiliados a una EPS o por desconfianza del sistema de salud de la “gente blanca”, optando así por medios de curación tradicional. Este rápido crecimiento de los casos había puesto a Leticia en el centro de los medios de comunicación que cubrían la noticia sobre la pandemia en Colombia. De un momento a otro y por las razones menos esperadas y deseadas el Amazonas ya no era un espectador más de esta emergencia global, ahora era uno de los protagonistas.

La situación tenía un agravante y es que el único hospital público de Leticia, donde se atiende a la mayoría de los pacientes indígenas, el Hospital San Rafael, no contaba con los elementos necesarios para manejar a los pacientes por COVID. El hospital carecía por completo de camas de cuidados intensivos e intermedios, ventiladores, oxígeno, y lo que es peor, implementos de bioseguridad para el personal que trabajaba allí. A mediados de abril más de 30 médicos y enfermeras del hospital habían declarado una huelga exigiendo las condiciones mínimas para poder atender a los pacientes y garantizar su seguridad y la de sus familias, dado que la llegada de los primeros casos desbordó rápidamente las capacidades de atención. Algunos enfermeros y médicos se contagiaron en el ejercicio de sus funciones debiendo ser trasladados de urgencias a Bogotá. Poco después, el 28 de abril, el hospital fue intervenido por la Supersalud⁴⁴ argumentando que en el hospital “No se garantizan servicios accesibles, oportunos, continuos y seguros, generando un riesgo para la vida de los usuarios”⁴⁵, entre una larga lista adicional de causales y motivos.

Por el lado de la salud privada la cosa no era mejor. La Clínica Leticia, la cual atiende a la población afiliada a las EPS privadas debió ser cerrada durante varias semanas después de que una parte importante de su personal fuera puesto en cuarentena luego que varios de ellos se contagiaron en una fiesta a puerta cerrada en la casa de uno de los médicos del hospital. El médico en cuestión había estado anteriormente en contacto con pacientes remitidos desde Tabatinga. Todo fue un gran escándalo que solo se sumaba a la inverosímil lista de omisiones, incompetencia y falta de preparación para manejar una emergencia de estas características, aún más teniendo en cuenta que el gobernador del Amazonas y el alcalde de Leticia eran médicos, y en la región se había tenido al menos tres semanas más tiempo que en otros lugares del país para prepararse.

En medio de toda esta rápida y desafortunada cadena de hechos desatada con la llegada de la pandemia a la trifrontera, algunos de los primeros indígenas en caer fueron el abuelo Antonio

⁴⁴ **Supersalud** es la Superintendencia Nacional de Salud y es la encargada de ejercer la inspección, vigilancia y control del cumplimiento de las normas constitucionales y legales que reglamentan el Sistema General de Seguridad Social en Salud, incluyendo las normas técnicas, científicas, administrativas y financieras.

⁴⁵ Para ver el comunicado completo de Supersalud: <https://www.supersalud.gov.co/es-co/Noticias/listanoticias/supersalud-ordeno-la-intervencion-del-hospital-san-rafael-de-leticia>

Bolívar, sabedor tradicional del pueblo ocaina, conocido por ser el protagonista de la película “El Abrazo de la Serpiente” y Camilo Suarez “el diputado de la selva” de la etnia murui. La pérdida de estos dos compañeros y amigos representantes de los pueblos indígenas amazónicos representó un duro golpe para todos los que los conocieron y acompañaron hasta el último momento. Tristemente no serían los últimos. Ellos, así como otros abuelos y abuelas, no se fueron sin dejar el espíritu de su lucha y compromiso con la cultura y las causas que defendieron.

Más y más noticias como estas llegaban todos los días y el sentimiento de impotencia me apretaba con fuerza descomunal e incontestable.

El día de la cruz: Una tormenta perfecta

Yo solía acostarme a dormir temprano después de ver con mis vecinos las noticias de la noche y compartir algunas predicciones y análisis de los reportes de contagios a nivel nacional. Sabíamos que era muy improbable que terminara la cuarentena en las fechas establecidas inicialmente. Una de esas noches, en los primeros días de mayo, me bañé y me acosté a dormir con el sonido de la lluvia y el viento que agitaba los árboles del parque. La lluvia siguió moderadamente durante casi toda la noche, pero a eso de las tres o cuatro de la madrugada, empezó a arrear y azotar con más fuerza. Los truenos retumbaban inclementemente y me hicieron despertar de golpe. A través de las ventanas veía los árboles retorciéndose y el cielo resplandecer iluminándolo todo. Me levanté alarmado, y al poner los pies sobre el piso sentí que había agua al pie de la cama. Al encender la luz pude ver con más claridad cómo la habitación estaba llenándose de agua sin control. Afuera, el que ayer era un parque ahora era de nuevo un lago donde se reflejaban los destellos del cielo roto. En el acto traté de buscar por dónde se estaba inundando la casa y encontré que el sifón del baño se había levantado. La casa se estaba llenando con agua de alcantarilla. Me aseguré de que no hubiera nada en el suelo que pudiera dañarse. Esta vez había dejado los equipos electrónicos y fotográficos en el altillo de la habitación. Sin embargo, al caminar por entre el agua que me llegaba arriba de los tobillos pude sentir un extraño cosquilleo entre los dedos. Revisé la nevera y siguiendo el cable hasta

la pared me di cuenta de que el agua estaba alcanzando el tomacorriente. ¡Me estaba electrocutando! Rápidamente jalé el cable y lo desconecté. No sabía si reírme o maldecir. Consciente de que no estaba en mis manos hacer nada, decidí calmarme y volverme a acostar. Curiosamente caí dormido como una piedra.

Cuando empezó a repuntar el día escuché una voz que me llamaba: “¡Profesor!, ¡Profesor!”, era mi vecino Buga: “¿Cómo la ve profesor? Ahora sí nos llevó el que nos trajo...”. Seguía lloviendo y no tenía intenciones de parar. El nivel del agua había alcanzado unos 30 centímetros de altura y seguía subiendo. La casa de mis vecinos que está un poco más baja que la mía también estaba completamente inundada. “¿Un tinto profesor?” Mi vecino puso unas sillas de plástico en la parte de afuera de la casa, bajo un cobertizo de lámina frente a mi ventana. Le recibí el café y nos sentamos a ver cómo seguía lloviendo. Al terminar el café, Buga me dijo: “Ese lago está bonito como para pescar, ¿no? ¿A usted le gusta la pesca no profesor? Vamos a probar una caña buenísima que me regaló mi yerno. Espere y verá”. Buga volvió a la casa y salió con una caña de tres metros con un carrete sueco dorado y una línea de una fibra suave. Una verdadera belleza. Le puso un anzuelo con forma de pescado y empezó a lanzar la caña a gran distancia hacia lo que antes era el antejardín de los vecinos de enfrente. Luego me dijo: “Profesor, venga tómeme una foto para el Facebook, para que mis amiguitos vean cómo este viejo no se vara es por nada”. Yo no podía de la risa, me parecía surreal. Saqué el teléfono y empecé a tomarle fotos y grabar en video toda la situación.



Foto 23: “Ese lago está bonito como para pescar, ¿no?”.

Cuando terminamos con el juego salimos a la calle por el lado del frente de la casa. Todos los vecinos de la calle estaban sacando muebles ropa y colchones, la calle era como un río. Realmente no lo podía creer. Salí descalzo como estaba y empecé a andar por el barrio registrando todo y enviándolo a mis contactos y grupos de WhatsApp. La gente de la parte de atrás del barrio estaba en una situación peor que la de nosotros. Eran casas de madera, lona y lámina sobre palafitos en una zona todavía más baja donde el nivel superaba más de medio metro de altura. La basura flotaba entre las casas y el hedor llenaba el aire. Literalmente toda la gente, incluidos niños y ancianos se lanzaron a la calle. Yo nunca había caminado esa parte del barrio y no sabía que la gente vivía en esas condiciones. Seguí caminando y encontré un grupo de gente reunida ansiosamente como esperando a alguien. A los pocos minutos vi que un hombre en camisa a cuadros desabrochada, zapatos de cuero y un reloj dorado ostentoso se bajaba de una camioneta negra mientras trataba de mantener a distancia a la multitud que se le acercaba. El hombre no llevaba tapabocas y su repulsión por la gente era evidente. Cuando pasó a mi lado solo pude retener un penetrante y desagradable olor a perfume, no sé si barato o caro, pero ciertamente de muy mal gusto. El personaje era un conocido locutor de la radio local de Leticia. Enseguida llamó a uno de los muchachos de la multitud que parecía ser el líder y le pidió que le explicara lo que sucedía. Tomó el teléfono y empezó a grabar en audio al muchacho quien entre alarmado e indignado se quejaba de la falta de ayuda humanitaria para

los habitantes del barrio afectados por la pandemia y la inundación. Explicó a grandes rasgos que la inundación era culpa de la alcaldía municipal y la gobernación que se habían negado a hacer una obra de intervención en el caño que atravesaba el barrio y salía hacia la frontera con Brasil, y, por ese motivo, la alcaldía de Tabatinga había cerrado el paso para que las basuras no pasaran al lado brasilero. El locutor de la emisora parecía apurado, pero, sobre todo, estaba asustado por la cantidad de gente a su alrededor que tampoco usaba tapabocas. Este interrumpía al joven constantemente para que tratara de ser más conciso al tiempo que se lavaba nerviosamente las manos con un alcohol en gel que llevaba en el bolsillo.

Cuando finalmente tuvo lo que quería y sin ahondar más en el asunto, prometió que iba a hablar del caso en la emisora y la televisión, y se fue sin más. Solo quedó su antipático perfume en el aire. En ese momento me acerqué al joven y le dije que yo también vivía en el barrio. Le pedí que con más calma me contara sobre la situación mientras lo grababa con mi teléfono celular. El muchacho me contó más o menos la misma historia, pero con más detalle, añadiendo que hacía una llamado para que se hicieran presentes las autoridades locales y nacionales para atender a los damnificados por la pandemia y la inundación. Pedían elementos de bioseguridad y ayudas con alimentos, pues la gente se había quedado sin trabajo y sin comida por motivo del confinamiento. La ola de contagios no había llegado a su pico y después de más de quince horas sin parar de llover la situación era realmente desesperada.



Foto 24: Banderas rojas pidiendo de ayuda.

Al volver a la casa encontré que muchas personas me habían escrito preguntando por lo sucedido. El encargado de Unimedios de la Universidad en Leticia me pidió que le mandara los videos para enviarlos a sus contactos en Caracol y RCN que necesitaban material para hacer una nota en televisión. Le envié todo el material y me prometió que iban a emitirlo. Yo sabía que con el registro que había hecho el hombre de la emisora no podía realizarse una nota para televisión, así que le pedí que me avisara cuando lo emitieran. Eso fue exactamente el 3 de mayo, día de la Santa Cruz de mayo, según Luz Marina mi vecina que siempre conmemoraba la fecha.

Después de las once de la mañana el agua empezó a bajar lentamente, mis vecinos armaron su cruz de mayo con palos de madera y la pusieron junto a la puerta de la casa como una forma de protección. Enseguida empezamos la tarea de sacar toda el agua y limpiar la casa. Afortunadamente en medio de todo ya tenía la técnica que aprendí de la inundación pasada. Ye en la tarde, de pronto escuchamos una algarabía y golpes de ollas y latas en la calle. Los vecinos del barrio se habían organizado para cerrar el tránsito vehicular desde los dos extremos de la calle con palos, piedras y llantas quemadas. Era un cacerolazo para demandar la presencia inmediata del alcalde. Después de aproximadamente una hora, llegó la policía y el alcalde a la

parte alta de barrio para hablar con la comunidad. La gente se agolpaba demandando la solución de la situación. Nuevamente el mismo muchacho joven se dirigió al alcalde y le explicó lo que ocurría haciéndole una lista de demandas. Yo grababa todo para tener un testimonio de lo que acontecía. El alcalde después de escuchar al joven se comprometió con la comunidad a, en menos de quince días, llevar ayudas con alimentos y solucionar el tema del bloqueo del caño, con la condición de que la misma comunidad ayudara con la limpieza del canal, pues las basuras estaban generando el bloqueo de este. Pidió que desbloquearan la calle y se fueran a sus casas para cumplir con la cuarentena, ya que las conglomeraciones estaban prohibidas y existía un alto riesgo de contagio. El alcalde firmó sus compromisos con un esfero que casi no escribe en un cuaderno que le pasó la comunidad y el muchacho señaló como evidencia la grabación que yo estaba haciendo. Al final la gente se dispersó y el joven se acercó a mí a darme las gracias por el apoyo audiovisual. Nos presentamos. El joven se llamaba Leder y era el fiscal de la junta de acción comunal del barrio, pero ahora fungía como presidente ya que el anterior presidente se desapareció un dinero de la adecuación del salón comunal. Yo me presenté y le dije que vivía abajo del puente en la casa de Buga y que para lo que necesitara preguntara por “el profesor”. “Listo profe gracias. Esperemos que estos tipos sí nos cumplan”, dijo Leder. Quedamos de estar en contacto. Volví a la casa a terminar de sacar el agua de la inundación.

Al día siguiente mi vecino me llamó muy emocionado a mostrarme un video que le habían enviado a su esposa al teléfono: “¡Profesor! ¡Profesor! Vea le muestro ¡ya soy famoso!”. Era una nota de tres minutos en un noticiero de televisión hablando sobre la inundación en Leticia en medio de la pandemia, donde aparecían casi todas las imágenes que había grabado en el barrio, pero lo más importante, aparecía mi vecino Buga luciendo triunfal su caña de pescar en el parque.

Esa noche me acosté a dormir con la sensación de que no podía quedarme con los brazos cruzados esperando a que terminara la cuarentena para poderme ir a la comunidad con Robert y Nexi. Lo que había visto me produjo una fuerte impresión. Yo estaba bien, tenía salud y todo lo que necesitaba, pero muchas personas se encontraban en una situación realmente crítica y era evidente que las autoridades no tenían voluntad o capacidad de respuesta. Me quedé

pensando cómo podía hacer algo. El haberme quedado en Leticia tenía que servir para algo más que para hacer una tesis.





Foto 25: Leder y la comunidad del Simón Bolívar salen a protestar.



Foto 26: Bloqueo de la calle.



Foto 27: El alcalde firma un acuerdo con la comunidad.

Buscando ayuda: “Una mano por el Amazonas”

Con esa idea mente resolví ponerme en contacto con algunos amigos y personas que sabía que se estaban organizando en colectivos de voluntarios para canalizar las ayudas humanitarias que empezaban a llegar a la región, ya que el caso de Leticia seguía en todos los medios de comunicación. Mi barrio fue tan solo uno de los puntos donde se había inundado la ciudad, pero también era uno en donde los casos de COVID estaban en mayor aumento. La respuesta a mi llamado para sumarme a alguna campaña en general era bien recibida, pero rápidamente encontré que muchos de estos grupos de voluntarios estaban fuera de la región y apenas se estaban organizando, por lo que no tenían resueltos los temas de priorización poblacional de las ayudas, logística del transporte aéreo y distribución en el campo. En internet se encontraban muchos grupos de SOS tratando de conseguir ayudas para los pueblos de las distintas comunidades indígenas amazónicas, pero se hallaba relativamente muy poco para del casco urbano. Mi lectura inicial en el terreno era que en las comunidades indígenas las personas tenían más posibilidades de hacer frente a la pandemia recurriendo las chagras, la pesca, la cría de animales y eventualmente la caza. En ese sentido, estas personas al estar al aire libre también estaban en mejores condiciones para manejar distanciamiento social y evitar así la infección, mientras que la gente de la ciudad, que en su mayoría trabajaba del rebusque, ya sea vendiendo alimentos, haciendo moto taxi, en construcción, atendiendo un local o cualquier otro tipo de comercio informal, se había quedado completamente sin posibilidades de trabajar, y, por consiguiente, sin comida. Además, el confinamiento resultaba menos soportable en la ciudad, pues muchos no podían salir de sus casas que en Leticia suelen ser húmedas y poco ventiladas. Como consecuencia de esto las calles de mi barrio y de muchos otros puntos de la ciudad se llenaron de banderas rojas, que, en ese momento de la pandemia se empezaron a usar ampliamente en todo el país como una forma de mostrar que necesitaban ayuda con comida.

Teniendo en cuenta este escenario y después de tratar infructuosamente de unirme a una de estas campañas, que estaban en general más enfocadas en la población indígena, y gracias a la ayuda y consejo de mi amiga Maytik Avirama, decidí empezar una campaña propia para llevar ayudas a quien fuera necesario. Abrí una cuenta de PayPal y Nequi, y empecé a solicitar donaciones a través de Facebook y Instagram, que luego, con ayuda de Sonja Horisberger, una amiga en Suiza se extendió internacionalmente con un blog en internet en inglés, francés y alemán, donde contábamos la situación en Leticia acompañando de fotografías y videos.⁴⁶ En medio de la premura titulé la campaña: “Una mano por el Amazonas”. Adicional a eso, Maytik me agregó a un grupo de WhatsApp donde se encontraban muchos de los particulares, instituciones privadas, ONGs y asociaciones indígenas que estaban llevando y coordinando ayudas humanitarias para el Amazonas, lo que no solamente me sirvió para ampliar la red de contactos, sino también para conocer un poco más el estado de la emergencia a nivel regional y las necesidades de las distintas comunidades del Leticia y las áreas no municipalizadas de la Amazonía.

Para mi sorpresa la campaña recibió una respuesta muy positiva y rápidamente llegaron donaciones económicas por parte de familiares, amigos y contactos de las redes sociales, lo que en muy poco tiempo permitió que otras personas se sumaran a ella, tanto donantes como voluntarios. A través de la página en internet también recibimos una importante cantidad de ayuda internacional, que por el cambio de moneda rendía mucho. Gracias a esto, unos días después ya tenía el dinero suficiente para organizar algunos paquetes de ayudas para entregar a las personas del barrio alrededor de mi casa, principalmente familias con niños que habían sido afectadas gravemente por la inundación.

En ese entonces yo me movía en la ciudad sobre todo en la bicicleta, pero los productos con los que estaba armando los primeros paquetes debía conseguirlos en distintos lugares de Leticia, pues había mucha especulación con los productos y era difícil conseguirlos de calidad y a un precio justo en un mismo lugar, así que, mi vecino Buga, al verme atareado decidió prestarme su moto para que pudiera hacer todas las gestiones. Yo nunca había manejado una

⁴⁶ Enlace blog “Una Mano Por El Amazonas”: <https://unamanoamazonas.wordpress.com/>

moto, pero esta pandemia estaba convirtiéndose en la primera vez para muchas cosas. Después de practicar un poco en una calle cerca a mi casa ya estuve listo para evadir los huecos de Leticia y hacer las compras. Empezamos con un lote de doce mercados que contenía aproximadamente veinte productos distintos entre alimentos no perecederos y enlatados, elementos de aseo y desinfección, y productos de higiene personal como crema dental y toallas higiénicas. Este último fue un detalle que las mujeres agradecieron mucho, pues era un artículo de primera necesidad que liberaba unos pesos para otras cosas importantes.

Mis vecinos Hernán y Luz Marina me ayudaban a empacar los mercados y yo repartía los que alcanzaba a cargar en la moto. Máximo 2 o 3. Luz Marina me preguntaba: “Bueno papi, ¿cuándo vas a traer más mercados para empacar?”

La reacción de las personas al recibir los mercados oscilaba entre la sorpresa, la vergüenza y agradecimiento. Algunas familias no habían salido de sus casas en más de un mes y no creían que alguien pudiera saber que estaban en necesidad. En más de una ocasión recibían los mercados con lágrimas en los ojos sin saber cómo agradecer la ayuda. Rápidamente la gente del barrio vio que “el profesor” estaba repartiendo mercados y muchos llegaron a la casa de mis vecinos pidiendo si podía “ayudarles con un mercadito”. Hasta ahora estaba empezando la campaña y no tenía cómo darles a todos, pero acordamos con mi vecina de hacer una lista con las personas que solicitaban ayudas para tratar de colaborarles cuando tuviera los medios.





Foto 28: A Luz Marina le gusta empacar mercados.



Foto 29: Tuve que aprender a montar moto.



Foto 30: Mis vecinos del barrio con su mercado.



Foto 31: Familias del Simón Bolívar.

Figura 5: Poster de campaña "Una mano por el Amazonas".

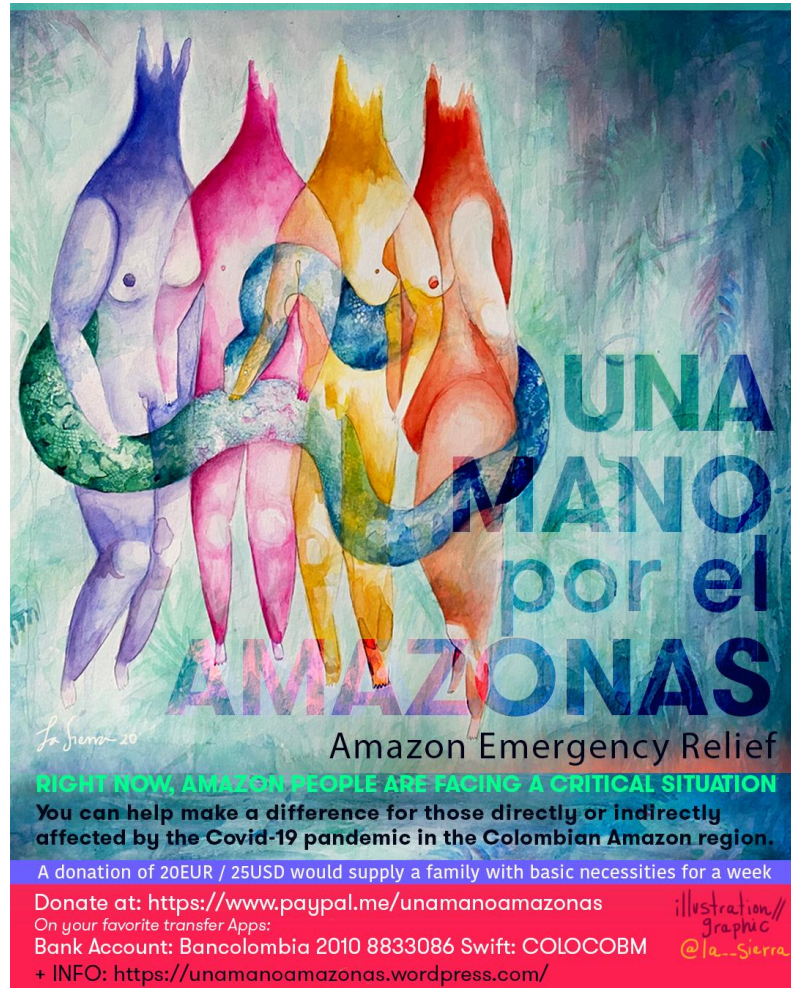


Ilustración y diseño: Ágata Sierra [@la_sierra](https://twitter.com/la_sierra).

Jugando con la necesidad

Por esos días después de la inundación seguía lloviendo a cántaros y teníamos miedo de que sucediera nuevamente una situación como la del día de la cruz, ya habían pasado casi dos semanas y hasta ahora no se sabía nada de las promesas de la alcaldía. Por otro lado, debido al aumento de los casos en la ciudad, desde el 14 de mayo se decretó el toque de queda en todo Leticia desde las 8:00pm hasta las 5:00am, y para hacerlo cumplir, el gobierno nacional envió un contingente militar de 1.500 soldados para asegurar las calles de la ciudad y las fronteras durante el toque de queda nocturno y controlar la restricción por cédulas durante las otras horas del día. El ambiente en la ciudad era cada vez más asfixiante y opresivo. Me imagino que de eso pueden dar fe los mismos soldados que debían usar un traje antifujo sintético encima del uniforme y patrullar bajo el inclemente sol y humedad amazónicos. Al medio día se les veía a los pobres bachilleres apeñuscados bajo la triste sombra de un árbol junto al parque, donde una familia vendía refrescos y empanadas.

Una mañana de esas llegó Leder a la casa de mis vecinos preguntando por el profesor. Cuando salí a verlo, muy disgustado me contó que él y otros líderes de los barrios estaban planeando hacer un nuevo plantón para exigir cumplimiento de los acuerdos, ya que no había llegado ni un solo mercado de los prometidos y la alcaldía tampoco había realizado la limpieza del caño. Me dijo también que pensaba enviar una carta al alcalde con copia a la Personería, Procuraduría y Defensoría del Pueblo en Leticia para denunciar el incumplimiento de las promesas y las medidas que tomaría la comunidad si las autoridades no hacían presencia, por lo que requería de mi ayuda para escribir la carta. Le dije que por supuesto le ayudaría y que me pasara un borrador de lo que quería decir en la carta. Unas horas más tarde llegó con una hoja de cuaderno escrita a mano con sus exigencias. Esa noche me senté en el computador y le redacté la carta con las mismas ideas, pero tratando de moderar el lenguaje sin perder el tono enfático y ligeramente amenazante que Leder resumía con su expresión: “los residentes del barrio están

muy molestos y se pueden salir de control”. Sabía que el éxito de la carta dependía de que fuera al mismo tiempo persuasiva y formal, así los funcionarios y burócratas verían que la comunidad hablaba en serio.

Al día siguiente, le mostré el texto a Leder que estuvo muy satisfecho y al momento se la enviamos al alcalde a través del Personero. Él me había recomendado algunas familias que sabía que no tenían trabajo, así que me acompañó a entregarles unos mercados en la moto. Mientras eso sucedía, entró una llamada del personero para que Leder fuera a su oficina a hablar inmediatamente con él. Rápidamente se montó en otra moto y se fue. Cuando regresó me contó que el personero le había pedido que “por nada del mundo” fueran a hacer un cacerolazo y cerrar las vías nuevamente. Que al día siguiente la alcaldía llegaría con los mercados. Leder estaba triunfal, había sabido presionar a la alcaldía para hacer cumplir su palabra. Yo sabía que, a la alcaldía, con todos los ojos encima y los medios de comunicación atentos lo que pasaba en Leticia, lo que menos quería era una nueva manifestación con notas en todos los noticieros del país hablando sobre el descontento social en Leticia por el incompetente manejo de la pandemia. No solo incompetente sino corrupto, como tendría más de una ocasión de ver con mis propios ojos.

Después de enviar la carta, mis vecinos me llamaron por un gran alboroto en la calle. En la loma del barrio donde el alcalde se había reunido con la comunidad se encontraban parqueados varios carros y motos de policía, un bus y un camión de carga. Finalmente llegaban los mercados. Salí con cámara en mano (el celular) dispuesto a hacer veeduría ciudadana sobre la entrega de las ayudas. La gente se agolpaba alrededor del camión y Leder trataba de ordenar a la gente mientras la policía gritaba: “distanciamiento por favor! ¡distanciamiento!” Al poco tiempo, de un carro se bajó un hombre alto y acuerpado que no miraba a los ojos, con botas altas y chaqueta de la alcaldía, seguido de un grupo de jóvenes con planillas en la mano. Era el coordinador de las entregas. Leder habló con el hombre y se pusieron de acuerdo en cómo entregar los mercados. Empezarían por las casas de la parte más baja del barrio que habían sido las más afectadas por la inundación, y luego, subirían entregando casa por casa hasta “agotar existencias”. El otro criterio era que en las casas de las familias viviera gente con niños

o ancianos sin ingresos económicos. Leder conocía a la comunidad y acompañó las entregas mientras la gente le gritaba y le pedía que no se olvidara de ellos. Los funcionarios con planillas y vestidos con antfluído completo iban tomando los datos de las personas que iban recibiendo. Junto a ellos, una seguidilla de ayudantes con gel y líquido desinfectante rociaba los paquetes. Mientras tanto, del camión bajaban los paquetes por tandas poniéndolos en un montón custodiado por la policía. Eran unas bolsas transparentes donde se podían ver todos los productos que contenían. Yo iba tomando foto de todo. Tenía especial curiosidad de saber que llevaban los paquetes y cuánto habían costado. Conté aproximadamente 14 productos por bolsa. Después empecé hacer las cuentas en la cabeza de cuanto podían valer y calculé unos 70mil pesos por paquete.



Foto 32: Los funcionarios entregan los paquetes. Las familias esperan que alcancen...

Mientras la entrega avanzaba, me puse a conversar con uno de los funcionarios de la alcaldía que entregaba los mercados. En medio de una cosa y otra le pregunté cuántos mercados eran en total. Me contestó: “Son 156 mercados. Estos eran para una comunidad afro, pero a última nos mandaron para acá”. Cuando le comenté el cálculo que había hecho del costo de los mercados, me dijo en voz baja: “Sí, esos mercados no valen más de 70.000 pesos, pero la verdad, aquí entre nos, es que en las planillas de registro aparecen por 150.000 cada uno”. Lo

primero, fue que me sorprendió su sinceridad, por algún motivo esta persona sintió que era necesario confesar el hecho. Y segundo, me sorprendió, o, mejor dicho, no me sorprendió, pero sí me indignó, comprobar así de frente, que se estaban robando más de la mitad del costo de esas ayudas. 156 mercados a 70.000 son 10'920.000 pesos, y a 150.000 son 23'400.000. La diferencia era de 12'480.000 pesos. Realmente no podía imaginar que ese excedente fuera para costear el valor de la logística o para destinarlo a otras ayudas, era pura y llana corrupción. No solo habían dejado a una población afro sin mercados para callar a otra comunidad y evitar un escándalo mediático, sino que también se estaban embolsando una cantidad nada despreciable de dinero. Eso era jugar infamemente con la necesidad de la gente. En ese momento guardé silencio y me fui del lugar. Ya había visto suficiente. Al final de la jornada, cuando ya estaba en mi casa, uno de los últimos mercados llegó donde mis vecinos, ya que, como decía Buga, lograron clasificar por ser "damnificados de la tercera edad". Por supuesto, las ayudas no habían alcanzado para todas las familias y las personas que no recibieron algo se molestaron con los funcionarios de la alcaldía y con el pobre Leder, que no tenía la culpa de nada. El hombre de la chaqueta y las botas de cuero prometió que volvería con mercados para los que faltaban y se fue con toda su caravana. Leder separó unos mercados y los dividió en otros más pequeños para alcanzar a entregarle a algunas familias.

Toda esta situación con las ayudas en el barrio no fue sino una de las muchas otras en que tuve la oportunidad de ver o de conocer cómo se presentaron casos de corrupción en el Amazonas relacionados con las entregas de las ayudas humanitarias y la atención de la pandemia. Podría contar uno a uno los casos y circunstancias particulares de cada una, pero la historia se haría tan extensa como inverosímil y desmoralizante, y ese no es el propósito de este relato. En todo caso, para resumirlo y dar una idea general, puedo decir que este tipo de prácticas de inflar los valores nominales de los mercados y ayudas para sacar la diferencia no solo ocurría con los dineros del Estado. También tuve conocimiento de primera mano sobre cómo algunas ONGs con larga presencia en la región hacían lo mismo con los dineros que llegaban de los grandes grupos empresariales que donaban miles mercados para la población indígena. Por otro lado, en las calles de Leticia conocidos empresarios de la región vendían cachaza brasilera embotellada como alcohol antiséptico. Claro está, este no estaba en promoción. Así mismo,

muchas de las ayudas en especie que llegaron a la ciudad por toneladas como elementos de aseo y alcohol antiséptico para los hospitales municipales y puestos de salud de las comunidades, fue robado de las bodegas de la gobernación del Amazonas y vendido ilegalmente en distintos comercios de Leticia y Tabatinga. Esto último, fue un hecho que yo mismo descubrí y denuncié públicamente en los medios de comunicación locales, pues, desde la campaña también recibimos una gran cantidad de donaciones en especie, algunas de ellas que también estaban destinadas a la Gobernación y que yo mismo les entregué en sus bodegas. Por ese motivo, conocía la cantidad, destino y número de lote de los productos robados. Hay otros casos más. Sin embargo, aunque prometí no extenderme, hay un caso más que no me gustaría dejar pasar por alto. Debido al confinamiento las comunidades indígenas del área rural periurbana de Leticia tenían dificultades para vender sus productos en Leticia, así que una organización de la región organizó una modalidad para ayudar a comercializar estos productos con la justificación de “dinamizar la economía de la región” la cual fue muy publicitada y controversial. Ellos recolectaban los productos en las comunidades y los llevaban a un gran centro de acopio donde los re empacaban y vendían a domicilio en Leticia y Bogotá. A cambio las comunidades recibían unos bonos en papel llamados “semillas” por el valor aproximado de los productos, y luego, las comunidades podían usar esos bonos para adquirir productos de ferretería que la misma organización repartía cuando pasaban recolectando los víveres. Los bonos no tenían ningún valor económico real dado que no se podían redimir en dinero. Algunas comunidades por la necesidad se vieron forzadas a aceptar el trato, pero otras se opusieron y se negaron a participar. Los valores en semillas eran inferiores al de los valores reales de los productos, y, por otro lado, las herramientas y materiales que ofrecían tenían un valor superior al costo de mercado. Es decir, las comunidades no recibían ningún beneficio económico del trueque.

Quienes vieron dinamizada su economía fueron los intermediarios que sí recibían la diferencia en dinero a expensas del trabajo de las comunidades. Lo más increíble es que en medio de la pandemia surgiera una iniciativa que en todo recordaba el infame sistema de endeude de las caucherías y de bonos de la United Fruit Company en las bananeras. Resultaba indignante que a alguien le hubiera parecido buena idea semejante sistema de explotación del trabajo y la

necesidad de los pueblos indígenas para hacerle frente a la crisis. Esto ya no era siquiera neoliberalismo. Se estaba retrocediendo casi un siglo a un sistema económico neocolonial y explotador.

Todo esto me confrontó mucho y afianzó la convicción de que debía continuar con la campaña de manera independiente hasta cuando fuera posible y necesario mientras las condiciones mejoraran para así poder viajar a la comunidad con Robert y Nexi y hacer mi trabajo de campo. Lo que no sabía en ese momento es que todavía tendría que esperar un buen rato para eso, aunque mi trabajo de campo ya había empezado en Leticia.

Finalmente, debo decir que no todo alrededor de las ayudas humanitarias por la pandemia fue incompetencia corrupción y explotación. Muchas personas e instituciones se vincularon de forma comprometida y desinteresada para tratar de minimizar el efecto de la crisis económica y de salud para las personas y así para tratar de llenar el vacío institucional y estatal que existía. Sin embargo, como también puede constatar, no todo se puede quedar en buenas intenciones y acciones a corto plazo. La pandemia fue una emergencia que puso al descubierto las fallas estructurales del sistema de salud, la desigualdad y la segregación social de muchos pueblos indígenas y personas de bajos recursos en el Amazonas, lo que requeriría de acciones de fondo y a largo plazo para reparar esas fallas estructurales y cerrar la brecha social, lo cual, claramente no se logra en unos cuantos meses de ayudas humanitarias meramente paliativas. Sobre todo, se necesita de un cambio de mirada y de enfoque en la forma de concebir las formas de vida y necesidades de la población amazónica. Para entender un poco mejor este punto me parece importante, por un momento cambiar de tono y hacer un panorama general de cómo encontré que funcionaba todo este sistema de las ayudas humanitarias, cuáles eran los agentes involucrados, su alcance y el rol que cumplieron durante la atención de la pandemia. Seguidamente hablaré de la situación que pude observar en Leticia y en las comunidades indígenas.

Panorama general de las ayudas humanitarias

En términos generales dentro del conjunto de los agentes encargados del aporte y gestión de ayudas, pude identificar al menos cuatro grandes grupos:

- 1) *Entidades del Estado*, tales como: Ministerios de Salud y de Justicia, Gobernación del Amazonas, Alcaldías de Leticia y Puerto Nariño, Defensa Civil, Ejército Nacional, Fuerza Aérea y Armada Nacional.

Estas entidades se encargaban, por un lado, de prestar la ayuda a la población de acuerdo con su función dentro del Estado y según las políticas del gobierno nacional, como en el caso de los ministerios, gobernación y alcaldías, los cuales en la mayoría de los casos actuaban guiados por la necesidad de mostrar resultados inmediatos para satisfacer al gobierno, la opinión pública y las bancadas de los partidos de gobierno, muchas veces de manera insuficiente, oscura y desconectada de la realidad y necesidades de la población. Esto último era muy fácil de mostrar, pues se podía contrastar lo que publicaban diariamente en los medios de comunicación con lo que ocurría en directamente en el terreno. La Defensa Civil, Ejército, Fuerza Aérea y Armada, por el otro lado, aparte de su función misional, cumplían una labor mixta, cooperando con las entidades privadas, ONGs y donantes particulares en cuestiones de acopio, transporte de material humanitario, personal de asistencia y del traslado a Bogotá de pacientes con COVID en estado crítico. Estos últimos, también asistían ocasionalmente con parte de la logística para otras organizaciones que atendían la emergencia. En esta lista no incluyo a la Policía, pues su función se limitó a mantener la seguridad de los establecimientos comerciales, instituciones públicas y financieras, y, por último, tratar de hacer cumplir las restricciones de movilidad y toques de queda.

- 2) *Organizaciones Internacionales*, como: ONU, Unicef, OMS, Banco Mundial de Alimentos, etc.

Estas organizaciones se encargaban de canalizar buena parte de las ayudas provenientes de sus fondos y de otras instituciones de la comunidad internacional, así como de brindar personal de salud y observación en campo, para promover campañas con políticas de prevención y atención de la emergencia, pudiendo llegar a muchos de los lugares más apartados del Amazonas, donde no llegaba otro tipo de iniciativas más pequeñas, ya que estas organizaciones contaban con un importante músculo económico y político en la región.

3) *Entidades Privadas*, como: Empresas privadas, Instituciones Financieras, Fundaciones (ONGs), Asociaciones, Iglesias y actores políticos.

Estos agentes fueron los encargados de llenar una parte del vacío en la atención de la pandemia dejado por las entidades estatales y políticas del gobierno, de acuerdo con sus propias políticas de asistencia y prioridades humanitarias o económicas. Las grandes empresas privadas e instituciones financieras trabajaban en llave con las distintas ONGs locales, nacionales e internacionales, para a través de ellas, canalizar sus donaciones hacia los grupos poblacionales que hacían parte del objetivo misional de estas fundaciones intermediarias. Lo que pude observar es que las empresas estaban en gran medida motivadas por los certificados de donación que recibían de las ONGs a cambio por su atención a la pandemia, con los cuales podían acceder a condonaciones de impuestos por parte del gobierno, al tiempo que hacían posicionamiento de marca de sus productos y se deshacían de los excedentes en sus inventarios que tuvieran fechas de caducidad a punto de vencer. Esto último lo menciono con conocimiento de causa, porque gran parte de las ayudas en especie con alimentos y medicamentos que recibimos en nuestra campaña o que llegaron a otras campañas en gran cantidad, cumplían con estas características. Por su lado las ONGs recibían ingentes recursos económicos, aumentaban la visibilidad de sus causas y fortalecían su presencia en la región. Las iglesias por su parte recibían donaciones de sus fieles, instituciones u otros particulares, las cuales entregaban dentro de sus grupos de interés misional. Entre los actores políticos, se incluyen, tanto partidos políticos de todos los espectros, como personas particulares, ya sean senadores, diputados, concejales, o miembros de los cabildos y asociaciones indígenas. Los incluyo en esta categoría de privados, pues, aunque el papel de algunos de ellos fue el de interceder de forma desinteresada para facilitar la comunicación y la asistencia humanitaria a las personas

afectadas, también se pudo constatar que, en muchos casos, estos agentes aprovecharon los recursos y las gestiones con la ayuda humanitaria para hacer proselitismo político y entregar alimentos o medicinas a nombre propio o de algún partido político, con claros intereses electorales y económicos, así como para ganar influencia en las distintas comunidades de la región.

4) *Miembros de la Sociedad Civil*: Colectivos, campañas independientes, personas naturales y voluntarios.

Junto con las entidades privadas estos miembros de la sociedad civil llevaban ayudas humanitarias a los distintos grupos de afectados receptores de estas, allí donde la atención por parte del estado y el gobierno no llegaba a tiempo o era insuficiente. Muchos voluntarios trabajaban de forma independiente ofreciendo asistencia a distintas organizaciones o campañas en la medida de que fuera necesario. La asistencia por parte de la sociedad civil jugó un papel muy importante en la atención de la pandemia en el Amazonas, pues la cantidad y la calidad de las ayudas ciertamente contribuyó a paliar en parte la situación de forma rápida y puntual, teniendo una capacidad de respuesta y flexibilidad mayor que la de otros tipos de iniciativas que requerían de un andamiaje logístico y operativo mucho mayor.

Del otro lado, estaban los receptores finales de las ayudas humanitarias dentro de los que identifiqué tres grupos:

1) *Organizaciones Indígenas y locales*, como: AATIS⁴⁷, Cabildos indígenas, Comunidades y Juntas de Acción Comunal.

Estas organizaciones, por un lado, se encargaban de la recepción de gran parte de las ayudas humanitarias entregadas por los actores anteriormente mencionados para distribuirlos dentro de las comunidades y los barrios, y por el otro, eran los encargados de hacer el censo de la población afectada y de la priorización en cuanto al tipo y cantidad de ayudas necesarias, así como de autorizar y ejercer control sobre los entes y personas que distribuían las ayudas.

⁴⁷ **AATIS**: Asociaciones de Autoridades Tradicionales Indígenas.

Finalmente, la seguridad y el orden público de las comunidades estaba a cargo la guardia indígena de cada comunidad.

2) *Instituciones de Salud*: Hospitales y Puestos de Salud.

Los hospitales de Leticia y Puerto Nariño y puestos de salud de las comunidades recibían donaciones económicas y aportes de implementos médicos o medicamentos de los que carecían por parte de todo tipo de agentes. También se organizaron brigadas de salud con voluntarios que recorrían los distintos barrios y comunidades llevando medicamentos, atendiendo en la zona a los enfermos y haciendo las pruebas de COVID.

3) *Particulares*: Familias y personas particulares.

Este último grupo está discriminado de los anteriores, pues muchas familias y personas tenían familia, amigos o instituciones que les podían brindar ayuda humanitaria y económica directamente sin tener que estar registrado en algún cabildo o grupo prioritario de algún grupo político o junta de acción comunal. A veces estas familias podían recibir ayudas de más de una fuente, pero también se dieron muchos casos de familias que no estaban en ninguna lista ni tenían algún acudiente que pudiera ayudarles. A estas últimas me interesaba particularmente poder asistir con la campaña Una Mano por el Amazonas.

En cuanto al criterio o actitud humanitaria por parte de los aportantes y donantes caractericé dos grupos principales: 1) Los *asistencialistas*, que son el grupo de entidades, organizaciones públicas o privadas, colectivos o personas naturales con una actitud humanitaria que se puede denominar asistencialista, es decir, que hacen trabajo humanitario a corto plazo, con entregas de donaciones e intervenciones de manera indiscriminada e inmediateista, sin tener suficiente conocimiento del contexto regional, las particularidades de la población y sus necesidades específicas, así como de los problemas estructurales que subyacen y anteceden a la actualidad de la emergencia. Y 2) Los *asistentes sociales*, que son el grupo de organizaciones públicas o privadas, colectivos o personas naturales, los cuales, con un mejor conocimiento del contexto social de la región “asisten” de manera más específica y sostenida en el tiempo a comunidades, grupos, familias, o personas particulares con las que construyen o ya tienen una relación. Sus

intervenciones, aunque también pueden ser para atender las necesidades del momento, en muchos casos incluyen intervenciones y proyectos a mediano y largo plazo. En muchos casos se daba una relación similar al padrino o madrinazgo, ya que muchas familias recibían asistencia de manera exclusiva. En nuestro caso particular, aunque la campaña actuaba como parte de la sociedad civil, se puede decir que estábamos en un punto medio entre los asistencialistas y los asistentes sociales, pues, por un lado, en la campaña recibimos todo tipo de ayudas que se trataron de hacer llegar a cualquiera que las pudiera necesitar para resolver la situación del momento, y por el otro, estando en el campo también conocíamos el contexto y necesidades específicas de la gente, pues también teníamos amigos y conocidos a quienes llevamos ayudas de manera específica, como por ejemplo a Robert y Nexi y su familia en la comunidad del Doce de Octubre. Igualmente, en Leticia y algunas comunidades periurbanas teníamos amigos y conocidos a quienes pudimos dirigir ayudas de alimentos, medicinas o de otro tipo, según fuera pertinente. Si bien teníamos esta doble función, pues también colaboramos con otros grupos y organizaciones humanitarias, nuestro enfoque era el de tratar de brindar asistencia prioritaria a las personas que de otra forma no habrían recibido ayuda de ninguna otra manera.

Ahora contaré algo sobre cuál era el estado de la situación durante la pandemia en la Leticia urbana y en las distintas comunidades del de las que tuve conocimiento.

Situación en Leticia urbana

Como la ya lo había mencionado, la situación en la parte urbana de la ciudad de Leticia era bastante compleja, no solo desde el punto de vista sanitario por la pandemia sino también económico.

Según información del Estudio Económico 2018⁴⁸, realizado por la Cámara de Comercio del Amazonas, Leticia cuenta con una población total de 42.280 habitantes, de los cuales 26.780 (63,3%) corresponden a la población urbana y 15.500 (36,7%) corresponden a población rural.

El mismo estudio muestra que las principales actividades económicas del municipio son la agricultura, la explotación forestal de la madera, el turismo ecológico, la pesca y el comercio fronterizo. Como aparece en la siguiente tabla:

Tabla 1: Principales actividades económicas de Leticia

RAMA DE ACTIVIDAD ECONOMICA	%
Actividades de servicios sociales y personales	42,21
Comercio, reparación, restaurantes y hoteles	28,17
Establecimientos financieros, seguros y otros servicios	9,95
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	9,39
Agricultura, ganadería, caza, silvicultura y pesca	7,67
Industria manufacturera	1,82
Suministro de electricidad, gas y agua	0,79
Explotación de minas y canteras	0,00
Construcción	0,00

Fuente: Cámara de Comercio del Amazonas 2018.

Es interesante observar que las actividades que más aportan a la economía son las actividades de servicios sociales y personales (entidades públicas) con el 42,21% del total y Comercio, reparación, restaurantes y hoteles 28,17%. El turismo, que desde hace un tiempo es considerado el gran motor de la economía, también se detuvo completamente y ese dinero dejó de aportar a las distintas cadenas de valor de la economía local. Es decir, descontando las actividades de las entidades públicas que siguieron funcionando durante la pandemia, cómo el suministro de gas y energía y los servicios financieros, casi el 48% de la actividad económica de Leticia se vio congelada o afectada de alguna manera por las restricciones de la pandemia. Según lo anterior, casi la mitad de la población de Leticia se quedó sin trabajo o alguna fuente de ingreso estable mientras duró la cuarentena. Esto era particularmente evidente al andar las

⁴⁸ Cámara de Comercio del Amazonas 2018: <https://ccamazonas.org.co/web2018/wp-content/uploads/2019/03/ESTUDIO-ECONOMICO-2018.pdf>

calles de Leticia, pues, como había mencionado anteriormente, en las casas se veía gran cantidad de banderas rojas solicitando ayuda con alimentos. De forma paralela, muchas familias montaron pequeños negocios en la calle donde vendían las frutas y verduras que no se podían comercializar en el mercado municipal, ya que este había sido cerrado desde el inicio de la cuarentena al ser el primer foco de contagios de la ciudad. También era común encontrar gran cantidad de puestos móviles de distintos tipos de comida. Es decir, la comida estaba en el centro de la crisis económica, y con la demanda también creció la oferta, hecho que condujo que toda esa parte de la economía se descentralizara del mercado y de los establecimientos comerciales desplazándose a los barrios para llenar ese vacío y mantener el dinero circulando. Sin embargo, como entendería más adelante, la economía de Leticia y la región también tenía otras formas de llenar los vacíos de la economía formal.

Debido a las mismas restricciones de la pandemia en todo el mundo, la demanda de sustancias ilícitas había aumentado considerablemente mientras que la oferta había disminuido por la dificultad para garantizar las cadenas de suministro para su producción y tráfico. Lo anterior naturalmente condujo a que los precios se dispararan en todo el mundo. En el Amazonas, con la pandemia había mucho más control en tráfico de embarcaciones a lo largo del río, pero los campos y laboratorios de producción de coca en el Perú seguían produciendo a toda marcha. Lo que no muestra el informe de la Cámara de Comercio del Amazonas, y que no es un secreto para nadie que haya vivido suficiente tiempo en Leticia o en otra población de la trifrontera, es que gran parte de la economía legal de la región está sustentada en diversas actividades relacionadas con el narcotráfico, el microtráfico es relativamente común entre personas de todas las edades y condiciones económicas, y muchos de los grandes negocios legales son fachadas para el lavado de activos. Esto último fue particularmente evidente al cabo de unos meses del inicio de la cuarentena en Leticia, donde además de tener el aeropuerto cerrado, numerosos locales comerciales habían estado cerrados al público o con un mínimo de atención, y hacia el final de la cuarentena, esos mismos negocios, de un momento a otro, hicieron grandes remodelaciones y ampliaciones de sus locales e inventarios con pomposos relanzamientos.

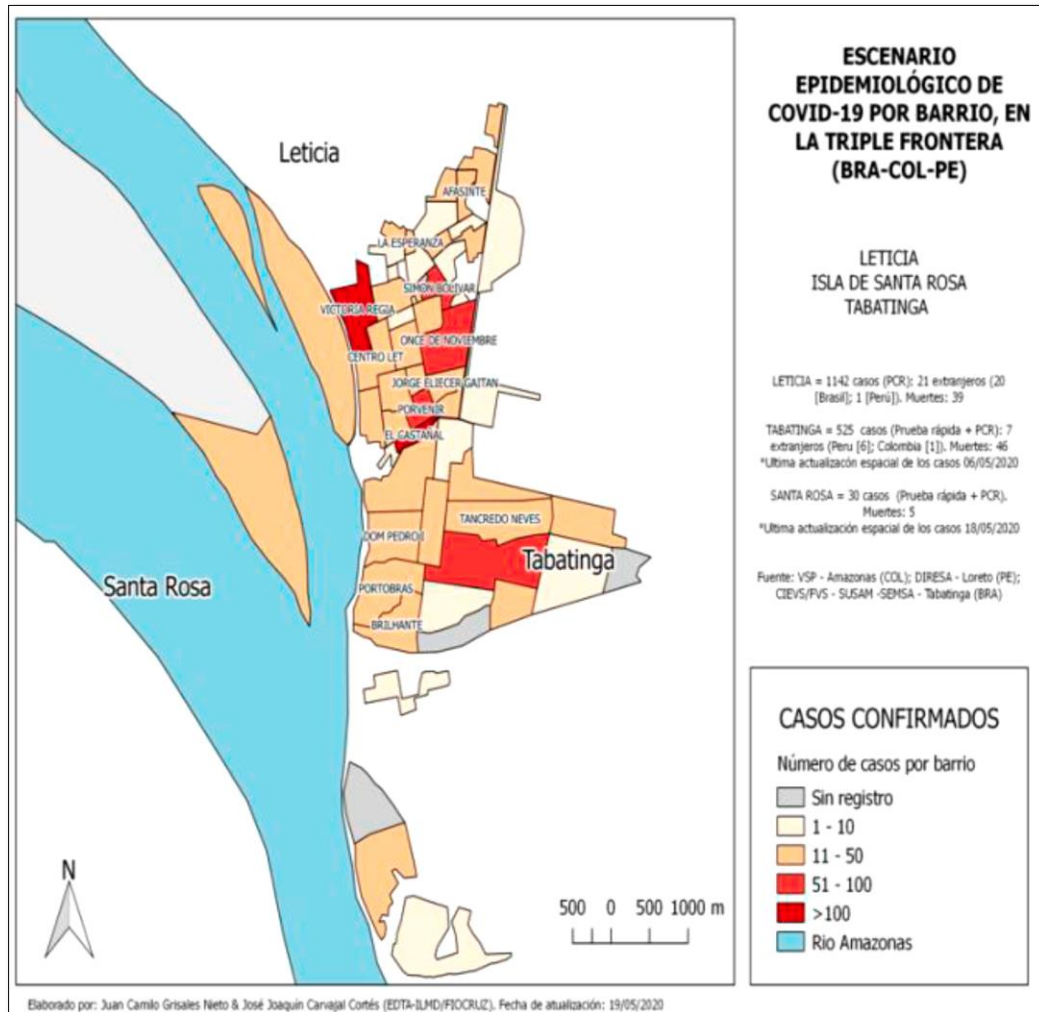
Uno no podía menos que preguntarse de dónde provenía ese dinero y a qué nuevos clientes les iban a vender. En este negocio el dinero hay que lavarlo pase lo que pase y una inversión en remodelación era una buena forma de legalizar las facturas. Por estos motivos, buena parte del dinero en efectivo que se mueve la frontera siguió circulando a pesar de crisis económica, especialmente los reales provenientes de Manaos que pasan por las numerosas casas de cambio que también hacen parte del entramado de lavado de dinero. Así mismo, en algunas comunidades del río del lado colombiano, muchas personas se fueron trabajar masivamente raspando coca o cocinando en los cultivos del Perú, pues esta actividad demostró ser una fuente de trabajo estable y confiable que no se vio totalmente afectada por la pandemia a pesar de los controles en el río. Infortunadamente y por este mismo motivo, parte de los excedentes que no se habían podido bajar a Manaos se estaban ahora vendiendo entre las mismas comunidades. Esta información la recibí de varias fuentes en Leticia, de las propias comunidades y con personas con las que colaboré a través de los grupos de las ayudas humanitarias.

Pasando a la situación de la emergencia sanitaria, según el boletín⁴⁹ de la Gobernación del departamento del Amazonas, al 20 de mayo de 2020⁵⁰ se reportaban 1.221 casos confirmados de COVID en Amazonas, 1.180 de ellos en Leticia y 41 en Puerto Nariño, con un total de 43 fallecidos en Leticia y 1 en Puerto Nariño. La incidencia de casos positivos por millón de habitantes en Amazonas era de 15.113, frente a 333 del promedio nacional. Por su parte, los fallecidos por millón de habitantes eran 545 frente a 12 del promedio nacional. Esto quiere decir, que la incidencia del COVID en el departamento del Amazonas, tanto en casos positivos como muertes, era 45 veces superior al del resto del país, lo que puede dar una idea del rápido escalamiento de la emergencia. En Leticia, los barrios más afectados eran Victoria Regia, Provenir, Castañal y mi barrio, Simón Bolívar. Estos eran principalmente barrios con personas de bajos ingresos y ubicados en zonas de frontera con Tabatinga por donde las personas cruzaban diariamente de manera ilegal. Ver **Figura 6**.

⁴⁹ Boletín 20 de mayo. Enlace: <https://amazonas.micolombiadigital.gov.co/sites/amazonas/>

⁵⁰ Tomo esta fecha del 20 de mayo como referencia, pues coincide aproximadamente con las fechas que empezamos con las entregas de la campaña.

Figura 6: Escenario Epidemiológico COVID-19 por barrio en la Triple Frontera.



Fuente: Gobernación del Amazonas 2020.

Según la lectura de la situación en Leticia con algunos de estos datos y la observación que había hecho en campo, a estas alturas, en Leticia lo más urgente era concentrarse en la entrega de alimentos a las personas sin ingresos económicos y elementos de bioseguridad para ayudar a mitigar en la medida de lo posible el aumento de contagios y muertes.

Situación en las comunidades indígenas

Cómo había mencionado, al principio de la pandemia existía un gran temor de que los pueblos indígenas de la Amazonia pudieran verse seriamente afectados por el impacto del virus, exponiéndose al exterminio físico y cultural como había ocurrido en el pasado por cuenta de las pestes traídas por los europeos durante proceso de colonización y evangelización, o más recientemente por cuenta del contacto accidental o forzado con taladores y cazadores ilegales en el caso de los pueblos en aislamiento voluntario. La pandemia del COVID había despertado esos mismos fantasmas, ya que esta era vista como una enfermedad del “blanco”. Sin embargo, el desarrollo de la pandemia estaba mostrando algo muy distinto y los indígenas estaban resistiendo la pandemia mejor de lo que se creía de antemano. Esto no implica que durante la pandemia no se sufrieran grandes pérdidas entre los pueblos indígenas, en particular de abuelos y abuelas, sabedores y sabedoras tradicionales que supusieron una gran pérdida para el patrimonio histórico e inmaterial de los pueblos indígenas.

En el departamento del Amazonas se encuentran alrededor de 25 grupos étnicos y su población está distribuida principalmente entre las comunidades del río en el trapecio amazónico, Puerto Nariño, el área rural de Leticia y las áreas no municipalizadas del departamento. Según los datos disponibles, al 20 de mayo, en pleno asenso del primer pico de la pandemia, del total departamental de 1.221 contagios y 54 muertes, de ellos, entre la población indígena 273 habían dado positivo y 12 habían fallecido (4,39%), frente a las 892 y 32 (3,58%) respectivamente entre los no indígenas. El dato resulta bastante menor a lo que inicialmente se podría imaginar, pues según el Boletín Poblacional del Ministerio de Salud de 2020 (Corte a diciembre de 2019)⁵¹ en el departamento del Amazonas el 57,7% de la población pertenece a algún pueblo indígena. Si se miran estos números con cuidado se observa una ligera mayor

⁵¹ Enlace: <https://www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/DE/PS/boletines-poblacionales-poblacion-indigena.pdf>

mortalidad entre la población indígena, pero es importante tener en cuenta el posible subregistro de contagiados en el departamento, el cual pudo ser mucho mayor entre la población indígena, ya sea por difícil acceso a las comunidades, porque muchas personas se negaron a practicarse las pruebas, o porque en el momento no se contaba con suficiente personal y kits portables para estas. Sin embargo, casi con toda seguridad que el número de fallecidos por COVID sea mucho más cercano a la realidad. Lo que puede nos puede sugerir que la mortalidad entre la población indígena es en realidad mucho menor que entre los no indígenas. Hasta el momento no se ha encontrado un estudio que muestre esta relación.

Por otra parte, esta tendencia mostrada se mantiene incluso si se compara con el último reporte epidemiológico disponible del departamento de Amazonas⁵² emitido el 28 de diciembre de 2021, donde se observa que entre población indígena se presentaron 2.395 infectados y 104 muertes, frente a 4.644 y 155 en población no indígena, lo que equivale al 1,5% y el 2,2% respectivamente, del total de los 9,039 casos registrados en el departamento. Ver tabla 2. Es decir, casi el 50% menos infectados y un 30% menos muertes en la población indígena que entre los no indígenas. Esto puede tener distintos motivos.

Tabla 2: Morbilidad y Mortalidad- Indígenas y otros

	INDÍGENAS		OTROS	
	Casos	%	Casos	%
Morbilidad	2291	32,5	4489	63,8
Mortalidad	104	1,5	155	2,2
Total	2395	34,0	4644	66,0

Fuente: Gobernación del Amazonas 2021.

Dejando los datos a un lado, como ya había mencionado, cuando comenzó la pandemia gran parte de las personas de las comunidades indígenas habían vuelto o se habían quedado en sus

⁵²Enlace:

https://amazonas.micolombiadigital.gov.co/sites/amazonas/content/files/001155/57705_28122021-boletin-epidemiologico.pdf

comunidades donde se controlaba el ingreso de personas no indígenas para evitar el contagio. Por ese motivo, algunas familias y grupos se aislaron voluntariamente en el monte hacia las cabeceras de los ríos para evitar el contacto con personas que pudieran llevar el virus. También se puede decir que con el uso y eventual fortalecimiento de las chagras y las huertas indígenas que se dio durante la pandemia, las personas tenían un mejor acceso a alimentos frescos cosechados o adquiridos por ellos mismos, lo que permitía a las personas estar, en términos generales, mejor alimentadas, con sistemas inmunes más fuertes y con una mejor disposición anímica para enfrentar el virus y el confinamiento. Por otro lado, en el Amazonas se usaron muchas plantas nativas e introducidas para tratar la enfermedad, algunas de ellas fueron: el jengibre, el ajo, el boldo⁵³, el jambú⁵⁴, la corteza de chuchuwasa, bejuco de abuta⁵⁵, la hoja de pirarucú (siempreviva)⁵⁶, el tabaco de selva, la hierbaluisa⁵⁷ o el mucuracá⁵⁸, por citar algunas. La ventaja de este conjunto de plantas de la medicina tradicional es que muchas de ellas poseen propiedades antiinflamatorias, antibióticas, vasodilatadoras y analgésicas muy potentes, por lo que su uso tiene mucho sentido, si se tiene en cuenta que, en los casos más graves y mortales, el virus del COVID induce a un colapso del sistema cardio-respiratorio por fibrosis pulmonar y trombosis⁵⁹. También era frecuente el ahogamiento por inflamación de las vías respiratorias producto de la infección del virus. Estas plantas, en combinación con otros medicamentos de la medicina convencional como la aspirina o el naproxeno, pudieron usarse para tratar todos estos síntomas asociados al COVID con resultados muy satisfactorios.

⁵³ **Boldo** (*Peumus boldus*) es un árbol endémico de Chile. En el Amazonas se usa como desparasitante, limpiador hepático y para la descongestión de las vías respiratorias.

⁵⁴ **Jambú** (*Acmella oleracea*) es una planta nativa de la Amazonía brasileña que se usa como analgésico natural para tratar el dolor de muelas y de garganta.

⁵⁵ **Abuta** es un género de la familia de *Menispermaceae* de unas 32 variedades. En Colombia se usa principalmente la *Abuta imene* para la elaboración del veneno de Cumare o para el tratamiento de enfermedades infecciosas del tracto urinario. Durante la pandemia se le usó para mitigar los efectos del COVID.

⁵⁶ **Hoja de pirarucú** o siempreviva (*Kalanchoe pinnata*) es una planta originaria de Madagascar con propiedades para controlar la hipertensión, la cual, en la amazonia también se usó durante la pandemia.

⁵⁷ **Hierbaluisa** (*Aloysia citrodora*) también conocida como cidrón, posee propiedades antiinflamatorias, antioxidantes, antibióticas y expectorantes.

⁵⁸ **Mucuracá** o barbasco (*Petiveria alliacea*) tiene distintos usos como alimento, veneno y medicina. Posee propiedades antibióticas y antiinflamatorias.

⁵⁹ Sobre los síntomas del COVID-19: <https://espanol.cdc.gov/coronavirus/2019-ncov/symptoms-testing/symptoms.html>

Volviendo al caso de la ayuda humanitaria para las comunidades indígenas, después de analizar los datos y escuchar lo que las mismas comunidades solicitaban, mi valoración era que, más allá de entregar ayudas con alimentos, que muchas veces las personas no consumían por no ser parte de su dieta y costumbres, era necesario enfocarse en contribuir con el fortalecimiento de las comunidades para asegurar su autonomía alimentaria, brindando herramientas para el trabajo de las chagras, la pesca y la caza, junto con elementos de bioseguridad y desinfección de superficies para reducir el riesgo de contagios. Por otro lado, era importante brindar apoyo logístico para que las mismas pudieran vender los productos que se producían en sus chagras y las familias tuvieran un ingreso económico. Pues, al igual que en la ciudad, este fue uno de los aspectos en que más afectadas se vieron. Así mismo, era importante el apoyo material para que las autoridades tradicionales pudieran construir puestos de guardia indígena para el control territorial. En el mismo sentido, se debía apoyar la construcción de puestos de salud o el mejoramiento y dotación de los ya existentes, pues, las personas también se seguían enfermando de otras cosas distintas al COVID y no había cómo atenderlas en los colapsados hospitales y clínicas de la región.

Balance de la campaña

La campaña empezó a principios de mayo y terminó a finales de agosto, fueron cuatro meses intensos, que, si bien fueron por completo inesperados y angustiantes, también me abrieron los ojos a otra forma de ver y entender la región más allá de mis propias expectativas y condicionamientos. En su crudeza, esta había sido una gran lección de vida que me tomaría todavía un tiempo llegar a entender en profundidad. Son muchas las historias y las personas sobre las que me gustaría dejar testimonio, pero para eso tendría que escribir otra etnografía. Por ahora haré un corto recuento de lo que hicimos en la campaña y hasta dónde alcanzamos a llegar.

Después de hacer las primeras entregas de ayudas en el barrio, con el tiempo habían empezado a llegar más recursos tanto económicos como materiales en donaciones por parte de

instituciones que se solidarizaron con la causa de la campaña gracias a las publicaciones que había hecho en las redes sociales y los grupos de WhatsApp. Gracias a todos estos aportes, que en determinado momento me abrumaron, me di cuenta de que podía ampliar la campaña y llevar las ayudas más allá del barrio, por lo que debía encontrar la forma de priorizar las entregas y hacer la logística de todo. Para resolver esto, además de las listas que hacía mi vecina, con Leder y otros amigos, se elaboraron otras listas de familias en diferentes barrios las cuales hasta el momento no habían recibido ayudas del gobierno ni de los grupos prioritarios de otras campañas. En el punto más álgido de la fiebre de las ayudas humanitarias, en Leticia se encontraban represadas ayudas humanitarias para miles de familias, pero, sorprendentemente, las organizaciones no sabían bien a quién entregarlas, por lo que ocurría que algunas familias y comunidades recibían ayudas en más de una ocasión y otras quedaban sin nada. Afortunadamente desde la campaña pudimos resolver este asunto y hacer las entregas a quienes no habían recibido. Por otra parte, cuando llegaban las donaciones en especie para la campaña, las recolectábamos en la fuerza aérea y luego entrábamos al barrio con los camiones llenos de cajas con alcohol, mercados y elementos de aseo que debíamos almacenar en la sala de mis vecinos, sacando los muebles para usarla como bodega. Eran literalmente toneladas de mercados, jabón y otros productos que casi llegaban hasta el techo. Los vecinos del barrio pensaban que el profesor era millonario y observaban aterrados cuando descargábamos los camiones. Como dato curioso, hacia el final de la primera ola de la pandemia, cuando rebajaron las restricciones y ya habíamos entregado todas las ayudas, yo me había quedado sin dinero de mi propio bolsillo, así que los vecinos de la tienda y los mercados de verduras del barrio me fiaban o hacían descuento en los productos que no alcanzaba a pagar.

Como balance, desde la campaña fue posible organizar y entregar ayudas de alimentos, medicinas y elementos de bioseguridad a más de 300 familias en el área urbana y rural de Leticia, entre ellos, a algunas familias indígenas de amigos y conocidos en el casco urbano, y otras, recomendadas por amigos de Bogotá. A Robert y Nexi también pude enviarles una caja con alimentos, elementos de bioseguridad, así como un paquete de anzuelos y una malla de pescar. Para la comunidad del Doce de Octubre envié un paquete con tapabocas para todas las

familias. Al área no municipalizada de La Chorrera también logramos enviar algunos paquetes con ayudas. Por otro lado, gracias a la gran donación de jabón en polvo y elementos de aseo, con Leder, un pequeño grupo de vecinos y mis amigas en Leticia Ana Milena y Francy, organizamos una “Jabonatón”, en la cual, entre siete personas, dos carretillas y una moto, con lista en mano y en un solo día, entregamos puerta a puerta kits de aseo a más de 600 familias de los barrios Simón Bolívar, San Antonio y La Sarita. Al terminar el día nos preguntábamos cómo era posible que siendo solamente un puñado de personas hubiéramos podido hacer este trabajo, mientras la alcaldía y la gobernación, teniendo los recursos y el personal no lo habían hecho. Era sin duda falta de voluntad y corrupción. Nosotros al hacer las entregas insistíamos que éramos personas de la sociedad civil y que no representábamos a ningún partido político. La gente lo agradecía y aprovechaba para quejarse de los políticos y el gobierno. Algunos juraban que no iban a volver a vender el voto. Leder, en cambio, cuando podía aprovechaba la oportunidad para decirle a la gente que no olvidara votar por él cuando se lanzara para ser diputado.

Finalmente, con los últimos recursos que quedaban de la campaña fue posible dar un apoyo económico para mejoramiento de vivienda a un par de familias indígenas, una en la comunidad Monilla Amena del Km 9, y otra, en la comunidad del Km 18. Las dos eran familias con varios niños que vivían en espacios muy pequeños y no tenían los recursos para mejorar sus hogares. Con el dinero de la campaña pudieron comprar madera y materiales. Luego, ellos mismos en muy poco tiempo hicieron las ampliaciones y adecuaciones de sus viviendas. Con estas familias pude hacer un acompañamiento del proceso a más largo plazo y construir una relación de confianza y amistad que continúa hasta el día de hoy.

No quisiera cerrar este apartado sin dejar de agradecer a todas y cada una de las personas que apoyaron la causa de la campaña de cualquier manera, ya fuera económica, moral o presencialmente. Sin sus aportes y su compromiso desinteresado esta pequeña iniciativa no habría sido posible. Ojalá tampoco hubiera sido necesario llevarla a cabo.



Foto 33: Con Leder el líder del barrio.



Foto 34: Nuevos amigos de la pandemia. Leiner, Yuly, Jairo y la "morocha".



Foto 35: Yuly y Jairo amplían su vivienda en Moniya Amena (Antes).



Foto 36: Yuly y Jairo amplían su vivienda en Moniya Amena (Después).

Tan lejos y tan cerca

Al finalizar la campaña yo me encontraba extenuado, física, mental y emocionalmente. Estos meses fueron muy intensos y me habían obligado a salir por completo del aislamiento y ensimismamiento en el que me encontraba al principio de la pandemia. El COVID no se había ido, pero ya no le tenía miedo, no me paralizaba, había tenido que aprender a convivir con él, y por algún motivo, aunque estuve muy expuesto al tener contacto con muchas personas enfermas, yo nunca me contagié. Todo el trabajo realizado, la experiencia que viví y las personas que había conocido me habían dejado en un lugar muy distinto al que me encontraba cuando llegué con la idea de hacer un retrato etnográfico intimista de una familia indígena. Algo dentro de mí había cambiado y no sabía exactamente qué era. Mi forma de ver las cosas ya no era la misma. La *mirada* se había transformado. Paradójicamente ahora después de todos estos meses debía volver a la *realidad*, aunque tampoco estaba muy seguro de que era eso: ¿Será lo que llamábamos la normalidad? ¿o será lo que creemos más urgente? ¿lo que es un deber? Si es así, ¿Un deber para quién? ¿será un simple acuerdo?

Hacia mediados de junio me había visto forzado a enfrentarme de nuevo a esa realidad por convención en la que me había suscrito antes de que empezara la pandemia. Debía cumplir con mi deber de entregar los avances de mi proyecto de investigación para el seminario de la maestría. Sin embargo, la sola idea de hacerlo me contrariaba profundamente, pues no podía entender cómo en medio de la situación que estaba atravesando todavía tenía que mostrar un avance de un trabajo de campo que no había realizado y que en ese momento no sabía cuándo iba a tener lugar. Honestamente más allá de que sabía que debía subir a la comunidad con Robert y Nexi, durante todo ese tiempo no había vuelto a mirar, ni pensar en mi proyecto y no sabía muy bien qué decir en un seminario de investigación. Al principio traté de negarme a presentar un avance, pues sentía que todo era una farsa orquestada por una academia inflexible y alejada de la “realidad” o dicho de mejor forma, de la actualidad de la región, con profesores, administrativos y estudiantes que en su mayoría habían dejado el Amazonas y

exigían que las cosas siguieran su curso normal desde la comodidad de sus casas, sus sueldos y su conexión a internet. Veía todo como parte de una lógica inerte, y por lo mismo, cargada con una inercia que nadie controlaba y ni se veía en posición de cuestionar. La verdad es que tenía miedo a sentirme expuesto y cuestionado por mis comentaristas y colegas. En el fondo cargaba un sentimiento de culpa por no haber trabajado en nada concreto del proyecto. Me sentía como un irresponsable, pero al mismo tiempo me justificaba a mí mismo diciéndome que era un acto egoísta preocuparme por eso en medio de lo que estaba pasando.

Después de pensarlo un poco y enfriar mis sentimientos me comuniqué con mis directores de Tesis Juan Álvaro y Hernán Medina y decidí hacer una exposición del proyecto. Ambos me insistieron en la importancia de decir algo de cómo esta situación había modificado mi planteamiento inicial y los ajustes metodológicos que pudiera tener. Organicé algunas ideas y las presente en el seminario. La exposición que estuvo muy dificultada por la conexión a internet que en Leticia ya de por sí es mala y que con la pandemia empeoró, fue una suerte de retahíla un poco desorganizada y entrecortada sobre la situación en la pandemia y sobre mi inconformismo con la falta de compromiso humano y social de la academia. Aunque lo intenté, realmente no logré separar una cosa de la otra, es decir, no logré abstraerme de la situación actual para hacer una presentación analítica de las cosas y de los cambios metodológicos de mi proyecto. Había fracasado en aferrarme con fe a mi deber académico de distanciarme de la realidad o su interpretación para pronunciarme argumentativa y conceptualmente sobre ella. Digámoslo así, había sido muy poco profesional. El profesional es el que profesa, el que profesa es que tiene un hábito y lo usa. Yo no sabía en ese momento cual era el hábito que debía vestir. Me había acostumbrado al tapabocas y al traje antifluido durante la campaña. Después de la presentación me sentí un poco derrotado. Mis directores me dijeron que debía trabajar más, y Consuelo, mi pareja, que se había conectado también, tiempo después me confesaría que se sentía un poco decepcionada de mí, pues ella pensaba que yo me había ido al Amazonas a estudiar. Estaba resentida conmigo. Podía entenderla. En ese momento pensaba que todo se resolvería cuando pudiera subir a la comunidad y cumplir con lo que me había comprometido. Pensaba que mi trabajo estaba allá con ellos, pero lo que no sabía es que todo esto que estaba viviendo también hacía parte de ese trabajo y que la experiencia que estaba viviendo también

era parte de ese retrato etnográfico. Todo estaba muy fresco en mi cuerpo y mi consciencia por lo que no podía identificar muy bien los cambios que se estaban dando. Tenía las manos y el corazón demasiado calientes. Como mencioné, todavía me tomaría tiempo darme cuenta de eso.

Con Robert y Nexi no me había comunicado mucho durante el tiempo de la cuarentena. Sin embargo, a Robert lo recibí una noche en Leticia a mediados de junio cuando bajó en un bote de carga para llevar de vuelta consigo las cosas de su trasteo que teníamos guardadas en mi casa. Esa noche hablamos un rato y me contó que Edgar, uno de los hermanos de Nexi les había cedido una parte de un terreno que él tenía en la comunidad. Ya con el terreno ellos decidieron hacer una chagra y empezar a construir una casa de madera y techo de hoja de palma “al estilo tradicional”, como le gustaba a Robert. Estaban sembrando yuca, caña, sandía, papaya, pimentón, ají y tomates. Robert estaba pescando casi todos los días con la malla que le envié. Era una malla menudera verde de cuatro pulgadas que servía sobre todo para pescar *cucha*⁶⁰ en los lagos de Socó y con eso les alcanzaba para el sustento diario de los tres con la niña. También me contó que ahora estaban viviendo temporalmente en la vieja casa de madera de los padres de Nexi que estaban en Perú. Después de la parte más estricta del confinamiento las restricciones se habían relajado un poco y ellos ya podían bajar a Puerto Nariño y vender allí algunas de las cosas que estaban sacando de la chagra, especialmente papaya, sandía y tomate que crecen muy rápido. Aparte de eso, las otras pocas veces que hablamos por teléfono siempre me preguntaban cuándo iba subir a la comunidad, a lo que solía contestar con dilaciones. Los botes a Puerto Nariño para uso de pasajeros no estaban normalizados y yo tenía algunas responsabilidades laborales con la universidad que debía cumplir antes de poder viajar. Además, estaba atareado con la campaña y me quedaban muchas ayudas guardadas por entregar. Generalmente me llamaba Robert, con quien hablaba de los temas generales, y luego me pasaba a Nexi para saludarla. Ella siempre era muy dulce conmigo, pero también me reprochaba que yo nunca iba a subir y que ellos me estaban esperando. Para calmar un poco

⁶⁰ **Cucha.** La cucha o carachama (*Hypostomus plecostomus*) es un pez de escama muy abundante en los ríos y lagos amazónicos y se pesca en cualquier época del año. Se le suele comer asado o en caldo.

los ánimos aproveché para hacerles un envío de una remesa con comida arroz, aceite, azúcar productos de aseo como champú y jabón que tenía en cantidades y les puse un paquete de un kilo de semillas de cilantro para que sembraran en la chagra y pudieran vender cuando bajaran a Puerto Nariño. Eso sirvió por un par de meses hasta que un día a mediados de agosto Robert me llamó con un tono un poco más serio de lo que acostumbraba: “Maestro, ¿cómo va todo? Es que quiero comentarle de una situación. Lo que pasa es que Nexi está un poco preocupada porque usted todavía nada que viene y pues usted sabe que estamos construyendo la casita y necesitamos para los materiales y no tenemos el recurso. El papá de Nexi nos mandó a llamar para ir a trabajar en la chagra del Perú y ella me dijo que, si usted no viene, entonces nosotros nos vamos para allá a trabajar”. Me estaban poniendo un ultimátum. No sabía muy bien que contestarles. Le pregunté que cuándo se irían y hasta cuándo pensarían en quedarse. “No lo sé maestro, hasta que tengamos algo para la casita”. Después de todo lo que había esperado no podía dejar que se fueran así no más para el Perú sin saber cuándo volverían. Le pregunté cuánto dinero estaban pensando ganarse allá. Luego de que me dio su cálculo aproximado le dije: “Vea Barü, hagamos una cosa, esa plata que ustedes se van a ganar allá es un poco menos de lo que está pendiente por lo del proyecto. Le propongo que me esperen hasta principios de septiembre y mejor esa plata para la casa la sacan de lo del trabajo, así no se tienen que ir por allá”. Después de pensarlo un momento Robert me dijo que a él le parecía bien, pero que tenía que hablar con Nexi. Así quedamos y después de un par de horas me llamó de nuevo y me dijo que ella estaba de acuerdo. Les pedí entonces que hablaran con la curaca⁶¹ de la comunidad y le contaran que yo tenía pensado viajar para trabajar con ellos y que de paso me consiguiera su contacto para yo llamarla para explicarle y pedirle su autorización formal. Mientras tanto yo iba a hablar con el presidente del resguardo con el que además había estado en contacto por en los grupos de WhatsApp por el tema de las ayudas humanitarias.

Así lo hice y unos días después me comuniqué con el presidente de TICOYA quien me contestó amablemente: “Buenos días, compañero”. Le conté lo que tenía planeado y me dijo que en estos momentos ya se estaba permitiendo la entrada de extranjeros y visitantes a las comunidades indígenas y que el único requisito que necesitaba era el de la autoridad de la comunidad. Lo que yo

⁶¹**Curaca.** Es el o la jefe político y administrativa del gobierno propio en las comunidades indígenas de la amazonia. Es el equivalente a Cacique de los pueblos indígenas de la zona andina de Colombia.

quería era que el presidente estuviera al tanto de mi ingreso a la comunidad en caso de que ocurriera cualquier cosa y tuviera a alguien a quien acudir. Me dijo que no había ningún problema. Cuando Robert finalmente me dio el teléfono de la curaca la llamé y le conté que me dirigía a la comunidad para realizar un trabajo de la Universidad con la familia de Robert y Nexi y que me iba a estar quedando con ellos algunas semanas y que para eso también había hablado con el presidente del resguardo. Mi plan era estar con ellos al menos unas tres semanas dependiendo de cómo fuera avanzando el trabajo. Le expliqué también que yo era el padrino de la niña de ellos y que era conocido de la familia de Nexi. La curaca estuvo de acuerdo y dijo que no veía ningún problema. Cuando le pregunté si necesitaba algún permiso por escrito me dijo que no era necesario, que ya habíamos hablado y que lo único era que debía tener una prueba de COVID negativa relajada en los días previos al viaje. Ese era otro de los requisitos de las empresas de transporte fluvial para poder abordar el bote hacia Puerto Nariño. Tan sólo me hizo una última recomendación y era que en la comunidad estaba estrictamente prohibido el ingreso de bebidas alcohólicas fuertes como la cachaza brasilera. Le dije que no se preocupara, pues yo iba en plan de trabajo. Eso fue todo. Ahora tenía que alistar mis cosas y volver a reprogramarme mentalmente para ir a la comunidad. Estaba nervioso y emocionado, esperaba que al fin pudiera hacer aquello por lo cual había decidido quedarme en el Amazonas.

Cuando volvía a desempolvar mis cosas para hacer la maleta de viaje me encontré con una no tan agradable sorpresa. A pesar de haber dejado los equipos de fotografía en una maleta cerrada y en el lugar más seco de la casa, al abrir el paquete de los filtros de video que con tanta ilusión había comprado y ensayado, descubrí que la humedad los había arruinado. Esos filtros específicamente están hechos de dos cristales de alta calidad, pero en la mitad llevan un gel especial que contiene las partículas que difuminan la luz y reducen el contraste de la imagen. Ese gel estaba carcomido por acción de la humedad o de alguna bacteria. Por otro lado, el grabador de sonido que logré rescatar de la inundación tampoco estaba funcionando. Aunque traté de arreglarlo abriéndolo y limpiando los contactos internos, el aparato nunca encendió. Me volví a sentir como un irresponsable por no haberlos revisado periódicamente durante la cuarentena. Pero la verdad es que esa maleta estaba en el altillo de mi casa en medio de decenas de bolsas con mercados y cajas con productos para las ayudas, casi los había olvidado por completo. Afortunadamente logré reponer el grabador de sonido con uno idéntico prestado de la Universidad, pero eso retrasó mi viaje unos días más. Esperaba que eso fuera un aviso y que en la comunidad no fuera a tener ningún

problema con los equipos durante la grabación. Mejor que me pasara ahora y no después cuando ya no tenía posibilidad de reparar ni reponer nada.

Finalmente, antes de viajar me hice la prueba de COVID que salió negativa. Luego hice un gran mercado con comida para al menos un mes y lo metí en una caja de icopor junto con el paquete de mis queridos condimentos. También llevaba unos cartuchos de escopeta que Robert me había recomendado. Me emocionaba pensar que de pronto tendríamos la oportunidad de salir a cazar. Así con todo aparentemente listo me convencí de que era el momento de la verdad. Estaba tan lejos y tan cerca. Levaba el corazón abierto y la mirada desnuda. Sin filtros.



Capítulo 3: Más allá de “El Cielo”

Primera Parte

El reencuentro



El viaje a la comunidad por fin tuvo lugar el 7 de septiembre. El viaje en bote de Leticia a Puerto Nariño me tomó más de lo habitual. Sólo había conseguido cupo en uno los botes extras que salen en la tarde y que van parando de comunidad en comunidad recogiendo gente que no ha conseguido pasaje en los otros rápidos. Son botes grandes para unas cincuenta o sesenta personas y también más lentos que los más pequeños. Yo había acordado con Robert que él me recogía en Puerto Nariño para subir a la comunidad. A mi llegada ahí estaba en el muelle con una gran sonrisa en su rostro. A su lado estaba la pequeña Cristal muerta de la vergüenza, me reconocía a duras penas. Me dio una gran alegría verlos. Sentía como una especie de liberación propia de un reencuentro largamente esperado. Robert estaba emocionado también: “¡Bienvenido Maestro! ¿listo todo? ¿Nos vamos?”. Lo encontré repuesto físicamente, fuerte de torso y brazos, con una camisa esqueleto blanca que me recordó al Robert que conocí años atrás. Se nota que había estado trabajando. Le dije que antes de subir todavía me faltaba conseguir algunas cosas para llevar. Quería comprar unos pollos brasileros congelados y un paquete grande de calabresa que sabía iban a ser bien apreciados en la comunidad. Eran más de las cuatro de la tarde, la subida era larga y ya casi nos iba a alcanzar la noche. Robert había venido con “Cucha” el amigo de la familia con el que fuimos a pescar al río el día que subí a la comunidad para conocer a Nexi por primera vez. Me saludó emocionado también. Nos tomamos una cerveza, montamos todo en el bote y salimos río arriba con el traqueteo del peque-peque.



Foto 37: Reencuentro con Robert y Cristal.

Estábamos en septiembre que es la época de aguas bajas. El río Loretoyacú se había reducido a un canal muy estrecho por el que en unos puntos es muy difícil maniobrar pues está lleno de palos de árboles secos que son como trampas que esperan justo bajo la superficie del agua y que pueden muy fácilmente voltear el bote. El sol fue cayendo y el río se hizo cada vez más oscuro. Cuando cayó la noche Cristal empezó a llorar asustada y tuve que cargarla en mis brazos hasta que cayó dormida con su carita cubierta de lágrimas que se secaban con el viento. Mientras tanto, Cucha que al principio iba manejando el peque le cedió el timón a Robert porque tenía miedo de voltear el bote con algún tronco sumergido. Cucha pasó a la proa y se fue el resto del camino alumbrando con una luz led que yo traía entre mis equipos, mientras Robert lentamente, casi adivinando, sorteaba los palos entre sombras. La niña no abrió los ojos en todo el camino. Yo estaba muy tenso y trataba de concentrarme en lo poco que podía ver para ayudar a dirigir el bote. Tenía la angustiosa sensación de que esta aventura podían terminar antes de haber empezado.

Al llegar a la comunidad después de casi dos horas y media de camino serpenteando entre las sombras llegamos a la comunidad y pude distinguir una tenue luz en la cima de la loma. A lo lejos se escuchaba algarabía de gente. Me bajé cómo pude entre el barro con la niña desgonzada en brazos y subí hasta la casa. Robert y Cucha venían un poco detrás cargando el

equipaje y el mercado. Al llegar a la cima de la loma me encontré con Nexi que nos esperaba con una comitiva de toda su familia que aguardaba sentada bajo el árbol de pomaroso que corona la loma. Nexi estaba alegre y algo afanada, arreglada y vestida con un bonito vestido enterizo ceñido al cuerpo que no le había visto antes. Le entregué a la niña y me introdujo rápidamente a la familia: “Les presento a Gabriel el padrino de Cristal. Saludé tímidamente mientras esperaba a Robert y a Cucha. Era mucha gente y no me esperaba el recibimiento. En la entrada de la casa de los padres de Nexi, sobre el marco de la puerta tenían un letrero que decía “Bienvenido Gabriel”. Era un bonito arreglo hecho con papel pintado y flores de cartulina de colores. Todo me conmovió profundamente. Los niños pequeños me abrazaban y las hermanas de Nexi se reían. En medio de todo, no sabía qué hacer y tenía afán de guardar mis cosas en un lugar seguro porque había mucha gente que no conocía, y ya sabía que era muy fácil que algo se me perdiera en la comunidad, pues ya me había pasado antes en una comunidad de Leticia. No quería ser descortés con la familia de Nexi. Cuando me aseguré de que las cosas quedaban en un lugar seguro saqué un paquete de dulces que había llevado, lo repartí entre los niños y ahí sí pasé a saludar a todos los adultos uno por uno. Reconocía a las hermanas de Nexi, Hilda, Cenélida y Edgar uno de sus hermanos. Los padres de Nexi y su hermano mayor estaban en el Perú. Nexi me pasó presentando primero a los cuñados y amigos, y al final, a sus hermanas menores. Ya con otro tono me dijo: “Mira Gabi, y estas son mis hermanas solteras Laura y Eulalia”. Me llamó mucho la atención su forma de presentarlas. “Mis hermanas solteras”. Eran un par de jovencitas muy bonitas de 18 y 14 años que sonreían tímidamente. Guardé silencio un momento que debió ser un par de segundos, y para para pasar la vergüenza comenté que sí recordaba a Laura de la vez que subí la primera vez, pero que a Eulalia no la había visto antes. “Cene”, como le dicen a Cenélida empezó a hacerme bromas sobre los mojoy de yuca que había comido con ellos en la comunidad. Nos reímos un poco.

Yo estaba exhausto y todavía tenso por la difícil subida por el río, pero a la vez me encontraba muy contento por haber llegado finalmente. Muchos meses esperando, muchas dudas e incertidumbre. Tenía miedo. ¿Miedo de qué? Confrontación con la realidad de las cosas. En principio: Un proyecto, una familia, un viaje de conocimiento, una aventura, una oportunidad. Me sentía muy afortunado. La vida ha sido infinitamente generosa conmigo.

Después del saludo, ya adentro en la casa de los padres de Nexi, nos sentamos en la cocina a compartir con los adultos. Para amenizar la ocasión, saqué una botella de chuchuwasa que había traído en la maleta y la repartí entre los presentes. Yo servía unos vasos medio llenos para que pasaran de uno en uno, pero ellos se la tomaban de un solo trago como si fuera masato. En ese momento estaba tan cansado por el viaje y la anticipación largamente contenida que me quedé dormido sobre el suelo de la cocina en el mismo sitio donde estaba. No recuerdo muy bien cómo llegué a dormir, pero pasé la noche en una hamaca en el segundo piso de la casa, en una habitación sin puerta ni ventanas contigua al cuarto de Robert y Nexi mientras la familia seguía departiendo en la cocina.

Esa noche soñé con Consuelo y me desperté llorando en medio de la oscuridad y la sed. Sentía que algo se estaba quebrando por dentro, pero no sabía qué era. Al día siguiente me preguntaron si había escuchado al tigre que había llegado a la casa. Al parecer ronqué toda la noche.

En la mañana, al desayuno que preparó Robert, Nexi me contó que también había llorado en sus sueños. Nunca me dijo exactamente por qué.





Foto 38: Flores de papel.



Foto 39: Loretoyacú esconde trampas bajo el agua.

Primeros días

Los dos primeros días fueron de reconocimiento de la comunidad, la familia de Nexi y la casa. Quería primero explorar cómo funcionaba todo y cómo podía organizar la filmación del documental. La casa era una vieja casa de madera que rechinaba y se movía con cada paso que daba. Las maderas estaban podridas y se partían fácilmente con cada uno de mis pasos. Estaba llena de trampas. Para subir al segundo piso hay que descolgar una pesada escalera de madera que es la más empinada e incómoda que haya visto. Todo estaba hecho a otra medida que no era la mía y me sentía como un gigante torpe y ruidoso. Subir y bajar las escalas de la casa, al menos para mí, tenía que ser una actividad plenamente planeada con antelación para no olvidar algo y tener que pasar por la pena de repetir la operación otra vez.

En la casa Robert y Nexi no tenían casi elementos para el diario. No había ni una silla para sentarse porque en general la gente se sienta en el suelo. A pesar de eso, faltaban cosas realmente necesarias como vasos, platos, cubiertos y papel higiénico. Al parecer los utensilios se estaban desapareciendo casi todos los días, pues era una casa abierta y cualquiera entraba y se llevaba las cosas. Nexi tenía la sospecha de que podía ser alguno de sus sobrinos que venía a llevarse las cosas para venderlas. Como era de esperar la casa tampoco tenía baño, así que Edgar el hermano de Nexi me prestó el baño de su casa que quedaba contigua, pero al entrar era evidente que no lo usaban diariamente y además no tenían ni una gota de agua en el tanque. La suya era una casa de material como las que se construyeron en toda la comunidad en 2015 como parte de un programa de vivienda social del gobierno. Eran casas en techo de lámina a dos aguas, con dos habitaciones, sala, cocina y un pequeño baño con tanque de aguas lluvias. Esa, como la mayoría de las casas de la comunidad, había quedado en obra negra tal cual la entregaron y las personas generalmente dormían en el suelo de cemento sobre una manta, o en casos raros, sobre una hamaca o una colchoneta de espuma.

En comparación con mis primeros recuerdos, el Doce de Octubre ahora parecía un barrio de invasión a las afueras de una gran ciudad. No entendía cómo podían hacer ese tipo de urbanizaciones en medio de la selva. Las casas eran húmedas e insoportables durante el día, ya que el techo de lámina irradiaba todo el calor del sol al interior de la casa como en un horno. Las viviendas habían sido entregadas a cada familia con niños de la comunidad, y por supuesto, Robert y Nexi no recibieron la suya pues en ese momento se encontraban en Medellín. Allí vivía Edgar con su nueva mujer, Soledad, una jovencita tikuna de la comunidad de Buenos Aires que queda hacia el norte a unos cinco días de camino por el monte desde el Doce de Octubre. Con ellos compartían el espacio las hermanas menores de Nexi, Laura y Eulalia.

Finalmente, para resolver el tema del baño puse papel y jabón, y al otro día el baño estaba arreglado y limpio, pero seguía sin agua. Aunque yo sabía de antemano que la situación podía ser así, el no tener baño me generaba algo de inseguridad. Desde que llegué había estado con soltura y diarrea que ya traía desde Leticia, tal vez por la ansiedad del viaje, pero que después se prolongó un par de semanas más porque el agua que estábamos tomando en la casa venía de un tanque de aguas lluvias en mal estado. Aunque Robert la trataba con unas gotas de cloro no era suficiente. Ellos también estaban enfermos. Era algo que se debía solucionar.

Ese día, después del desayuno, Robert y Nexi me llevaron a conocer la chagra y la casa que estaban construyendo. Estaba a unos tres minutos de camino de la casa de los padres de Nexi saliendo por la parte de atrás. Era un pedazo de tierra de unos 60 por 70 metros en desnivel con una hondonada creada por el agua lluvia que desembocaba en una quebrada. Su chagra quedaba en una zona de otras chagras de la familia de Nexi, los Gómez. Por la parte de debajo de la quebrada, lindaba con la chagra de Elvia, la hermana mayor; por la entrada, con la chagra de Hilda y de su hermano Edgar quien les había cedido una parte de su terreno para que hicieran su casa. Hacia atrás, siguiendo por una trocha monte adentro, estaba la chagra de sus padres. La casa que Robert había empezado a construir era de dos pisos y techo de hoja a dos aguas, todavía no tenía piso ni paredes, apenas las cuatro columnas y el techo. En el segundo piso, Robert planeaba hacer un pequeño balcón mirando hacia la chagra donde quería poner una hamaca al estilo de las casas de Puerto Nariño. Tenían sembrado maíz, yuca, algunas piñas y caña. Robert me contó que pronto estaría lista para poderse pasar allí y me aseguró que

cuando la terminara armarían un cuarto en el primer piso para que yo tuviera donde llegar: “¡Para que nos visite con su novia maestro!”. Los veía muy contentos por el avance, pero todavía quedaba mucho trabajo por hacer. Lo siguiente sería conseguir la madera para echar los pisos y levantar las paredes.



Foto 40: La casa de la chagra.

Después de visitar la chagra, Nexi se quedó en la casa con la niña mientras Robert y yo salimos a una minga⁶² que organizaba Arcesio, el antiguo curaca de la comunidad, al que aparentemente habían sacado por un dinero durante la pandemia. Atravesamos toda la comunidad, que en realidad se extiende sobre la loma paralela al río por un largo camino de algo más de un kilómetro. Refiriéndose al camino, Nexi en modo de chiste después mencionaba que en realidad ellos vivían en el “Diez de Octubre”. En el recorrido nos encontramos a varios

⁶² **Minga** (*mink'a* en quechua, *minca* del quechua *minccacuni* «solicitar ayuda prometiendo algo»), es una tradición de trabajo comunitario voluntario y recíproco muy extendida entre los pueblos indígenas y campesinos latinoamericanos que sigue vigente desde tiempos precolombinos. Se puede hacer minga para todo tipo de actividades, desde el desmonte de la chagra, la siembra, el corte y transporte de madera o la construcción de viviendas y obras comunales.

amigos y conocidos de Robert y Nexi. Él siempre me presentaba como su compadre, el padrino de Cristal, y mencionaba además que yo era la persona que había donado los tapabocas para la comunidad. Al parecer además de esa pequeña ayuda no había llegado nada más durante la pandemia. Robert parecía contento y orgulloso.

Quisimos saludar a la curaca para presentarnos formalmente, pero ella se encontraba en una reunión en Puerto Nariño. Después de atravesar todo el pueblo y la cancha de fútbol pasamos por el caño donde estuvimos pescando con Nexi. Casi no lo reconocí porque era apenas un hilo de agua y palos secos. Cruzamos por un tronco mal puesto y resbaloso, y luego seguimos subiendo por la loma que subía y bajaba serpenteando por el monte. Era un día tremendamente caluroso y me costaba seguirle el paso a Robert. Poco a poco, a lo lejos se empezaban a escuchar voces y risas de gente entre el tronar de árboles que caían. Robert parecía emocionado: “¡Ya están dándole maestro!”. Al llegar encontramos a un grupo de mujeres y hombres mayores sentados en el borde de la chagra hablando y celebrando la tumba mientras corría el masato. Todos estaban ebrios. Entre ellos estaba el amigo Cucha. Saludamos a todos, me presentaron entre la gente y Robert preguntó dónde estaba el dueño de la minga. Nos indicaron que se encontraba adentro, en el medio de la chagra.

Era un terreno empinado en la falda de una loma de aproximadamente algo más de una hectárea de extensión. El trabajo ya se encontraba avanzado y habían despejado la mayoría del espacio. Antes de dirigirnos al interior de la chagra, Cucha, con la lengua un poco pegada por el masato nos dijo: “allá adentro mucho cuidado los aprietan”. No entendí muy bien lo que quería decir, pero seguí a Robert mientras íbamos a saludar a Arcesio, el dueño de la minga. Nos recibieron con sendas totumas de masato que había que beber a fondo. Interiormente solo esperaba que no me pusiera a correr al baño, pues seguía algo sensible del estómago. El ambiente era festivo y eufórico. La gente volvía a gritar y reír cada vez que caía un árbol. En la chagra quedaban unos seis o siete mingueros jóvenes que repartían hachazos a diestra y siniestra, como endiablados por la adrenalina del trabajo y el efecto del alcohol.

Yo me encontraba extasiado por toda la situación, escuchando los golpes y las risas, viendo caer un árbol y otro a mí alrededor. Ni siquiera sabía muy bien donde mirar. En esas, en un momento en que compartía algunas palabras con Arcesio, uno de los hombres que estaba con

él me gritó: "¡Señor! ¡Señor!, ¡cuidado!, ¡los van a apretar!". Cuando volví la mirada hacia donde me estaba señalando pude ver un árbol de unos veinte metros cayendo directamente hacia mí mientras crujía. Robert al darse cuenta me empujó y alcanzamos a correr unos cuantos metros para ponernos a salvo. El árbol cayó justo en el lugar donde nos encontrábamos parados dos segundos atrás agitando la tierra y levantando una nube de polvo, mientras en la distancia, la gente celebraba a carcajadas. "¡Uy! ¡maestro!, ¡ahora sí casi nos aprietan!", exclamó Robert entre risas. Quedé estupefacto por un momento y enseguida me sirvieron otro masato. Pasado el susto, Arcesio señaló el final de la minga y nos invitó a su casa junto a los mingueros para la comida. No habíamos hecho nada, pero casi quedamos plantados en la chagra y ahora nos íbamos a celebrar. En el camino de regreso Cucha se me acercó y me recaló en tono de regaño: "¡Les dije que tuvieran cuidado los apretaban!". Nunca volvería a olvidar el significado de esa expresión.



Foto 41: El amigo Cucha: "Cuidado los aprietan".

De vuelta en la comunidad, llegamos a la casa de Arcesio que tenía organizado un parlante gigante con un grupo musical de dos personas que reproducía pistas de música peruana y tikuna mientras cantaban en vivo. En el lugar estaban todos los mingueros y migueras, en su mayoría gente mayor. Se veían muy pocos jóvenes. Al fondo del lugar se encontraba un tanque de agua de quinientos litros lleno de masato que servían en totuma a todos los presentes, mientras afuera, un grupo de mujeres terminaba de desplumar y arreglar los pollos para el sancocho. Adentro, otras mujeres de la comunidad llevaban neveras de icopor con cerveza fría

para vender entre los invitados. Al cabo del rato llegó Nexi con la niña y nos sentamos con Robert a un lado a hablar y tomar una cerveza mientras servían la comida. Primero los mayores y los mingüeros jóvenes que más habían trabajado. Todo en un muy estricto orden donde se seleccionaban cuidadosamente los platos y las presas para no herir susceptibilidades. Recuerdo particularmente al joven que tumbó el árbol que casi nos mata en la chagra, un joven fuerte y bien proporcionado con la mirada algo perdida que con dificultad se tomó el sancocho, pues sólo parecía interesado en el masato. Lo acompañaba su mujer también joven con un niño de brazos.

Terminada la comida, empezó la fiesta. Hasta que se acabara la yuca fermentada del tanque. La gente seguía eufórica y contenta. Mientras la gente bailaba, Nexi me iba señalando uno a uno los presentes y me explicaba quiénes eran y qué hacían en la comunidad. De tanto en tanto alguien se acercaba y ellos me presentaban nuevamente como su amigo y compadre. Ya prendida la fiesta, Robert sacó a Nexi a bailar y yo me quedé con la niña. Las otras personas me observaban con curiosidad al verme con la niña en brazos. Robert y Nexi hacían una pareja muy encantadora. Robert era muy buen bailarín y Nexi lo seguía como podía, pero no lo hacía mal. Después me tocó el turno a mí. Estando sentado observando a la gente, una mujer mayor, más bien una abuela, se me acercó y me sacó a bailar. Muerto de la vergüenza accedí y traté de seguirle el ritmo. La gente vitoreaba y se reía pues la cabeza de la abuela me daba por las costillas. Mientras tanto hacía lo posible para no pisarla, pero la verdad es que ella bailaba muy bien y se adaptaba a todas mis torpezas. Después de ella vino otra y también me sacó un par de canciones. Al cabo de un rato ya no me costaba tanto. Yo creo que el masato me había ayudado a superar la torpeza o al menos la vergüenza a la torpeza. Al final me animé a sacar a Nexi y dimos unas cuantas vueltas por la pista. Ella era un poco más tímida que la abuela, pero dio para reírnos un rato.

Por esos momentos Nexi me indicó que había llegado la curaca de la comunidad y quería presentármela. Nos acercamos y me presenté en medio del ruido y el baile. No había otra manera. Ella me saludó rápidamente pero no logramos hablar mucho. Parecía incómoda. Me quedó la impresión de que el breve saludo había sido un poco informal por no decir antipático de su parte. A la salida le comenté a Nexi mi impresión: “No te preocupes ‘Gabi’, ella es así. Lo

que pasa es que además está con su marido que trabaja en el Perú y él la cela mucho”. Eso explicaba mejor las cosas. Así pasó y terminó el día entre baile, masato y risas.

El segundo día bajamos a Puerto Nariño a comprar algunas cosas que nos hacían falta en la casa y para que Robert pudiera continuar con su trabajo en la casa de la chagra. Robert y Nexi no tenían su propio bote, así que para cualquier desplazamiento debíamos pedirlo prestado a alguno de los cuñados de Nexi. Rusvelt, el esposo de Cene, nos prestó su bote y su motor y nos embarcamos los tres con la niña. Antes de salir le pedimos a Laura, la hermana menor de Nexi que se quedara cuidando la casa. En la comunidad nadie usaba el tapabocas, pero Robert y Nexi lo guardaban para bajar a Puerto Nariño donde todavía no era permitido estar sin tapabocas. Las otras personas que bajaban en botes hacían lo mismo. Ya de bajada, el río seguía muy seco y debíamos tener cuidado con los palos, pero esta vez, de día, ya era algo más sencillo anticiparlos. Yo iba en la proa del bote avisando a Robert sobre cualquier sombra o turbulencia en el agua que pudiera representar algún peligro. Durante todo el camino me fui pensando cómo podía comenzar a filmar el documental y organizar la historia. Lo que había encontrado hasta ese momento era completamente distinto a lo que tenía en mente cuando los encontré por primera vez en Leticia antes de la pandemia. Necesitaba encontrar un nuevo hilo de la historia, algo por dónde empezar, pues era evidente que por ahora ya no sería posible organizar el bautizo tradicional de Cristal, y que la historia del retorno de la familia a la comunidad después de su vida en la ciudad ya había pasado meses atrás en plena cuarentena. Me sentía como si hubiera llegado tarde a acompañar ese proceso, que con todo lo que había ocurrido desde ese entonces, ahora parecía parte de un pasado muy lejano.



Foto 42: De camino a Puerto Nariño.

Ya en el pueblo, compramos purgantes, agua potable, papel higiénico, un martillo, serrucho, un tanque de gas para la estufa, un multi toma de corriente para las baterías de la cámara. De comida compramos algunas verduras que no se conseguían en la comunidad como papa, cebolla, tomate y zanahoria. Pensaba que era importante que no faltara nada para podernos concentrar en el trabajo, aunque todavía seguía sin saber muy bien por dónde empezar.

De vuelta en la casa organicé mis cosas y traté de hacerme un espacio más o menos organizado para trabajar. En la casa no había sillas, ni mesas y tenía todo tirado en el suelo entre bolsas plásticas para evitar que las hormigas se metieran entre los equipos. Nuevamente fuimos a la casa de Cenélida donde amablemente nos prestaron una mesa y una butaca con la que pude armarme un escritorio. El único sitio posible era ubicarlo en el balcón del segundo piso de la casa donde encontraba algo de luz durante el día y quedaba cerca a la única toma de corriente disponible. Alistando la cámara y los equipos de grabación volvía a recordar lo que sucedió con los filtros de cámara. Sentí gran frustración y me molesté mucho conmigo mismo: ¿Cómo es posible que me pasen estas cosas?, ¿necesito a alguien encima que me recuerde lo que tengo que hacer? Me calmé y recordé todo lo que pasó en los meses pasados y lo poco preparado que estaba para toda la situación que llegó con la pandemia. Debo aceptar que de alguna

manera las prioridades para todos habían cambiado significativamente y que en la selva cualquier descuido se cobra. Puse a cargar las baterías aprovechando que encendieron la planta eléctrica de la comunidad, que sólo funciona de 4:00 a 10:00pm. Estaba decidido a empezar como fuera a grabar algo al día siguiente. Ya vería cómo organizar el tema del guion con una escaleta de situaciones y secuencias, pero, sobre todo, cómo encontrar los espacios donde pudiera retratar con Robert y Nexi esos momentos que me permitieran retratar las particularidades de su relación y vida en familia.



Foto 43: Un estudio en la selva.

En términos generales, para escribir un guion documental uno tiene varias opciones. Por un lado, se puede trabajar desde la elaboración de un tratamiento documental que es básicamente la película contada brevemente de principio a fin en forma de relato en imágenes, secuencias y situaciones con un eje temático, generalmente producto de un proceso de investigación. Usualmente este tipo de guión no contiene diálogos, pero puede incluir un texto de narración en off⁶³. A continuación, el contenido de este texto se “documenta” filmicamente

⁶³ **Narración en off** es un texto que acompaña las imágenes describiendo la historia o reflexionando sobre lo que ocurre, puede ser en primera o tercera persona y se diferencia de la “voz en off” en que esta última que por lo general es un diálogo o una entrevista con los personajes de manera asincrónica con las imágenes en pantalla.

y la película se edita basándose en el material que se pudo recopilar. Por otro lado, se puede partir de una escaleta, que es una lista de secuencias y situaciones de la película las cuales luego se filman y se editan. Finalmente, se puede hacer un documental estilo “cinéma vérité”⁶⁴ que es una forma de realización observacional donde se graba todo lo que acontece alrededor de un evento, temática o personas, para posteriormente, escribir el guión dialogado que se convertirá en la película terminada. Esta última forma de trabajo está bastante extendida en el cine etnográfico y en los formatos televisivos de reality show⁶⁵, pero requiere que se grabe una gran cantidad de material, lo que implica un alto volumen de almacenaje, y, hasta cierto punto, un sacrificio en cuanto a la forma estilística del producto final, pues se trata de grabar todo lo que acontece independientemente de las circunstancias, y, tanto la historia, como la forma final, se dan en el proceso final de montaje y postproducción. Este método de realización es el que me resultaba más ajeno a mi formación en el cine de ficción, un poco más formalista y tradicional, por lo que me parecía hasta cierto punto inapropiada, no solo por las consideraciones técnicas, sino porque no quería sacrificar la forma y el estilo del documental, ya que no estaba buscando algún tipo de “vérité” en la película, quería retratar a la pareja como yo la veía con mis propios ojos e ir construyendo poco a poco el estilo y la forma de hacerlo de acuerdo con esa mirada. Este método del “cinéma vérité” es también a mi juicio, el menos “vérité” de todos, pues es el que más se presta para la manipulación y falsificación del resultado final bajo el amparo de estar documentado un hecho “real” simplemente por estar presente con la cámara registrándolo. Un triste ejemplo de esto se puede encontrar en ampliamente debatida película etnográfica de Timothy Ash y el antropólogo Napoleón Chagnon “The Ax Fight”⁶⁶ (1975), donde los realizadores documentan de principio a fin un conflicto por un hacha

⁶⁴**Cinéma vérité** (o cine de realidad) es un estilo y corriente cinematográfica iniciada en Francia por Jean Rouch como una respuesta a los métodos industriales de hacer cine, con una fuerte carga política e ideológica inspirada en el espíritu de la Nouvelle Vague francesa y el pensador Edgar Morin. Rouch se inspiró en la teoría del cine-ojo, de Dziga Vertov, que a su vez tenía una fuerte influencia de las películas documentales del estadounidense Robert Flaherty.

⁶⁵**Reality show** en inglés o telerrealidad en español es un género de televisión que se encarga de documentar situaciones sin guion y con ocurrencias actuales, en las cuales interactúa un elenco que hasta entonces es desconocido. Este género usualmente resalta lo dramático y conflictivo de la vida de los personajes, algo que lo compara con el género documental. Fuente: <https://es.wikipedia.org/wiki/Telerrealidad>

⁶⁶ Fragmento de video y transcripción completa de “The Ax Fight”: <https://search.alexanderstreet.com/preview/work/>

en una comunidad Yanomami de Venezuela, para luego, con la ayuda del proceso de edición, tratar de demostrar falsamente cómo este grupo indígena es naturalmente “violento y volátil”, ocultando así la responsabilidad de los mismos realizadores en el evento.

Teniendo en cuenta lo anterior, trataría entonces de grabar algunas escenas para así empezar “in situ” a construir esa escaleta de la película.

Durante los siguientes días pude grabar algunas escenas cotidianas:

- La familia lavando la ropa y las ollas en el río
- Trabajo en la chagra y la casa de madera
- Baño diario en el río
- Cortos momentos de intimidad en la casa
- La minga familiar en la chagra de Elvia

Cuando apenas comencé a grabar temblaba de los nervios. Las rodillas no estaban firmes y me costaba sostener quieta la cámara. Después del primer día la cosa estuvo un poco mejor. Quería hacer los planos lo más estables y limpios fotográficamente que me fuera posible. Tenía en la cabeza la idea de hacer la película sobre todo a partir de planos fijos largos y contemplativos con la intención de así captar la atmosfera y el ritmo del momento sin intervenir demasiado con la cámara. Sin embargo, me daba cuenta de que no siempre era posible grabar de esa manera porque encontraba mil cosas que me incomodaban o sacaban de la situación. En la orilla del río no podía usar el trípode porque se enterraba en el barro, o cuando me ponía de cuclillas para apoyar la cámara en las rodillas, llegaban los tábanos a devorarme sin piedad y los mosquitos volaban alrededor del micrófono constantemente. Además, sentía que en cualquier momento podía ocurrir algún desastre e irme al agua o al barro con la cámara. En la casa el más mínimo movimiento sobre las tablas, ya fuera un perro, un pollo o algún visitante, transmitía toda la vibración a la cámara sacudiendo la imagen y pasando el sonido directamente al micrófono. En ocasiones me parecía que la cámara era más un estorbo que una herramienta.



Foto 44: Lavando en el río.



Foto 45: Nadando con Cristal.

Después de evaluar esos primeros acercamientos, llegué a la conclusión de que debía sacrificar cierto formalismo y concentrarme en captar buenos momentos independientemente de las consideraciones estéticas que tenía tan arraigadas de antemano. Me debía concentrar en sus miradas, sus expresiones y sus rostros. Hasta donde me imaginaba, esta no era una película sobre acciones y cosas que pasan, era una película sobre las personas y su forma de ser. Sobre su presencia y su relación. La estructura ya puede venir después: ¿debía pensar de pronto en una narración? ¿Diálogos, entrevistas y comentarios? Aunque no tenía todavía un guión mi única guía eran ellos y sus actividades diarias. En todo caso, tenía claro que no quería recurrir a los convencionalismos del documental tradicional o la televisión para forzar un conflicto o una historia. Quería mantenerme fiel a la idea de hacer un retrato cinematográfico de tiempo, sonido e imágenes, de esas cosas que no se pueden resumir o expresar en palabras. Para eso existen otros medios.





Foto 46: La primera imagen de El Cielo.



Foto 47: Cristal.



Foto 48: Nexi.

La vida en familia

De mi diario de campo: *Robert y Nexi están contentos con mi compañía y confían en mí. En ningún momento se han sentido incómodos y siempre están bien dispuestos. Para la niña todavía soy un extraño y tiene recelo de mí. Como dice Nexi: “ella siempre ha sido rabiosa y celosa”. Sobre todo, no le gusta ver que haya ningún tipo de cercanía con su madre. Nexi todavía le da pecho, aunque ya casi cumple cuatro años. Según me dice, siempre le ha costado mucho destetarla, pero poco a poco la ha ido dejando llorar cuando hace berrinches por teta. Yo creo que Cristal siente que yo acaparo la atención de sus padres y me ve como una competencia lo que le provoca esos ataques de celos. Sus padres nunca habían compartido tanto su tiempo, pero sobre todo, su atención, con otra persona distinta a ella. Me da la impresión de que después de volver de Leticia la adaptación a la vida en la comunidad también le ha costado trabajo. Hay otros niños alrededor y ella todavía no se expresa bien con palabras, por lo que la única salida que encuentra es lloriquear y patalear. De todas maneras, es una niña dulce e inteligente. Su madre le insiste mucho para que se aprenda mi nombre y me llame padrino. Espero que con el tiempo se vaya acostumbrando a mi presencia. A Nexi le gusta que esté con ellos, sonrío constantemente y es muy atenta conmigo. A mí me da pena que me lave la ropa, pero ella lo hace con gusto. Con Nexi es fácil hablar y comunicarse sobre cualquier tema. Es una mujer muy inteligente y determinada, de carácter fuerte pero dulce. Robert por su parte me trata como un hermano. Aunque tenemos buena comunicación, desde que lo conocí siempre he tenido la impresión de no saber muy bien si nos estamos entendiendo completamente. No deja de sorprenderme cómo y por qué nos hicimos y seguimos siendo amigos.*

La dinámica en la casa era muy particular. Más que un invitado, yo era tratado y me sentía como un miembro más de la familia e intentaba ayudar y aportar en todo lo que podía, con derechos y deberes. Robert era el primero en despertar en la mañana y el encargado de hacer el desayuno. Primero hacía un café y unas arepuelas de harina de trigo fritas con azúcar que le quedaban muy sabrosas. Las acompañaba con huevos revueltos con tomate y cebolla. Cuando

hay pescado, generalmente cucha, hacía un caldo con cilantro. Robert disfrutaba de la cocina y era muy hábil con las tareas de picar, cortar y arreglar las verduras. Nexi se levantaba un poco más tarde y detrás de ella la niña, que era siempre la primera en desayunar. Después del desayuno solíamos pasar un tiempo en la mañana hablando sobre lo que habíamos soñado, cuáles eran las actividades del día y qué íbamos a hacer de almuerzo.

Recuerdo que Nexi en una oportunidad me contaba que desde hace algún tiempo sus sueños eran un poco “feos” y de cosas preocupantes. Últimamente soñaba con animales venenosos y con micos, que para ella significaban un robo o algún daño que le iban a hacer. En cambio, antes cuando tenía la costumbre de leer la biblia soñaba con cosas bonitas como lagos, peces y flores. Estaba decidida a volver a leer la biblia cuando estuviera en su nueva casa.

Nexi dormía sin camisa y al levantarse salía de esa forma a la casa. Al principio se sintió un poco apenada de que yo la viera así, pero a Robert no parecía importarle y de hecho le dijo que no se preocupara por mí porque estábamos en confianza. Después de eso ya era habitual que ella anduviera con los pechos descubiertos cuando estábamos en la casa. A mí no me importaba y por el contrario me daba la tranquilidad de que se sentían cómodos con mi presencia y no alterara la vida cotidiana y la intimidad de la familia. Yo creo que a Robert no le molestaba, sobre todo porque pensaba que eso era lo “tradicional” de las mujeres indígenas de comunidad y era algo de lo que estoy casi convencido de que se sentía orgulloso. Con seguridad, no sería igual en el caso de que su novia fuera una mujer blanca o estuviéramos en Puerto Nariño.

En una ocasión, mientras hacíamos el desayuno apareció una tía con una de las hermanas menores de Nexi y nos encontraron hablando mientras Nexi, sin camisa, acomodaba unos tizones en el fogón. Al vernos quedaron un poco impresionadas por la escena, que de no ser por mi presencia, probablemente les habría parecido bastante normal. Al parecer, ese pequeño encuentro después dio lugar a un rumor entre la familia y la comunidad de que Nexi tenía dos maridos, lo que a su vez se volvió en un chiste recordando a una mujer de la comunidad de Tipisca que era conocida por vivir con dos hombres: Canino y Máximo. En algunas oportunidades cuando nos encontrábamos con las hermanas de Nexi, ellas me llamaban Máximo y a Robert le decían Canino. A ninguno nos pareció importar el chisme y de hecho nos

reíamos de él. “La pura envidia” decía Nexi. El chiste se veía reforzado porque por lo general yo era el que se encargaba de hacer el almuerzo mientras Nexi lavaba en el río y Robert recogía la leña o trabajaba en la chagra. Nexi, además de tener dos maridos los tenía esclavizados cocinando y haciendo labores de la casa para ella. Debía ser una situación muy inusual para la mayoría de la gente.

El caso es que Robert y Nexi no tenían un espacio propio y estaban tratando de organizar su nueva casa para tener algo más de autonomía y privacidad, así que yo buscaba la forma de ayudarlos como pudiera tratando de aportar en algo las condiciones básicas de la vida diaria, lo que por supuesto también me beneficiaba a mí. Sobre todo, no quería ser una carga adicional para ellos. Ya era mucho que Nexi se encargara de mi ropa y con Robert lavaran los platos y ollas todos los días. Realmente no podía esperar a que ellos me dieran todo y tampoco tenía dinero para pagarle a alguien más para que me lavara la ropa y me hiciera de comer. A ellos les gustaba lo que yo preparaba y disfrutaban del sazón que le ponía a la comida. Especialmente les gustaba el pollo sudado que se comían hasta el último hueso. Poco a poco me había hecho famoso entre la familia de Nexi por ser buen cocinero y las hermanas menores llegaban para comer con nosotros. Cuando decían que la comida estaba muy rica, Robert contestaba: “¿Qué tal mi cocinero particular? ¿Aprendió bien no? Yo le enseñé”. Por mi parte y para no dejarme echar cuento yo le contestaba que dijera la verdad, que era yo el que le había enseñado a cocinar a él. Reíamos juntos.

Robert y Nexi tenían un relación muy cariñosa y cercana. Se hablaban llamándose “curita” y se consentían dulcemente. Me parece que les gustaba que yo los viera en esos momentos de intimidad pues tal vez sentían, especialmente Robert, que eso también era parte de lo que me interesaba de su relación de pareja. De cualquier manera, Robert siempre ha sido muy escénico y sabe cómo llamar la atención cuando se lo propone. Por otro lado, en ocasiones Nexi mostraba su lado más fuerte y dominante mientras Robert conservaba su actitud meditabunda y sosegada, lo que a Nexi parecía sacarla de sus cabales, principalmente cuando era momento de tomar alguna decisión y organizar las actividades y tareas más urgentes. Ella también era impaciente y calculadora, mientras que Robert no se mostraba muy hábil o interesado en establecer prioridades estratégicas. Él iba una cosa por vez. Cuando ponía su cabeza en algo se

quedaba concentrado en eso por largo tiempo y le costaba ocuparse de cualquier otra cuestión hasta que terminara con lo que tenía pendiente. Ella solía quejarse mucho de esa particularidad, le decía que parecía “llevado” y lo comparaba constantemente con sus cuñados, hermanos y especialmente su padre, que para ella eran ejemplo de lo que debería ser un hombre capaz y útil.

Recuerdo que cuando me sentaba a trabajar en el escritorio yo sacaba un *ambil* y un *mambe*⁶⁷ que había llevado para esos momentos y en ocasiones lo compartía con Robert, quien también había aprendido a *mambear* en Puerto Nariño. Cuando Nexi nos veía con la boca verde se molestaba con nosotros y me decía que yo no debería darle de esas cosas a Robert porque eso no era propio de su cultura: “Por eso Robert está así todo llevado, por comer de esas cosas que no son de nosotros”. Yo trataba de explicarle que eso era tabaco y coca que también eran de la cultura de los indígenas del Amazonas y que no tenía nada de malo, a lo que me contestaba que no le importaban si era de los *huitoto*, ni de los *yucuna*, ni del que fuera, que esa era una comunidad indígena *tikuna* y no teníamos que hacer eso allí: “Se van a convertir en gusanos. Comiendo pura hoja. Ustedes lo que son es del clan gusano”.

A pesar de las quejas, Robert se ocupaba de todo lo que podía y no la dejaba sola con las tareas domésticas, como lavar las ollas, cuidar a la niña o cocinar, que usualmente serían tareas de mujer. Digamos que él no era el modelo por convención de un hombre indígena de comunidad. No obstante, se esforzaba por hacer de la mejor manera, y hasta donde su conocimiento y fuerzas le alcanzaban, todas las tareas propias de un hombre, como pescar, abrir *chagra*, construir la casa, cargar el motor o alistar el bote, entre otras tareas pesadas. Yo tenía la impresión de que él sentía que debía mostrarse de esa forma a pesar de que su trabajo no era tan eficiente como el de los otros hombres de la familia. Era también una manera de ganarse el respeto de los demás y un lugar en la comunidad, pues de todas formas era un relativamente recién llegado y debía hacerse valer.

⁶⁷ **Mambe.** Hoja de coca tostada y molida mezclada con ceniza que se obtiene del árbol de Yarumo (*Cecropia peltata*). Es propio de diferentes pueblos indígenas amazónicos colombianos de la alta Amazonia en especial los grupos de “Gente de Centro”. Su uso tiene connotaciones históricas, rituales, sociales y culturales.

Durante esos días Robert estaba obsesionado con un proyecto turístico en la comunidad que Ponthuma San, una amiga japonesa de Medellín le había pedido. Robert confiaba en que esa era la solución a largo plazo para solucionar el tema económico y volver la comunidad un destino turístico que el pudiera manejar cuando terminara la pandemia, y así ganar un ingreso fijo sin tener que “partirse el lomo” trabajando bajo el sol, por lo que pasaba largas horas en la hamaca escribiendo en computador el proyecto con las distintas actividades turísticas que podía ofrecer y que luego debía enviar por correo electrónico desde Puerto Nariño.



Foto 49: Robert escribe el proyecto turístico.

Viéndolo en perspectiva, Robert era un hombre que había crecido en un pueblo más grande y turístico como Puerto Nariño, donde tuvo que desarrollar otras habilidades sociales y talentos artísticos que por ahora no le resultaban tan útiles en esta nueva forma de vida que estaba emprendiendo junto a Nexi en la comunidad, a menos que pudiera inventarse algo para poder explotarlos. Tampoco se encontraban en una ciudad como Medellín donde con seguridad Robert se podía mover con mayor soltura y suficiencia que aquí. Sin duda toda esta nueva situación era un gran reto para él, por lo que se esforzaba lo que más podía para satisfacer las necesidades básicas de su familia y alcanzar los altos estándares de su mujer que en ocasiones lo recriminaba y lo hacía pasar vergüenza incluso frente a sus propios familiares. Ante esto, por lo menos en mi presencia Robert nunca le contestó ni le levantó la voz para revirarle por nada, él simplemente permanecía en silencio, escuchaba la perorata de Nexi y acataba las

instrucciones que tuvieran lugar. Las únicas veces que Robert contradecía abiertamente a Nexi era cuando ella regañaba fuertemente a Cristal porque lloriqueaba, no hacía caso o cuando tiraba la comida por pura rebeldía para llamar la atención. Estas cosas me hicieron recordar por qué algunos de los amigos de Robert en Puerto Nariño no sentían mucho agrado por Nexi, pues decían que ella “lo tenía dominado”. No creo que ese fuera el caso realmente. Yo sentía que ella también lo admiraba por sus habilidades y talentos particulares con los cuales la conquistó poco a poco, y que le hacían sentir que tenía a su lado a un hombre diferente y especial. Cómo ella misma me dijo en cierta ocasión: “Yo no sé por qué la gente dice que quiere a alguien porque es bonito o feo, lo bonito y lo feo es lo que la persona hace y por eso uno la quiere”.

A propósito de la relación de Robert y Nexi, me gustaría contar la historia completa de cómo se conocieron, una historia que fui recopilando por partes que cada uno me contaba, pero la versión más completa me la dio Nexi.

Nexi trabajaba en Puerto Nariño en el supermercado “La Tigresa” propiedad de una comerciante peruana de dudosa reputación que resultó implicada en un sonado caso de explotación sexual de niñas indígenas de las comunidades del río en 2019⁶⁸. Un día durante sus vacaciones, Robert vio a Nexi en el supermercado. Desde el principio le llamó mucho la atención y se quedó pensando en quién era esa joven que no había visto antes. Una tarde, Nexi se encontraba con su hermana Hilda tomando una gaseosa cerca del puerto cuando Robert llegó con sus perros para tomar un baño en el río. Ellas se reían de ese muchacho feo que se bañaba en calzoncillos con sus perros. Después del baño, cuando Robert subía de vuelta, vio que se estaban riendo de él y pasó a preguntarles cuál era el chiste. Nexi le contestó que no era nada, pero para seguir con la broma y quitárselo de encima, le pidió que más bien le trajera un par de mogollas para comer con la gaseosa. Robert aceptó y fue a comprar las mogollas. Nexi e Hilda pensaron que se habían librado del personaje, cuando, oh sorpresa, vieron al joven volver con su pedido. Robert en su tono entrador y convencido se sentó con ellas a hablar un

⁶⁸ Noticia: <https://www.aa.com.tr/es/mundo/autoridades-colombianas-desarticulan-red-de-trata-de-personas-en-el-amazonas/1393320>

rato preguntándole a Nexi dónde vivía y por qué nunca la había visto en el pueblo antes. Ahí se conocieron por primera vez.

Contándome la historia Nexi me decía que al principio ese muchacho no le gustaba: “¡Yo lo veía y me producía fastidio!” Sin embargo, se lo encontraba en todas partes y de vez en cuando él llegaba a su casa a buscarla para invitarla a caminar o comer algo. Ella no sabía cómo deshacerse de él, hasta que un día, casi de la nada, Robert le propuso irse con él a trabajar a Medellín en el “El Cielo”, donde estaban buscando una persona para ser auxiliar de cocina. Nexi sin saber qué decir quedó de pensarlo mejor. Al cabo de unos días y después de consultarlo con su familia, aceptó la propuesta de Robert. Nexi nunca había salido del Amazonas y menos montado en un avión. Así fue como viajaron juntos a Medellín. En un principio Nexi llegó a vivir en su apartamento, pero simplemente “como amigos”. Pasaron varias semanas de convivencia hasta que ella finalmente fue cediendo a los avances de Robert y así empezó su historia de amor. Desde entonces cada vez que Robert baja a Puerto Nariño o a Leticia siempre vuelve a la casa con una bolsa llena de mogollas.

La familia Gómez Laulate

Además de compartir con Robert y Nexi siempre mantuve contacto constante con otras personas de la familia de Nexi, que si bien en un primer momento no estaban contempladas dentro del proyecto cada día se hacían más presentes en todas las actividades y eventos que teníamos dentro de la comunidad. Así, poco a poco me fui relacionando con la familia de Nexi, principalmente las hermanas, con quien más tuve comunicación.

Cómo ya había mencionado, la casa en la que Robert y Nexi se estaban quedando era la casa familiar de los Gómez Laulate y era frecuente que las personas de la familia de ambos lados llegaran en cualquier momento del día a chismosear, a traer algo de comida para compartir o simplemente para llevarse a escondidas las verduras que quedaban descuidadas en la cocina. Quienes más tiempo pasaban con nosotros en la casa eran las dos hermanas menores de Nexi.

Laura y Eulalia. Ellas al principio estaban viviendo con su hermano Edgar, pero desde el cierre de los colegios con la pandemia no tenían nada que hacer y pasaban de casa en casa donde alguna de sus hermanas mayores para comer algo. A mí me llamaba mucho la atención que estas dos muchachitas andaban por el pueblo de arriba abajo como unas huérfanas y nadie parecía responder por ellas. En ocasiones las veía riendo junto al pomarroso con muchachos del pueblo, pero, sobre todo, las veía con sus primas Dalina y Marly, hijas de Hilda. Cuando salíamos a la chagra o alguna otra actividad con Robert y Nexi, le pedíamos a Laura la mayor que se quedara para que cuidara la casa. Yo le reconocía una pequeña suma de dinero porque me interesaba que no pasara nada con los equipos de filmación. Laura se llevaba muy bien con Cristal y cuando Nexi se cansaba de estar pendiente de ella se la dejaba para que la cuidara o le diera una vuelta por la comunidad. Era la única forma de que Nexi tuviera tiempo para otras cosas. Eulalia era un poco menor que Laura, pero en su actitud parecía un poco más madura y determinada que su hermana mayor, quien siempre parecía desinteresada e irreverente. Como había mencionado ambas eran unas jovencitas muy bonitas y tenían el sello distintivo de la familia: facciones redondeadas, nariz pequeña y ligeramente respingada. De hecho, todas las hermanas eran a mi juicio mujeres muy bellas, cada una con sus particularidades.

Al principio, cuando tenía la oportunidad, yo trataba de hablar con “Laurita” y “Lalis”, como las llamaba Nexi, para preguntarles sobre ellas y su familia o sobre lo que pasaba en la comunidad y los planes que tenían más adelante cuando se normalizara el estudio después de la pandemia. Eulalia me decía que estaba decidida a terminar su colegio y quería seguir estudiando para ser profesora. Por el otro lado, Laura no tenía interés en el estudio y le daba igual lo que pudiera suceder en el futuro, a sus 18 años seguía en séptimo de primaria, lo que al parecer no la animaba mucho a seguir. Sin embargo, hablar con ellas no era una tarea fácil, siempre respondían a cuenta gota y era casi imposible sacarles información o establecer un diálogo fluido sobre algún tema en específico. Cuando me las cruzaba en el camino, o en el pomarroso frente a la casa, yo las saludaba, pero difícilmente me volvían el saludo o lo hacían sin mucho ánimo. No es que fueran antipáticas, pero por alguna razón parecían distantes conmigo. Me parecía algo más que pura timidez. Llegué a pensar que no les caía bien o que por algún motivo las intimidaba, así que le pregunté a Nexi si ellas siempre eran así o había algo que les

incomodaba de mí. Nexi me respondió que ellas siempre habían sido un poco llevadas de su parecer y que no eran muy dadas a hablar con la gente: “No te preocupes por eso Gabi, yo cuando era niña con mi hermana Ligia también era así, apenas veíamos gente salíamos corriendo y nos escondíamos dentro de la casa”, me comentó. De todas maneras, me prometió que les iba a preguntar por qué se comportaban así, porque ellas ya estaban grandes.

Un día mientras compartíamos el desayuno, Nexi las abordó directamente y les preguntó si tenían algún problema conmigo. Les dijo que ellas no eran unas muchachitas “de por allá del monte para estar escondiéndose”, además que yo era su amigo y parte de la familia: “No deben de ser así con Gabriel, él es igual que nosotros”. Ellas simplemente permanecieron calladas escuchando a su hermana mayor. En ese momento sentí algo de vergüenza por el sermón, pues podrían pensar que le estaba dando quejas a su hermana mayor, lo que no era del todo mentira. Por otro lado, esa última parte de las palabras de Nexi: “él es como nosotros”, me dejó pensando mucho. No sé si por la sorpresa de que Nexi lo expresara de esa manera o porque sabía que eso nunca iba a ser verdad. En todo caso, después de eso mi relación con ellas digamos que fue un poco más amigable, incluso después hicimos una pequeño agasajo nocturno con Robert, Nexi y ellas dos donde bailamos música peruana hasta tarde en la noche cuando nos quedamos sin energía en celular. Con el pasar del tiempo me fui ganando más su confianza y en mis conversaciones con ellas me enteré de varias situaciones familiares y de la comunidad que solo después entendería más claramente.

Con las otras hermanas de Nexi, Cenélida, Elvia, Hilda y Ligia tenía una relación cordial y amable. Ellas eran atentas conmigo y me saludaban como “Don Gabi”. “Cene” era la tercera y tal vez la más cercana a Robert y Nexi. Visitaba la casa casi todos los días y le gustaba sentarse con nosotros a charlar y chismorrear. Cene vivía con su esposo Rusvelt y sus tres hijos: Daniel, Jean Pierre y Frederic. El mayor de 10 años y el menor de 4. Cene era dicharachera y juguetona. Rápidamente me tomó confianza. Le gustaba bromear conmigo y de paso aprovechaba para lanzarme indirectas y coqueteos de señora a los que yo no les hacía mucho caso, aunque le seguía la corriente para que supiera que los entendía, pero no me lograban avergonzar. Los llamo “coqueteos de señora” porque incluso en el trato con otras mujeres indígenas mayores, con marido e hijos, notaba que este tipo de comentarios y coqueteos eran relativamente

comunes conmigo. Recuerdo particularmente un comentario jocoso sobre la capacidad sexual de las mujeres indígenas, donde me decían sin tapujos que: “lo que agarramos aquí abajo no lo soltamos”, aclarando que si me acuesto con una mujer indígena nunca más saldré de la comunidad. No sé si con todos los hombres no indígenas sea así, pero por lo menos en mi caso, ya casi me había acostumbrado. Eso sí, todos estos chistes se hacían siempre de manera pública en complicidad de otras mujeres.

Pensando sobre esto, caigo en cuenta que desde mi juventud siempre me he relacionado mejor con las mujeres que con los hombres y se me facilita más la comunicación con ellas, pues, en general, me resulta más interesante ya que con la mayoría de los hombres las conversaciones casi siempre terminan girando entorno a las mujeres. Yo literalmente prefiero hablar con ellas que sobre ellas. En este caso, tal vez el hecho de que perciban una disposición abierta y desenvuelta de parte mía en el trato, que puede ser muy distinta a la que tienen con otros hombres, les da la confianza para contarme cosas de su vida pero también para expresarse de esa manera sexualmente desafiante, aunque ya sin el miedo al rechazo o a que yo me tome sus insinuaciones seriamente.

De cualquier modo, Cenélida en algún momento me preguntó si yo quería ser el padrino de Frederic su hijo menor, pero unos días después la encontré bajo el pomarroso llorando mientras su hermana Eulalia la peinaba para consolarla. En ese momento no me contó el motivo. Más tarde supe lo ocurrido, y fue que la noche anterior hubo una fuerte pelea doméstica con su esposo Rusvelt. Luego de eso se separaron por varias semanas en las que él se fue a vivir con su madre. Desde ahí Cene no me volvió a comentar del asunto del bautizo. Rusvelt era una de esas personas de las que uno siempre siente que están ocultando algo y se mantienen como a la defensiva. Aunque no me daba mucha confianza, él siempre me trataba con respeto y formalidad, lo cual me servía a manera de termómetro para saber cómo me percibían otros miembros de la familia o qué se decía de mí. De todas maneras, yo prefería tratarlo solo lo exclusivamente necesario, aunque a veces cuando iba a su casa le hacía la conversación, hablábamos de la pesca o me contaba sus historias como cazador. Robert y Nexi también le tenían sus reservas a Rusvelt y eran algo distantes con él, pero siempre recurrían a su casa cuando necesitaban pedir prestado el motor del bote o alguna herramienta.

Siguiendo con Elvia, ella es la mayor y la que tiene su casa más lejos de la casa familiar. Elvia está casada con Reivan, su segundo marido. Allí vive con sus dos hijos mayores del matrimonio anterior, Antony y Luís de 20 y 17 años, y con los niños menores hijos de Reivan, Norvis, Imer, Juliana, Yefri y Yeniffer. Elvia tiene otra hija, la mayor, Isabel que vive en Leticia. La historia de Elvia es un tanto compleja y sólo la conozco a pedazos como ella misma me contó. Su relación con el resto de la familia siempre había sido igualmente lejana como su casa. Tan solo fue hasta entrada la pandemia que se dio un proceso de reconciliación entre ella y su padre por problemas y resentimientos de muchos años atrás, lo que también la había distanciado del resto de su familia. Ahora estaban pasando una especie de etapa de prueba para normalizar las relaciones familiares.

Como seguía siendo costumbre en la comunidad, y diría que en particular entre los Gómez, cuando Elvia era todavía muy joven, de unos 14 o 15 años, su padre la entregó como mujer a un hombre que a él le parecía conveniente. Elvia no gustaba de ese hombre, pero frente a eso no había nada que pudiera hacer y tuvo que obedecer la decisión de su padre. Este hombre en cuestión era un llanero que por algún motivo había llegado a vivir al Amazonas. Con él tuvo sus primeros tres hijos, pero como ella decía, siempre fue un hombre que le dio muy mala vida. Bebía y constantemente la maltrataba a ella y a sus hijos, todavía muy pequeños. En algunas ocasiones, el abuso llegó al punto de ponerla en peligro cuando llegaba a la casa endemoniado por el alcohol. Ella siempre logró defenderse como pudo.

Ese suplicio duró hasta que un día este hombre decidió acabar con su vida en Leticia cerca del río Tacana. Elvia quedaba viuda con dos niños pequeños Isabel y Luis, y embarazada de Antony a punto de nacer. Un tiempo después Reivan se fue a vivir con Elvia, adoptó así a sus hijos y los crió como su propio padre. Luís y Antony sus dos hijos varones del primer matrimonio, son muchachos un poco problemáticos y por ellos se han dado muchos conflictos entre la familia y con la comunidad. Sin embargo, su historia es bastante compleja como para relatarla con justicia y brevedad.

Con Elvia y Reivan también tuve una relación muy cordial. Elvia hacía el que a mi gusto era el mejor masato entre las hermanas y sus mingas eran famosas por eso. Ella en algunas ocasiones llevaba el masato a la casa de Robert y Nexi y compartía para convidarnos a sus mingas. En la

última minga que hizo para preparar la quema de su chagra, me mandó a llamar el día anterior a su casa, pues tenía un pescado y una jarra de masato especialmente para mí. Me comí el rico dormilón⁶⁹ asado y compartí el insuperable masato con ella y Reivan. Ya con eso quedé comprometido para el día siguiente: “Yo veré don Gabi no me vaya a quedar mal”, yo había pensado en grabar algo durante la minga, pero mi compromiso con ella era ir a trabajar y no a “mirar”, y así lo hice hasta donde mis fuerzas me alcanzaron. Con Elvia, al igual que con Nexi, era muy fácil hablar de cualquier cosa y me trataba con mucho aprecio. Era una mujer corpulenta y muy bonita además de trabajadora e inteligente. En cuanto a su marido Reivan, este era un hombre blanco del departamento del Huila que desde muy pequeño se había criado en el Amazonas y que en todo era como un paisano más. Además de Robert, de todos los hombres que conocí fue con quien mejor me llevé. Siempre estaba de buen humor. Parecía un hombre sensato, muy entregado a su trabajo y su familia.

De la extensa familia Gómez, que cuando no está presente el padre Teodoro “Chaporé”, funciona de facto como un gran matriarcado en disputa, por ahora solo me queda pendiente mencionar a las hermanas de Nexi, Hilda y Ligia con quienes también tuve relación, pues, en el caso de los hermanos hombres, Teo el mayor estaba en el Perú y Edgar también había viajado allí con su nueva mujer a los pocos días de mi llegada a la comunidad.

Hilda es la segunda hermana de la familia después de Elvia. Hilda está casada con Dennis quien viene del Perú y trabaja en San Francisco en la construcción de casas de interés social del gobierno similares las que se construyeron en el Doce de Octubre. La pareja tiene siete hijos: Tatiana, Willer, Marly, Daiquil, Dalina, Garelis, y el menor Dennis. Cuando llegué a la comunidad, Hilda estaba embarazada nuevamente. Al principio Hilda era un poco fría y distante conmigo, sin embargo, Dennis siempre fue muy atento y me invitaba a tomar masato o una gaseosa cada vez que me veía pasar frente a su casa. Hilda y su hija Marly también eran unas excelentes preparadoras de masato. Ya con unos masatos encima, Dennis me dijo que a él le gustaba la gente como yo porque no era como otros visitantes que solo pasan a mirar y nunca comparten

⁶⁹ **Dormilón.** (*Hoplias malabaricus*) también llamado tararira o pez lobo, es un pez de aspecto primitivo e intimidante. Relativamente común en el Amazonas. Muy apreciado en las comunidades, pero de poca comercialización por sus espinas y su aspecto.

con la gente. Le gustaba que yo sí recibía lo que me ofrecían y me sentaba con ellos a conversar y compartir. Ya tiempo después de mi estancia en la comunidad Dennis e Hilda me pidieron formalmente que fuera el padrino del que sería su recién nacido hijo: Jainer. No podía rechazar su ofrecimiento.

Por el lado de Hilda, al cabo de algún par de semanas ella empezó a frecuentar más la casa donde estábamos con Robert y Nexi y en ocasiones traía yuca, plátano y pescado para ofrecernos. Con el tiempo, mientras se acostumbraba a mi presencia, fue soltando conmigo y un día me confesó que al principio yo le había caído mal y que por esa razón no me hablaba, pero que, según ella, eso había sido por su embarazo que la hacía cambiar de ánimo y desconfiar de las personas. Después de eso, pasaba con frecuencia a saludar y a ver qué estábamos cocinando. Nexi siempre ha tenido una relación un poco tensa con sus hermanas mayores, Elvia e Hilda, porque las tres son de personalidades muy fuertes y a Nexi no le gusta que la regañen, pero lo es más particularmente con Hilda, pues según dice, “habla mucho y le gusta inventar cosas”. La verdad eso es algo que podría decirse de mucha gente en la comunidad, incluida Nexi. Con seguridad, toda esa historia de Canino y Máximo y los dos maridos de Nexi había sido un invento de Hilda. Fuera como fuese, yo nunca les hacía caso a los cuentos y me reía cada vez que llegaban con algún invento raro. En alguna ocasión llegué a escuchar que yo me iba a llevar a vivir a Nexi conmigo a Bogotá, y casi al mismo tiempo, que yo tenía un hijo en la comunidad de San Francisco, en la que entre otras cosas nunca he estado.

Poco a poco iba entendiendo que vivir en comunidad y adentrarse en la vida de una familia como la de Robert y Nexi era también entrar en todo el juego e historia de amistades, enemistades, resentimientos y mezquindades cotidianas que constituyen la historia social de la familia y la comunidad. Siendo yo un extraño y a falta de un conocimiento de mi vida, también debía acostumbrarme a que los cuentos que inventan pasaran a ser, para bien o para mal, parte de mi historia pública en la comunidad. A través de sus hermanas y sobrinas con el tiempo me di cuenta de algunas de las pocas cosas que le había confiado a Nexi sobre mi vida personal ya eran de conocimiento público en la familia. Debía ser más cuidadoso con lo que hablaba con cualquier persona incluida ella, pues como la misma Nexi decía: “Lo que empieza como una chanza se vuelve un chisme y lo que es un chisme se vuelve un problemón”.

Finalmente está Ligia de 21 años, la cuarta hermana después de Nexi. Como había contado anteriormente, a Ligia la conocí en el aeropuerto en Bogotá cuando viajó con su hija Nexi a Medellín para ayudarle a Robert y Nexi con el cuidado de Cristal mientras ellos trabajaban en el restaurante. Ligia me pareció, desde la primera vez que la conocí, como la hermana con la belleza más delicada de la familia. A mi juicio poseía un equilibrio entre elegancia y fragilidad que la hacía destacar entre sus hermanas. Paradójicamente, por algún motivo, Ligia también era muy despreocupada con su cuidado personal y el de sus hijos que siempre estaban sucios y mal vestidos, mientras que sus otras hermanas eran muy atentas con esos asuntos y le recriminaban por esa razón.

Ligia vive con Euclides su primer marido, con el que volvió después de unos años de separación. Juntos tienen dos hijos, Nexi (“Nechi”), ya de 4 años, con la que estuvo en Medellín y Yashua, un niño de brazos. Ligia siempre que me veía me saludaba amablemente con una sonrisa, pero a pesar de eso por algún motivo nunca tuvimos la oportunidad y el tiempo de hablar de forma más amplia y tranquila, lo que sinceramente me habría gustado. Tanto ella como su marido son muy jóvenes y su relación es bastante conflictiva. Euclides pesca y caza cuando puede, pero además de eso no tienen ninguna otra actividad. A Ligia no le gusta cocinar ni hacer chagra y generalmente recurre a sus hermanas en busca de yuca o plátano para complementar su comida. Siempre me dió la impresión de ser una mujer atormentada y desilusionada de la vida y su familia. Su niña Nexi es la más adorable y cariñosa de las niñas que conocí, y por alguna razón, desde el principio se apegó mucho a mí saltando a mis brazos cada vez me veía para que la cargara y la consintiera. A mí me derretía el corazón y no podía evitar emocionarme cuando la veía. Sentía que le faltaba mucha atención y cuidado en la casa, tal vez por eso, a la niña le gustaba pasar la mayor parte del tiempo con nosotros. Nexi y las otras hermanas también regañaban con frecuencia a Ligia porque nunca parecía importarles dónde estaban sus hijos. La niña aparecía en la casa de alguna de sus tías con hambre y mal vestida porque su mamá muchas veces no cocinaba y no se preocupaba por arreglarla. Una situación un poco triste y reiterada, a la que no obstante, habían parecido acostumbrarse.

En alguna ocasión mientras yo cargaba y jugaba con Nechi durante una reunión familiar, Elvia se me acercó y me dijo: “Don Gabi, ¡cómo te quiere la niña! Ella es una princesa, la más

hermosa de todas las nosotras, ojalá algún día cuando ya sea mujer, ella sea para tí”. Esa declaración de Elvia me sorprendió profundamente, sobre todo conociendo su propia historia y el hecho de que era una niña más de 30 años menor que yo. Bajo ninguna circunstancia yo podía concebir algo así. De todas maneras, me llamó la atención que me lo expresara de esa forma sin aspavientos, dándome a entender que al parecer era algo normal y deseable, si no en la comunidad, por lo menos para ella y habría de asumir que para su familia también. Para contestarle de vuelta le dije a Elvia que, si era el caso, ojalá la niña pudiera crecer sana, estudiar y tener una buena vida con un hombre que la respete, la quiera y la cuide. De todos los posibles deseos que podía pensar para la niña ese fue el único que se me ocurrió en ese momento para poder responderle algo a Elvia. “Don Gabi, aquí los hombres solo dan hijos y mala vida”, agregó con profunda decepción.





Foto 50: Laura.



Foto 51: Eulalia.



Foto 52: Las hermanas mayores en la minga de Elvia.



Foto 53: Cenélida.



Foto 54: Hilda.



Foto 55: Elvia.



Foto 56: Reivan.

Desconsuelo

Estábamos ya casi a finales de septiembre, habían pasado algunas semanas desde que llegué a la comunidad y no puedo evitar tratar de hacer un balance de lo que ha sucedido durante este tiempo. Por un lado, las condiciones de vida seguían siendo difíciles. La primera semana no cayó una sola gota de agua en el Doce de Octubre. Con Robert y Nexi observábamos con sorpresa cómo, a pesar de sentir la brisa que antecede la lluvia y escuchar los truenos que azotan la tierra monte adentro, las nubes cargadas de agua se abrían en dos alejándose de la comunidad, dejándonos llenos de sed e ilusión. Parecía como si se estuvieran burlando de nosotros con mezquindad. La poca agua que tenemos para comer la sacamos de un tanque grande de la casa de Cene.

Aunque la comunidad tiene un sistema de purificación de agua con tanques y filtros de arena donados por una ONG noruega, estos permanecen secos y a nadie parece importarle. El encargado de bombear el agua desde el río hasta el sistema es un hombre de la comunidad, que según me cuentan, desde hace varios días ha estado metido con sus hijos en el monte capturando monos nocturnos para vender al laboratorio de Manuel Elkin Patarroyo. Aunque desde 2014 se había prohibido el uso de estos monos para experimentación como parte del proceso de investigación para la cura contra la malaria⁷⁰, en las comunidades de esa parte del río todavía siguen pagando unos 150.000 pesos por cada ejemplar. Capturan familias enteras de monos destruyendo el monte a su paso, pues para capturar los animales se deben aislar estos en un árbol cortando diez metros alrededor para que no puedan saltar a otro y escaparse.

⁷⁰ Sobre el caso: <https://www.semana.com/nacion/articulo/patarroyo-ya-no-puede-experimentar-con-monos-del-amazonas/375795-3/>

Al parecer con la pandemia han empezado nuevos experimentos para una nueva vacuna contra el COVID por lo que el mercado ilegal⁷¹ vuelve a estar abierto.

En cuanto al tema sanitario, la cosa no ha sido del todo fácil tampoco. Las primeras dos semanas me mantuve con la misma soltura del estómago que traía desde que llegué y me hacía correr todas las noches exactamente a las 4:00 de la mañana, pasando por el trabajo y angustia de tener que desmontar la escalera colgante en la oscuridad, tratando de no despertar a Robert y Nexi con la niña, para luego, caminar descalzo entre el monte intentando esquivar ramas, excremento de gallina y huesos de pescado que están por todo el rededor de la casa. La fuerza apenas me alcanzaba mientras trataba de llegar a la enramada. Durante este tiempo, aunque hemos cocinado abundantemente, no había tenido mucho apetito y veía con preocupación que había perdido algo de peso. Robert, Nexi y la niña se sentían mejor después de tomar los purgantes que había comprado, pero también se resentían de vez en cuando por el tema de la calidad del agua. Yo estaba decidido a encontrar una solución cuando bajara nuevamente a Leticia.

A parte de eso la pandemia parecía que ya era una cosa del pasado, al menos en la comunidad. Como pude comprobar, efectivamente para la gente en el Doce de Octubre el COVID era un mal superado, pues, en palabras del amigo Cucha: “Aquí el que le diga que no se enfermó de ese bicho le está diciendo mentiras. Yo estuve tirado en la cama sin poder moverme y sin ganas de comer más de dos semanas”. Ahora me quedaba claro que la famosa “peste esa que no se puede ni comer” de la que hablaba Hilda cuando Nexi la llamó desde Leticia antes de la cuarentena, no era otra cosa que el COVID que había llegado a las comunidades del río antes del primer caso confirmado en la triple frontera. Muy probablemente había llegado desde el Perú, donde se dieron los primeros casos con anterioridad que en Colombia.⁷²

Por otro lado, con Robert y Nexi la convivencia iban bien y seguimos grabando algunas cosas más. Con Nexi y la niña tuve un día completo de rodaje en la casa y la chagra mientras Robert

⁷¹ Noticia: <https://www.rcnradio.com/colombia/manuel-elkin-patarroyo-sin-permiso-para-usar-monos-en-su-vacuna-covid-19>

⁷² Primer caso COVID Perú: <https://www.paho.org/es/respuesta-emergencia-por-covid-19-peru>

salía a pescar en los lagos de Socó⁷³ muy en la madrugada. Aunque quise acompañarlo a la faena, Nexi me dijo que el camino era muy complicado para ir con equipos, así que era mejor que fuera Robert solo para que pudiera traer algo de comer. Ese día grabé algunas imágenes muy bellas de Nexi y la niña. Sin embargo, Cristal que estaba en pleno proceso de destete seguía siendo muy esquiva, y por alguna razón, cuando la encontraba sola y trataba de filmarla, ella al notar la cámara, se daba la vuelta y se ponía de espaldas negando cualquier posibilidad de interacción. Aunque la niña todavía lloraba y pataleaba para llamar la atención, Nexi ya no la regañaba tanto como antes, después de que tuvo un sueño donde ella le pegaba a la niña y ella lloraba sangre. Con Robert luego tuve unos días adicionales de rodaje mientras iba a cortar la madera para la casa de la chagra. Fuimos con Albercio, un aserrador amigo de la familia. Además de estas jornadas, había grabado otros momentos con ellos en la casa y en la comunidad. No obstante, aunque sentía que tenía momentos e imágenes valiosos, me resultaban dispersos y todavía me faltaban escenas mejor articuladas con interacción y diálogo entre ellos, para así lograr construir mejor la relación de pareja y a ellos como personajes dentro de un relato. En general, la impresión que tenía era que los momentos y diálogos que grababa quedaban desconectados unos de otros y fuera del contexto de una línea narrativa o un eje temático principal.



Foto 57: Robert y Albercio cortan la madera.

⁷³ **Lagos de Socó** son un complejo de lagos entre el río Loretoyacú y el Amazonas a la altura del Doce de Octubre. Aunque más pequeños, que los lagos de Tarapoto en Puerto Nariño, están relativamente bien conservados y son la principal zona de pesca de las comunidades de esa parte del río.



Foto 58: Robert organiza la madera.



Foto 59: Cristal siempre me da la espalda.



Foto 60: Bajo los pomarrosos esperando a Robert de la pesca.

Vacilaba si seguir con mi idea de una retrato impresionista y contemplativo o debía buscar algo más narrativo convencional, por ejemplo, haciendo entrevistas con ellos o con escribiendo una narración en off. Esas preguntas me incomodaban y simplemente trataba de seguir grabando, estando al día de lo que pasa en la cotidianidad de la casa con la familia.

Me he había dado cuenta de que estaba muy inmiscuido en los asuntos de la casa y eso no deja mucho espacio para poder observar con distancia cómo Robert y Nexi los resuelven enteramente por su cuenta. Desde el principio (y así ha sido desde que los conocí) ellos siempre consultaban todo conmigo y pedían mi opinión, lo que me hace sentir que confían en mi criterio y que hago parte del núcleo familiar por lo que siento que debo ayudar con las responsabilidades para no ser una carga para ellos. No era solo un sentido del deber, sino la convicción de saber del gran esfuerzo que estaban haciendo para acomodarse en un sitio que no les era propio mientras trataban de organizar su nueva casa y trabajaban conmigo, todo al mismo tiempo.

En cuanto a la comunidad, tenía la impresión de que todo había cambiado sustancialmente desde mi llegada. Al principio todo era mingas y jolgorio con masato, baile y borracheras de jóvenes y viejos aquí y allá, como si no hubiera mañana. En las tardes la cancha central de microfútbol permanecía llena de niños y de hombres y mujeres apostando entre equipos improvisados, pero después de un par de semanas el pueblo se había convertido casi en pueblo fantasma, ya no se ve nadie afuera. Pensé que se debía al fin de una hipotética temporada de mingas o algo por el estilo. La respuesta no tardó mucho en llegar, cuando en una oportunidad que hablaba con Laura junto a los tanques de agua inservibles, me asaltó la duda de repente y le pregunté el porqué de tanta desolación: “Están todos en la raspa” me contesto sin sorpresa. En efecto, era la época de cosecha de coca y una buena parte de la fuerza laboral de la comunidad está río arriba en Tierra Amarilla, Perú, trabajando bajo el sol o en las cocinas para la comida de los trabajadores. Esto tenía todo el sentido, de razón que no he vuelto a ver a Cucha ni a un muchacho antipático que merodeaba la casa cuando Laura estaba con nosotros.

De mi diario de campo: *Aunque estoy contento de poder estar en la comunidad con la familia de Robert y Nexi, y de acompañarlos en este nuevo proceso después de tanto tiempo de espera, por momentos me embarga una gran tristeza y sentimiento de soledad, una especie de*

desasosiego que lo llena todo y que no me deja sentir tranquilo en ninguna parte. Algo así como una depresión tropical: todo es intenso, todo es inmediato, todo es pasajero. Me parece como si la vida entera estuviera hecha de puras contingencias materiales y cotidianas sin ninguna trascendencia. Sin espacio para soñar. Por momentos me es difícil ver lo esencial de mi tiempo en la comunidad y la razón por la que estoy haciendo este proyecto tan lejos de todo mi mundo. Estoy como flotando en la superficial y empalagosa trivialidad de las cosas. Me cuesta ver con claridad aquello que venía buscando con tanto anhelo y que estaba convencido que era el centro y fundamento de la vida, lo que daba sentido y plenitud al presente, lo que revela la verdadera profundidad y belleza imperecedera de las personas y las cosas; El amor. Me ocurre con el trabajo y también con mi propia vida. Sé que estoy aquí en ese momento, en la comunidad, corriendo detrás de ideas, imágenes, intuiciones y sentimientos, pero no se o no quiero saber nada de lo que venga después.

Ese sentimiento contradictorio de inevitabilidad e incertidumbre, que en otras circunstancias podría resultar como algo profundamente liberador, en ese momento se transformaba en un profundo hastío e inapetencia interior que me arrebató la energía y las ganas de seguir trabajando. Constantemente debía hacer un gran esfuerzo para no dejarme llevar por completo por esas emociones encontradas. Por fortuna, siempre he sido muy obstinado, y tal vez por eso, la inercia de mi propio carácter me impedía entregarme por completo a la depresión y melancolía. A pesar de ello, estas decaídas dejaban una mella que me desgastaba física y emocionalmente. En esos momentos no sabía muy bien a quien recurrir. Era como un despecho incorporado: era *desconsuelo*.

En ese tiempo Nexi podía notar mi aflicción y en una ocasión me preguntó: “Oye Gabi, ¿a ti que te pasa?, ¿por qué estas así? Te veo aburrido... ¿Es que te hace falta mujer?”. Su pregunta me sorprendió. No sabía muy bien por qué ella asumía que lo que me pasaba tenía que ver con la compañía de una mujer, aunque en el fondo no estaba del todo equivocada, así que le contesté: “No, Nexi no me hace falta una mujer, me hace falta el amor de una mujer... me hace falta Consuelo.” En efecto, llevaba casi tres semanas sin hablar con ella y cada vez la sentía más lejana dentro de mí. Creo que ella también me sentía alejarme, y lo estaba.

Desde aquel sueño que tuve la primera noche que llegué a la comunidad su presencia se iba haciendo más tenue y su voz más callada. Consuelo siempre había sido para mí cómo una forma de consejera espiritual que me hablaba en mi interior en esos momentos de soledad y tristeza. Pero ahora esa era una soledad y tristeza a la que ella no me podía acompañar. Me encontraba en un mundo inalcanzable y desconocido para ella. Lentamente crecía en mi corazón la oprimiente certeza de que ahora Consuelo y yo, a pesar del profundo amor que nos profesábamos, después de una hermosa relación que creció desde nuestros años de juventud, por motivos y condiciones inapelables que en el fondo comprendía, pero me sobrepasaban, ya no íbamos a construir una familia y un futuro juntos, y eso, inevitablemente supondría el final de nuestra relación.

Todo esto que estoy viviendo con Robert, Nexi y Cristal es como una especie de fantasía de mi vida imaginada hecha realidad a través de mi amistad con ellos, una proyección psicológica de mis anhelos, instintos y recuerdos filiales más profundos. Siento que más que hacer un proyecto, un documental o un trabajo académico, me mueve poderosamente el deseo de vivir eso que siento que con Consuelo ya nunca iba a suceder. Ese pensamiento me rompe el corazón, y aunque me opongo a él con todas mis fuerzas, por ahora no hay nada en mis manos que pueda hacer concretamente para afrontar esa realidad. Estoy quebrándome inevitablemente por dentro. Pienso constantemente en sus últimas palabras por teléfono: “Gabriel, haga uso de su buena voluntad y hágase caso a usted mismo que es lo que más le cuesta”.

Después de darle una pequeña explicación a Nexi sobre lo que pasaba, ella guardó silencio unos segundos y me dijo: “Gabi, lo que les falta es el calor. Sin calor no se puede vivir”. Al escucharla, quedé como paralizado por un momento que me pareció eterno, luego, como para sacudirme traté de explicarle un poco más en detalles mi situación con Consuelo, pero pese a mis esfuerzos racionales no salí muy bien librado. Nexi tenía toda la razón. El *calor* es el verdadero *fuego* de una relación, la *hoguera* que le da sentido a la palabra “hogar” y hace tiempo parecía perdido ese calor. Yo estaba muy lejos y ella me necesitaba, pero yo no estaba ahí.

Al principio pensaba que Nexi no aceptaba mis explicaciones porque tal vez no las entendía, pero en verdad ocurría que yo no tenía las fuerzas ni la inteligencia para hacerme entender. O tal vez, simplemente no tenía razón.

Al terminar de escuchar mis excusas, Nexi trató de consolarme diciéndome que, si en realidad quería tener una familia con Consuelo, lo que debía hacer cuando volviera a Bogotá era decírselo así a ella y tener hijos juntos antes de que nos hiciéramos más viejos, ya después, veríamos que hacer. A quién le costaba entender era a mí. Aunque sabía que ella tenía razón y la simpleza de su sabiduría me conmovía mucho, me habría gustado creer que en realidad era así de simple, y, sobre todo: posible.

Cómo funcionan las cosas

Por esos días ya venía sintiendo que era necesario distanciarme un poco de todo y encontrar un espacio para mí mismo al margen de mi trabajo en la comunidad, así que estaba considerando volver unos días a Leticia para sopesar la cosas con calma y reevaluar mis objetivos y métodos de trabajo. Sin embargo, antes de eso, sucedieron algunos eventos que encontré tanto memorables como reveladores de algunos aspectos de la relación de Robert y Nexi.

Robert y Nexi sostenían algunas discusiones por el tema de la madera para la casa. Nexi había resuelto cancelar el corte de la madera, porque según ella los palos cortados por Robert eran una madera muy blanda y por esos días estábamos en “luna verde”⁷⁴, por lo que se iban a llenar de gusanos haciéndolos inservibles para la construcción de la casa. Lo mejor era recogerlos y traerlos a resguardo lo más pronto posible, para evitar de paso que alguien los pudiera robar. Para eso Robert y Nexi decidieron organizar una minga de carga de la madera que estaba a unos 25 minutos monte adentro caminando a buen paso. Era una minga en la que se iba a necesitar de hombres fuertes para cargar el peso de la madera toda esa distancia.

Como en la chagra aún faltaba yuca para hacer el masato de la minga, se decidió entonces poner a preparar una de las famosas invenciones culinarias de Robert: un vino de café. El “vino

⁷⁴ **Luna verde.** Luna nueva.

de café” no era otra cosa que una ollada de café con panela y azúcar fermentada por algunos días con levadura seca para pan. Ese vino que a mí no me gustaba mucho por recordarme un guarapo aguado con sabor a café barato brasilero, era sin embargo, muy bien recibido por la gente de la comunidad y le confería un cierto toque de distinción a la minga. Además de eso había que hacer la comida para los mingueros y sus mujeres, así que después de pensar en algo que alcanzara para todos se decidió hacer un sancocho para el almuerzo. Unos días antes habíamos tenido la buena suerte de encontrar carne monte de huangana⁷⁵ y danta⁷⁶, esta última cazada por Nuncio, un paisano peruano de la comunidad que además de excelente cazador, era músico, pastor cristiano de una pequeña iglesia. Al llegar, encontramos toda la carne cruda colgada de los palos, mientras las mujeres mayores preparaban morcilla de danta y las jóvenes atendían a los visitantes. Robert en momento me llamó la atención sobre las hijas del cazador: efectivamente, Nuncio tenía unas hijas muy atractivas que no pasaban desapercibidas. Mientras tanto, Nexi dormía sobre una banca soñando con sopa de tortuga. Paréntesis aparte, esa experiencia de ir por la carne recién traída del monte en medio del éxtasis espiritual de la música de alabanza de Nuncio agradeciendo por la buena caza, el olor a sangre fresca en el aire y la agitación erótica por la ligera presencia de estas muchachas, mientras roíamos huesos gigantes de danta, hicieron de todo ese momento una de las escenas más memorables y extrañas que haya tenido. Era como la puerta a todo otro mundo de sensaciones e instintos hasta ahora desconocidos para mí.



⁷⁵ **Huangana.** Pecarí (*Tayassu pecari*) o cerdo de monte.

⁷⁶ **Danta.** Tapir amazónico, o danta común (*Tapirus terrestris*).



Foto 61: Nuncio el pastor cazador nos canta una canción.



Foto 62: Nexi sueña con las tortugas... En sopa.

Volviendo al sancocho, junto con la carne teníamos un pollo congelado y habíamos acordado que yo me encargaría de la cocina mientras ellos atendían a los mingueros. Así fue, al principio de la minga grabé algunos momentos con la llegada de la madera, entre risas, chismes y vino de café. Luego del compartir con la gente e intercambiar un poco de ambil con Teresa Fiagama, la única indígena huitoto de la comunidad, me despedí y pasé a la cocina junto con las sobrinas de Nexi, Dalina y Marly para hacer la comida. El sancocho “trifásico” de cerdo de monte, danta y pollo, que condimenté a mi manera fue un éxito, todos los mingueros y sus esposas repitieron, y al final recibí invitaciones para cocinar en unos cumpleaños. Robert y Nexi quedaron satisfechos con la minga porque se hizo el trabajo y con la comida porque alcanzó para todos.

Hubo otra situación que, si no hubiera sucedido en el contexto de mi estancia con Robert y Nexi, habría sido más bien ordinaria, y que me permitió ver por primera vez una parte hasta ahora desconocida para mí de cómo funcionaban las cosas en su relación de pareja. Como se había vuelto costumbre, casi cada dos o tres veces a la semana había alguna fiesta en la comunidad, ya sea por una minga o por una fiesta particular, en esta ocasión se trataba de una fiesta organizada por uno de los primos por el lado materno de Nexi que acababa de volver del Perú y estaba organizando su cumpleaños a todo dar. El primo llegó a la casa a invitarnos a la fiesta formalmente por lo que Robert y Nexi lo tomaron muy seriamente. Esa noche se arreglaron y perfumaron bien. Nexi se puso una bonita blusa de brillantinas plateadas, bien peinada y maquilada, y Robert, una camisa de cuello blanca, cinturón de cuero con hebilla brillante, pantalón militar, un reloj ostentoso sin batería, y para rematar, unas gafas oscuras con el cabello bien peinado hacia atrás con gel: “Ahora si parezco un gringo traqueto” me decía. Efectivamente solo le faltaba el sombrero para quedar como el Yacuruna.⁷⁷ A la niña la dejaron en la casa de Cene. Yo no tenía mucho como arreglarme, pero me puse una camisa de diseños

⁷⁷ **Yacuruna.** Figura de leyenda ampliamente divulgada en la amazonia colombo-peruana desde Iquitos hasta Leticia. En Leticia y Puerto Nariño se le representa como parte del folklor con la apariencia de un delfín rosado vestido con sombrero de pez raya, reloj de cangrejo, cinturón de boa y zapatos de cuca. Según la leyenda, el Yacuruna sale de las profundidades de su ciudad sumergida para llevarse para siempre a las mujeres jóvenes de las comunidades del río con él. Según mi propia interpretación de la leyenda, el Yacuruna en realidad representa la figura de un coquero o forastero blanco adinerado que en tiempos de la bonaza coquera en la región tomaban a las mujeres indígenas como esposas o concubinas, lo que dio origen a la leyenda.

florales de las que usaba normalmente en Leticia. Con nosotros también venía “Laurita”, a quién Nexi invitó, pues ella ya era mayor de edad. Era una fiesta para “adultos”. Ella llevaba un vestido enterizo negro ajustado al cuerpo y unas sandalias que su hermana Nexi le había prestado.

Cruzando la cancha de microfútbol del pueblo quedaba la casa del primo. Era un espacio amplio, con sillas de plástico alrededor y arreglos en las columnas con bombas, blancas, verdes y amarillas. Había contratado otro de esos conjunto musicales tikunas de dos integrantes con un gran parlante, teclado y micrófono. En la cocina se encontraba otro pequeño espacio social un poco más íntimo, con hamacas para las mujeres con niños y un gran taque de plástico de 500 litros lleno de masato picante. El tanque se me hizo conocido. Después entendí que era el mismo tanque de la primera fiesta de Arcesio que pertenecía a la comunidad y que se prestaba cada vez que alguien organizaba una gran reunión. Como es el protocolo habitual, nos recibieron con sendas totumas de masato para entrar en el calor de la fiesta. En las sombras rotaban botellas de Corote⁷⁸ de todos los colores. La gente bailaba y se divertía. En el lugar se encontraban por lo menos entre cincuenta y sesenta personas, si no más. Me imaginaba que era casi la mitad de la gente que quedaba en el pueblo.

Sin tener mucho espacio donde sentarnos, no quedaba otra que ponerse a bailar. Robert tomó a Nexi y salieron a dar vueltas muy junticos. Por mi parte, ya que soy un poco tímido para el baile, preferí quedarme a un lado observando a la gente. Laurita salió a bailar con un primo que la invitó y después de un par de canciones volvió donde me encontraba. Seguimos tomando masato mientras yo le preguntaba sobre las personas que estaban en la fiesta. Laura habitualmente no era de muchas palabras, pero esa noche parecía un poco más apática de lo normal, contestaba lo justo y rechazaba la mayoría de las constantes invitaciones que le hacían para salir a bailar. Pensé que de pronto estaba aburrida o que quería bailar conmigo. Una mujer de la fiesta se acercó a preguntarle a Laura si yo era su marido a lo que negó con vergüenza. Robert pasaba de cuando en vez y me incitaba a salir a bailar. Me sentí un poco obligado y me

⁷⁸ **Corote.** Tipo de cachaza de caña muy económica y de baja calidad. Viene en distintas presentaciones y sabores.

daba pena con Laurita. La música que estaba sonando no me gustaba mucho, era vallenato y “chucuchu” regular, así que con Robert le pedimos al “Dj” que tocara algunas unas canciones “peruanitas” o “tikunitas”. Ahora sí sentía confianza para sacar a bailar a Laurita.

Nos dirigimos al salón principal y comenzamos a bailar, al principio muy tímidamente, pero, con el tiempo y el masato la situación mejoraba y yo me sentía más cómodo. Laura era muy tímida y bailaba al paso que yo le proponía, el cual no era mucho, aunque yo sabía que ella bailaba muy bien porque ya la había visto en otras ocasiones. Sin embargo, curiosamente siempre que bailaba con mujeres jóvenes indígenas ellas se sentían cohibidas y dejaban que yo hiciera todo el trabajo, muy diferente a lo que había observado con las mujeres mayores. Bailamos durante un rato hasta que la música se puso más tropical y ya me sentía con confianza para dar algunos giros y figuras de cajón que era de lo poco que me sabía.

Cuando ya bailábamos con un poco más de confianza y soltura, Robert se me acercó por un lado y me dijo al oído: “¡Tenga mucho cuidado maestro!”. No entendía lo que ocurría o a qué se refería exactamente. Robert ya estaba un poco ebrio y lo podía notar en su mirada y su sonrisa pintada como de muñeco. Cuando terminó la canción dejé a Laurita con Nexi y le pregunté a Robert qué era lo que pasaba. Me dijo: “Maestro, aquí hay que tener mucho cuidado, está bien que baile, pero con cuidado. Aquí mucha gente quiere estar con Laurita y usted sabe cómo es la gente cuando está tomada” Lo escuchaba entre el ruido de la muchedumbre mientras sobre su hombro veía a la pobre Laurita con Nexi como niña regañada. Yo no pensaba que hubiera hecho nada indebido, ni que me hubiera sobrepasado con ella en la forma de bailar. “Todo bien Barü, no pasa nada, solo estábamos bailando” le repliqué. A lo que me contestó: “Lo que pasa es que Laura es la reina elegida de la comunidad y tiene muchos admiradores. Es mejor evitar problemas. Usted sabe que cualquier cosa que le pase a usted aquí yo soy el que responde por usted y por eso no quiero que pase nada grave”. Toda la situación me parecía un poco extraña, pero supuse que eran del tipo de cosas que podían suceder. Anteriormente ya había tenido que presenciar con mis propios ojos en Puerto Nariño lo que después llamaría una “puñaladaailable” causada por la tóxica combinación de celos y alcohol, aunque no creía que este fuera el caso. Para no seguir hablando en medio de la gente, invité a salir a Robert para conversar mejor afuera del salón.

En resumidas cuentas, le dije que yo entendía su preocupación y que le agradecía que estuviera pendiente de mí, pero que estuviera tranquilo que yo no estaba buscando ningún problema con él ni con nadie. Le dije: “Vea Barü, usted y yo somos cómo hermanos ¿sí o no?”, “Claro maestro, usted es mi hermano y mi compadre”, me contestó. “Bueno Barü, entonces no vamos a tener ningún problema, y si llega a suceder algo, porque uno nunca sabe, entonces lo arreglamos como hermanos, hablamos las cosas y lo dejamos todo claro. ¿Le parece?”, “Claro maestro así debe ser, pero eso es entre nosotros. Uno ve a la gente normal, pero uno nunca sabe lo que están pensando”. Más o menos así iba la conversación cuando llegó Nexi afanada y molesta: “¡Barü! ¿Qué hacen ustedes aquí afuera peleando? ¡Ya!, vamos para adentro ¿no ven que toda la gente está mirando?”. Robert y yo no estábamos peleando, pero a Nexi al parecer le preocupaba algo más: “¿Y qué Barü?, ¿tú por qué tienes que estar celando a mi hermana Laura?, ella ya es una mujer y verá que hace, ¿o es que tú la quieres y estás celoso de Gabriel?”. Así le habló Nexi a Robert seguido de toda una retahíla que se prolongó por otro rato. La situación había tomado un nuevo giro: ahora Nexi estaba celando a Robert con su hermana.

Como era de esperarse la fiesta para nosotros no duró por mucho más. Yo bailé un par de canciones con una señora que me sacó a dar unos pasos y después de eso nos fuimos para la casa ya pasada la medianoche. Laurita siguió a su casa y nosotros nos acostamos a dormir. Desde mi hamaca podía escuchar la incesante cantaleta y los reclamos de Nexi hacia Robert recordándole otras situaciones con mujeres en Medellín, Perú, Leticia, etc., etc. Robert apenas medio reviraba pidiéndole que lo dejara dormir y que no despertara a la niña. Como decía otro amigo indígena: “Fiesta en comunidad con alcohol y sin problemas no es fiesta”.

Después de una buena e intensa temporada, sentía que ya había tenido suficiente por ahora. Iría a pasar unos días a Leticia. Cuando les dije, Nexi me preguntó: “¿Por qué te vas Gabi?, ¿ya te aburraste de nosotros?”. Para salir del paso le contesté que tenía unos asuntos que resolver en la Universidad, pero en realidad era que necesitaba un espacio para distanciarme y reflexionar. Sabía que lo necesitaría, pues como ya me venían avisando desde hace varios días, pronto se aproximaba el día más esperado del año: el 12 de octubre, el aniversario de la comunidad. Antes de irme Nexi no se quedó sin recordarme que ella también había sido la reina de la comunidad: “Reina no, diosa. Nosotras las indígenas somos diosas”.



Foto 63: Atardecer en el Doce de Octubre.



Foto 64: Cuando había gente en la comunidad.

Segunda Parte



Los preparativos

El tiempo en Leticia había sido positivo y después de algo más de una semana ya estaba reprogramado para volver a la comunidad. Me di cuenta de que esa primera parte de mi estancia en el Doce de Octubre había sido una suerte de proceso de establecimiento y reconocimiento del terreno, algo así como una forma de trabajo previo. De algún modo, ahora me encontraba como al principio cuando llegué a Leticia antes de la pandemia y trataba de familiarizarme con Robert y Nexi buscando encontrar el dispositivo para hacer un retrato sobre su familia. Pensando en esto, decidí entonces que trataría de hacer unas entrevistas con ellos de la manera más natural y menos forzada que me fuera posible, eso me serviría para contar una historia de su vida y su relación con sus propias palabras. Debía también encontrar la forma de filtrar todos los ruidos artificiales y mecánicos, para hacer un buen banco de sonidos ambiente y así tejer el cuerpo sonoro de la película lo que le daría así el verdadero sello acústico e identitario tropical⁷⁹. El paisaje, y, diría también, la tectónica del espacio y el tiempo.

Aunque me había costado, finalmente acepté que debía optar por hacer algo más convencional que lo que me había imaginado inicialmente. Eso no era necesariamente malo, si al fin y al cabo se lograba el objetivo de hacer un documental con ellos y sobre ellos. Mis ambiciones artísticas y cinematográficas podían esperar. Lo más importante para mí era la relación de confianza que se había construido. Aunque estas ideas me parecían bastante sensatas, no dejaba de sentir que algo se me escapaba, algo que iba más allá de lo que podía anticipar en ese momento. Con

⁷⁹ Sobre este tema se puede consultar el trabajo de Steven Feld: una Acustemología de La Selva Tropical (2013)

ese pensamiento y lleno de expectativas subí de vuelta a la comunidad, aunque nuevamente me encontraría con situaciones y eventos inesperados.

Estando en Leticia, Robert y Nexi me habían pedido que les averiguara por unos dulces y unas cajas de cerveza, ya que habían decidido construir una pequeña tienda en frente de la casa de sus padres para así atender a los visitantes que llegarían para la celebración del aniversario de la comunidad. Según ellos, el aniversario era una gran fiesta donde llegaban amigos, familiares lejanos y personas de las demás comunidades, tanto del lado colombiano como peruano, a compartir, beber y celebrar. Era sin duda una muy buena oportunidad para vender bebidas, dulces para los niños y hacer unos pesos adicionales. Por ese entonces yo ya les había terminado de pagar por adelantado lo que acordamos por la realización del trabajo, con ese dinero se pagó el aserrador de la madera, la gasolina, aceite, comida, entre otras cosas. También Robert y Nexi aprovecharon para comprar ropa nueva para ellos y la niña en Puerto Nariño. Con todo y las dudas que me generaba pagarles antes de terminar el trabajo, yo accedí a darles el adelanto esperando que ese dinero sirviera para la terminación de la casa cuyo proceso quería documentar hasta el final, sin embargo, al parecer, eso todavía se veía muy lejano.

Como después de sus gastos ellos tampoco tenían dinero, me pidieron que les prestara una cierta cantidad o que hiciera una sociedad con ellos para comprar las cervezas y los dulces, que esperaban poder recuperar con las ganancias de las ventas. Así acordamos. Aunque yo tenía la impresión de que iba a ser un mal negocio, porque sabía que con los paisanos “dinero prestado es dinero regalado”, me interesaba apoyarlos en su emprendimiento. Tal vez teníamos suerte, yo recuperaba lo invertido y ellos salían ganando algo, era como una forma de ganarme unos días más en la comunidad. En el fondo tenía mucha curiosidad de ver qué podía salir de todo esto. Así fue como en Leticia compré algunas de las cosas que me pidieron y quedamos de conseguir las cervezas en Puerto Nariño ya que el transporte río arriba aumentaba mucho los costos. Por otro lado, en Leticia con una organización de ayudas humanitarias logré conseguir unos kits para purificación de agua que alcanzaban para todas las familias de comunidad. También aproveché y compré algunos detalles que quería llevar para Nexi, Cristal, y para Laura y Eulalia.

Al llegar de vuelta a la comunidad quedé sorprendido por lo avanzada que estaba la construcción de la tienda. Nexi y Robert ya tenían montada toda la estructura de un techado de hoja para que la gente se sentara en unas mesas de troncos de madera hechos por Robert y Reivan, el marido de Elvia. Solo faltaban algunos detalles en la parte exterior, como amarrar bien las hojas y poner unos plásticos para impermeabilizar mejor el techo provisional. Sin embargo, en la parte interior todavía quedaban muchas tareas de carpintería por hacer. Entre esas, conseguir una nevera prestada, conectar la energía y la música. Al ver que todavía quedaba tanto trabajo pendiente, me dediqué con Robert a serruchar y martillar. Así, entre una y otra cosa pasaron unos días en los cuales todo giraba en torno a la tienda y la fiesta que estaba por empezar, por lo que no tuve tiempo ni cabeza para pensar en el documental y ellos tampoco parecían muy preocupados.

En un momento, mientras terminábamos de tener todo listo, aproveché para llevarle los kits de purificación de agua a la curaca de la comunidad. Al llegar nuevamente no la encontré, así que los dejé allí y les pedí que los repartieran entre la comunidad explicando las indicaciones de uso. Luego, a Nexi y sus hermanas les entregué las camisetas que les había traído, y a la niña un conjunto de pantalón y camiseta para niña. Nexi quedó encantada con su regalo y el de la niña, pero la cosa con Laura y Eulalia fue un poco más complicada. En Leticia había recorrido muchos sitios tratando de encontrar un par de camisetas de buen gusto para regalarles, y al final opté por comprar un par del mismo estilo, pero con distinto color y diseño, esperando así evitar envidias y recelos entre las hermanas. En mi lógica pensaba en una camiseta rosa brillante para Eulalia la más joven, y una roja para Laura la mayor, por ser este último un color “más maduro”. Me equivoqué. Aunque a Eulalia le encantó su camiseta, Laura después de recibirla, y sin mediar palabra, se fue de la casa dejando la camiseta tirada sobre una banca. Su desaire me dolió en el momento, pero tomé un respiro y lo solucioné rápidamente. Después de consultarle a Nexi, acordamos que su sobrina Dalina, hija de Hilda, estaría encantada de recibir la camiseta, así que la llamé y se la entregué. No tuvo ningún reparo y al otro día se la estrenó dichosa. Más tarde supe que las hermanas mayores le llamaron la atención a Laura por “desagradecida y maleducada”. Había pasado justo lo que tanto traté de evitar. Lamentaba que

Laura hubiera salido regañada, pero también pensaba que debía aprender a no ser tan caprichosa. El tema de los regalos y en especial de ropa siempre es un tema delicado.

Volviendo a las preparaciones, Nexi me había dicho que con seguridad sus padres llegarían para el aniversario por lo que estaba particularmente preocupada por tener todo listo. Eso incluía la preparación de diez galones de guarapo para el recibimiento a su llegada. De hecho, todas las hermanas mayores estaban preparando su masato para darles en su momento en cada casa. Su padre nunca se había perdido la celebración del aniversario y por más lejos que estuviera, o, a pesar de que no hubiera tenido contacto con su familia en mucho tiempo, el hombre siempre cumplía su palabra. Teodoro “Chaporé” había sido uno de los miembros fundadores de la comunidad del Doce de Octubre, así que su presencia siempre había sido sinónimo de celebración. Si por algún motivo “el viejo” no llegaba era como si no hubiera fiesta. Se sentía una gran expectación.

El 12 de octubre: Aniversario en la comunidad

A pesar de los preparativos y anticipación que había por la celebración del aniversario, yo no sabía muy bien qué esperar, lo único que tenía claro era que se trataba de una gran celebración, o por lo menos, de otra gran excusa para el descontrol. Cada una de las casas de la comunidad se estaba preparando a su modo, y en varios lugares habían improvisado casetas con equipos de sonido. Poco a poco iba llegando gente y la comunidad parecía volver a recobrar vida.

Robert y Nexi se encontraban muy animados, pues tenían la esperanza de tener unas buenas ventas para seguir con la construcción de la casa. Robert particularmente tenía mucha expectativa de los juegos tradicionales, una especie de competencias comunitarias que incluían tiro con flecha, bailes, narración oral y otras actividades. Sin embargo, hasta un par de días antes del aniversario todavía no se recibía ninguna información sobre estos juegos por parte de la autoridad de la comunidad, lo que hacía pensar que posiblemente no se celebrarían. Robert, que siempre estaba muy atento a la parte cultural, se mostraba bastante molesto con la curaca por esta razón: “Maestro, espere no más que yo ya esté organizado y tenga mi casita.

Voy a ser el curaca de la comunidad y ahí sí vamos a mejorar la parte cultural. A esta gente solo le importa la plata”. Se le veía muy determinado. Sobre ese tema, Teodoro el padre de Nexi era al parecer uno de los máximos exponentes de las artes tradicionales y varias veces había quedado campeón de los juegos tradicionales del Doce de Octubre y de la fiesta del campesino en Puerto Nariño. Estoy seguro de que Robert también estaba deseoso de poder exhibir públicamente sus capacidades y dotes en las artes y oficios tradicionales.

Finalmente, el día anterior al aniversario, en las horas de la noche, llegó a la comunidad el viejo Chaporé. Venía con Nélide, la madre de Nexi y su hermanito menor: el casulo Elian. Un niño de 9 años muy despierto e inteligente que me cayó muy bien desde el principio. En otro bote llegó el hermano mayor Teo, con su mujer peruana y su niño recién nacido. Era un signo definitivo del inicio de la fiesta, por lo menos en la parte de los Gómez Laulate. A su llegada todos salieron a recibirlos con emoción, pero especialmente Robert se mostraba muy afectivo con Chaporé. Era la primera vez que yo tenía la oportunidad de verlo con toda la familia de Nexi en pleno. Me llamó mucho la atención que su comportamiento en este entorno, sobre todo con el padre de Nexi era muy afectivo: lo abrazaba con intensidad, lo llamaba “papá” en voz alta y lo atendía con más entusiasmo que lo que su propia hija o el resto de la familia mostraba hacia él. Me pareció curioso porque nunca lo había visto así, de hecho, en determinado momento me pareció incluso un tanto escenificado. Yo había aprendido a reconocer el histrionismo natural de Robert y sentía que su actitud, que de todas maneras no me atrevería a llamar falsa, era una forma de ganarse el beneplácito de su suegro para ser tenido en cuenta como otro más de sus hijos varones. Así, de esa manera se aseguraba un lugar de privilegio dentro de la jerarquía familiar de los Gómez. Robert sabía que llevarse mal con el viejo Chaporé era llevarse mal con toda la familia, por lo que le convenía mostrarse cercano y disponible, por no decir sumiso. Por otra parte, no creo que Robert viera al viejo Chaporé realmente como a un padre, más bien como a una figura de autoridad con la que conviene llevarse bien. En alguna ocasión me había mencionado: “El viejo es buena gente, pero hay que saberlo llevar”.

Esa misma noche empezó la celebración del aniversario con guarapo, masato, cerveza y Corote del Perú que había traído el viejo. Sería el inicio de una bacanal de embriaguez y descontrol que duraría varios días.

Al día siguiente de la llegada de los padres de Nexi, sería propiamente la celebración del aniversario de la comunidad. Robert y Nexi se estrenaron la ropa que habían comprado en Puerto Nariño y abrieron su tienda al público. Desde muy temprano llegaban clientes por cerveza fría, pero, sobre todo, niños que juntaban monedas en sus casas para comprar dulces. Casi sin darme cuenta la casa estaba llena de familiares lejanos y visitantes, algunos que por su apariencia no parecían haber dormido en toda la noche y no tenían intención de dormir en un par de noches más. Para mantener la nevera fría y la música, Dennis, el marido de Hilda, les había prestado a Robert su planta eléctrica, así podían mantener a los clientes contentos ininterrumpidamente desde la mañana cuando todavía no llegaba luz de la planta de la comunidad. De puertas para afuera, se vendía la cerveza y de puertas para adentro rotaba el guarapo picante que Nexi llevaba una semana preparando. Por supuesto, la gente prefería estar adentro y tomar guarapo sin pagar. Durante todo el día no hubo un lugar donde sentarse o un minuto de silencio, la música y el alcohol corrían a chorros.

En medio de la bacanal logré acercarme a Teodoro el padre Nexi para hablar con él. El viejo me llamaba “Gabisho” y al parecer me tenía en buena estima y me recordaba muy bien desde mi primera visita a la comunidad. Cada vez que nos cruzábamos me repetía que en el Perú tenía un loro llamado “Gabriel” al que le había enseñado no pocas palabras soeces. Lo repetía tanto que nunca terminé de saber si me hablaba en serio o era una simple broma. De cualquier manera, ya compartiendo con él a pesar de los antibióticos que estaba tomando le recibí un par de tragos de guarapo y le pregunté por la historia del motivo de la celebración: la fundación de la comunidad.

Según Teodoro, la comunidad se creó en 1997 como parte de un proceso de reubicación de varias familias desde la comunidad de San Juan del Socó que estaban buscando un mejor lugar en una tierra alta a salvo de las inundaciones. Teodoro junto con el que era el curaca de ese entonces, lograron gestionar un dinero con el alcalde de Puerto Nariño para organizar a la gente en una nueva locación. Primero debían juntar a las familias que querían hacer parte de la reubicación y preparar un terreno para organizarse. Teodoro ya tenía visto el lugar en unas tierras altas a ocho kilómetros río arriba del Loretoyacú desde San Juan del Socó. Para ello, no solo convocó familias de esa comunidad donde vivían entonces, sino que también convenció a

algunas familias de las comunidades de San Francisco y Atacuari para que se fueran con ellos al nuevo terreno, de ese modo, posteriormente sería posible gestionar más dinero por parte del gobierno para los materiales de las casas. Para empezar, con el dinero recibido por parte de la alcaldía se hizo una gran minga para despejar el monte donde se iban a ubicar. Haciendo esto podían volver donde el alcalde y conseguir los recursos adicionales para construcción de las viviendas. Una vez realizada la minga, que, según sus palabras, en dinero de esa época les costó “cuatrocientos mil doscientos pesos”, pasaron a desbaratar una por una las casas donde vivían y poder así usar los materiales en su nueva comunidad. Según él, en un solo día desbarataron alrededor de veinticinco casas, que eran el número de familias con las que conformaron la comunidad inicialmente. Poco después se unieron otras cinco familias para un total de treinta. Hoy en día la comunidad consta no oficialmente de unas ciento setenta familias.

De esta manera fue como empezó la historia comunidad del Doce de Octubre, que en realidad se fundó un 11 de octubre, pero la celebración se llevó a cabo al día siguiente y de ahí su nombre. Para este fin, se trajeron tres reses con las cuales se hizo una gran parrillada y sancocho para todas las familias y sus allegados. Por supuesto, la fiesta también incluía una buen cantidad de alcohol traído del Perú. Desde entonces, cada 12 de octubre casualmente coincidiendo con el “día de la raza” se celebra la fundación de la comunidad con fiesta, baile, alcohol y el sacrificio de una res para recordar esa fecha. Se esperaba que este año no fuera a ser la excepción, pero, así como con los juegos tradicionales, todavía no se tenía noticia de la res para el sacrificio conmemorativo. Poco después de su fundación, Teodoro se haría elegir curaca de la comunidad por haber sido el principal gestor del proyecto y los recursos. Del núcleo familiar de Nexi, Elvia la mayor, Teo el segundo, así como Hilda, Cene, la misma Nexi y Edgar, habían nacido todos en San Juan del Socó. Sólo los más jóvenes Ligia, Laura, Eulalia y Elian nacieron propiamente en la nueva comunidad.

Esa fue a grandes rasgos la historia que escuché del viejo Chaporé sobre la fundación de la comunidad, y realmente fue el único momento donde pude hablar con él en un estado más o menos sobrio, después de eso, fue muy difícil encontrar a alguien que no estuviera bebido. La fiesta hasta ahora empezaba.

Figura 7: Mapa de la Comunidad Doce de Octubre.



Ilustración: Robert Ahué Coello.

Figura 8: Las comunidades del Loretoyacú hasta el Doce de Octubre.



Ilustración: Robert Ahué Coello.

El infiernito

De lo que pasaría en los días siguientes no me resulta fácil hacer un resumen, pues, las situaciones que tuvieron lugar, aunque están todas ligadas de alguna u otra forma, sus consecuencias y las impresiones que me quedaron fueron tan diversas y ambiguas que no sé muy bien cómo relatarlas. En todo caso, trataré de dar una idea de lo que después llamé “El infiernito”.

Desde un par de días antes del aniversario yo no venía bien de salud, tenía una infección estomacal que cada vez se ponía peor, estaba empezado sangrar y no me sentía para nada bien, de tal modo que había empezado a tomar unos antibióticos y antidiarreicos que traía conmigo dentro del botiquín de campo. La fiesta estaba comenzando y había decidido que, si al día siguiente del aniversario no me sentía bien, debería bajar a Puerto Nariño o Leticia para que me examinaran en el hospital. Por ese mismo motivo no estaba tomando alcohol, aunque en realidad era difícil encontrar algo diferente para tomar o comer, pues la gente con las barrigas llenas de masato casi ni siquiera comían.

Siendo prácticamente el único que no estaba bebiendo pensé que tal vez sería buena idea aprovechar para filmar la celebración, pero lo que veía y el verdadero caos a mi alrededor me desmotivaron rápidamente. Durante todo el día la gente entraba y salía, tomaban, gritaban y bailaban, había gente por toda la casa, unos sentados en un rincón y otros tirados en el suelo. Debía tener mucho cuidado para no tropezar con alguien. Incluso las mujeres con niños, con una mano sostenían la totuma, y con la otra, a los niños que mamaban de sus pechos cubiertos de fermento. Robert y Nexi estaban totalmente ocupados del tema de la tienda y era poco el espacio que tenía para tratar con ellos. La música sonaba a todo volumen y se repetían las mismas canciones una y otra vez a petición de los clientes que pedían más y más cerveza. Recuerdo en especial una de ritmo tikuna que decía:

¡Qué rico! ¡que sabroso!

¡El caldo de cucha cha cha!

¡Qué rico! ¡que sabroso!
¡El caldo de cucha cha cha!⁸⁰

Y así interminablemente... yo ya no quería más caldo de cucha.

Nexi trataba de ocuparse de todo, además de atender la tienda y a su familia que estaba en la casa, Robert la secundaba de cuando en vez, pero ya pasado el mediodía estaba tan bebido que no podía seguir las instrucciones de Nexi, por lo que ella, cada vez más estresada y sin paciencia para indicarle a Robert lo que tenía que hacer, le pidió a su hermana Eulalia que le ayudara a atender a la gente. Lo que sucedió es que ese día, en la mañana, mientras Robert atendía la tienda, se encontró con un amigo con el que no se veía hace más de quince años, desde de sus tiempos de artesano bohemio que viajaba de feria en feria por Colombia. El amigo de tertulias callejeras era Fausto, un hombre de Bogotá de no más de cuarenta años que ese día había llegado a la comunidad por pura casualidad, pues en Puerto Nariño escuchó que “en el doce” estaban de aniversario. Ambos se reconocieron en la ventana de la tienda cuando Fausto pedía unos tragos, y por supuesto, la sorpresa del reencuentro resultó en otro motivo más para empezar a beber desde temprano. Como el mismo Fausto comentaba sin vergüenza alguna, después de que su mujer lo dejara por su problema con el alcohol, desde hace un tiempo estaba viajando sin rumbo. Sin embargo, entre risas decía que él, a diferencia de su mujer, al alcohol no tenía mucha intención de dejarlo. A partir de su reencuentro, Robert y Fausto ya no se volvieron a despegar. Como dice un dicho popular: “se juntaron el hambre con las ganas de comer”.

Basado en mis experiencias anteriores, tenía el presentimiento de que solo era cuestión de tiempo para que algo sucediera. A Robert ya lo daba por descontado y con el pasar del día sentía que cada vez había menos personas dispuestas o capaces de hacerse responsables por nada de lo que estuviera pasando o pudiera ocurrir, el ambiente se hacía más pesado y a mis ojos los rostros de las personas comenzaban a desfigurarse y a escurrirse como máscaras de carne que colgaban de sus cráneos. Yo me quería desaparecer de semejante fantasmagoría. Tal

⁸⁰ Canción del “Caldo Cucha”: <https://www.youtube.com/watch?v=uBcztOku6e0>

vez, era por el hecho de que no estaba tomando y me encontraba enfermo, pero esa fue la primera vez de toda mi estancia en la comunidad en la que me sentí verdaderamente fuera de lugar, desconectado y ajeno a lo que estaba ocurriendo, en ese momento ya no quería estar más ahí, pero tampoco tenía dónde esconderme y mucho menos iba a encontrar alguien que pudiera llevarme a Puerto Nariño. No me quedaba sino ser paciente. Lo tomé como una prueba de tolerancia y resistencia.

Al caer la noche las cosas no mejoraron. Para esta ocasión, como era costumbre, se tenía organizada una gran fiesta con orquesta en la cancha de microfútbol del pueblo con masato gratis que se recogía de casa en casa en el tanque comunal. Sin embargo, en la tarde llegó la noticia de que la planta eléctrica que surte el servicio a la comunidad presentaba un daño inesperado y no habría electricidad, de tal manera que la fiesta debería seguir en las casas hasta que el inconveniente se pudiera solucionar. Así las cosas, cada vez llegaban más personas a la casa para seguir allí con el festejo. En este caso, ya no eran solo personas mayores sino también una horda de niños y niñas, jovencitos y jovencitas, preadolescentes de entre diez y catorce años de edad que saltaban, gritaban y bailaban, embebidos en una euforia hormonal y alcohólica, que hacía temblar toda la casa al tiempo que rompían el entablado del ya podrido piso de madera. Yo me había dado cuenta de que todos estos niños y niñas desde temprano iban de casa en casa tomando a escondidas, casi sin que nadie se diera cuenta, o por lo menos sin que nadie se los impidiera. Nunca había visto algo semejante y honestamente me sentía abrumado pues no sabía qué hacer ni dónde resguardarme de semejante aquelarre. No sabía si esa situación era normal o si simplemente estaba sufriendo un “shock cultural”, si mi desconcierto era motivado por mis prejuicios, o simplemente porque no estaba participando de la bacanal. En cualquier caso, toda la situación ya era demasiado para mí, así que me retiré a mi hamaca para tratar de descansar.

En cierto momento, mientras contaba mentalmente las tablas que se rompían y daba vueltas sin poder acomodarme, escuché que Robert y Nexi estaban discutiendo en voz alta, me levanté de la hamaca y bajé rápidamente al primer piso pasando por encima de una parejita de jovencitos que se besaban y se tocaban recostados en los peldaños de la escalera. Di otro brinco y llegué hasta la tienda, donde estaban discutiendo. Nexi, estaba histérica porque Robert

sacaba unas cervezas a escondidas para seguir tomando con su amigo Fausto. Pero ella, que también había estado tomando, no se las quería dar porque eso era dinero perdido. Cuando llegué, Robert que seguía alcoholizado y medio autómatas apagó la música en un arranque de rabia, vociferando que iba a cerrar la tienda y a echar a todo el mundo a la calle, empezando por los muchachitos que estaban desbaratando la casa.

Yo traté de intervenir dándole al principio la razón a cada uno, pero en un intento de llamar a buen juicio, mencioné que no me parecía bien que esos niños estuvieran emborrachándose de esa manera en la casa, pues eso en cualquier otro sitio era para que llegara la policía. No sé por qué dije eso... ¡grave error! Nexi, que seguro se sintió acorralada, se enfureció todavía más y ese fue el inicio de una gran pelotera, donde Nexi, como si fuera un ventarrón de furia desmedida que arranca los árboles de raíz, y en medio de un rosario de bendiciones, nos sacó corriendo, diciendo que esta era una comunidad indígena, que varios de esos niños eran sus sobrinos y que esa era la casa de su familia, así que los que nos íbamos largar para la bendita calle éramos nosotros. En la puerta, acechando estaba Fausto, que observaba como ave de mal agüero que busca pescar en río revuelto. Robert seguía queriendo hacer su voluntad, pero le pedí que no siguiera alegando y que mejor nos fuéramos de ahí. Cuando salimos, Nexi en forma desafiante volvió a poner la música todavía más alto y empezó a saltar y bailar con los niños. Toda la situación me parecía irreal, pero la cosa no terminaría ahí.

En el momento que salí de la casa y pude ver todo desde afuera, fue cuando me di cuenta de que yo era de alguna forma el “adulto responsable” y que debía mantenerme atento para tratar de evitar que sucediera alguna otra situación que lamentar. No me equivocaba. Minutos antes de empezar la pelea, habían arreglado la planta eléctrica, las luces de la cancha estaban encendidas y la gente empezaba a agolparse alrededor de un equipo de sonido improvisado para que la gente llegara a bailar. Entre tanto, sentados bajo el pomarroso, yo trataba de calmar a Robert que seguía quejándose de todo: de la organización del aniversario, de la curaca, de la comunidad, de Nexi, de los agravios que había recibido en el pasado, de lo que fuera. En un momento me distraje, cuando Nexi salió a hablar con nosotros, Robert se desapareció, mientras la horda de niños seguía brincando al unísono como en un círculo de invocación del fin del mundo. Cuando menos me di cuenta, Robert había vuelto con un machete en la mano

vociferando que no iba a dejar que se burlaran de él, que la comunidad iba a saber quién era él y que si le daban la oportunidad le iba a prender fuego a todas las casas. Estaba peleando con fantasmas, como si fuera un niño furibundo que alucina con ver el mundo arder en medio de sus fantasías neuróticas, en este caso, motivadas por el alcohol. Valga decir que Robert en ningún momento amenazó a Nexi o a nosotros. Su exhibición de fuerza era más por llamar la atención. Por suerte logré distraerlo para quitarle el machete de la mano, que luego guardé nuevamente en la casa en un lugar donde no lo pudiera encontrar. Cuando ya se calmó, le pedí a su amigo que se lo llevara al parque para que mejor buscaran algo que hacer y así no causar más problemas.

La música empezó a sonar en la cancha, algunas personas empezaron a llegar, y por fortuna Nexi salió con el grupo de danzantes que la seguían como al flautista de Hamelin. Una vez allí, por fin pudieron terminar de quemar sus energías bajo las estrellas en un espacio más abierto y a prueba de daños.

Durante el resto de la noche me quedé viendo, o mejor sea dicho, vigilando, cómo Robert y Nexi renegaban el uno del otro mientras se hacían fieros desde esquinas opuestas de la cancha, turnándose para bailar con otras parejas como en una competencia para darse celos. Niños y grandes se reían, bailaban y compartían el espíritu del masato comunitario. Por fortuna, además de este particular incidente no aconteció nada que lamentar. Fue una larga noche.

Durante toda mi estancia en la comunidad, la presencia del alcohol en prácticamente todas las actividades sociales y familiares era constante, y lo que al principio me parecía circunstancial y limitado a los espacios de trabajo e integración, se empezó a volver una regla. Cada vez veía con más asombro que todo giraba en torno al alcohol y particularmente el masato: se hace la chagra para sembrar yuca, se siembra yuca para hacer masato, se toma masato para hacer minga, se hace minga para tomar masato, y se toma masato para para tomar masato. Luego todo vuelve a comenzar. Es lo que coloquialmente luego llamaría el “círculo vicioso de la yuca”. Después de mi tiempo en la comunidad me habría gustado tener una apreciación distinta y más comprensiva de la situación, pero no podía menos que llegar a la conclusión de que hay un problema realmente grave con el alcohol. No recuerdo haber consumido o visto que se

consumiera yuca en la comida con la misma frecuencia que se consumía el masato. Prácticamente toda la producción de yuca de las chagras se guardaba para la fermentación. Con lo anterior no quiero decir que el consumo de las bebidas fermentadas como el masato no siga teniendo una importancia y un sentido dentro de las prácticas culturales o la etiqueta de las relaciones sociales, pero este sentido parecía quedar opacado con consumo sistemático y desmedido en prácticamente todos los ámbitos cotidianos. Pienso que esto mismo podría estar ligado, no solamente a un tema cultural y de salud pública, sino probablemente también al hecho de que nos encontráramos en un contexto de postpandemia que intensificaba esta situación y las personas estaban deseosas de pasar el “mal trago” del confinamiento, la enfermedad, la incertidumbre y las dificultades económicas. En todo caso, en estos últimos días alrededor del aniversario, tuve que presenciar, escuchar y vivir numerosas situaciones que me hacían pensar que el consumo excesivo de alcohol en las dinámicas sociales no estaba contribuyendo de forma positiva a la calidad de vida de las personas ni al fortalecimiento de las prácticas culturales, sobre todo cuando se normaliza entre menores de edad y fomenta situaciones de abuso sobre las que me referiré más adelante.

Aunque parezca difícil de creer, los eventos de esa noche no marcaron el fin de la celebración del aniversario. Dado que la planta de energía se había averiado, el evento que estaba organizado no pudo llevarse a cabo según los planes, y por ese motivo la fiesta se volvería a organizar apropiadamente la siguiente noche, donde la curaca y el presidente ATICOYA, este último quien también era de la comunidad, contrataron un equipo con mayor potencia y una pequeña orquesta para celebrar el magno evento. Al igual que en su fundación, la verdadera fiesta de la comunidad se celebraría un día después. De la res para el sacrificio nunca se supo nada.

De esta fiesta de aniversario “2.0” no es mucho lo que valga la pena o sea agradable contar, aparte de que fue una reunión bastante más concurrida, aunque muchos visitantes ya se habían ido de la comunidad, entre ellos Fausto amigo de Robert.

Robert y Nexi, que quedaron extenuados de la jornada anterior, prefirieron quedarse en la casa y atender a las contadas personas que seguían tomando cerveza en la tienda. Nexi cerró temprano para acostar a Cristal y me pidió que le ayudara a vender algunas cervezas en la

cancha en una nevera de icopor con hielo. Así hice y me senté por un par de horas a observar a las personas bailar y beber. Vendí casi todo lo que llevaba. Realmente fue durante esos días, antes y después de la fiesta, que pude observar algunas situaciones que me dejaron bastante preocupado y que me hicieron entender muchas cosas que me habían llamado la atención en la comunidad, en especial a lo que refiere a la relación con las mujeres. Aunque no voy a elaborar en detalle sobre eso para no oscurecer este relato, quisiera mencionar que fue particularmente chocante comprobar cómo las mujeres, y particularmente las menores de edad, están constantemente sometidas a acoso y abuso por parte de los hombres, incluso en presencia de personas de su misma familia y por parte de personas cercanas y conocidos. En un par de ocasiones tuve que intervenir cuando noté algo extraño en cómo unos hombres con cadenas y anillos de oro que no había visto antes, muy seguramente coqueros, trataban de tocar sin su consentimiento y hacer propuestas sexuales a cambio de dinero las hermanas menores de Nexi mientras ellas departían en la tienda. Cerca estaban sus familiares, pero nadie parecía notar nada. Por fortuna en esas ocasiones puntuales me percaté y pude reaccionar a tiempo por lo que no pasaron a mayores, pero que estoy seguro de que en un contexto alcoholizado y descontrolado con tanta gente donde nadie está pendiente de nadie, fácilmente pueden terminar en cosas de lamentar, que, como he de suponer, deben ocurrir con más frecuencia de lo que uno quisiera tener que aceptar.

Luego de hablar con ellas y asegurarme que todo estaba bien, le conté lo ocurrido a Nexi y le dije que debíamos estar más atentos con la gente que llegaba, pues había muchas niñas menores de edad sin la atención de nadie, entre ellas sus sobrinas y niñas de otros barrios de la comunidad. Nexi estuvo de acuerdo.

En las diversas conversaciones que tuve con las mujeres de la familia de Nexi sobre el tema, entre hermanas y sobrinas, incluida ella misma, todas sin excepción me relataron haber sido en algún momento víctimas de situaciones de abuso o de intentos de abuso sexual por parte de hombres en su propia familia y la comunidad desde que eran todavía niñas. Infiero que, tal vez, por esta razón, en general, las mujeres jóvenes y sin marido suelen ser muy vulnerables, y por eso mismo, les enseñaron y aprendieron a ser desconfiadas de los hombres sin importar su procedencia. Además de su timidez natural, eso podía de alguna manera explicar la actitud

distante y aparentemente antipática que mostraban las hermanas menores de Nexi hacia mí cuando recién llegué a la comunidad. Así mismo, infería que tal vez, dado que el cuidado y el sostenimiento de una mujer soltera, según el caso, podía ser una carga económica para la familia, esto también podía estar relacionado con la costumbre en la comunidad de entregar a las mujeres desde muy jóvenes, lo que libera a la familia de la responsabilidad de velar por la seguridad y maternidad de sus hijas, trasladándola directamente a sus maridos. Por otro lado, también daba sentido a por qué Nexi era tan especialmente recelosa de dejar salir a la pequeña Cristal a la calle sin que nadie estuviera pendiente de ella, y por qué Elvia soñaba con que yo me pudiera llevar a la pequeña “Nechi” cuando ya fuera una mujer.

Como algunas de ellas mismas me relataron, cuando las mujeres sufren este tipo de abusos, generalmente no hablan de lo ocurrido por miedo a ser estigmatizadas y acusadas de “busconas”. Lo voy a decir sin matices asumiendo toda la responsabilidad: para mí todo esto hacía parte de un arraigado sistema sociocultural machista y misógino. Estaba conociendo de frente lo que entendí representa el verdadero origen histórico del patriarcado aquí y en cualquier parte del mundo: El poder masculino sobre el cuerpo y la vida de la mujer a partir de la violencia física y sexual.

Estas cuestiones y conclusiones tan categóricas, que con seguridad merecen una mayor elaboración y análisis⁸¹, más apropiadas para otro trabajo, no se sustentan solamente en las inferencias producto de lo que observé directamente y escuché por parte de las mujeres con quienes traté, sino también, en las conversaciones que tuve con algunos hombres de la comunidad, donde en medio del alcohol y recurriendo al principio de “complicidad masculina”, me fueron confesadas diversas situaciones reales y potenciales de abuso, que incluían a mujeres y menores de edad de la comunidad. Esa misma solidaridad masculina, que depende del caso y cómo se le mire, también puede interpretarse como una forma de complicidad criminal.

⁸¹ Sobre distintas formas de entender los sistemas patriarcales y relaciones de género indígena en la amazonia se pueden consultar los trabajos de Diana Rosas (2021) y Luisa Elvira Belaunde (2019). No se encontró literatura académica especializada sobre estos temas en el trapecio amazónico.

Estas, entre otras cuestiones me quedaron dando vueltas en la cabeza y el corazón los días posteriores a ese “infiernito” que resultó el aniversario de la comunidad. Tenía mucho sobre qué reflexionar.

Esta visión oscura y deliberadamente parcial del asunto la presento para no invisibilizarla, pero, sobre todo, para no verme forzado a entrar en los diversos e incómodos detalles que implicaría el relatar las múltiples situaciones que presencié y las historias personales que me fueron confiadas. El lector, si lo desea, o lo considera necesario, podrá aquí recurrir a su propia imaginación o experiencia.



Foto 65: Estrenando la tienda.

Más allá de El Cielo

Terminada la celebración, quedé con la impresión de que debía reconsiderar el alcance, metodología y objetivos de mi trabajo en la comunidad. Pero antes de eso, debía hacerme revisar primero de un médico porque la infección que traía, si bien se había controlado un poco, estaba lejos de sanar. Apenas tuve la oportunidad tomé un bote a Puerto Nariño y fui de urgencias al hospital municipal. Este había sido recientemente dotado con nuevos equipos y suministros médicos a raíz de la pandemia por lo que tenía la esperanza de que pudieran dar con el tratamiento para no tener que ir hasta Leticia, pues, así como estaba no me era posible seguir con mi trabajo. Después de una consulta rápida y unos exámenes me recetaron otros antibióticos y me pusieron una inyección. El diagnóstico no fue muy preciso, pero decía que muy seguramente había sido una amebiasis ulcerosa (disentería) causada por la ingesta de aguas lluvias en mal estado mientras estuve en la comunidad. Por fortuna el tratamiento genérico que me recetaron había funcionado y poco a poco comencé a sentirme mejor. Sin embargo, no tenía muchas ganas de volver tan pronto a la comunidad.

Los sucesos de los últimos días me habían dejado muchos sentimientos encontrados. Por un lado, no había podido grabar nada nuevo para el documental y los impulsos que tuve de hacerlo no llegaron a concretarse, pues, de algún modo, esas situaciones, si bien hacían parte de la “realidad” de la vida de la familia de Robert y Nexi, no estaban dentro de la imagen que yo tenía de lo que quería hacer. En otras palabras, el documental “El Cielo” no trataba sobre eso. Aunque frecuentemente, cuando se piensa en un “documental” se piensa en un “documento”, es decir, en una representación concreta de algo real que ha ocurrido verdaderamente, ese concepto de “verdad” objetiva, pública y verificable, es un concepto que nunca consideré adecuado para pensar el retrato fílmico que había imaginado con esta familia indígena. Yo me había propuesto crear una imagen de esta familia que reflejara otro tipo de verdad: llamémoslo una verdad “intima” y subjetiva de la forma que yo veía a estas personas y como ellas se permitían mostrarse conmigo. Una verdad artística y ficcional que revelase una parte de la

naturaleza humana y de las relaciones que normalmente quedan por fuera de las posibilidades y alcance de otras formas de representación etnográfica documentales como las que tanto abundan de los pueblos indígenas amazónicos, y, que, como ya he mencionado en otro momento, no me interesaba replicar. En ese sentido, no me sentía inclinado a mostrar todo lo que pasaba frente a mis ojos, buscando esa realidad o verdad etnográfica, pues tengo muy presente que el etnógrafo es también un autor que, en su proceso de inscripción, edita añade y suprime aspectos de la realidad y la experiencia para crear la representación más o menos verosímil y reconocible de los “otros” que esté a su alcance crear, independientemente de a quien se considere como a “otro”. Incluso, aun creyendo o aspirando a esta forma de representación etnográfica de lo “real” y lo “verdadero” en el otro, todavía queda un margen muy amplio para la omisión y el falseamiento de los representado, ya sea voluntaria o involuntariamente, pues con frecuencia, en el otro nos buscamos en realidad a nosotros mismos. “Yo es otro” decía Rimbaud.⁸²

Por otro lado, en lo concerniente a mi relación con Robert y Nexi, también había empezado a sentir un cierto cansancio en la cotidianidad. Así como yo sentía que no tenía mucho espacio personal para mí mismo, me parecía que ellos también necesitaban un espacio para su intimidad sin la constante responsabilidad de estar pendientes y dispuestos para mí cuando fuéramos a trabajar. Esto que es perfectamente natural, poco a poco empezó a hacerme perder el interés por filmarlos constantemente, pues, cada vez encontraba menos momentos que considerara significativos y relevantes para la película. Tal vez en mi intento de convivir con ellos y compartir sus espacios de intimidad, estos espacios también se habían reducido significativamente y me parecía que mi presencia y participación en casi todos los aspectos de la vida familiar se había vuelto invasiva y extenuante para ellos, si bien hasta el momento ninguno me lo había manifestado de esa manera. Esta situación, creaba a mi juicio, una falta de distanciamiento, digámoslo dialéctico, que me dificultaba ver las cosas con una mirada lo suficientemente contemplativa y crítica. No obstante, alrededor de nuestra convivencia juntos ocurrían muchas cosas que llamaban mi atención y que me permitían una mirada mucho más

⁸² [Carta de Arthur Rimbaud a Georges Izambard.](#)

amplia y general de lo que significaba vivir como un familia indígena en un lugar y en un momento tan particular como este de pandemia, las cuales, naturalmente, por la forma en que había planteado el proyecto inicialmente estaban quedando por fuera del documental que estaba haciendo de su vida familiar. Interiormente pensaba que debía encontrar la manera de recoger todas estas impresiones y preocupaciones dentro de mi trabajo de forma integral con lo que estaba ya propuesto, aun si eso implicaba replantear algunos de mis objetivos iniciales.

Teniendo esto en cuenta, por una parte, estaba considerando dar un mayor peso a la parte de la escritura etnográfica del proyecto, pues esta parte inicialmente estaba planeada como la contraparte de la representación audiovisual, como una forma de texto reflexivo y crítico del proceso de realización de la película, por lo que estaba estrechamente vinculado a ella y su resultado final como una reflexión a posteriori. Por otra parte, me estaba dando cuenta que, dadas las condiciones, las dificultades, el tipo de relación que había establecido con Robert y Nexi, y las mismas preconcepciones estéticas que traía con respecto a la película, el material que había recolectado no tenía la unidad narrativa y formal suficiente para que fuera un producto completo y autocontenido en sí mismo. Pero, sobre todo, sentía que en ese proceso habían quedado por fuera muchos momentos y situaciones importantes que no había logrado registrar en cámara, y que de haber estado filmando, posiblemente tampoco hubieran sucedido. No obstante, lo más importante, es que, más allá del proyecto del documental, estaba mi relación personal con Robert y Nexi como amigo y como padrino de Cristal, por lo que durante este tiempo todos mis esfuerzos, conscientes e inconscientes, más allá de tratar de simplemente sacar la película a toda costa con un espíritu casi militar, como normalmente ocurre en la realización cinematográfica, habían estado dirigidos a tratar de acompañarlos y apoyarlos en esta nueva y difícil etapa de sus vidas que había sido precipitada por la pandemia y que súbitamente cambió para todos nuestras prioridades inmediatas, y, por qué no decirlo, nuestra forma de ver y de asumir la vida. Nuestra mirada y voluntad.

Toda esta experiencia me estaba mostrando que lo más complejo, y también, lo más importante del trabajo de campo, son las relaciones que se construyen con las personas, y que, si quería que mi trabajo no fuera otra más de las representaciones exotistas, extractivistas y neocoloniales de los pueblos amazónicos, que no le dejan nada a nadie, salvo a los propios

investigadores, el proceso de realización del proyecto más allá del resultado debía servir para dejarles algo a estas personas que me habían abierto las puertas de su casa y su familia, a las que además quería y respetaba. Por este motivo, mi presencia en la comunidad debía ser capaz de ir más allá de mis ambiciones académicas y profesionales, las cuales, finalmente estaba en mi poder cambiar, de tal manera que, si al final el proceso resultaba o no en la película que me había propuesto inicialmente, eso no tenía mayor importancia, siempre y cuando, mi tiempo en la comunidad hubiera servido para aportar algo para su bienestar, tanto en lo material como en lo personal. Finalmente, debía encontrar la manera adecuada de representar las diversas experiencias que había vivido durante todo este tiempo junto a estas personas y lo que ellas significaban para mí. En otras palabras, debía repensar todo el proyecto: debía ir *más allá de “El Cielo”*.

Como fuera que esto se lograra, y teniendo en cuenta estas consideraciones, en ese momento sabía que mi trabajo todavía no estaba terminado y debía volver a la comunidad para cerrar el proceso y filmar algunas de las escenas y entrevistas que me faltaban para al menos tener un material básico con el cual poder trabajar. Ya más adelante vería qué hacer con ese material y cómo reconstruir etnográficamente todas las experiencias de los últimos meses.

Desguindando hamaca

Una vez terminado mi tratamiento con antibióticos y después de un pequeño descanso para despejar la mente, subí de vuelta a la comunidad. En la casa todo parecía más tranquilo y afortunadamente los nubarrones de aquellos días de exceso ya parecían haber pasado. Sin embargo, la tienda seguía abierta y Robert y Nexi vendían las cervezas que quedaban del aniversario. A causa de la desorganización y el problema con la planta de energía, la venta de las cervezas no fue tan buena como se esperaba dado que muchas de las personas que llegaron para el aniversario abandonaron la comunidad ese mismo día. Los padres de Nexi también se habían ido de vuelta a su chagra en el Perú, llevando consigo junto al pequeño Elian, a Laura y

Eulalia, pues no querían que siguieran solas en la comunidad sin que nadie estuviera pendiente de ellas.

En todo caso, a pesar de la aparente tranquilidad que reinaba de nuevo, se podía sentir una tensa calma en el ambiente, pues los acontecimientos y desencuentros del aniversario al parecer dejaron mella en la relación de Robert y Nexi. Por un lado, Robert se mostraba medio apático y muy lejano a los asuntos domésticos, pues se había volcado completamente a trabajar en la nueva casa de la chagra que también había descuidado durante los días pasados. Para ello solicitó la ayuda de Willer, el hijo mayor de Hilda y Dennis para que le apoyara con el tema de la carpintería. Estaba empezando a poner el piso del segundo nivel, para luego echar el piso del primero y cerrar con madera que todavía faltaba por cortar. Durante el día prácticamente no se la pasaba en la casa y solo llegaba para descansar y comer.



Foto 66: Robert trabaja en la casa de la chagra.

Por otro lado, en la casa Nexi atendía la tienda y se encargaba de la pequeña Cristal que cada vez era más independiente y traviesa. El trato de Nexi hacia Robert había cambiado considerablemente y ahora parecía irritarse con mayor facilidad. Constantemente le reprochaba por no ayudarlo más con la niña y con los asuntos de la casa. Cuando se daban estas situaciones, Robert, como de costumbre, simplemente permanecía callado y después se

levantaba y se iba para la chagra a trabajar, pues al parecer no tenía mucho deseo de escuchar las diatribas de Nexi. Yo sabía que, en el fondo, como es natural, ya estaba cansado de vivir en una casa ajena y quería tener terminado su espacio lo más pronto posible. Según recuerdo, antes de irse, el viejo Teodoro le había dejado a Robert el encargo de arreglar las tablas del piso de la casa que se quebraron con los saltos de los niños enardecidos, prometiéndole que le compensaría la madera y los costos al volver, pues quería celebrar los quince años de Eulalia que se cumplirían el siguiente 29 de octubre. Laura cumplía diecinueve años el 7 de noviembre y pensaba celebrarles a las dos en una sola reunión. A Robert esta solicitud parecía no hacerle mucha gracia porque debía emplear tiempo y material de su propia casa para ayudarlo al viejo con el arreglo, pero, para bien o para mal, esa era parte de las responsabilidades de quedar como el único hijo varón a cargo en la casa. Un honor que el mismo Robert se había esforzado por merecer.

Por mi parte, para tratar de equilibrar las cosas entre los dos, los acompañaba a uno y a otro en distintos momentos del día donde aprovechaba para grabar lo que me fuera posible y así ir juntando material para terminar el documental. Cuando no estaba ocupado grabando, me ponía manos a la obra, o para ser exactos, “el delantal”, y trataba de ayudar con la preparación de la comida, así Nexi podía estar al tanto de la tienda y la niña, y Robert podía encontrar algo de comer cuando volviera de la chagra. Era una situación atípica, pero que en ese momento me pareció bastante normal dadas las circunstancias, que yo interpretaba como un nuevo orden provisional de los roles familiares y la división sexual del trabajo para tratar de ayudar con los oficios domésticos. En medio de todo, yo todavía guardaba la esperanza de alcanzar la mudanza a la nueva casa como una forma de cerrar una historia, pero me estaba dando cuenta que eso no iba a ser posible. Cada vez sentía con más fuerza que había llegado el día de desguindar mi hamaca y terminar con mi trabajo en la comunidad.

Cuando les comuniqué a Robert y Nexi de mis planes de regresar me pidieron que no me fuera todavía, ya que pronto sería la fiesta de los quince años de “Lalis”, y del cumpleaños adelantado de Laurita. Según Nexi, sus padres les habían dicho que a ellos les gustaría que yo pudiera quedarme hasta ese día, así que lo asumí como una especie de compromiso familiar del cual no sería bien visto ausentarme. En ese momento ya prácticamente no me quedaba dinero y no

quería alargar demasiado mi estadía, pues además pensaba que ellos también necesitaban un espacio para terminar de arreglar sus cosas y limar sus asperezas de la vida de pareja. Después de pensarlo un poco decidí que ese día de la fiesta guardaría mis cosas y al día siguiente de la reunión volvería a Leticia. Por esta ocasión sería mi última participación en un evento familiar. En realidad, ya estaba cansado e interiormente la idea de estar en otra fiesta con bebida no me entusiasmaba demasiado. Por ahora ya había tenido suficiente.

Durante los días siguientes ocurrieron algunas situaciones que me gustaría relatar. Por un lado, finalmente tuve la oportunidad de acompañar a Robert a pescar, ya estábamos sin comida y sin dinero, y dado que pronto llegaría la familia era mejor conseguir algo de comer. El problema es que no teníamos bote. Al cabo de casi una hora de buscar por toda la comunidad y ya un poco descorazonados y cansados logramos que nos prestaran el bote comunitario, pero no tenía motor. Se nos ocurrió entonces ir donde Nuncio, el cazador y pastor cristiano que nos había vendido la carne de Danta. Al llegar a su casa tan solo estaba su mujer. Nuncio había salido nuevamente de cacería. La mujer nos prestó el motor sin ningún problema. Era un pequeño 13 inmenso y pesado que a duras penas lográbamos cargar entre los dos. Lo montamos en el bote y regresamos al puerto familiar para recoger los implementos. Yo tomé mi cámara para lo que parecía la última oportunidad para grabar con Robert. Robert llevó sus mallas, machete y una escopeta prestada de Rusvelt: “Por si acaso maestro”.

Para ir a la fija nos dirigimos a una de las cabeceras del lago Socó donde todavía se podía entrar con bote. Robert estaba decidido tender una mallas y pescar algunas carachamas⁸³, y si teníamos suerte, tal vez algún tucunaré⁸⁴. Por fortuna el bote era grande y me sentía seguro para sacar la cámara sin miedo a voltearme mientras Robert tendía la malla desde una canoa de esas que se dejan a la orilla de los lagos para los pescadores. Para hacerlas flotar, las amarraba con ramas delgadas enterradas ceca de la orilla y cada dos o tres metros de malla ponía un pequeño flotador de madera de balzo que había cortado para tal fin. Una vez

⁸³ El mismo pez Cucha.

⁸⁴ **Tucunaré.** (*Cichla ocellaris*) es un pez de color verde-amarillo con rayas negras muy apetecido por su delicioso sabor. Se considera un pez “seleccionado” difícil de capturar con mallas menuderas como la de Robert.

terminada la tendida de las mallas, Robert volvió a lentamente a remo con una sonrisa en el rostro para esperar conmigo a que los peces enmallaran. Automáticamente cuando vio que lo estaba grabando empezó a hablarme con ese tono particular que tiene cuando le están poniendo atención: cómo sabiendo que detrás de la cámara tiene un público que lo escucha. En medio de la conversación le pregunté por su vida con Nexi y me comenzó a narrar toda la historia desde que estaba en Medellín. Mucho de lo que me contaba eran eventos que yo conocía en parte, y que ya he narrado en otros momentos de esta historia, pero esta vez, en su narración apareció un asunto del que no habíamos hablado mucho, y que por lo que había podido notar, todavía seguía siendo una herida abierta y dolorosa en su relación con Nexi.

Antes del nacimiento de Cristal, cuando vivían en Medellín, Robert y Nexi tuvieron dos embarazos perdidos, abortos espontáneos y complicados de los que nunca pudieron establecer su causa. Robert creía que podía ser el exceso de trabajo en el restaurante, el estrés, la mala alimentación, o incluso los viajes constantes en moto que debían hacer hasta su lugar de trabajo. Esa fue la época en que Nexi estuvo tan enferma y debió viajar de vuelta al Amazonas para una curación tradicional. Ambos estaban convencidos que lo que les ocurría estaba relacionado con algún tipo de daño espiritual que alguien en la familia de Nexi les estaba haciendo por envidia. Esa también fue la verdadera razón por la cual pensaron en contratar los servicios de la médium que les prometía poder curarlos, pero en realidad quería estafarlos. Aunque, como decía Robert eso ya era un tema del pasado, yo podía percibir que la sombra de ese dolor todavía pesaba sobre ellos y el tema era motivo de reproches en su relación. Recuerdo que Robert con cierta frecuencia decía en broma que él quería tener doce hijos y “fundar una nueva comunidad”, a lo que Nexi siempre le contestaba tajantemente que sería “con alguna de sus otras novias”, pues, por lo que a ella concernía, con Cristal ya era suficiente. La verdad, es que Cristal no era la única hija de Robert. Según me contó enseguida, al parecer tenía una hija adolescente de quince o dieciséis años en Leticia con la que poco antes de la pandemia se había encontrado en el mercado cuando ella se le acercó a decirle que ella era su hija. Era un tema sobre el que no se hablaba mucho pero que Nexi también conocía y aceptaba instándolo a dar la cara como padre, pero dejándole claro su responsabilidad con ella y con Cristal. Para Nexi, esa niña al igual que su hija también tenía derecho a conocer y tener un padre,

aunque no hiciera parte de su vida. Era un tema delicado, pero que como pareja habían sabido manejar con mucho pragmatismo. Robert me contaba todo esto con un cierto aire de gravedad, pero con una sonrisa contenida, como de quien se sabe aparentemente bien librado de sus irresponsabilidades. Por último, aseguró que su mayor esperanza y motivación era poder criar bien a su hija Cristal y ayudarle a Nexi a continuar con sus estudios, ya ese era un sueño que siempre se veía truncado por algún motivo.

Así lo escuché durante un rato, a su ritmo, dejando que hablara sin preguntarle nada. Cuando ya sintió que me había dicho todo lo que tenía que decirme o que pensaba que me podía interesar, Robert parecía más tranquilo y descansado, incluso orgulloso. Sus palabras las tomé como una forma de confesión y desahogo.

Ya estaba cayendo la tarde y era hora de recoger la pesca y volver a casa. Las carachamas saltaban en las mallas. Esa noche al regresar a la casa después de entregar el bote, Nexi quien estaba un poco irritada por nuestra tardanza, se preparó un caldo de pescado sin condimentos, tan sólo con sal y cilantro: “Hoy quiero comerme un caldo así simple, sin nada más, así como comemos nosotros los indígenas”.



Foto 67: Pescando para el caldo.

La otra situación que me llamó la atención ocurrió un día que estábamos preparando almuerzo en la casa cuando escuchamos un gran alboroto y gritería en la casa de Ligia y Euclides. Al parecer habían tenido una gran pelea donde se agredieron mutuamente por cuestiones domésticas y la pelea fue tal que tuvo que intervenir la guardia indígena de la comunidad, haciendo presencia también la curaca, el fiscal y el comandante de la guardia quienes llegaron a tratar de conciliar con la pareja. Nosotros no entramos a su casa, pero escuchamos desde afuera como estos hombres les encomendaban cumplir con sus roles familiares para evitar este tipo de situaciones, pues de lo contrario, a la próxima ocasión, deberían tomar medidas más fuertes, como quitarles a los niños o meterlos al calabozo. Toda la pelea se había originado al parecer porque Ligia no le tenía la comida lista a su marido cuando este llegó después de pasar todo el día pescando desde la madrugada. Algo que era relativamente común. Sin embargo, esta situación no fue lo que me llamó la atención sino lo que pasó después, pues, literalmente fue un llamado de atención.

Cuando terminaron de hablar con la pareja, la curaca se acercó a la casa preguntando por mí. Afuera se encontraba ella con estos dos hombres a quienes me había cruzado en varias ocasiones, pero con quienes nunca había hablado directamente. La curaca se sentó en una de las mesas de la tienda en frente de la casa con estos hombres uno a cada lado como guardándole la espalda. Enseguida comenzó a preguntarme sobre mi trabajo en la comunidad. Según la curaca, cuando yo había hablado con ella le había dicho que mi trabajo iba a durar quince días y yo ya llevaba casi dos meses en la comunidad, por lo que no entendía porque llevaba tanto tiempo allí. Según ella, yo le había mentado sobre el propósito de mi trabajo y varias personas le habían mencionado que yo estaba interesado en apropiarme de la cultura y del carbono de la comunidad. Como si fuera poco, también tenía información de que yo estaba trayendo bebidas prohibidas a la comunidad para venderlas entre la gente. En otras palabras, yo estaba aprovechando mi tiempo en la comunidad para beneficiarme económicamente de la cultura, el carbono y la sed de la comunidad. Las acusaciones me parecieron no menos que

descabelladas y no sabía muy bien cómo responder a estos reclamos que me tomaban por sorpresa. Eran demasiados frentes que atacar.

Después de escuchar a la curaca, le pedí permiso para tomar la palabra y le expliqué en qué consistía mi trabajo. Básicamente le dije que lo que yo estaba haciendo era un trabajo de la Universidad sobre la vida de una familia indígena, en este caso de Robert y Nexi, y que mi proyecto nada tenía que ver explícitamente con la cultura de la comunidad, ni mucho menos con lo que ellos parecían llamar el “carbono”, sino únicamente con la vida de esta familia con la que además yo compartía el compadrazgo de la pequeña Cristal. Creo que mi explicación les debió parecer tan extraña como a algunos de mis colegas académicos que en ocasiones no terminaban de entender cómo era que a mi simplemente me interesaba “la vida de una familia indígena” sin aparentemente nada de especial, ni antropológicamente extraordinario, pues no era una familia de super chagreras, ni de chamanes amazónicos de hondo conocimiento ancestral.

Hago un pequeño paréntesis, pues esto último me hizo recordar unas palabras del maestro del cine iraní Abbas Kiarostami: “El cine es sobre personas extraordinarias en tiempos ordinarios o sobre personas ordinarias en tiempos extraordinarios”. Ahora esto me hace mucho sentido, y tal vez, se pueda llegar a decir lo mismo de la etnografía.

Volviendo al asunto, después de mi explicación, les conté a estas personas que también era amigo de los otros miembros de la familia Gómez y en especial de su padre Teodoro. Cuando mencioné al padre de Nexi, la expresión inquisitiva de estos dos hombres que acompañaban a la curaca cambió de repente, como esperando a ver qué era lo siguiente que iba a decir. Mientras explicaba los detalles del trabajo creí caer en cuenta qué era lo que les preocupaba en realidad: el dinero de la tienda. Les dije que mi proyecto estaba financiado por mi propia cuenta y que no recibía dinero de la Universidad ni de ninguna otra institución, pues yo era simplemente un estudiante. En cuanto al tema de las bebidas alcohólicas prohibidas traté de darles a entender que en la tienda sólo se vendía cerveza y que, si habían escuchado de la venta de esas bebidas aquí, era simplemente un error, pues no se vendía ese tipo de productos, que, en todo caso, la gente las traía a la comunidad de cualquier otra parte. Les recalqué que la tienda no era mía y que Robert y Nexi la habían construido con sus propias manos para tratar

de vender algunos productos durante los días del aniversario pero que yo no era dueño del lugar ni me estaba beneficiando de él. Cuando les terminé de explicar mi versión de las cosas, uno de los hombres, el fiscal, mencionó que habría sido muy bueno saber desde el principio que yo era una persona de una institución tan importante como la Universidad Nacional, así podrían haber aprovechado mi estancia para tratar de traer algún beneficio o proyecto para la comunidad. A mí me habría gustado que fuera así, pero creo que ellos no me creían cuando les decía que no recibía ningún dinero por parte de la institución para hacer mi trabajo y que de hecho yo debía pagar para poder estudiar. Seguidamente les recordé que yo había hecho unas donaciones de tapabocas y kits purificadores de agua para todas las familias durante la pandemia, y que estos últimos, estaban en poder de la curaca y no se habían entregado todavía. Un poco a regañadientes les dije lo que querían escuchar: reconocí su autoridad, les pedí disculpas por descortesía y prometí que tan pronto terminara mi trabajo buscaría la forma de gestionar algún proyecto con la Universidad para la comunidad. Lo cual, de para adentro sabía que no era del todo seguro, pero tampoco imposible.

Después de escuchar mis explicaciones, parecieron quedar tranquilos con mi respuesta, o por lo menos con que pudieron hacer sentir su autoridad; claro está, no sin hacerme antes algunas advertencias y recomendaciones genéricas sobre la potestad e importancia de la autoridad tradicional que ellos representaban. Dicho esto, se pararon de la mesa y se fueron entre las sobras de la noche que caía.

Nexi, que había estado todo el tiempo detrás de mi mordiendo la lengua para no intervenir, por fin se desahogó despachándose contra la curaca y las autoridades de la comunidad. Según ella, todo estaba motivado por envidias y por lo que ella llamó una pelea de vieja data entre las etnias tikuna y cocama de la comunidad. Al parecer, tanto la curaca como el fiscal y el comandante de la guardia indígena eran cocama y siempre aprovechaban cualquier oportunidad para dejar en claro quiénes mandaban en la comunidad.

Si bien entendía la situación y el motivo del llamado de atención, la actitud de la curaca me había parecido un poco menos que una encerrona, pues, de todos los días que yo había estado en la comunidad y me había encontrado con ella, incluyendo un par de ocasiones en Puerto

Nariño, siempre la saludé muy formalmente y ella nunca hizo el menor gesto de que necesitar hablar conmigo para algo. Me parecía que estos otros hombres que no me conocían la habían presionado para saber qué era lo que yo estaba haciendo en la comunidad y si yo era el dueño de la tienda. Ella al no poder dar una respuesta clara, por inseguridad o mala memoria, cedió a que hablaran conmigo. En ese momento lamenté no haberle pedido un documento formal con la autorización firmada desde el principio.

Con respecto a las acusaciones de querer “robarme” la cultura y el carbono, no sabía muy bien qué pensar, pero me parecían chismes o estratagemas para hacerme hablar de mis verdaderos intereses en la comunidad y así sacar algún provecho de eso. Sobre lo primero, y sin querer trivializar la pregunta, que soy consciente que es una preocupación real y recurrente en las comunidades indígenas sobre el trabajo de muchos investigadores, en el momento que me preguntaron, interiormente sentí un poco de gracia, porque no sabía a qué parte de la cultura ella se refería. Pensé insensatamente para mí mismo que, tal vez, la única cultura que me había robado era el masato que me había tomado en las mingas y fiestas de la comunidad. En realidad, me habría gustado encontrar algún tipo de prácticas culturales tradicionales más arraigadas y vitales, pero tampoco podía desconocer que todas mis experiencias en las mingas, las celebraciones, y las pequeñas prácticas cotidianas de las personas, incluido este mismo llamado de atención, hacían parte de toda una vida cultural y social que seguía vigente, por lo que no era cierto que no hubiera cultura en la comunidad.

Por otro lado, el tema del carbono que al principio me desconcertó por completo, realmente estaba relacionado con un mal entendimiento de un fenómeno real que se estaba dando en todas las comunidades del río, pues recientemente diversas ONGs estaban haciendo una campaña muy fuerte para tratar de convencer a las personas de entrar en el negocio de los bonos de carbono ofreciéndoles una ínfima cantidad de dinero para exhortarlas a no talar el bosque ni extender sus chagras, sobre todo, a partir de su proliferación después de la pandemia. Anteriormente yo había escuchado con Hilda un par de comentarios sobre ese tema del carbono y noté que este se percibía como una amenaza o intento de robar algún recurso natural hasta ahora desconocido por la gente. Algo que uno podía simplemente cargarse y robar. El malentendido general creo que estaba motivado por una falta de pedagogía entre la población

sobre lo que significaban los bonos de carbono⁸⁵ y el funcionamiento del mercado de este. En cualquier caso, yo era de la idea de que ese mercado sólo favorecía a las ONG intermediarias y las grandes multinacionales que lavaban sus emisiones de carbono a costa de la autonomía territorial, la seguridad alimentaria y el bienestar de las personas. Si algo había demostrado la pandemia es que el bosque y los cultivos tradicionales eran uno de los pocos recursos seguros con que contaba la gente en momentos de emergencia y necesidad. El poco dinero que estas organizaciones pudieran darle a las personas nunca compensaría lo que pierden al no poder hacer sus chagras ni acceder a los recursos del bosque.

Así las cosas, aproveché la situación para tratar de explicarle a Robert y a Nexi qué eran los bonos de carbono y cómo funcionaba su mercado. Además de la teoría general, y para que les quedara una imagen, en resumidas cuentas, les expliqué que el carbono estaba en todas las cosas vivas y que, si quisiera llevarme el carbono de la comunidad, tenía que cargármelos a ellos y a todo el monte conmigo.

Esta última situación con la curaca, que sin duda sirvió como un llamado de atención, terminó de convencerme de que, por el momento, mi trabajo con la familia, Robert y Nexi en la comunidad ya había concluido.

Me iba agradecido por la experiencia vivida y por la profunda generosidad y paciencia de Robert, Nexi y su familia. Tenía la certeza de que nuestra amistad perduraría muchos años y que más adelante encontraríamos el momento adecuado para finalmente celebrar el bautizo de Cristal que tanto habíamos planeado.



⁸⁵ Sobre el mercado de bonos de carbono: <https://www.minambiente.gov.co/mercados-de-carbono/contexto-mercados-de-carbono/>

Reflexiones finales:

Sobre la Experiencia Etnográfica



Pero aun así el autoconocimiento ético-moral sigue siendo la experiencia clave de cada persona, una experiencia que tiene que hacer siempre de nuevo él solo. Una y otra vez, el hombre se pone en relación con el mundo movido por el atormentador deseo de apropiarse de él, de ponerlo en consonancia con ese su ideal que ha conocido de forma intuitiva...

...El arte y la ciencia son, pues, formas de apropiarse del mundo, formas de conocimiento del hombre en camino hacia la «verdad absoluta».

Andrei Tarkovski – Esculpir en el Tiempo

Sobre el sentido de la experiencia

Estas palabras del autor de cine ruso Andrei Tarkovski nos pueden servir para iniciar nuestra reflexión sobre el sentido de la experiencia. Para Tarkovski, como lo expresa en sus películas, y más explícitamente en su libro *Esculpir en el Tiempo*, la experiencia es un proceso personal que cada individuo debe tener por sí mismo en orden de dar un sentido a su propia existencia. La adquisición de la experiencia es siempre un proceso solitario, costoso y difícil, que se paga con el tiempo de la vida misma. No hay atajos ni fórmulas mágicas, y por esta razón, la *experiencia personal* no es un tipo de conocimiento que pueda ser abstraído y teorizado con el fin de ser transmitido a los demás. Es decir, esta experiencia es un proceso íntimo de *autoconocimiento* que se diferencia de otros tipos de conocimiento, como el conocimiento científico, técnico sobre algún asunto práctico o teórico, cuyo objetivo es poder ser enseñado, aprendido y replicado.

Tarkovski cuenta que, es usual oír que las nuevas generaciones deben aprender de la experiencia de sus mayores, o de la experiencia de la historia, pero en última instancia, para él esto es imposible, pues, la experiencia individual, si bien puede ser expresable en las formas del arte o la ciencia y sus objetos, es una forma de conocimiento irreductible e intransmisible que constituye el corazón del propio individuo, es decir, de su forma de ver y entender el mundo, y del lugar que le otorga a su existencia en él. Para Tarkovski, asuntos como la tradición, la ética y consciencia moral, tienen sentido para el individuo, y los adopta como propios, tan solo, cuando estos principios aprendidos coinciden y armonizan con su propia experiencia vital.

Leyendo a Tarkovski no podemos menos que pensar en el sentido que tiene nuestra propia experiencia vital, o mejor sea dicho, el sentido que le damos a nuestra vida a través de la experiencia, lo mismo puede decirse de distintos tipos de experiencias. En este caso, la experiencia etnográfica tiene algo particular, y es que, esta es siempre una experiencia personal del etnógrafo/a, pero al mismo tiempo es una experiencia de los otros, o para ser más precisos, es una experiencia "a través de los otros". En palabras de Clifford Geertz: "El lugar del estudio no es el objeto de estudio" (Geertz 1983 Pg.12). El etnógrafo/a es su propio instrumento, tanto con su cuerpo como su vida interior, y a través, del contacto con los otros se expone a sí mismo/a a un proceso de autoextrañamiento intencional con el propósito de registrar, analizar y comprender los aspectos más relevantes de su experiencia humana y cultural con estas personas. Puede ocurrir, como asumo que no es infrecuente, que este autoextrañamiento termina revelando al etnógrafo/a tanto de sí-mismo/a como de los otros, haciendo de la experiencia etnográfica un profundo proceso de autoconocimiento, no siempre intencionado y placentero, que ocurre en paralelo o incluso más allá de los propósitos epistemológicos de su investigación. Sin embargo, aunque la etnografía puede constituir una poderosa herramienta de autoconocimiento, este no es, al menos en principio, su principal objetivo.

Se entiende que la etnografía es un herramienta metodológica para el conocimiento metódico y objetivo de los otros y de sus sistemas socioculturales. La autoridad etnográfica canónica desde Malinowski se ha basado hasta ahora en criterios como la rigurosidad del método de observación-participante, la densidad de la descripción, así como la solidez teórica de sus análisis y sus presupuestos teóricos. Pero curiosamente, lo que la etnografía siempre ha negado

sistemáticamente como parte de su autoridad científica es la experiencia etnográfica misma, y con esto no me refiero exclusivamente a la corporalidad y presencia del/la autor/a en sus relatos (Clifford & Marcus 1986, también Suarez 2011). Me refiero a toda la dimensión de la experiencia completa, el auto extrañamiento de sí-mismo/a y las profundas contradicciones inherentes del trabajo de campo y el relacionamiento con los otros, lo que no representa una omisión menor, pues para los que hayamos tenido experiencias de campo intensas y solitarias, sabemos que esa parte implica una carga cognitiva importante y un esfuerzo psicológico considerable, tan solo por mantener la cordura y la disposición para seguir trabajando. Sabemos, además, que el resultado final de nuestro trabajo y la recepción de este dentro de la comunidad académica depende en gran medida de nuestra capacidad de aislar ciertos aspectos de la experiencia, y de por qué no, censurar ciertas situaciones que podrían poner en entredicho nuestra autoridad ético-moral y nuestra reputación profesional.

Curiosamente, un ejemplo perfecto de esta negación sistemática de experiencia como parte de la fundamentación de la autoridad etnográfica, se puede encontrar, también en Malinowski. Así como su trabajo *Los Argonautas del Pacífico Occidental* de 1922, se convirtió en la obra paradigmática que sentó las bases del método etnográfico, la publicación póstuma de sus *Diarios de Campo en Melanesia* en 1967 generó el colapso de su figura como institución y autoridad etnográfica, pues, para muchos, comprobar que detrás del maestro polaco que había revelado los procedimientos secretos y fórmulas mágicas del sistema de intercambio del *Kula*, se encontraba un ser humano atormentado, con sentimientos bajos, y en ocasiones, una falta de empatía o verdadero desprecio por sus sujetos de estudio, era absolutamente inadmisibles y reprochable. Esta revelación de la vida interior de Malinowski dio lugar a una verdadera revolución que se replanteó no sólo el modelo malinowskiano, sino toda la ética del trabajo de campo y la estética de la escritura etnográfica. Aun recientemente, referentes de la *posmodernidad* etnográfica como Clifford Geertz, abogan por resistirse a dar rienda suelta a la subjetividad y los sentimientos del/la autor/a en la etnografía (Geertz 1983), relegando, de algún modo, la presencia del autor/a a el llamado *cuento de entrada*, a su *firma textual*, así como a algunas referencias a su *corporalidad*. Sin embargo, el mismo Geertz no duda en asegurar que fue Malinowski quien: “Hizo de la etnografía una curiosa materia interior, una cuestión de auto prueba y auto transformación y de su escritura, una forma de auto revelación”

(Geertz1989). Digamos también que, si tomamos los dos textos de Malinowski como su etnografía completa, su “verdadera etnografía”, su legado todavía no ha sido del todo superado. Iría un paso más allá, asegurando que es leyendo su diarios que realmente puede llegar a tenerse una comprensión completa de la fundamentación intelectual y personal de su proyecto teórico y metodológico. En lo personal, la lectura de los *Diarios* de Malinowski me absorbió por completo y me impactó profundamente. Siguen siendo para mí una lectura imprescindible.

Sobre el aspecto personal de la experiencia, también es verdad, que no todo tiene que ser dicho y revelado en nuestros escritos, que muchos de esos procesos personales que ocurren con la experiencia hacen parte del ámbito de lo exclusivamente íntimo y privado, y que, así como no se trata de exponer a nuestros informantes o sujetos de estudio a un escrutinio innecesario, tampoco se trata de exponernos a nosotros mismos como personas. Digamos que siempre podemos recurrir al principio del “secreto profesional”.

Lo anterior nos presenta una disyuntiva difícil de solucionar: ¿Cómo podemos expresar la dimensión personal de la experiencia etnográfica sin perder el sentido de objetividad de nuestras observaciones y descripciones? Y aún más, ¿qué sentido tiene o qué necesidad puede ser satisfecha al incluir esta dimensión en la escritura etnográfica?

Ninguna de las dos preguntas resulta fácil de responder, y la respuesta corta pero tangencial que me atrevería a dar sería: Depende del caso y de los propósitos del autor/a. Esto último nos plantea nuevamente una serie de cuestiones metodológicas y estéticas, pero también éticas y morales. Para dar una pequeña luz, o al menos decir algo sobre ellas, no me queda más que referirme a mi propio trabajo y cómo resolví o asumí algunas de esas cuestiones.

Lo primero que me gustaría decir, es que, en toda etnografía, y esta no es una excepción, se pueden encontrar dos aspectos o dimensiones de la experiencia etnográfica del autor, a saber, la *dimensión personal*, y la *dimensión epistemológica* de la experiencia. En la primera se contiene el aprendizaje personal, humano y moral de su experiencia única e irrepetible, y, en la segunda, se contiene el conocimiento objetivo (o susceptible ser objetivado) que esta experiencia aporta a su campo de estudio y que está dispuesta a ser evaluada por sus pares

académicos. No obstante, ambas dimensiones, están a su vez, estrechamente relacionadas, pues la una depende de la otra al hacer parte de un mismo compromiso ético-intelectual etnográfico. Este compromiso, creo yo, no es otro que, el de ser veraz y honesto/a con en lo que se dice, y el ser justo/a y responsable con la información y las representación que se hace de las otras personas en nuestro trabajo, independientemente de las técnicas de investigación o el estilo de escritura que se use para esto. De cómo se asuma y priorice esta relación en el tejido estructural del texto, depende la forma y el contenido final del trabajo, pues, recordando las palabras del dramaturgo Bertolt Brecht: “La forma es el fondo que reaparece en la superficie”⁸⁶. Por supuesto, en etnografía, el trabajo de campo y las circunstancias que rodean una investigación también pueden condicionar y moldear la forma y el contenido de esta, pues estamos tratando con personas y fenómenos humanos, sociales y culturales en ocasiones difíciles si no imposibles de predecir y controlar.

En mi caso, todos los eventos que ocurrieron alrededor de la realización de este trabajo me llevaron no solamente a replantear su contenido y metodologías, sino también la forma misma de representar la experiencia vivida, de tal manera que se recogiera adecuadamente tanto la dimensión personal de la experiencia como la dimensión epistemológica. Es decir, que no dejara por fuera lo que había vivido, pero que, al mismo tiempo, tuviera un contenido que pudiera representar un interés o un aporte para el campo académico de los estudios amazónicos. En ese sentido, diría que mi trabajo fue más un proceso de *experimentación fenomenológica*, que un proceso de *investigación* propiamente dicha. Para tratar de resolver este asunto mi primera pregunta fue: ¿cómo puedo darle sentido a toda la experiencia vivida para poder representarla en un trabajo académico?

Después de la última parte de mi trabajo de campo había quedado con la impresión de que no había cumplido mis objetivos y que regresaba a casa de alguna manera con las manos vacías, no había logrado realizar el documental que estaba propuesto en el proyecto y no tenía la menor idea de cómo podía todavía hacer algo que tuviera algún interés intelectual para alguien más que para mí mismo. Tenía la amarga impresión de que quedaba con una serie de historias

⁸⁶ Cito de memoria.

y recuerdos de eventos aislados que de alguna manera no pegaban unos con otros y que temía pudieran ser juzgados como simples anécdotas personales de viaje más propias de un blog de viajero que de un estudiante de posgrado cuyo conocimiento académico adquirido, y no su “experiencia” serían evaluados. Además, el hecho de que yo era un *no-antropólogo* que no había escrito una etnografía en su vida, se sumaba a mi inseguridad. Después de darle muchas vueltas, y con ayuda de las conversaciones con mi director de tesis Juan Álvaro Echeverri, me persuadí de que la propia experiencia personal junto a esta familia indígena, antes durante y después de la pandemia, era el elemento unificador de la etnografía, y, que eso, si se contaba apropiadamente, podía tener un valor etnográfico y académico. Debía entonces, como dice a menudo Juan: “serle fiel a la ambigüedad de la propia experiencia”. Ahí radicaba la clave de la autenticidad y el valor del trabajo.

El siguiente y no pequeño problema que debía resolver, era encontrar la forma de convencerme definitivamente a mí mismo, y al lector, de que lo que quería contar era relevante, que la historia de cómo había conocido a Robert y Nexi, la razón por la cual me interesé en un primer momento en trabajar con ellos, además de todo lo que ocurriría después, podía ser motivo suficiente para escribir, y para leer, un trabajo al respecto. Ahí fue cuando me di cuenta de que la respuesta nuevamente estaba en la misma experiencia, es decir, en mi propia experiencia particular. Desde niño me había llamado la atención la historia de vida de mis propios padres, que es también de alguna manera mi propia historia. Ese iba a ser por decirlo así mi *introducción* o *cuento de entrada* para situarme en la etnografía. Lo que debía hacer ahora era cambiar el objeto de estudio, desde lo que era el *retrato filmico* de unas personas concretas, hacia el *retrato de la experiencia etnográfica* misma. Este sería finalmente el objeto del trabajo. Sería entonces una *etnografía de lo particular*⁸⁷, con todo y lo que ello implicaba.

⁸⁷ En *Writing Against the Culture* de 1991, Lila Abu-Lughod hace una crítica al concepto de *cultura* en etnografía abogando por una *etnografía de lo particular* que renuncia al uso de generalizaciones analíticas, con el fin de romper con lo que considera una tradición pretendidamente abarcadora y esencialista de la antropología posmoderna. Para Lughod, dicha antropología deja por fuera la particularidad de los individuos y fenómenos culturales que no encajan en el modelo de “cultura”, como lo son los denominados “halfies”, personas con identidades culturales no definidas o interculturales.

Aquí quiero recordar nuevamente, que las motivaciones para hacer este trabajo etnográfico nunca fueron exclusivamente intelectuales y académicas, sino principalmente personales y estéticas, ya que estaban en el corazón mismo de la historia de mi llegada inicial al Amazonas y la razón por la cual emprendí una maestría de Estudios Amazónicos. El hecho de que se tratara de un posgrado interdisciplinar de investigación-creación me hizo pensar que mis motivaciones personales podían también tener un lugar dentro de estos estudios, podría además de investigar, crear algo, y esto quiere decir, para mí, la posibilidad de emprender un proyecto con una dimensión estética y artística que me permitiera también expresar mis sentimientos, en este caso, mis sentimientos por el Amazonas y por las personas que harían parte de mi trabajo. Este compromiso epistemológico-estético implicaba, a su vez, un compromiso moral, conmigo mismo y con la relación que había construido con las personas que iba a retratar. Ese fue de alguna manera el norte que orientó todas las posibles consideraciones éticas del trabajo. Sobre ellas me referiré más adelante.

Ya habiendo renunciado a la idea de hacer un documental, ahora me quedaba el problema de encontrar una forma de escritura donde pudiera verter de manera natural y fluida toda la experiencia que quería retratar. Este punto, debo confesar, me torturó y atormentó hasta el punto de comprometer mi salud. En ese momento no tenía un referente etnográfico completamente aceptable o una idea de cómo podía ser la escritura. Me sentía absolutamente incapaz de escribir una palabra. Después de no pocas dilaciones y conversaciones con mis directores Juan Álvaro Echeverri y Hernán Medina, finalmente logre empezar a soltar las primeras palabras.

En este punto tuve la fortuna intelectual de encontrarme, o mejor, reencontrarme con el trabajo *La Edad del Desarrollo* de Carlos Suárez, una etnografía sobre la juventud shipibo-conibo del río Ucayali, que fue también su trabajo de tesis de Maestría en estudios amazónicos. La lectura de este trabajo representó para mí un soplo de aire fresco y la confirmación de que lo que yo quería y tenía tanto miedo de hacer era posible y además valioso. Si bien, la extensa etnografía de Suarez tenía el objetivo de ser una novela periodística con fines principalmente literarios y divulgativos, que eran algo distintos a mis propios objetivos, el lenguaje, la agudeza de la observación y la franqueza intelectual del autor, me convencieron de que ese tipo de

escritura, o por lo menos, esa actitud etnográfica, expresada en forma de cuento, crónica y ensayo, en las páginas de *La Edad del Desarrollo*, abrían un camino posible para satisfacer mis propias necesidades, si bien en un primer momento se limitaban a poder escribir una tesis etnográfica a partir de una variopinta experiencia. Considero que este texto de Suarez es una lectura obligada para cualquiera que se interese por la etnografía amazónica, pero no exclusivamente. Personas del público general como mi madre también lo han encontrado interesante y estimulante.

Superado este escollo, que no sería el último, finalmente puede empezar a escribir con más tranquilidad. No obstante, me encontraba con una limitación metodológica importante, y es que, a diferencia del caso de Suárez, donde, según nos contaba en la introducción, sus notas de campo abarcaban casi 1000 páginas escritas a mano en varias libretas, en mi caso, mis notas de campo eran muy reducidas y limitadas, aunque esto tiene más de una razón. Para empezar, la etnografía que me había planteado escribir al inicio del proyecto, era una contra partida del proceso de realización del documental que estaba filmando, las cuales se limitaban a lo que consideraba era el trabajo de campo del proyecto en la comunidad. Por ese motivo, las notas incluían casi exclusivamente estos aspectos de la realización, así como algunos datos y situaciones de ese tiempo específico en la comunidad. Dado que la principal razón para decidir dejar a un lado la idea de hacer una película, era poder incluir muchas de las experiencias y situaciones que sucedían más allá del documental, incluso remontándome años atrás cuando conocí a Robert y Nexi, debía entonces, recurrir casi exclusivamente a mi propia memoria para reconstruir todo lo que había pasado desde ese entonces, así como todo lo que inesperadamente llegó después con la pandemia. Lo anterior representó un desafío nemotécnico considerable que hizo de la escritura un proceso más lento y difícil de lo que debería. Así mismo, considero que, en gran medida, la forma final de esta etnografía, o la llamada “firma textual” (Clifford 1986), es también producto de esta condición, principalmente en cuanto a la densidad de las descripciones y la reconstrucción textual de las palabras de los protagonistas. Me habría gustado haber retratado más fielmente la voz de los personajes en sus propias palabras, pero infortunadamente, debí confiar en mi memoria para reconstruirlas. Con seguridad si yo hubiera sabido desde el principio que mi trabajo de campo había empezado

mucho antes de mi llegada al Doce de Octubre, habría sido más celoso y riguroso con la escritura de las notas de campo.

Con respecto a este último punto, esta experiencia, no solo me enseñó la importancia metodológica de las notas de campo, sino que me permitió entender, ya no simplemente como premisa de la teoría etnográfica (Echeverri 2019), que el *Campo*, en realidad va mucho más allá de lo que usualmente se denomina *trabajo de campo*, que por lo general pareciera restringido exclusivamente a un tiempo en un lugar geográfico, generalmente apartado, con algún grupo indígena particular. El campo está en todas partes donde se encuentre el/la etnógrafo/a, lo que constituye el campo, no es el lugar ni el momento, el campo lo constituye la *actitud etnográfica*, es decir, la disposición intelectual y sensible; el estado mental de extrañamiento, no-directividad y receptividad (Guber 2001), que es el verdadero corazón del método de la observación participante. Por fortuna, encontré que, durante todo mi tiempo en el Amazonas, incluso antes de llegar a la Universidad, yo había mantenido, sin saberlo, esa actitud etnográfica, lo que me permitió registrar en mi memoria muchas de las cosas que de otro modo se me habrían pasado por alto. Soy consciente de que este hecho, podría ser visto también como una debilidad metodológica de esta etnografía, pero, en todo caso, una premisa de la literatura y de la vida misma, es que las cosas no son en *realidad* como sucedieron, sino como se recuerdan y se cuentan. Ambas cosas, recordar y contar vienen a ser lo mismo.

Ahora me gustaría referirme a algunas de las cuestiones que considero más relevantes de la experiencia personal, y luego mencionar algunos de los temas abordados en esta etnografía y que creo pueden servir como aportes para futuras discusiones y proyectos de investigación.



De la experiencia personal: El giro de la mirada



Basta que hablemos de un objeto para creernos objetivos. Pero, en nuestro primer acercamiento, el objeto nos señala más que nosotros a él, y lo que creíamos nuestros pensamientos fundamentales sobre el mundo, muchas veces no son otra cosa que confidencias sobre la juventud de nuestro espíritu.

Gastón Bachelard - Psicoanálisis del Fuego

Considero que tal vez la mayor lección que puedo extraer de esta experiencia y del proceso de realización de este trabajo, está en lo que he llamado *el giro de la mirada*.

Antes de la realización de este trabajo tenía la intención de realizar un proyecto sobre *la mirada*. Como ya he mencionado en parte en el capítulo 1, este trabajo consistía en la realización de un ensayo fímico sobre este concepto acompañado de un texto académico teórico-crítico alrededor este problema. Lo que encontraba particularmente problemático, era lo que hasta ese momento me parecía un choque de concepciones de mundo e imaginarios amazónicos desgastados y alejados de la *realidad*, o mejor, de la *actualidad*. Tenía la intuición de que toda la obsesión y fascinación por la Amazonía y sus pueblos indígenas, así como la fascinación de algunos indígenas por todo lo que provenía del mundo de los blancos, era en realidad producto de una gran malentendido intercultural mediado por una exotización y erotización recíproca. Quería plantear con esto, una discusión sobre la *dialéctica de la mirada* y hacer un ejercicio fenomenológico y crítico de ese proceso de construcción identitaria mutua; algo entre la filosofía, la antropología y la psicología analítica. Sin duda, estas pretensiones demasiado abstractas eran, por un lado, producto de mi paso por la escuela de filosofía, queriendo explicarlo todo racionalmente y por el otro, por del hecho de que yo mismo estaba, sin saberlo, enfermo con alguna cepa de ese mismo *exotismo ontológico tropical* que tanto quería criticar. Cuando caí en cuenta de ello, giré mi propia *mirada* a un objeto concreto, en

este caso la familia de Robert y Nexi. Esa era para mí, aparentemente una forma de distanciarme del problema, y concentrarme en algo más concreto y objetivo, pero en realidad, no era sino un desplazamiento del problema.

Posteriormente, en mi contacto y relación con Robert y Nexi, así como con la interacción con otras muchas personas, tanto foráneas como mestizas e indígenas de la región, poco a poco empecé a darme cuenta que muchos de mis prejuicios, imaginarios y nociones intelectuales y morales del “deber ser” de las cosas, no solo estaban equivocados, sino que estaban fundamentados a partir de una experiencia personal hasta ese momento insuficiente para comprender algunos de los muchos fenómenos y situaciones a los que me veía enfrentado. Por ponerlo en términos académicos: mi marco conceptual era inadecuado para asimilar los datos de campo que la experiencia en la región y con las personas me estaba proporcionando. Esto me llevó a tener que adoptar una actitud, por cierto, muy filosófica, de suspensión voluntaria del juicio, entre escéptica y fenomenológica, con el fin de lograr de alguna manera darles un lugar a todas estas nuevas experiencias y contrariedades psicológicas que estaba viviendo. La llegada de la emergencia de pandemia con todas sus contingencias y necesidades humanas fue lo que de alguna manera preparó el terreno para lo que sería mi tiempo en la comunidad con la familia de Robert y Nexi. Diría que no solamente preparó el terreno, sino que también me curtió hasta cierto punto, porque como descubriría luego, en la convivencia diaria con personas indígenas, en una comunidad de la “sociedad bosquesina” hay que aprender a resistir y dejar pasar muchas cosas sin quejarse, y también, a aprender las lecciones más importantes sin que le sean enseñadas.

Tal vez, el tiempo que pasé junto a esta familia en la comunidad, así como las sorpresas y desencantos que experimenté durante ese tiempo y otras tantas situaciones que no cabe contar en este retrato etnográfico, me terminaron de enseñar que, es en los malentendidos culturales y con las personas, donde está la mayor potencia para aprender sobre la fuerza y fragilidad de las relaciones humanas, especialmente en medio de un contexto intercultural. Esto último, también puso aún más en evidencia la importancia y necesidad de valorar y honrar estas relaciones, pues estoy firmemente convencido de que son las relaciones con las personas y el bienestar humano y cultural de la gente y la comunidad, lo que otorga verdadero sentido y

propósito a la investigación, así como a nuestro ejercicio profesional en la región, en cualquiera de los campos donde estos se desarrollen.

En síntesis, la cruda experiencia de la realidad durante este tiempo me había cambiado la mirada. Fue en ese desencanto, que me hice consciente de mi verdadera enfermedad, la *enfermedad de la mirada*, de los preconceptos intelectuales, ideales morales y prejuicios civilizatorios que traía conmigo, y que nutrían, o más bien, se alimentaban también de mis aspiraciones culturales, profesionales y estéticas. Tal vez fue también por esa misma enfermedad o “complejo de cultura”⁸⁸ como lo llamaba Bachelard, que de alguna forma mi proyecto cinematográfico estaba condenado a fracasar, pues literalmente, la óptica, que es la mirada misma, no era la adecuada. Era mi obsesión con los *filtros* de difusión *importados* que finalmente fueron consumidos por los hongos, con todas las ideas estetizantes y romantizantes que traía, lo que en realidad distorsionaba las cosas y no me permitía verlas con claridad. No se pueden mirar nuevos objetos con viejas miradas, porque lo que se encontrará, serán siempre los mismos viejos objetos en la forma de aquello que creemos redescubrir. El *giro de la mirada* fue también, aunque suene poco técnico: un “des-empelucamiento”. La película ya la traía fijada en mi cabeza. La amargura inicial de este autodesengaño de tener que renunciar a mis ilusiones más acariciadas, fue el mejor remedio para esa enfermedad de la que espero estar ya curado. Hoy en día estoy muy agradecido por ello, y ruego ahora que no vaya a recaer en alguna enfermedad peor. Toda lo vivido me mostró, que más que ser un filtro o un lente para ver mejor lo que estaba pasando, la experiencia era un *prisma* que revelaba el verdadero color y naturaleza secreta de las cosas. No de las cosas mismas, sino de la luz que las ilumina.

Me gustaría agregar que, sin esas experiencias primordiales, que posibilitan la adquisición del conocimiento, de manera ordenada, selectiva y coherente, es muy difícil, si no imposible, evitar caer en lugares comunes y superar las limitaciones de la propia formación disciplinar en

⁸⁸ Sobre el *Complejo de Cultura*: “Aludimos así a las *actitudes irreflexivas* que dirigen el trabajo de la misma reflexión. Se trata, por ejemplo, en el dominio de la imaginación, de las imágenes favoritas que se suponen tomadas de los espectáculos del mundo y que sólo son *proyecciones* de un alma oscura. Creyendo cultivarse objetivamente lo que se cultiva son los complejos de cultura. El realista elige así *su* realidad en la realidad”. (Bachelard 1978: 33).

cualquier área del conocimiento. La experiencia no nos brinda más conocimientos, la experiencia, cuando ponemos empeño y voluntad, nos ayuda a aprender a pensar y a vivir.

Ahora me gustaría hacer algunas reflexiones y consideraciones éticas sobre la realización de esta etnografía y sobre el concepto de *ética* en el trabajo de campo.

Algunas reflexiones y consideraciones éticas



*“Cuando se trata de estudiar a los hombres, nuestros iguales y hermanos,
la simpatía es la base del método.”*

Gastón Bachelard - Psicoanálisis del Fuego

Desde el punto de vista ético, hay un par de consideraciones que surgieron en la realización de este trabajo sobre las que me parece pertinente reflexionar. Quisiera volver a mencionar que la intención detrás de este retrato ha sido dar cuenta de una experiencia etnográfica particular junto a unas personas, la familia de Robert, Nexi y su hija Cristal. Robert y Nexi me abrieron las puertas de su relación, su familia y su comunidad para que yo pudiera conocer de primera mano cómo viven y cómo se relacionan, cómo ha sido su historia y cuáles han sido las dificultades y retos que han tenido que vivir para poder establecerse y criar a su pequeña hija Cristal. En este sentido, en ningún momento he querido exponer la privacidad y la intimidad de estas personas con el fin estudiarlas como un fenómeno y sacar así algunas conclusiones antropológicas, sociológicas o morales de ellas. Todo lo que aquí he contado hace parte de una interpretación personal de mi convivencia con ellos.

Robert y Nexi son una joven pareja indígena amazónica, que como muchas otras de su generación todos los días hacen un esfuerzo, muchas veces inimaginable, simplemente para seguir adelante, e intentar realizarse y cumplir sus anhelos en un mundo no particularmente amable y equitativo con las minorías, especialmente étnicas. Esta lucha o este proceso era el

que me interesaba retratar, de tal manera que su representación fuera un poco más allá de la clásica representación idealizada o puramente genérica de los pueblos indígenas amazónicos. Con *más allá*, en realidad quiero decir, *más acá*, es decir, más cercana, más íntima y humana. Ese era el propósito de la película “El Cielo”, que como ya he relatado, tomé la decisión de no realizar, entre otros motivos, precisamente porque me parecía que en ella no estaba logrando mostrar la vida de esta pareja en una dimensión más amplia y real, o mejor que real, más justa y en contexto con lo que los rodea. Todas esas situaciones que por diversos motivos no estaban quedando consignadas en la película son las que el lector ahora ha podido leer y que forman el contexto o el telón de fondo sobre el que se realizó esta etnografía.

En ese sentido, desde un principio se acordó con ellos, que este trabajo trataba sobre su familia y su relación de pareja, sobre su forma de vivir, y que su uso era exclusivamente académico como parte de una tesis de posgrado en estudios amazónicos. Cuando hablábamos de la película, una de las preocupaciones de ellos, era si ésta iba a ser mostrada en otros lugares distintos a la Universidad, o si sería publicada en internet para que cualquiera pudiera verla. La respuesta siempre fue la misma: que la película tenía propósitos puramente académicos y no se mostraría fuera de la Universidad a menos de que así lo acordáramos. Para esto se firmaron unos acuerdos por escrito y unos derechos de uso de imagen de Cristal por ser menor de edad. Esos acuerdos cubren también toda la parte del texto etnográfico producto de la realización de la película, lo cual incluye el presente texto, aunque el producto final del trabajo inicialmente planteado se haya modificado. Así que por ese lado con el tema está claro.

Sin embargo, en este texto también se mencionan con nombre y apellido otras personas de la familia de Nexi, y se hablan de temas personales que no estaban contemplados inicialmente en el proyecto. La intención con esto tampoco es exponer a estas personas sino tratar de mostrar una imagen más amplia de la red de parentesco, relaciones e historias de vida del círculo cercano que rodean a la familia de Robert y Nexi. En este texto he conservado sus nombres verdaderos porque se trata de un trabajo realista, y dada la cercanía con los personajes de esta historia, no tiene mucho sentido cambiar los nombres pues es evidente quiénes son cada uno en función de la relación que tienen con los protagonistas. Para cambiar

sus nombre tendría también que cambiar la identidad de Robert y Nexi o el tipo de relación que tienen con ellos, lo que a mi modo de ver no tiene mucho sentido. Estos nombres se han conservado, valga repetirlo, porque este es un trabajo exclusivamente académico. En la eventualidad de que este trabajo llegue a ser publicado total o parcialmente, y alguna de esas partes incluyeran información que puede ser sensible para las personas mencionadas, en su momento se cambiarán los nombres o se editará el contenido de dichas descripciones para proteger su identidad y privacidad.

Así mismo, por otro lado, quisiera referirme a la *ética de las relaciones y el trabajo de campo*. Considero que el trabajo de campo implica una serie de cuestiones éticas y también morales que son delicadas de abordar y que no son *a priori* las mismas para todo el mundo. Con esto, lo que quiero decir es que, según mi experiencia, y aunque sé que en todo trabajo de campo debe haber una base ética mínima para su realización, la interpretación de esos principios éticos y sus límites no siempre están demasiado claros desde el principio, y, dependen en gran medida, de los sistemas de valores y las creencias propias de la persona que efectúa este trabajo de campo, es decir, de su constitución moral. Evidentemente, lo anterior también se da en concordancia con las exigencias éticas y profesionales de su propia disciplina y los objetivos del propio proyecto, pero en última instancia, esa *eticidad* es algo que se pone a prueba y se termina de construir en el propio ejercicio del trabajo de campo.

Con esto no quiero aludir a un relativismo ético del trabajo de campo, sino dar pie para evidenciar que aquello que llamamos *ética*, no es relativa a un *deber* de algo dado de antemano sino relativa a un *deber* para con los demás. La *eticidad*, depende entonces, primero que todo, de los sistemas de creencias y valores personales, que, sí vienen dados de antemano, y que son relativamente fijos. En ese sentido, si bien, nuestra *moralidad* antecede toda *ética*, los principios éticos de una persona son algo que se construye socialmente, pues para eso están pensados, para orientar nuestras acciones en sociedad. Alguien que vive aislado en una montaña o en medio del monte sin contacto con nadie no necesitaría pensar en la *eticidad* de sus acciones, aunque estas sí hacen parte de su *moralidad*. La conducta *ética* entonces, así como también sus límites, está circunscrita al ámbito social en la cual esta se ejerce.

En etnografía, un ejemplo claro de esto es que, por un lado, una cosa es la *ética etnográfica* de una institución como el ILV⁸⁹, que es un proyecto evangélico que parte de unas ciertas creencias morales, y otra muy distinta, puede ser la *ética etnográfica* de un/a antropólogo/a independiente, o de uno/a que trabaje para una compañía petrolera o una ONG, defendiendo unas agendas económicas y políticas particulares. Ya, si esa persona está o no está de acuerdo con ellas, eso es un asunto aparte que depende de su propia consciencia personal. En síntesis,⁹⁰ lo que quiero dejar claro con toda este asunto, es que, según me parece, *no hay*, y no tendría por qué haber, una *ética a priori*, para la realización de la labor etnográfica, que aplique igualmente para todos los casos y tipos de trabajo de campo. En lo que quiero insistir, es en que, de alguna manera, la *ética de las relaciones* y del trabajo de campo, es algo que, no está dado y que cada investigador/a, ahora sí, *debería*, construir según sus propias creencias y los objetivos o motivos de su investigación, primeramente, y luego, a partir de los acuerdos mutuos establecidos con las personas con las que se trabaja y por medio de la convivencia y el diálogo a través del respeto a las creencias y conceptos de la vida de los otros. Esto es, por supuesto, un concepto personal del deber etnográfico.

Muchas veces en nuestro trabajo nos enfrentamos a situaciones que llevan al límite estas cuestiones éticas y morales, pues nos interpelan de muchas maneras según nuestras creencias más arraigadas, y nos ponen en situaciones donde es muy difícil saber si se está actuando correcta o incorrectamente. Considero que es en ese trasegar y en esa fricción con la vida y las dificultades de las relaciones donde se pueden encontrar los frutos más jugosos y fértiles del trabajo con personas de otras culturas y contextos sociales. Es ahí donde se puede comprobar con mejor claridad, como si de una piedra de toque se tratara, de que está hecho uno/a mismo/a como persona y de qué están hechos los demás.

⁸⁹ Instituto Lingüístico de Verano.

⁹⁰ Lo mismo pasa con la relación entre la *moral* y el *derecho*. No todo lo *legal* es *moral*, ni todo lo *moral* es *legal*. Y en un sentido estricto no tendrían por qué serlo.

En mi caso particular, fue muy difícil para mí saber en qué momento estaba cruzando esas líneas éticas en mi relación con Robert y Nexi. En muchas ocasiones me parecía que estaba tan involucrado con ellos y su vida, que esa era mi propia vida; comíamos juntos, nos bañábamos juntos, hacíamos las labores diarias y dormíamos prácticamente juntos. Este exceso de familiaridad puede ser en algunos casos contraproducente, pero en este caso específico, era parte de la razón misma por la cual estaba realizando esta etnografía, por ende, esta falta de distanciamiento y los problemas y dificultades que se pudieran generar eran también parte del proceso, o digamos, de la metodología “ad hoc” del trabajo. Si bien en este caso fue así, es algo que no aconsejo a todo el mundo, pues como argumenté, eso es algo que cada uno/a debe sopesar según su propio criterio y necesidades. Para mí, estaba absolutamente claro que pasara lo que pasara, no estaba dispuesto a sacrificar mi relación con la familia o a dañar su relación de pareja de ninguna manera, pues el bienestar y beneficio de esta familia era la base moral de mi trabajo con ellos. Si en algún momento pude cruzar las líneas de la confianza o propiciar situaciones incómodas, fue también porque eso era parte de la convivencia mutua y del aprendizaje de la experiencia. Con Robert y Nexi, al final todo se dio de acuerdo con la relación de confianza que habíamos construido y a los acuerdos preexistentes construidos de manera mutua y respetuosa. Puedo decir, que hasta el día de hoy nuestra relación de amistad sigue sana y vigente. Eso era para mí lo más importante y necesario, todo lo demás era contingente y perfectamente prescindible.

Otros temas de discusión

Ahora me quisiera referirme a algunos temas que se han mencionado en este trabajo y que pueden servir como aportes o puntos de partida para futuras discusiones o investigaciones.

Un primer tema podría encontrarse en el capítulo 1 cuando cuento la historia de cómo conocí a Robert en Puerto Nariño, allí de alguna manera se toca el tema de las *nuevas juventudes indígenas urbanas en contextos urbanos*, así como el tema de los *procesos de reivindicación cultural y economía turística*. Allí hablo un poco de cómo en el caso de Robert y otros jóvenes

en Puerto Nariño, la vida en un contexto cada vez más urbanizado y mercantilizado los ha llevado a adoptar nuevas formas de asumir su etnicidad y reivindicar sus identidades culturales como parte de un proceso de adecuación a las nuevas lógicas económicas asociadas a la irrupción del turismo masivo, así como a las agendas de distintas instituciones gubernamentales y no-gubernamentales. Allí también menciono cómo estos procesos, están a su vez, condicionados por una *turistificación de las poblaciones amazónicas* cada vez más fuerte y aparentemente irreversible, que aumenta el costo de vida de los habitantes nativos de estos destinos turísticos, los que, por la misma razón, se ven forzados a competir por los recursos naturales y bienes de consumo, priorizados para la industria turística, poniendo en peligro su seguridad alimentaria y calidad de vida.

Así mismo, de forma implícita, en distintas partes del trabajo, también toco el tema de la *movilidad y multi-territorialidad indígena* cuando relato la historia de Robert y Nexi en Medellín, en la que luego vuelven a Leticia, y, una vez allí, se ven obligados a desplazarse para regresar a su comunidad por la cuarentena en la pandemia. Este tema ha sido tratado por otros autores/as como recientemente Diana Rosas, en su tesis de doctorado *“Ir fuera”: menstruación, yuruparí y movilidad*. (Rosas 2021) Este detallado y riguroso trabajo toca de manera amplia el tema de la movilidad de varias mujeres indígenas del Mirití-Paraná y cómo este proceso está relacionado con el manejo de la corporalidad femenina como contraparte espiritual y chamanística del ritual masculino del yuruparí. Si bien el trabajo de Rosas se centra en un contexto geográfico y cultural distinto al del Trapecio amazónico y la triple-frontera, muchas de esas experiencias e historias de vida tratadas en su etnografía, bien pueden relacionarse con otras similares en el Trapecio amazónico, ya que varias de estas historias incluyen el paso de sus protagonistas por Leticia y otras ciudades. Sobre el tema de la movilidad y la multi-territorialidad, respectivamente, se encuentran también los trabajos de Juana Valentina Nieto: *Uno de mujer es andariega: Palavras e circulações de mulheres uitoto entre a selva e a cidade*. (Nieto 2017) y de Rogério Haesbaert: *Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad*. (Haesbaert 2013) entre otros.

El caso de Robert y Nexi podría no parecer un aporte particularmente especial, pero si tenemos en cuenta la historia de cómo llegaron a Medellín, lo que vivieron allí, las razones espirituales

y de salud por las que volvieron a Leticia, y cómo el regreso a su territorio estuvo mediado por la pandemia, su historia podría servir también como caso de estudio junto a otros similares.

En el capítulo 2, donde relato la cadena de sucesos y situaciones que se dieron en la triple-frontera durante la emergencia sanitaria y humanitaria del COVID-19, también toco transversalmente otros temas relacionados que pueden ser de interés para su análisis e investigación futura. Hasta el día de hoy no parece haber muchos trabajos, o prácticamente ninguno, sobre el tema social de la pandemia en Leticia. Ver por ejemplo las dos ediciones especiales de la revista *Mundo Amazónico* sobre el COVID-19, volúmenes 11 (2020 - II y 2021-I).

Puntualmente, en este capítulo menciono algo sobre los *movimientos sociales urbanos amazónicos*, cuando cuento la historia de Leder el fiscal del barrio Simón Bolívar, y los distintos grupos de líderes sociales y barrios que se organizaron para demandar a las autoridades locales una solución a la situación económica y de servicios públicos que se vio agudizada por las inundaciones, también producto en gran medida de la incompetencia y corrupción de las autoridades de saneamiento público y de asistencia social. Aquí también menciono algo sobre la *economía informal en zonas urbanas y peri-urbanas de Leticia* cuando narro la manera en que la gente debió recurrir a otras formas de trabajo con los mercados de víveres y comidas callejeras para hacer frente a las restricciones de la cuarentena. Del mismo modo, hago alusión al tema de la *economía ilegal en la triple frontera* y su profunda imbricación con distintas formas de economía formal, la cual, sostengo que solventó en una medida importante pero imposible de cuantificar, la economía de Leticia durante la pandemia. Todo esto ante los ojos “ciegos” de las autoridades. Sobre este punto en particular, hasta ahora no he encontrado ningún estudio académico que lo analice, he de suponer, que no por falta de pertinencia, sino por temas de seguridad. Lo anterior también está relacionado con la problemática la *dependencia económica del narcotráfico en algunas comunidades indígenas del río* y las consecuencias sociales y de salud pública que esto conlleva.

En lo referente a la *salud pública y crisis sanitaria*, también hago una mención sobre este urgente tema cuando cuento cómo la pandemia sacó a la luz las deficiencias estructurales del sistema de salud de la región amazónica, su inoperancia y la corrupción que la carcome, así

como de la falta de acceso a este sistema y el trato desigual que reciben las poblaciones indígenas, haciendo que muchas personas prefieran evitar recurrir a la medicina occidental, lo que a su vez mostró las fortalezas de la *medicina tradicional indígena durante la pandemia del COVID-19* abriendo nuevas posibilidades y espacios de atención y reflexión sobre el tema. Algunos casos documentados son los de los “Comando Maticos” del Ucayali en Perú, donde varios voluntarios del pueblo conibo-shipibo se organizaron para la atención rápida de un gran número de pacientes infectados de COVID-19 usando medicina vaporizaciones y medicina tradicional. Sobre este tema se pueden ver los textos de Marycielo Palomino como *Comando Matico: Solidaridad ancestral en tiempos de COVID-19* publicado en la web de SALSA en 2020.⁹¹

Por otro lado, en este capítulo 2, también he abordado el tema del *asistencialismo social, instituciones estatales y ONGs* donde hago una mención importante al contar y analizar cómo fue toda la experiencia con la campaña de ayudas humanitarias que inicié para dar respuesta a la emergencia, donde pude observar de primera mano en el terreno, pero también desde adentro de la organización de estas ayudas, y cómo existe una gran corrupción a todos los niveles, que incluye instituciones estatales, e incluso algunas ONGs que se aprovecharon económicamente de las ayudas humanitarias que llegaron a la región gracias a la amplia exposición mediática de la emergencia. Menciono igualmente, cómo estas formas de asistencialismo social desconocen los verdaderos problemas estructurales que subyacen a la emergencia, derivando en estrategias limitadas a corto plazo y muchas veces excluyentes, que soslayan los verdaderos problemas estructurales que la pandemia y las inundaciones sacaron a la luz.

Finalmente, ya en el capítulo 3, hablo un poco sobre el tema de la *economía verde y bonos de carbono*, cuando narro la situación del “cara a cara” que tuve con las autoridades de la comunidad, donde se me acusa, entre otras cosas, de estar robando el “carbono”, lo que en su momento atribuí a una mala comprensión de lo que es el carbono como tal y el funcionamiento de su mercado, principalmente, por lo que considero una muy deficiente o inexistente

⁹¹ Enlace: <https://www.salsa-tipiti.org/covid-19/comando-matico-solidaridad-ancestral-en-tiempos-de-covid-19-8-20-20/>

pedagogía por parte de las ONGs que impulsan estos temas en las comunidades, con el fin de vincularlas en estas nuevas economías verdes, de las cuales, las mismas ONGs son intermediarias.

Para finalizar estas reflexiones, me gustaría hacer una corta revisión crítica sobre *la mirada* en el cine amazónico reciente.

Una reflexión crítica sobre *la mirada* en el cine amazónico

Esta pregunta inicial sobre *la mirada* y la representación de los pueblos indígenas en el cine amazónico fue una de las cuestiones que despertó en mí el deseo de hacer una película distinta sobre esta familia indígena de Robert y Nexi, y que después de tantos ires y venires se transformó en el retrato etnográfico que se presenta en este trabajo. Si bien la película no llegó a realizarse como tal, las motivaciones y preocupaciones que estaban tras de ella siguen vigentes, por lo que creo que todavía puede ser valioso decir algo sobre este tema y que sirva también para otras discusiones. La motivación de realizar una película con *mirada amazónica* no termina aquí.

En años recientes, la producción audiovisual en el Amazonas colombiano ha aumentado considerablemente. Producciones de alto impacto mediático como *“El Abrazo de la Serpiente”* (2015) de Ciro Guerra, la serie de Netflix *“Frontera Verde”* (2019), así como el documental de Alessandro Angulo *“El Sendero de la Anaconda”* (2019), son ejemplos notorios de este creciente interés en representar a la Amazonía y su gente a través del lenguaje audiovisual y cinematográfico para llegar al gran público. Para el crítico de cine y curador Pedro Adrián Zuluaga, en estas narrativas: “El mundo aborígen, a pesar de que se muestra violentado, se mantiene como una reserva de espiritualidad y ejemplo de una relación equilibrada con el medioambiente, que deben ser reivindicadas.” (Zuluaga 2019). Por otro lado, se encuentran trabajos más documentales y etnográficos como *“Apaporis”* (2009), de Antonio Dorado; *“La selva inflada”* (2015), de Alejandro Naranjo; *“Crónica de un baile de muñeco”* (2003), de Pablo

Mora, así como “*El camino del pensamiento*” (2016), de la Fundación Gaia. Más recientemente, se encuentra el cortometraje documental “*A la sombra del Cumare*” (2021) de Guillermo Vargas.

Como había mencionado brevemente en el capítulo de introducción de este trabajo, un rasgo común de la mayoría de estas películas “amazónicas” es que todavía son miradas externas, idealizadas y muy generales de la vida y los pueblos amazónicos. El indígena sigue siendo visto con un cierto nivel de romanticismo exótico, por un lado, o de abstracción antropológica por el otro. En ellas, tal vez con excepción de *La Selva Inflada*, donde se investiga de manera sensible y crítica la problemática en torno a una epidemia de suicidios entre jóvenes indígenas en el departamento del Vaupés, al parecer, todavía no existe realmente una mirada preocupada por indagar en la *actualidad e intimidad* de la de las personas representadas, especialmente de los jóvenes en contextos urbanos, los cuales deben hacer su vida y enfrentarse a una realidad mucho menos pintoresca y estable de lo que usualmente se representa.

Con la película “El Cielo”, la cual dio inicio este trabajo, se buscaba realizar un acercamiento a estos personajes “mirando a los ojos”, es decir, con una mirada centrada en ellos como individuos, donde se aborda la dimensión social, cultural y afectiva de esta familia amazónica desde su particularidad, lo que también permitiría visibilizar muchas de las problemáticas comunes a estas nuevas etnicidades que han sido poco atendidas en el cine amazónico reciente. Esta era una película pensada para ser contada desde adentro, donde los personajes, su forma de ser, de expresarse y comunicarse, en oposición, o mejor, como respuesta a estas otras miradas más convencionales. Con ello se pretendía a dar respuesta a esta inquietud y plantear otro tipo de representación artística y etnográfica de lo particular (Lughod 2012); un *retrato fílmico* (Binder 2011) de una joven familia amazónica.

Un retrato fílmico es un subgénero del cine documental entendido un sentido más amplio, el cual aborda la individualidad y la humanidad de uno o varios sujetos desde la mirada particular de un autor o realizador que establece relación con estos. Este tipo de aproximación a la realización documental tiene algunas particularidades y generalidades, tanto formales, como narrativas y discursivas. De alguna manera, dado el hecho de que el retrato fílmico posea una

especial cualidad subjetiva por ser la forma en que un autor o realizador *retrata* la humanidad a alguien más, hace que este género tenga también una cierta cualidad *ética* frente a otras formas de representación audiovisual, pues, un retrato fílmico va más allá de una simple entrevista o reportaje televisivo, ya que en el retrato fílmico, el respeto, la intimidad y la fidelidad al sujeto retratado pasan a ocupar el lugar de la pretendida “objetividad” y “veracidad” del documental tradicional.

Por otro lado, este fenómeno de la mirada exótica y genérica en el cine amazónico al que me refería puede deberse a distintos motivos. Uno de ellos, es que existe todavía un afianzado desconocimiento de la Amazonía y sus pueblos indígenas por parte del público general, donde perduran imaginarios y representaciones caducas, muchas de ellas herencia del legado colonial y las representaciones heroicas del *hombre* blanco que *descubre* y conquista una naturaleza llena de indígenas peligrosos, o excesivamente benévolos, las cuales dominaron buena parte del siglo XX (Guarín 2012), y que todavía no han sido reevaluadas suficientemente o actualizadas en nuevas representaciones que sean aceptadas y de fácil acceso para el público general. Esto mismo que se dice del Amazonas, fácilmente puede ser aplicado también para para casi todos los imaginarios sobre los pueblos de las regiones tropicales del mundo, como sucede en el África Meridional o los países con selvas húmedas de Asia y el Pacífico, lo que sin duda, requiere de una nueva aproximación etnográfica y cinematográfica a esa *selva invisible* como lo proponen en su artículo “*El resplandor de la selva invisible: hacia una fenomenología de las significaciones invistas*”, los investigadores Stéphane Vinolo y Julián García Labrador (2018).

Otro motivo, también relacionado con el anterior, es que es bien sabido que la realización cinematográfica es costosa de producir, y a al mismo tiempo, los espacios de exhibición para el cine independiente donde puedan tener cabida otras miradas diferentes sobre la Amazonía y sus pueblos indígenas son muy reducidos o poco rentables, lo que hace que la financiación e este tipo de proyectos sea muy difícil de garantizar. Los espacios comerciales de exhibición existentes actualmente en el mercado colombiano buscan precisamente contenidos cuya *mirada* ayude a satisfacer estos imaginarios cinematográficos amazónicos “mágico realistas”

que el público ha cultivado posiblemente desde su infancia, y que ya está probado que están dispuestos a consumir.

Por otra parte, considero que la industria turística masiva actual en el Amazonas ha estado alentada también por esos imaginarios, ayudando al mismo tiempo a reforzarlos, lo que de fondo no permite enriquecer la percepción y *la mirada* de las personas que llegan a tener un contacto con la región y sus pueblos indígenas. La mayoría de los esfuerzos por hacer este tipo de *pedagogía de la mirada* son todavía muy limitados y reducidos a un público muy específico o que ya está familiarizado con el tema indígena y amazónico. En este sentido, como “la oferta genera la demanda”, sigue siendo importante insistir en otras alternativas con nuevas formas de representación en el cine amazónico.

Una de estas alternativas, puede encontrarse la propuesta de “Seducción Cultural” de Vincent Corelli, fundador del proyecto Video nas Aldeias, un proyecto de formación y empoderamiento audiovisual con comunidades indígenas en Brasil. Para Corelli, el problema no es hacer cine indígena panfletario, sino cine de autorrepresentación indígena que promueva la “seducción cultural”, pues, según Corelli describe su proyecto: “En nuestro caso hemos huido de producir un cine panfletario y con poca calidad cinematográfica, con poca calidad para la audiencia, ¿Quién iría a ver una película panfletaria? Sería muy restringido a personas que ya se interesan por los indios, que son solidarios en relación con el respeto de sus derechos. Nosotros optamos, en vez de invertir en confrontación política, por invertir en seducción cultural.” (Corelli 2013).

Este proyecto de seducción y autorrepresentación de los pueblos indígenas amazónicos bien puede servir de modelo para incursionar en otras pedagogías y formas de crear nuevos imaginarios y formar nuevas miradas que ayuden a borrar ese legado colonial, de vulneración de derechos y de explotación de los pueblos indígenas que tanto nos cuesta todavía superar, lo que sin duda sería de gran provecho para fortalecer la propia cultura local y preparar poco a poco el camino para una comprensión más profunda, humana y justa de la Amazonía y su gente.

Glosario



A

Abuta: Es un género de la familia de Menispermaceae de unas 32 variedades. En Colombia se usa principalmente la *Abuta imene* para la elaboración del veneno de Cumare o para el tratamiento de enfermedades infecciosas del tracto urinario. Durante la pandemia se le usó para mitigar los efectos del COVID.

Águila Arpía: (*Harpia harpyja*) especie de águila más grande del hemisferio occidental y austral. Vive en el bosque lluvioso neotropical. Se identifica por su cabeza de plumas blancas crestadas.

Asaí: (*Euterpe oleracea*) es una palma amazónica apreciada por las propiedades nutritivas de su fruto. Es una de las frutas favoritas para la realización de helados y refrescos. Habitualmente se come en forma líquida mezclada con fariña de yuca fermentada y tostada.

B

Barú: Palabra de la lengua magütá (tikuna) para referirse a la oropéndola crestada, paucára o pájaro “mochilero” (*Sarocolius decumanus*). Para los tikuna también refiere al clan del mismo nombre.

Boldo: (*Peumus boldus*) es un árbol endémico de Chile. En el Amazonas se usa como desparasitante, limpiador hepático y para la descongestión de las vías respiratorias.

C

Cachaza: Es un aguardiente de caña de azúcar con alta gradación alcohólica producido principalmente en Brasil.

Caimán negro: También jacaré (*Melanosuchus niger*) habita en toda la amazonia y llega a medir 6 metros. En Colombia es una especie amenazada.

Calabresa: Tipo de salchicha brasilera salada y de gran tamaño. Es muy popular en toda la región de la tri-frontera amazónica.

Casulo: Palabra tomada del portugués que significa “Capullo”. Algunos pueblos de la ribera del Amazonas como los tikuna, lo usan habitualmente para referirse al menor o al último hijo de la familia.

Chagra: También chacra en Perú es tanto un espacio de cultivo como un método de horticultura de tumba y quema propio de los pueblos indígenas de la Amazonia.

Chambira: (*Astrocaryum chambira*) conocida en la región de la cuenca amazónica como palma de cumane o chambira, es una palma espinosa cuyas hojas se lavan, secan y luego se tuercen para la realizar una fibra resistente y duradera empleada en la elaboración de sogas, hamacas y mochilas entre muchos otros artículos para uso diario y artesanal. Amarrarse un hilo de chambira también es visto como un símbolo de buena suerte.

Chontaduro: (*Bactris gasipaes*) es una palma que produce ramos con un fruto de carne fibrosa y amarilla-rojiza cuando está maduro. Muy nutritivo, con alto contenido graso y de almidón. Se come cocinado solo, en jugo o masato entre otras formas.

Chuchuwasa: o chuchuhuasa es una bebida alcohólica de origen peruano hecha con licor y extracto de la corteza del árbol de chuchuhuasi (*Maytenus laevis*). Se le atribuyen potentes propiedades medicinales antigripales y afrodisiacas.

Cinéma vérité: En francés (o cine de realidad) es un estilo y corriente cinematográfica iniciada en Francia por Jean Rouch como una respuesta a los métodos industriales de hacer cine, con una fuerte carga política e ideológica inspirada en el espíritu de la Nouvelle Vague francesa y el pensador Edgar Morin. Rouch se inspiró en la teoría del cine-ojo, de Dziga Vertov, que a su vez tenía una fuerte influencia de las películas documentales del estadounidense Robert Flaherty.

Copaiba: (*Copaifera officinalis*) es un árbol a cuya corteza y aceite extraído de sus frutos se le atribuyen cualidades como revitalizador celular, cicatrizante, antiséptico y antiinflamatorio.

Corote: Tipo de cachaza de caña muy económica y de baja calidad. Viene en distintas presentaciones y sabores.

D

Danta: Tapir amazónico, o danta común (*Tapirus terrestris*).

Delfín rosado: (*Inia geoffrensis*) también llamado bufeo, es una de las especies delfín del río Amazonas. Para algunos de estos pueblos, se consideran como personas y se cree peligroso cazarlos o hacerles daño.

Doomscrolling: Combinación de los términos ingleses "doom" (desastre, fatalidad) y "scroll" (desplazamiento de subir y bajar). Se refiere al consumo compulsivo de malas

noticias como una forma de satisfacer la ansiedad frente a un evento catastrófico o estresante.

Dormilón: (*Hoplias malabaricus*) también llamado tararira o pez lobo, es un pez de aspecto primitivo e intimidante. Relativamente común en el Amazonas. Muy apreciado en las comunidades, pero de poca comercialización por sus espinas y su aspecto.

G

Guarapo: Bebida alcohólica producida con el fermento de del jugo de caña. Fuerte y “traicionera” por su dulce.

H

Hierbaluisa: (*Aloysia citrodora*) también conocida como cidrón, posee propiedades antiinflamatorias, antioxidantes, antibióticas y expectorantes.

Hoja de pirarucú: (*Kalanchoe pinnata*) o siempreviva es una planta originaria de Madagascar con propiedades para controlar la hipertensión, la cual, en la Amazonia también se usó durante la pandemia.

Huacapurana: (*Campsiandra angustifolia*) es un árbol que crece de forma silvestre en los bosques inundables de la Amazonía baja y es muy requerida por sus propiedades curativas, energizantes y vigorizantes

Huangana: Pecarí (*Tayassu pecari*) o cerdo de monte.

Huito: (*Genipa americana*) es un árbol amazónico que produce un fruto redondo jugoso y dulce. Cuando todavía está verde, la oxidación de su jugo produce un pigmento que tiñe la piel de negro oscuro y es usado principalmente con carácter ritual.

Cotidianamente su pigmento sirve para proteger del sol, los insectos o con un fin cosmético. Muchos pueblos amazónicos le atribuyen propiedades protectoras y purificadoras.

J

Jambú: (*Acmella oleracea*) es una planta nativa de la Amazonía brasileña que se usa como analgésico natural para tratar el dolor de muelas, de garganta.

L

Luna verde: Luna nueva.

M

Mambe: Hoja de coca tostada y molida mezclada con ceniza que se obtiene del árbol de Yarumo (*Cecropia peltata*). Es propio de diferentes pueblos indígenas amazónicos colombianos de la alta amazonia en especial los grupos de “Gente de Centro”. Su uso tiene connotaciones históricas, rituales, sociales y culturales.

Masato: Es una bebida fermentada que en el Amazonas es elaborada principalmente con yuca y chontaduro, pero también puede hacerse con arroz, maíz, avena o piña. Para muchos pueblos indígenas es bebida obligada en las mingas de trabajo, celebraciones comunales y rituales.

Minga: (mink'a en quechua, minca del quechua minccacuni «solicitar ayuda prometiendo algo»), es una tradición de trabajo comunitario voluntario y recíproco muy extendida entre los pueblos indígenas y campesinos latinoamericanos que sigue

vigente desde tiempos precolombinos. Se puede hacer minga para todo tipo de actividades, desde el desmonte de la chagra, la siembra, el corte y transporte de madera o la construcción de viviendas y obras comunales.

Mojojoyes: Larvas de distintas especies de escarabajos que se encuentran en los troncos en descomposición de algunas especies de palmas o tubérculos. Se comen generalmente asados en hoja, fritos o también vivos.

Mota: (*Calophysus macropterus*) es un bagre carroñero muy abundante en la cuenca amazónica. En Colombia se comercializa falsamente como Capaz (*Pimelodus grosskopfii*). La mota ha estado al centro de una controversia por el uso de animales en peligro como delfines de río y caimanes que se sacrifican como carnada para su pesca. También ha sido señalada por las autoridades sanitarias por sus altas concentraciones de mercurio, producto de la minería ilegal de oro en los ríos amazónicos.

Mucuracá: Planta también conocida como barbasco (*Petiveria alliacea*) tiene distintos usos como alimento, veneno y medicina. Posee propiedades antibióticas y antiinflamatorias.

N

Narración en off: Es un texto que acompaña las imágenes describiendo la historia o reflexionando sobre lo que ocurre, puede ser en primera o tercera persona y se diferencia de la “voz en off” en que esta última que por lo general es un diálogo o una entrevista con los personajes de manera asincrónica con las imágenes en pantalla.

P

Paisano/paisana: Término informal y de uso común en la región amazónica para referirse a cualquier persona que se reconoce y es reconocida como de origen indígena.

Aunque el término sirve para establecer una distinción étnica con los mestizos y blancos, este término no contiene una carga peyorativa.

Patarasca: También patarashca viene del quechua “pataray” que significa envolver y es el nombre de un plato típico de la región amazónica de Colombia y Perú que consiste en pescado blanco envuelto en hoja y adobado con distintas especias amazónicas como ají amarillo, pimentón, cilantro cimarrón y cúrcuma. Se cocina asado a la brasa.

Pelazón: Es el ritual de iniciación en el que se recluye a la muchacha púber desde el momento de su primera menstruación o menarquia, en un cuarto de su casa llevando una rigurosa dieta. Tiempo después se celebra en su honor una fiesta, en la que se le enseñan los valores espirituales y sociales de su cultura a través de cantos, danzas, pinturas y el corte de cabello.

Peque-peque: Pequeña embarcación de madera con motor fuera de borda con un mástil largo y versátil. El nombre peque-peque es una onomatopeya del sonido de traqueteo propio del motor.

Picalón: Nombre común de una especie de bagre muy pequeño y abundante (*Pimelodella gracilis*) el cual tiene una espina punzante en la aleta dorsal. Se usa sobre todo como carnada para la pesca de pirañas y bagres más grandes. Los niños lo usan especialmente para fritar o hacer sopa.

Plano americano: Valor de encuadre cinematográfico donde se corta al personaje por encima de las rodillas. Es el plano clásico de las películas de western americano donde debía alcanzar a verse los revólveres de los *cowboys*.

R

Remesa: Antiguamente, pago en especie por un trabajo. En la actualidad se refiere a un mercado de alimentos que se envía a la familia o como un obsequio. En algunos lugares de la amazonía se usa como sinónimo de comida de blanco.

S

Sardina: Nombre común de las especies *Triportheus albus* y *Triportheus angulatus*. Al igual que el Picalón es muy usada como carnada y en la “pesca de los niños”. También se exporta para acuarios ornamentales.

T

Teaser: Es un adelanto audiovisual corto evidenciando el tono y estilo de una producción que está por realizarse. Se diferencia del *trailer*, porque este último es un adelanto de la trama y la estética final de la película ya realizada. El primero tiene como finalidad seducir a un posible inversionista y el segundo vender la película al espectador.

Temblón: Nombre local de la anguila eléctrica del Amazonas (*Electrophorus electricus*).

Tucunaré: (*Cichla ocellaris*) es un pez de color verde-amarillo con rayas negras muy apetecido por su delicioso sabor. Se considera un pez “seleccionado” difícil de capturar con mallas menuderas como la de Robert.

Turistificación: Proceso de transformación urbana, económica y sociocultural que sufre un destino como consecuencia de la acción permanente del turismo masivo.

Y

Yacuruna: Figura de leyenda ampliamente divulgada en la amazonia colombo-peruana desde Iquitos hasta Leticia. En Leticia y Puerto Nariño se le representa como parte del folklor con la apariencia de un delfín rosado vestido con sombrero de pez raya, reloj de cangrejo, cinturón de boa y zapatos de cucha. Según la leyenda, el Yacuruna sale de las profundidades de su ciudad sumergida para llevarse para siempre a las mujeres jóvenes de las comunidades del río con él. Según mi propia interpretación de la leyenda, el Yacuruna en realidad representa la figura de un coquero o forastero blanco adinerado que en tiempos de la bonaza coquera en la región tomaban a las mujeres indígenas como esposas o concubinas, lo que dio origen a la leyenda. En el río Loretoyacú todavía pueden ser vistas personas que corresponden con algunas de esas características físicas y performativas.

Z

Zapana: Nombre local de una lombriz (*Rhinodrilus buree*) recientemente catalogada en el Amazonas como una nueva especie en 2020.



Bibliografía



- Abu-Lughod, Lila, and Pilar Castro Gomez. (2012). *Writing against the Culture*. Andamios: Revista de Investigacion Social 9 (19): 129–57.
- Agencia Anadolu. (2019). *Autoridades colombianas desarticulan red de trata de personas en el Amazonas*. <https://www.aa.com.tr/es/mundo/autoridades-colombianas-desarticulan-red-de-trata-de-personas-en-el-amazonas/1393320>
- Bachelard, Gastón. (1978) *El agua y los sueños: ensayo sobre la imaginación de la materia*. Traducción de Ida Vitale. México: FCE.
- Bachelard, Gastón. (1996) *Psicoanálisis del Fuego (La Psychanalyse du Feu)*, Editions Gallimard, Traductor: Ramón G. Redondo, Alianza Editorial S.A, Madrid.
- Belaunde, Luisa Elvira. (2019) *Sexualidades amazónicas: género, deseos y alteridades*. La Siniestra Ensayos. ISBN: 978-612-47812-0-9
- Binder, Eva (2011) *Sokurov's Film Portraits*, en *The Cinema of Alexander Sokurov*, editado por Birgit Beumers y Nanci Condee. I.B Tauris & Co Ltd, Londres, 2011.
- Cámara de Comercio del Amazonas. 2018. Informe de Estudio Económico del Municipio de Leticia. <https://ccamazonas.org.co/web2018/wp-content/uploads/2019/03/ESTUDIO-ECONOMICO-2018.pdf>
- Caminar por la playa Word Press. (2013). Carta de Arthur Rimbaud a Georges Izambard. <https://caminarporlaplaya.wordpress.com/2013/11/28/yo-es-otro-arthur-rimbaud/>
- Centros para el Control de Enfermedades (CDE). (2022). Síntomas del COVID-19. <https://espanol.cdc.gov/coronavirus/2019-ncov/symptoms-testing/symptoms.html>
- Clifford, James & Marcus, George. (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. University of California Press, Ltd. London.

-
- Clifford, James. (2001) *“Sobre la autoridad etnográfica”*. En: Dilemas de la cultura. Antropología y arte en la perspectiva posmoderna. Madrid: Gedisa. pp. 39-77.
 - Corelli, Vincent. (2013) *“Video nas aldeias, un proyecto de seducción cultural”*. Revista Chilena de Antropología Visual - número 21- Santiago, junio 2013 - 51/63 pp.- ISSN 0718-876x. Rev. chil. antropol. Vis.
 - Echeverri, J. A. (2019) *Etnografía para no Antropólogos: Exploración crítica en la interfase arte-visión-aprendizaje*, Programa de Curso, Maestría de Estudios Amazónicos, Universidad Nacional de Colombia Sede Amazonía.
 - Echeverri, Juan Álvaro. (2010) *Narración tikuna del origen del territorio y de los humanos*. (Ed.) Mundo Amazónico. Revista anual, volumen 1, 2010. Instituto Amazónico de Investigación (IMANI). Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia. Leticia Amazonas Colombia.
 - Feijoo-Martínez, Alexander, Peña-Venegas, Clara P., & Zuluaga, Luis Fernando. (2020). *Especies nuevas de lombrices de tierra (Oligochaeta: Rhinodrillidae) de la Amazonía colombiana*. Revista mexicana de biodiversidad, 91, e913085. Epub 22 de diciembre de 2020. <https://doi.org/10.22201/ib.20078706e.2020.91.3085>
 - Feld, Steven. *Acustemología de la Selva Tropical*. (2002). Revista Colombiana de Antropología 49(1): 217-39.
 - Gaché, Jorge & Vela, Napoleón. (2011) *Sociedad Bosquesina: Ensayo de antropología rural amazónica, acompañado de una crítica y propuesta alternativa de proyectos de desarrollo*. Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana (IIAP), Iquitos.
 - Geertz, Clifford. (1997) *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
 - Gobernación del Amazonas. (2020). Boletín Epidemiológico COVID-19, 17 de abril 2020. <https://www.amazonas.gov.co/tema/coronavirus-covid19>
 - Gobernación del Amazonas. (2020). Boletín Epidemiológico COVID-19, 20 de mayo 2020. https://amazonas.micolombiadigital.gov.co/sites/amazonas/content/files/000769/38417_boletin-diario-20-mayo1.pdf

- Gobernación del Amazonas. (2020). Boletín Epidemiológico COVID-19, 28 de diciembre 2021.
https://amazonas.micolombiadigital.gov.co/sites/amazonas/content/files/001155/57705_28122021-boletin-epidemiologico.pdf
- Goulard, Jean-Pierre. (1994). “*Los Tikuna*”. En: F. Santos y F. Barclay (eds.) En: Guía Etnográfica de la Alta Amazonia. Vol. I. Quito: Flacso e Ifea. pp. 426-433.
<https://books.openedition.org/ifea/2449>
- Guarín Martínez, Oscar. (2012) *La Amazonia en sus imaginarios cinematográficos: 1914-1955. Apuntes preliminares*. Historia cultural desde Colombia. Categorías y Debates / editores Max S. Hering Torres, Amada Carolina Pérez Benavides. 165 – 192. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas: Pontificia Universidad Javeriana: Universidad de los Andes. 520pg.
- GUBER, Rosana. (2001). “*La entrevista etnográfica o el arte de la no directividad*”. En: La etnografía. Método, campo y reflexividad. Bogotá: Norma. pp. 75-100.
- Haesbaert, Rogério (2013). *Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad*. Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- Malinowski, Bronislaw. (1975) *Argonautas del Pacífico Occidental*, Traducción de Antonio. J. Desmots, Edicions 62, Barcelona.
- Malinowski, Bronislaw. (1989) *Diario de Campo en Melanesia*, Ediciones Jucar, Barcelona.
- Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible. (2022). Contexto mercados de bonos de carbono. <https://www.minambiente.gov.co/mercados-de-carbono/contexto-mercados-de-carbono/>
- Ministerio de Salud. (2020). Boletines Poblacionales: Poblaciones Indígenas, Oficina de Promoción social.
<https://www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/DE/PS/boletines-poblacionales-poblacion-indigena.pdf>
- Mundo Amazónico, (2020). Revista semestral. Vol. 11, 2020 n°2. Instituto Amazónico de Investigación (IMANI). Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia. Programa

de Pós-Graduação em Antropologia Social, Universidade Federal do Amazonas PPGAS/UFAM. Leticia Amazonas Colombia.

- Mundo Amazónico, (2021). Revista semestral. Vol. 12, 2021 n°1. Instituto Amazónico de Investigación (IMANI). Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia. Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Universidade Federal do Amazonas PPGAS/UFAM. Leticia Amazonas Colombia.
- Nabaroa, Nerea. (2011). *Tikunas o Ticunas: cuatro propuestas ortográficas para una lengua*. LIAMES: Línguas Indígenas Americanas. 10.20396/liames.v0i11.1500.
- Nieto, Juana Valentina (2017). *Uno de mujer es andariega: Palavras e circulações de mulheres uitoto entre a selva e a cidade*. Tesis de doctorado, Universidade Federal de Santa Catarina, Brasil.
- Palomino, Marycielo. (2020). *SALSA-Tipití: Comando Matico: Solidaridad ancestral en tiempos de COVID-19*
- Ramos Valenzuela, H. (2010). *El ritual tikuna de la pelazón en la comunidad de Arara, sur del trapezio amazónico: una experiencia etnográfica*. (Tesis de Maestría) Universidad Nacional de Colombia – Sede Amazonia.
- RCN Radio. 2021. Manuel Elkin Patarroyo, sin permiso para usar monos en su vacuna covid-19. <https://www.rcnradio.com/colombia/manuel-elkin-patarroyo-sin-permiso-para-usar-monos-en-su-vacuna-covid-19>
- Rosas, Diana (2021) *“Ir fuera”: menstruación, yuruparí y movilidad. Trayectorias espaciales y experiencias corporales de mujeres indígenas del Miriti-Paraná* (Tesis Doctoral) Universidad Nacional de Colombia – Sede Amazonia.
- Santos, Abel (2013). *Percepción tikuna de Naane y Naüne: territorio y cuerpo*. (Tesis de Maestría) Universidad Nacional de Colombia – Sede Amazonia.
- Santos, Abel (2022). *Socialización y adquisición del lenguaje Magütá*. (Tesis de Doctorado) Universidad Nacional de Colombia – Sede Amazonia.

- SEMANA. (2014). Los micos de Patarroyo. <https://www.semana.com/nacion/articulo/patarroyo-ya-no-puede-experimentar-con-monos-del-amazonas/375795-3/>
- Sokurov, Alexander. (1999). "Gespräch mit Hans. Joachim Schlegel", Schlegel (ed.), Dies Subversive Kamera, Konstanz: UVK Medien, pp. 153.63 (p.158).
- Suárez, José Carlos. (2011). *La Edad del desarrollo: Señoritas y muchachos en la selva que se acaba*. Tesis de maestría en estudios amazónicos, Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia.
- Supersalud. (2020). Comunicado de prensa número 044 de 2020. <https://www.supersalud.gov.co/es-co/Noticias/listanoticias/supersalud-ordeno-la-intervencion-del-hospital-san-rafael-de-leticia>
- Tarkovski, Andrei. (2000) *Esculpir en el Tiempo*, Rialp, Madrid.
- The Alexander Street. (2022). The Ax Fight – Preview. https://search.alexanderstreet.com/preview/work/bibliographic_entity%7Cvideo_work%7C765336
- Una mano por el Amazonas. (2020). Blog de Word Press. <https://unamanoamazonas.wordpress.com/>
- Vargas, Gabriel. (2019). *Puerto Nariño: ¿Desarrollo a la sombra de la turistificación?* Notimani. Revista trimestral. Edición 41, 2019. Instituto Amazónico de Investigación (IMANI). Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia. Leticia Amazonas Colombia. https://issuu.com/notimani/docs/notimani_41
- Vinolo, Stéphane y Julián García Labrador (2018): "El resplandor de la selva invisible: hacia una fenomenología de las significaciones invistas" *Antípoda*. Revista de Antropología y Arqueología 33: 125-144. <https://doi.org/10.7440/antipoda33.2018.07>.
- Wikipedia. (2022). Telerrealidad. <https://es.wikipedia.org/wiki/Telerrealidad>
- Zuluaga, Pedro Adrián. (2019). La nueva narrativa indígena en el cine, Revista Semana, versión Web 12/15/2019)

Filmografía citada

- Angulo, Alessandro (2019) *El Sendero de la Anaconda*, Documental, Caracol Televisión, Laberinto Cine y Televisión, Colombia.
- Ash, T. & Chagnon N. (1975). *The Ax Fight*. Documentary Educational Resources.
- Dorado, Antonio. (2012). *Apaporis*, Documental, Fundación Imagen Latina, Colombia.
- Fundación Gaia. (2016). *El camino del pensamiento*, Documental, Saracurafilms, Colombia.
- Guerra, Ciro (2015). *El Abrazo de la Serpiente*, Ficción, Ciudad Lunar Producciones, Caracol Cine, Norte Sur Producciones, Buffalo Films, Dago Producciones, Colombia.
- McGettigan, N. (2012). *Sanctuary*. Venom Films, Wajda Studio. Irlanda-Polonia. Trailer: <https://cineuropa.org/es/video/rdlD/227435/f/t/>
- Mora, Pablo, (2003). *Cónica de un baile de muñeco*, Documental, Colombia.
- Naranjo, Alejandro. (2015) *La selva Inflada*, Documental, Señal Colombia & DirtyMcDocs, Colombia.
- Pasolini, P. (1969). *Medea*. Coproducción Italia-Francia-Alemania; Les Films Number One.
- Ramírez Schrempp, Diego, Leiva-Cock, Mauricio y Ceballos, Jenny. (2019) *Frontera Verde*, Serie de TV, Netflix, Colombia.
- Sokurov, A. (1988). *Mariya (Maria)*. LDFS. URSS.

- Sokurov, A. (1997). *A Humble Life*. Coproducción Rusia-Japón; The Japan Foundation, Severny Fond, Studio Nadezhd. Japón.
- Sokurov, A. (2000). *Dolce*. Coproducción Rusia-Japón; Bereg Productions, Quest. Japón – Rusia.
- Vargas Pardo, G. (2021). Escuela de Cine y televisión; Universidad Nacional de Colombia.





UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
SEDE AMAZONIA
LETICIA AMAZONAS, COLOMBIA
2022